

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAYARIT
ÁREA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

PROMOCIÓN 2015- 2019



**El río Mololoa:
la construcción polisémica del paisaje fluvial urbano
en Tepic, Nayarit, México**

Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias Sociales,
que presenta:

Luis Navarrete Valencia

Director de tesis:

Dr. Carlos Enrique Flores Rodríguez

Tepic, Nayarit. Mayo 2020



Agradecimientos

A mi familia, compañeros y amigos

A mi director, tutor y lectores de tesis

A los profesores y personal administrativo que conforman al Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nayarit

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

El río Mololoa: La construcción polisémica del paisaje fluvial urbano en Tepic, Nayarit, México

Índice general

Índice de mapas	iv
Índice de tablas	iv
Índice de imágenes	v
Resumen	7
Introducción	8
Capítulo I. El río mololoa y la ciudad de Tepic; una relación histórica, antrópica y utilitaria	17
1.1 Antecedentes históricos	17
1.2 Estudios e investigaciones locales previas	25
1.3 Discusión; el río Mololoa en el ámbito público	32
Capítulo II. Espacio, paisaje, ciudad y río; fundamentación teórica	37
2.1 Espacio	37
2.1.1 El espacio como objeto de estudio social	39
2.1.2 La apropiación del espacio	42
2.1.3 Espacio y vida cotidiana; prácticas y tácticas	45
2.2 Paisaje	46
2.2.1 Distintas aproximaciones al estudio del paisaje	50
2.2.2 Paisajes culturales y paisajes cotidianos	51
2.3 Paisaje y ciudad; el paisaje urbano	53
2.3.1 Enfoque perceptual	53
2.3.2 Enfoque antropológico	62
2.3.3 Enfoque simbólico imaginario	69
2.4 Paisaje y río; el paisaje fluvial	73
2.4.1 Enfoque histórico	73
2.4.2 Enfoque ambiental	75
2.4.3 Enfoque antropológico perceptual	78
2.5 Discusión y construcción del problema	85
2.6 Formulación de la investigación	94
Capítulo III. La fenomenología, la hermenéutica y el enfoque etnográfico; aproximación metodológica	98
3.1 La tradición y el paradigma	98

3.2 Fenomenología y hermenéutica; la postura epistémica	100
3.3 El enfoque etnográfico como método	103
3.3.1 Fase descriptiva	103
3.3.1.1 Observación y transurbancia	104
3.3.1.2 Entrevistas	106
3.3.2 Fase interpretativa	108
3.3.2.1 Interpretación directa y suma categórica	109
3.3.2.2 Codificación y categorización	111
3.3.2.3 Análisis del discurso	114
3.3.2.4 La matriz de relaciones como instrumento analítico	115
3.4 Zonas de estudio	117
Capítulo IV. Resultados del estudio del río mololoa a su paso por la ciudad de Tepic; las seis zonas	120
4.1 Zona 1: Armadillo – Ladrilleras	121
4.1.1 Configuración física del paisaje	121
4.1.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas	127
4.1.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones	131
4.2 Zona 2: Severiano – Jacarandas	134
4.2.1 Configuración física del paisaje	134
4.2.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas	142
4.2.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones	146
4.3 Zona 3: Fórum – Quevedeño	153
4.3.1 Configuración física del paisaje	153
4.3.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas	162
4.3.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones	165
4.4 Zona 4: Prieto Crispín	168
4.4.1 Configuración física del paisaje	169
4.4.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas	173
4.4.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones	179
4.5 Zona 5: Centro – Mololoa	182
4.5.1 Configuración física del paisaje	182
4.5.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas	188
4.5.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones	195

4.6 Zona 6: Acayapan – El Punto	200
4.6.1 Configuración física del paisaje	200
4.6.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas	206
4.6.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones	210
Capítulo V. Análisis, interpretación y discusión de los resultados	216
5.1 Discusión por zonas	216
5.1.1 Zona 1: Armadillo – Ladrilleras	216
5.1.2 Zona 2: Severiano – Jacarandas	217
5.1.3 Zona 3: Fórum – Quevedeño	220
5.1.4 Zona 4: Prieto Crispín	221
5.1.5 Zona 5: Centro – Mololoa	222
5.1.6 Zona 6: Acayapan – El Punto	223
5.2 Discusión general	224
Conclusiones y recomendaciones	242
Bibliografía	250

Índice de Mapas

Mapa 1. Ubicación geográfica del río Mololoa	9
Mapa 2. Ubicación y delimitación de las zonas de estudio	120
Mapa 3. Zona 1: Armadillo – Ladrilleras	122
Mapa 4. Zona 2: Severiano – Jacarandas	135
Mapa 5. Zona 3 Fórum – Quevedeño	154
Mapa 6. Zona 4: Prieto Crispín	169
Mapa 7. Zona 5: Centro – Mololoa	183
Mapa 8. Zona 6: Acayapan – Mololoa	201

Índice de tablas

Tabla 1. Estudios directos e indirectos sobre el río Mololoa	31
Tabla 2. Estudios sobre espacio, paisaje, ciudad y ríos	94

Tabla 3. Esquema metodológico de la investigación	116
Tabla 4. Zonas y sub zonas de estudio	119
Tabla 5. Matriz de resultados	241

Índice de imágenes

Imagen 1. Pantanos y encharcamientos en el Valle de Matatipac	123
Imagen 2. Antiguo Puente de San Cayetano	125
Imagen 3. Puente de San Cayetano más reciente	126
Imagen 4. Manantiales que alimentan al río Mololoa	127
Imagen 5. Elaboración de ladrillos junto al río Mololoa	129
Imagen 6. Pozo para extracción de agua	130
Imagen 7. Pesca en el río Mololoa	132
Imagen 8. Manantial como parte de una propiedad privada	133
Imagen 9. Auditorio Amado Nervo visto desde el río	136
Imagen 10. Planta de tratamiento de aguas residuales	137
Imagen 11. Vialidad local en el fraccionamiento Severiano Ocegueda	138
Imagen 12. Ciclovía frente al fraccionamiento Jacarandas	139
Imagen 13. Arbolado ripario en la zona Severiano – Jacarandas	140
Imagen 14. Fauna silvestre	141
Imagen 15. El río como proveedor de recursos naturales	143
Imagen 16. Corrales de ganado sobre la margen derecha	144
Imagen 17. Ajardinamiento del espacio ribereño	144
Imagen 18. Apropiación de la zona federal del río	146
Imagen 19. Fuentes de contaminación	149
Imagen 20. Fraccionamientos habitacionales en la margen derecha	155
Imagen 21. Distintas utilidades de la zona federal	156
Imagen 22. Parque Metropolitano	157
Imagen 23. Antiguo puente a Mora (Puente Quebrado)	158
Imagen 24. Humedal urbano en la ciudad de Tepic	159
Imagen 25. Descarga de aguas negras por parte del canal El Sabino	160
Imagen 26. Cauce rectificado	161

Imagen 27. Puente Villas del Parque y Puente Quevedeño	162
Imagen 28. Parque frente al rancho El Quevedeño	164
Imagen 29. Tácticas de adaptación al paisaje inundable	166
Imagen 30. Zona federal arbolada	170
Imagen 31. Puente Amarillo	172
Imagen 32. Espumas jabonosas en el río	173
Imagen 33. Mujeres en el corte de guamúchiles	174
Imagen 34. Cancha de futbol improvisada	175
Imagen 35. Diferentes usos de la ciclovía	176
Imagen 36. Distintas prácticas en un mismo lugar	178
Imagen 37. Puente de la Avenida México	184
Imagen 38. Antiguo puente hacia Puga	185
Imagen 39. Indígenas se reúnen frente a la Plaza de La Música	186
Imagen 40. Juegos infantiles y aparatos de ejercicio	187
Imagen 41. Vegetación riparia en la zona centro	188
Imagen 42. Personas esperan a que salga su autobús	189
Imagen 43. Personas observan y contemplan el río	190
Imagen 44. Personas reunidas bajo el puente de la calle San Luis	191
Imagen 45. Bancas utilizadas de distintas formas	192
Imagen 46. Escuadrones de la muerte	193
Imagen 47. Mercado Larios de espalda al río	194
Imagen 48. Carpinterías y asoleado de ropa en las riberas	198
Imagen 49. Casas construidas junto al cauce	202
Imagen 50. Cauce original y vegetación riparia nativa	203
Imagen 51. Ruinas de Jauja	204
Imagen 52. Puente de Jauja	205
Imagen 53. Puente El Punto	206
Imagen 54. Lavaderos de Acayapan	207
Imagen 55. Vacas pastan junto al río	208
Imagen 56. Distintos aprovechamientos y prácticas	209

Resumen

El estudio de los ríos, particularmente urbanos, tradicionalmente se ha realizado desde las Ciencias Naturales, bajo epistemes positivistas y métodos científicistas, confinándolos al mundo de lo naturalista, lo técnico y lo utilitario. Los aspectos sociales, culturales y simbólicos, cuando no han sido omitidos, se han considerado pero sólo de forma discursiva y tangencial. Es por eso que, desde una postura fenomenológica, bajo un enfoque cualitativo, antropológico y paisajístico, y mediante la aplicación de entrevistas y la realización de observaciones y transurbancias como parte del método etnográfico, en esta tesis se analizaron las relaciones, tanto utilitarias como simbólicas, que usuarios establecen cotidianamente con el paisaje del río Mololoa en distintas zonas a su paso por la ciudad de Tepic, Nayarit, México.

En los resultados se encontró que existe una construcción subjetiva y polisémica del paisaje fluvial, la cual es mediada por factores ideológicos, sociales y culturales. Se trata de heterogéneas e incluso antagónicas formas de relacionarse con el río, fundamentalmente utilitarias y en menor medida simbólicas, tanto entre usuarios como entre las diferentes zonas estudiadas. Además, aunque se advierten percepciones y significaciones positivas, para la mayoría de las personas el Mololoa es un río anodino, sin importancia ni sentido, debido principalmente a la contaminación que presenta.

Por lo tanto, de manera remedial, se sugiere implementar un plan integral de saneamiento, restauración y manejo del río y la cuenca. Una propuesta normativa, económica, sociocultural y mediática acompañada de programas de educación ambiental, que genere las condiciones para que la sociedad se vuelva a relacionar de forma directa y corpórea con el río; que lo viva, lo interiorice, se lo apropie y, eventualmente, se identifique con él.

Introducción

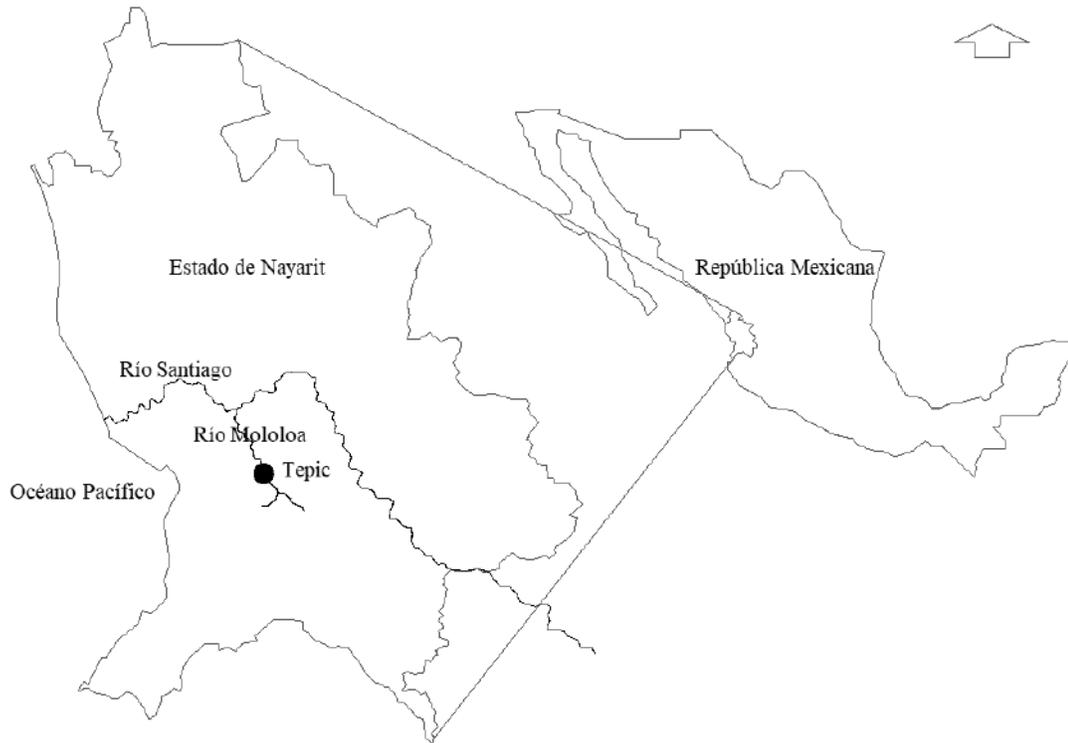
Los ríos, escurrimientos naturales de agua, de caudal continuo o intermitente y cauce relativamente definido, son elementos de fundamental importancia para la humanidad. Desde los primeros asentamientos hasta la actualidad, estos cuerpos hídricos, junto con sus riberas y su paisaje, de manera utilitaria han sido fuente de recursos y servicios; como agua para el consumo humano y animal, para el riego de cultivos, como sitios para la pesca, caza y recolección, como medios para la navegación, como fuentes de energía hidráulica, para procesos industriales y artesanales, como lugares para el ocio y recreación, entre otras funciones utilitarias. Además, algunos han funcionado como objetos para la contemplación y representación artística, como lugares espirituales e identitarios, entre otras formas de relación simbólica.

El río Mololoa, anteriormente conocido como Río de Tepic, posibilitó el establecimiento de *Tepique*, asentamiento humano prehispánico a partir del cual los conquistadores españoles fundaron la ciudad de Tepic en el año de 1532. Este elemento hídrico, junto con la ciudad, es motivo para llevar a cabo la presente tesis doctoral desde el campo de las Ciencias Sociales. Ello tiene que ver con las inquietudes que menciona Bassi (2015) y con las motivaciones duras que refiere Wagensberg (1985), originadas a partir de las vivencias y experiencias personales que se tienen respecto al río y la ciudad, al ser originario y habitante de Tepic. A esto se suma el interés que como arquitecto de formación se tiene acerca de los tópicos de la ciudad, el espacio, la calle y, especialmente, hacia el estudio de los elementos naturales que con la ciudad coexisten.

Este río pertenece a la subcuenca Mololoa, que a su vez forma parte de la cuenca del río Santiago, dentro de la región hidrográfica HR12 Lerma-Santiago. Nace de una serie de manantiales dispersos sobre el Valle de Matatipac y zonas aledañas; en su trayecto pasa por la ciudad de Tepic, capital del estado de Nayarit, México, con un recorrido intraurbano de aproximadamente 12 kilómetros; luego, al salir

de la ciudad, fluye unos 40 kilómetros hasta tributar sus aguas al Río Santiago, para finalmente desembocar en el Océano Pacífico (mapa 1).

Mapa 1. Ubicación geográfica del río Mololoa



Fuente: Elaboración propia.

El Mololoa es un cuerpo hídrico cuyas aguas otrora movieron máquinas y fueron fuente para consumo humano, pero que actualmente funciona, entre otras cosas, como albañal a cielo abierto. En el año de 1525, según percepción de Francisco Cortez de San Buenaventura, sobrino del conquistador Hernán Cortez, el río era “muy hermoso” (De Aguinaga, 1994, en De Aguinaga, 2015: 212), pero en la actualidad, debido a la contaminación que presenta, para algunos usuarios “sería mejor que no estuviera”. Es un río de contrastes que históricamente ha mantenido una relación de coexistencia e interdependencia, sincrética y simbiótica, no siempre armoniosa pero relativamente estable, con la ciudad y, por antonomasia, con la sociedad que la genera.

Como parte de la problematización, en el primer capítulo se analizan los principales estudios e investigaciones que, bajo esta preocupación por entender y atender al río, se han generado en el ámbito local. Los referentes se clasifican en dos grupos: los historicistas y los ambientalistas. Los primeros son aportes que, con base en el método documental, han estudiado algunos periodos históricos de la ciudad de Tepic y la región en los que en distinta medida se incluye al río Mololoa. Éste es trabajado con mayor profusión por parte de Luna (2015), mientras otros autores sólo lo consideran de manera contextual (Contreras, 2003, De Aguinaga, 2015, Guerra, 2014 y Ramos, 2016). En general son trabajos que, bajo un sesgo hacia la dimensión económica y política, demuestran que al ser el río soporte físico y fuente utilitaria de recursos y servicios, ha posibilitado la permanencia y desarrollo de la ciudad al grado de que no puede entenderse la historia económica, política y social de Tepic y la región, desligada del Mololoa.

Las investigaciones ambientalistas, por su parte, advierten sobre las consecuencias que precisamente ha tenido esta relación histórica. Esto como resultado de un proceso de antropización, entendida como la alteración por parte de la acción humana, concretada principalmente en el desarrollo industrial, la actividad agropecuaria y la urbanización, lo cual ha detonado en problemas de contaminación y deterioro del río, la ciudad y la cuenca, y en riesgos de inundaciones y desbordamientos, entre otros. Las investigaciones que conforman este grupo provienen de las ciencias duras, se sustentan sobre una episteme científicista y positivista, y son fundamentalmente estudios diagnósticos con propuestas técnicas para la remediación de los problemas mencionados (Ávalos, Flores y Marceleño, 2015; Jáuregui, Ramírez, Espinosa, Tovar, Quintero y Rodríguez, 2007; Marceleño y Nájera, 2014 y Nájera, Bojórquez, Cifuentes y Marceleño, 2010).

Sin embargo, tanto en los trabajos historicistas como en los ambientalistas, la aproximación al estudio del Mololoa ha sido parcelada, acotada a las epistemes, teorías y métodos propios de cada campo disciplinar. Una labor investigativa en

la que los aspectos sociales, culturales y simbólicos, cuando no han sido omitidos, se han considerado pero sólo de forma discursiva y tangencial o desde temporalidades pasadas, lo cual ha confinado al río al mundo de lo naturalista y lo utilitario. Este confinamiento ha limitado la posibilidad de acceder a respuestas y explicaciones distintas a las obtenidas hasta ahora, que permitan una mejor comprensión de la relación que se da entre el río Mololoa, la ciudad de Tepic y la sociedad que la habita.

No obstante, en los últimos años los ríos, particularmente en las ciudades, se han comenzado a estudiar desde otras visiones. Esto a partir de un “cambio de paradigma en el manejo de los ríos urbanos, el cual apunta a [...] nuevos enfoques que los valoran como lugares de múltiples oportunidades ambientales, sociales, recreativas, culturales y económicas” (González, 2010: 62); además de conceptualizarlos como “objetos de recuperación del patrimonio histórico de una ciudad y de la memoria colectiva de sus habitantes” (González, Hernández, Perló y Zamora, 2010: 12); así como “referentes de identidad de gente, pueblos y comarcas” (Martínez, 1997: 19, en López, 1997).

En sentido de lo anterior, más allá del elemento en sí, se puede decir que el estudio de un río “une procesos sociales, formas de organización del espacio y acontecimientos que de otro modo no quedarían relacionados” (Aboites, 2008: 88). Además de que permite “reconstruir las condiciones sociales de producción y construcción de la ciudad, las funciones principales que ha tenido el río y consecuentemente entender la visión que sobre el río se ha tenido en distintos momentos” (Zamora, 2010: 46). Acorde con esta visión posmoderna, sociocultural, cualitativa e interdisciplinar, es como aquí se estudia al río Mololoa.

Como continuación de la problematización, de manera heurística, en el segundo capítulo se consulta el estado del arte sobre el tema más allá del ámbito local. Se analizan referentes provenientes de distintos campos disciplinares y se reflexiona acerca de los posicionamientos epistémicos, teóricos y metodológicos con que se manejan los autores. Producto de ello, se encuentra que el estudio de un río urbano puede llevarse a cabo desde las Ciencias Sociales a partir de diferentes

aproximaciones, no excluyentes sino complementarias, que pueden clasificarse en dos grupos de acuerdo con su origen y enfoque disciplinar. Por un lado están aquellas que se centran en el estudio de la dimensión social, es decir, en las relaciones e interacciones que se dan entre individuos y grupos humanos asociadas a un río. Por otro, están las aproximaciones cuyo énfasis es en la dimensión espacial, esto es, el estudio del espacio, la ciudad, el territorio y estos cuerpos de agua.

A su vez, desde la dimensión social se vislumbran dos vías, una sociológica y otra antropológica. La sociológica se genera desde disciplinas como la Sociología y la Historia, entre otras, y se desarrolla a escala macrosocial donde quien investiga asume una posición externa respecto al objeto. La antropológica se gesta fundamentalmente desde la Antropología Social, conduce sus estudios a escala microsocial e implica una inmersión en campo por parte del investigador, quien a través de un ejercicio hermenéutico (interpretativo), se da a la tarea de develar los puentes de mediación cultural que las personas construyen para direccionar su vida cotidiana, con el río y el entorno como parte de ella.

La dimensión espacial, por su parte, es abordada desde disciplinas como la Geografía Humana, Psicología Ambiental, Urbanismo y Arquitectura, principalmente. Son estudios a distintas escalas espaciales, tanto en ámbitos urbanos como no urbanos, que se fundamentan sobre todo en la fenomenología. Algunos de estos referentes espaciales se basan en el enfoque de paisaje, el cual fusiona lo natural con lo artificial, lo social y lo cultural; así como lo material, utilitario y objetivo, con lo inmaterial, simbólico y subjetivo, para su estudio de manera unitaria no atomizada.

En esta investigación se estudia al río Mololoa de manera interdisciplinar, tanto en su dimensión social como espacial, con el paisaje como enfoque general. Con base en el objeto de estudio, que es la relación sociedad-entorno, lo que aquí se pregunta es ¿Cómo son las relaciones que se establecen entre la sociedad local y el río Mololoa a su paso por la ciudad de Tepic?

Como una forma de anticiparse a la respuesta, desde una postura genérica, flexible y abierta a los hallazgos, más que hipótesis rígidas pueden plantearse dos supuestos orientadores de la investigación:

1. Se establece que no existe una forma homogénea de relacionarse con el paisaje fluvial del río Mololoa, sino que las relaciones son diferenciadas, tanto entre las personas y grupos, como entre las distintas zonas del río al pasar por la ciudad de Tepic.
2. Sin descartar la existencia de relaciones simbólicas, es decir, inmateriales, emocionales, afectivas, espirituales o similares, producto de la forma en que cada quien percibe y significa subjetivamente al río de acuerdo a su experiencia, se piensa que las relaciones son sobre todo utilitarias, o sea, materiales, pragmáticas, adaptativas, de conveniencia e incluso de supervivencia, como parte esencial de la vida cotidiana y rutinaria de las personas.

Para comprobar lo que se asevera, como objetivo general se plantea analizar las relaciones, tanto utilitarias como simbólicas, que usuarios establecen cotidianamente con el paisaje del río Mololoa en distintas zonas a su paso por la ciudad de Tepic. Para su operacionalización, este objetivo se ramifica en cuatro objetivos específicos:

1. Describir la configuración física del paisaje del río a partir de la identificación de los elementos naturales y artificiales que lo componen.
2. Analizar las relaciones utilitarias que usuarios establecen con el río y las riberas a partir del aprovechamiento de recursos y las prácticas cotidianas que realizan.
3. Develar las relaciones simbólicas que usuarios establecen con el paisaje del río a partir de las percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones que experimentan y construyen.
4. Identificar relaciones de comunicación, mediación y determinación entre la configuración física, las relaciones utilitarias y las relaciones simbólicas que usuarios establecen con el paisaje del río.

Para alcanzar estos objetivos, en el tercer capítulo se explica el procedimiento metodológico que se siguió. Desde una postura epistémica fenomenológica, que no deja de ser hermenéutica, es una investigación cualitativa que en lo general se conduce bajo el método etnográfico, pero sin ser una etnografía en sí. Como parte del método particular, el trabajo empírico se divide en dos grandes fases, una descriptiva (inductiva) y otra interpretativa (deductiva), no excluyentes sino dialécticas e interdependientes. Mediante la primera fase se alcanzan los dos primeros objetivos específicos, los cuales son sobre todo descriptivos, mientras que, desde la segunda fase se cubren los otros dos que son de base interpretativa.

Como parte de la fase descriptiva fueron utilizadas las técnicas de observación, transurbancia y entrevistas. La observación, técnica cualitativa clásica por excelencia (Corbeta, 2007), fue directa, no participante, tanto estática (desde puntos de observación fijos) como dinámica (desde puntos de observación cambiantes). Esta última tiene que ver con la transurbancia, término que, desde las humanidades, utiliza Careri (2014) para referirse a la acción de desplazarse a través de la ciudad, de manera consciente y sensorial, tanto de forma planificada como en deriva; es decir, sin necesariamente tener un rumbo o itinerario fijo sino más bien fortuito. Los recorridos de observación se realizaron a pie, en bicicleta y en automóvil, con el apoyo de diario de campo, grabadora de audio y cámara fotográfica.

Las entrevistas fueron de distinto tipo según se presentaran las condiciones ambientales y la disposición de los entrevistados. Algunas no pasaron de ser charlas cortas; otras atendieron a un guion semiestructurado, es decir, que al ser flexible, cuenta con la posibilidad de abrirse (Garza, 1967); mientras unas más pudieron ser entrevistas a profundidad. Junto con las primeras entrevistas se pidió a las personas que dibujaran un croquis del río y el paisaje (mapas mentales), pero al poco tiempo esta técnica fue descartada ya que presentaba dificultades para su aplicación en campo. En total se aplicaron 28 entrevistas, tanto individuales como en pareja o grupo, e indistintamente a mujeres y hombres

adultos, que en algunos casos iban acompañados por niños. Algunos entrevistados no quisieron dar su nombre mientras otros lo hicieron pero pidieron anonimato, por eso mismo se creyó conveniente identificarlos numéricamente.

En lo que respecta a la fase interpretativa se hizo análisis de discurso a partir de la codificación, categorización e interpretación de la ingente cantidad de datos empíricos recabados. De acuerdo a su origen se analizan dos tipos discursos: los relatos de los usuarios entrevistados y las descripciones hechas por el investigador, ambos procesados desde un ejercicio de inducción analítica, mediante “el examen constante de los datos en busca de categorías y relaciones” (Narváez, 2011: 65).

Para llevar a cabo la acción de codificar y categorizar los datos se experimentó con algunas herramientas. Primeramente se utilizó el procesador de palabras WORD así como el software ATLAS ti, especializado en el análisis de datos cualitativos. Sin embargo, en el transcurso de este proceso exploratorio se le encontró mayor utilidad al software EXCEL, con el cual se elaboró una tabla matriz que se presenta como un ilustrativo modo de información visual, donde pueden identificarse relaciones y cruces entre códigos y categorías. Dicha matriz fue herramienta fundamental para el procesamiento y análisis de datos y para la interpretación de resultados. También como parte del método particular, el trayecto del río a su paso por la ciudad de Tepic fue dividido en 6 zonas y 16 sub zonas, definidas y delimitadas a partir de los puentes que se encuentran en distintos puntos a lo largo del cauce.

En el cuarto capítulo se exponen los resultados producto del trabajo empírico, realizado en el periodo que abarca de septiembre del 2015 a marzo del 2019. Estos resultados se ordenan primeramente a partir de las zonas de estudio, que funcionan como como categorías analíticas espaciales. Después, en cada una de las seis, transversalmente se muestran los resultados por categorías temáticas. Son tres las categorías centrales: configuración física del paisaje; relaciones utilitarias; y relaciones simbólicas, cada una con sus respectivas categorías inferiores o sub categorías. Como parte de la triangulación

metodológica, en el análisis se integran fotografías y mapas que ayudan a tener una mejor comprensión de la información textual.

Después, en el quinto capítulo, se analizan, interpretan y discuten los resultados empíricos. Es la fase interpretativa, llevada a cabo de abril a diciembre del 2019. Allí se discuten los resultados primeramente por zona y luego de forma conjunta, cruzada e imbricada, tanto entre zonas como entre informantes, así como a la luz de los planteamientos teóricos. En el análisis se advierten relaciones espaciales, coincidencias y discrepancias, patrones y excepciones, entre las formas de practicar, percibir y significar el paisaje fluvial. Se incluye, además, la matriz previamente mencionada, con los resultados expuestos de manera concentrada y categorizada. Su presentación gráfica (visual) permite que sea leída en sentido vertical (por categoría temática), horizontal (por zona o categoría espacial) y de forma cruzada, lo cual permite hacer una mejor interpretación de los resultados. Por último, después de la exposición capitular, se establecen conclusiones y recomendaciones, y se enlista la bibliografía referida en el documento.

Sólo resta decir que la tesis, desarrollada desde la interdisciplina, bajo un enfoque sociocultural y humanístico, hace algunos aportes. Contribuye a un mejor entendimiento y comprensión de la realidad social que se presenta en torno al río Mololoa en su relación con la ciudad; permite visualizar directrices o líneas de investigación y acción encaminadas a la solución de la problemática ambiental, u otra; incorpora la dimensión sociocultural a las investigaciones provenientes de disciplinas cuyo objeto de estudio es el espacio; a la vez que integra la dimensión espacial como variable en los trabajos que se desprenden de las disciplinas que tradicionalmente estudian a la sociedad.

Capítulo I. El río Mololoa y la ciudad de Tepic; una relación histórica, antrópica y utilitaria

Como parte de un proceso heurístico, en este primer capítulo se exponen los elementos que, desde el ámbito local, ayudaron a construir el problema de investigación. Primeramente, a partir del método de consulta documental, se hace un recorrido diacrónico descriptivo acerca de las relaciones que en distintos momentos históricos se han establecido entre el río Mololoa, la ciudad de Tepic y la sociedad que la conforma. Enseguida, bajo el mismo método y como una forma de conocer el estado que guarda la cuestión, se analizan los principales trabajos e investigaciones, tanto académicas como institucionales, que han estudiado al río, la ciudad, la cuenca y la región. Por último, se exponen distintos posicionamientos respecto al río por parte de actores sociales del ámbito público local, se hace una discusión a manera de problematización y se visualizan directrices de aproximación al objeto de estudio.

1.1 Antecedentes históricos

El origen y significado del vocablo Mololoa es incierto. Desde una versión, según cuenta una leyenda popular, Mololoa es el nombre de una princesa cuyas lágrimas alimentan el cauce del río. Esto luego de haber caído en llanto permanente, tras sufrir una decepción amorosa en la que estaban involucrados Sangangüey y San Juan, los dos volcanes que flanquean al Valle de Matatipac (Narváez, 1993). Por otro lado, desde la lengua *náhuatl*, el vocablo al parecer hace referencia a un caudal cuyo avance es lento y forma estanques y pantanos a su paso. Aunque también, se dice, el término significa río de los pardales o gorriones.

Este río, el cual “gustó mucho al conquistador [español] Nuño Beltrán de Guzmán” (López, 1997: 6), se forma a partir de una serie de manantiales dispersos en el Valle de Matatipac, planicie sobre la cual se asentó la ciudad de Tepic. Sobre esta relación entre el valle, la ciudad y el río, a finales del siglo XIX Pérez hace una descripción de la configuración morfológica paisajística:

La ciudad de Tepic, capital del Territorio del mismo nombre [...] está fundada a la falda de la serranía de San Juan, á la rivera izquierda del río que lleva su nombre, y á la extremidad occidental del fértil y hermoso valle que los indígenas llamaban antiguamente Matatipac, que tiene 400 (sic) metros cuadrados de superficie y que está atravesado por el río indicado y varias corrientes de agua [...]. El valle mencionado, excepto al O. por donde queda al descubierto, en una extensión como de un kilómetro, que da comunicación á los aires de la costa, y por donde pasa el camino que conduce á ella desde la ciudad relacionada, el valle dicho, está rodeado de montañas que limitan y bordan el horizonte en contorno, como un gran anfiteatro... (1894: 115).

La forma de anfiteatro circundado por montañas que refiere el autor, convierte al valle en un receptáculo natural del agua de lluvia. Por tratarse de una extensión de terreno relativamente plana, la capacidad de desalojo de agua por escurrimiento superficial es minimizada. Además, debido a la conformación del subsuelo, en gran parte compuesto por material volcánico permeable, se facilita la infiltración del agua y con ello el reabastecimiento del manto freático el cual se encuentra a poca profundidad. Estas características geográficas, topográficas y geológicas propician la existencia de humedales, pantanos y manantiales en la zona. De hecho, no es fortuito que el nombre de Pantanal, uno de los principales poblados asentados en el valle, signifique lugar de pantanos.

Sobre los manantiales que conforman al Mololoa, históricamente se han hecho algunas descripciones. De acuerdo con el cronista local, Don Domingo Lázaro de Arregui, para el año de 1619 eran más de 50 ojos de agua los que se encontraban en la zona de Tepic y sus alrededores (1946, en De Aguinaga, 2015). Mientras Pérez, por su parte, explica:

[El río] se forma principalmente de las vertientes que brotan de los puntos de Mololoa [actualmente también conocido como Los Rosales, en alusión al apellido de sus propietarios], San Bartolo y el Salado a los que se juntan los de las haciendas de Costilla y Cofradía y del rancho de Pantanal de la Municipalidad de Jalisco (sic) y los de Trigomil de la hacienda de San Cayetano de esta Municipalidad (1894: 60).

Por su importancia, en cuanto al volumen de agua que aportan, habrá que mencionar al menos tres manantiales más. Uno es el Acuña, el más alejado, ubicado fuera del valle, aledaño a las localidades de La Labor y San Leonel, a unos 20 km al sureste de Tepic. Otro es el que se ubica en lo que es el actual Parque Ecológico, mismo que funge como área natural protegida a nivel municipal. Un tercero es el manantial de Acayapan, vocablo que significa agua donde hay carrizos, localizado dentro de la ciudad, al noroeste, aguas abajo del río.

Por su cercanía con el centro de la ciudad el manantial de Acayapan es, quizás, con el que históricamente la población ha tenido una relación más estrecha. Y es que “hablar de Acayapan es tener que recordar el gran logro de los tepicenses por tener agua potable en cada casa de nuestra capital” (De Aguinaga, 2015: 212). Lo cual fue posible, en parte, gracias al oficio de los “aguadores” (López, 2007); personas que convertían las calles de la ciudad en un ir y venir, cargando cántaros llenos de agua para su venta. Sobre ambos elementos, río y manantial, Pérez menciona que el agua del primero era:

...gruesa y potable, tomándola en donde no está turbia; á las personas forasteras y delicadas de estómago les prueba mejor el uso del agua del río que el agua delgada de los vertientes de Acayapan; a pesar de la fama de buena calidad que ha adquirido esta última (1894: 60-62).

Durante más de tres siglos prevaleció la práctica de acarreo del líquido hasta las casas. Esto fue así hasta finales del periodo decimonónico, pues “al parecer en la última década del siglo XIX los tepiqueños estaban preocupados porque la

capital del Territorio de Tepic se modernizara y mejorara el servicio de abastecimiento de agua a la ciudad” (López, 2007: 15).

Esta preocupación no sólo tuvo que ver con la dificultad del acceso al agua, sino también con cuestiones de salubridad. Luego de la expansión urbana y la densificación poblacional que la ciudad experimentó hacia el final del siglo XIX, la preocupación tuvo que ver con cuestiones de salud pública asociadas a la contaminación del agua y del suelo, que para ese entonces ya se habían convertido en un problema. López explica al respecto:

...se preocuparon las autoridades cuando el sector salud del territorio realizó un estudio sobre las aguas que consumían sus habitantes en el año de 1895, al detectar que en los dos mil pozos de agua que existían en la ciudad, el líquido estaba contaminado por la existencia de numerosas letrinas y los resumideros de aguas negras (1979, en López, 2007: 17).

Además, agrega López, “esto preocupó al Jefe Político del Territorio de Tepic, general Leopoldo Romano, que empezó a interesarse en modernizar el servicio de agua potable en la ciudad” (2007: 17). Eran tiempos de modernización porfiriana, en los que se hablaba ya, de un proyecto de construcción de infraestructura hidráulica urbana para el Territorio de Tepic. Ello consistiría en el tendido de tubería metálica, a través de la cual se traería el agua de Acayapan y se distribuiría en la ciudad. Respecto a este proyecto, De Aguinaga explica:

Fue hasta el año de 1897 cuando se logró concretar esta obra y la red fue extendida entre las calles más céntricas de la ciudad, aunque no a las viviendas humildes pues el costo era muy alto y las autoridades optaron por instalar en algunas esquinas tomas de agua para la inmensa mayoría de tepicenses [...] Es así, que podemos decir que a partir de 1897 hasta finales de 1951 en que Don Gilberto Flores Muñoz, Gobernador del Estado, ordenó que el servicio de agua potable fuera ampliado y modernizado, el agua de Acayapan tuvo su mejor época (2015: 214).

Como se observa, el problema en torno al agua incentivó acciones remediales en lo que respecta al abastecimiento; pero no así, en lo referente a las aguas residuales y a la contaminación del suelo. Se advierte además, que el moderno entubamiento y abastecimiento domiciliario de agua potable en la ciudad, fue también un proyecto empresarial. Hecho demostrado con la creación, en el año de 1895, de la Compañía Tepiqueña Abastecedora de Agua, la cual brindaría el servicio (Lucifer, 1895, en López, 2007). Esta compañía estaba constituida por algunos de los empresarios locales más prominentes, quienes con una visión de mercado y ejercicio de poder, acapararon el servicio de distribución como una manera de apropiarse utilitariamente del recurso agua.

El sistema hídrico de la cuenca, conformado por el río, el valle, los manantiales y humedales, ha tenido diversos usos en distintos momentos históricos. Además del referido consumo humano y animal y el uso agrícola, la fuerza hidráulica del caudal posibilitó la generación de energía motriz y más tarde también energía eléctrica. Eso fomentó una importante industrialización que se vivió en esta comarca durante el siglo XIX, asegura Luna (2015).

La actividad industrial surge con la construcción de la primera fábrica textil en la región, “la fábrica de hilados y tejidos de algodón llamada ‘Jauja’ [...] fincada en terreno ribereño” (Pérez, 1894: 61). Contreras (2003) explica que esta fábrica se comenzó a construir en el año 1835 al norte de la ciudad, en los suburbios, en el terreno conocido como Acayapan [lugar donde se encuentra el citado manantial], donde la fuerza motriz del caudal del río, asociada a un proyecto de ingeniería hidráulica, la pondrían a funcionar tres años más tarde, en el año de 1838.

Luna (2015) hace una descripción del proyecto de ingeniería hidráulica al que refiere Contreras (2003). Explica que se trató de una de las primeras obras de derivación que sufrió el río Mololoa y consistió en la construcción de una presa situada a un kilómetro aguas arriba de la fábrica textil (aproximadamente en el cruce de la actual calle de Querétaro), misma que permitió aumentar la fuerza hidráulica y consecuentemente motriz, necesaria para el funcionamiento de la maquinaria de la fábrica. Fue un periodo de esplendor el que experimentó la

fábrica de Jauja, hasta el año de 1947 cuando dejó de funcionar, entre otros factores, a causa de un incendio en sus instalaciones. Este acontecimiento, afirma Luna (2015), no sólo marcó el final de la vida útil de la fábrica, sino el final de toda una época.

Tres años después de la de Jauja se construyó la fábrica de Bellavista, establecida aguas abajo, en el poblado del mismo nombre, en el año de 1841. Respecto a esta segunda fábrica, también textil, Pérez (1894) explica que al igual que la de Jauja, dependía de la fuerza hidráulica del río; sin embargo, en el caso de Bellavista, el edificio no se construyó junto al cauce principal, sino junto a uno de los cauces secundarios. De hecho, la que alimenta a Bellavista, es una derivación del Mololoa.

La morfología del río fue una importante condicionante para la ubicación, construcción y operación de ambas fábricas. En el caso de Bellavista se tuvo que encontrar el lugar más propicio, inclusive teniéndose que alejar de la ciudad, mientras que, en el caso de Jauja, el río fue represado como una manera de forzarlo a cumplir con los requerimientos motrices que la fábrica demandaba. Fue una relación de determinación mutua la que se dio entre las fábricas y el río.

Además del entorno físico, estas industrias modificaron el ambiente social de la región. Transformaron las formas de vivir la ciudad y el río, pues gran parte de las personas que antes dependían de las actividades agropecuarias, con la llegada de las fábricas se convirtieron en obreros. La organización del tiempo ya no dependía exclusivamente de los ciclos propios de las actividades agrícolas, sino de los horarios de trabajo impuestos por las fábricas y, consecuentemente, las rutinas cotidianas de los tepiqueños también cambiaron. A partir de entonces, como nunca antes, el río Mololoa comenzó como a ser visto como un recurso explotable al modo de la fisiocracia.

En esos tiempos, en la región también dio inicio la industria azucarera a partir de la instalación de ingenios. Estas fábricas en las que se procesa azúcar, piloncillo, alcohol y otros subproductos, se establecieron primeramente en los poblados de

Puga y La Escondida y tiempo después se fundaría el ingenio El Molino al oriente de la ciudad de Tepic. Los ingenios industrializaron la actividad que tradicionalmente era desempeñada por los trapiches, molinos operados con la fuerza humana o animal, en los cuales se molía la caña de azúcar para extraer el jugo y con este elaborar otros productos. El pasar de una actividad artesanal a pequeña escala por parte de los trapiches (aún vigentes en algunos poblados), a una actividad industrial como la de los ingenios azucareros condujo, al igual que sucedió con las fábricas textiles, a la transformación del paisaje y del modo de vida.

Tanto las fábricas textiles como los ingenios azucareros requerían de abundantes cantidades de agua para sus procesos. Así fue como la necesidad de riego de los cañaverales, junto con la particular topografía de lomeríos de la zona, demandaron propuestas creativas de solución al respecto. Se implementaron obras de ingeniería de riego como el sistema de acequias, canales y acueductos, respecto a los cuales Nolf, un químico extranjero conocedor del tema del riego en aquella época, quien durante una estadía de negocios en Tepic, particularmente en el ingenio La Escondida, mencionó lo siguiente:

Dudo que en ninguna otra parte del mundo, aun en California, donde el riego es de lo más adelantado, haya algo que se pueda comparar para tener una idea de esta colosal empresa. Basta decir que las acequias, arquerías y tubos de acero instalados para dicho riego forman el asombroso total de 50 kilómetros de largo (López, 1996, en López, 2007: 32).

Lo anterior da cuenta de la magnitud de la transformación física y social que se presentó en la región. Tras la llegada de los ingenios y las grandes extensiones de cultivo de caña, se hizo necesaria la mano de obra temporal lo cual, hasta la actualidad, atrae a personas provenientes principalmente de regiones serranas, mayormente indígenas, que llegan a estas tierras para trabajar en el corte de la caña. El cultivo de esta planta vino a transformar el paisaje y la dinámica social, fenómeno que no hubiera sucedido de no haber sido por la abundante agua que ofrecen el río Mololoa y los manantiales.

En lo que respecta a la energía eléctrica, ésta se comenzó a generar en el año de 1906 en la planta hidroeléctrica de Tepic, ubicada en el trayecto del río conocido como el punto, aguas abajo, en las afueras de la ciudad. Con su operación, las fábricas textiles, los ingenios azucareros y en menor medida la ciudad, contaron con energía eléctrica (Luna, 2014). Acciones como la construcción de esta planta hidroeléctrica, junto con pequeñas presas que se construyeron en distintos puntos del Mololoa y otros ríos, fueron precedentes de lo que sería la construcción de las tres grandes presas hidroeléctricas que actualmente operan en el estado de Nayarit: Aguamilpa, El Cajón y La Yesca, a lo largo del cauce del Río Santiago.

Ya avanzado el siglo XX, el río fue objeto de las primeras acciones de limpieza de su cauce. Estas generalmente se realizaban desde el puente de San Cayetano, al oriente de la ciudad, hasta la presa de Jauja (la que se supone se encontraba en el actual cruce con la calle de Querétaro); sin embargo, junto con los trabajos de limpieza también se empezaba a considerar la rectificación del cauce. Esto en un trayecto de unos doce kilómetros a su paso por la ciudad, con el propósito de desecar los pantanos y humedales existentes, bajo el argumento higienista de evitar enfermedades palúdicas atribuidas a los acuíferos, asegura Luna (2014).

El proyecto se concretó y en el año de 1973 dieron comienzo los trabajos de rectificación. Esto incluyó la instalación de un colector de aguas negras a lo largo de la margen izquierda, desde la zona de ciudad industrial hasta el poblado La Escondida, donde se construyó la primera planta de tratamiento. La descripción que hace Pérez sobre el trayecto original del río Mololoa, ayuda a contextualizar y entender mejor la magnitud y la razón de la rectificación:

En su principio corre este río de S. á N. pasa bajo el puente de San Cayetano, que está al E.S.E. á 9 kilómetros de la ciudad de Tepic, en el camino que parte de esta ciudad a la de Guadalajara, luego da vuelta su corriente hacia el O. y viene a rodear las orillas de Tepic, en la parte comprendida entre el E. y el N. regando y fertilizando los terrenos inmediatos (1894: 62).

Antes de ser rectificado y canalizado, morfológicamente el cauce del río era del tipo meándrico, es decir, que en su trayecto presentaba flexiones u ondulaciones conocidas como meandros (Lugo, 2011: 262). Curvas bruscas y cerradas, causadas por los suaves lomeríos distribuidos sobre la planicie del Valle de Matatipac. En específico, los del río Mololoa en la zona del valle eran meandros libres, propios de “los ríos poco profundos [con] una llanura de inundación considerablemente ancha [que] cambian constantemente su configuración y posición, principalmente durante las avenidas” (Lugo, 2011: 262).

De acuerdo con las condiciones morfológicas del río se entiende, aunque no necesariamente se justifica, el porqué de su rectificación. Un cuerpo hídrico con esas características fácilmente entra en conflicto con la mancha urbana pues ambos, río y ciudad, compiten por el territorio. La rectificación y canalización del cauce original, natural, fue una acción sustentada en criterios urbanísticos funcionalistas, higienistas y mercantilistas; una decisión gubernamental centralista tras la cual, como acusa Luna (2015), las tierras rescatadas luego de la rectificación fueron usurpadas por familias que no necesariamente estaban necesitadas de un pedazo de tierra. Sólo resta decir, que contrariamente a lo que se pensó, después de esta intervención no desapareció completamente el cauce original y es por eso que en la actualidad ambos cauces coexisten como si se tratara de dos ríos.

1.2 Estudios e investigaciones locales previas

En el ámbito local se han hecho estudios e investigaciones, tanto académicas como institucionales, acerca de la región, la cuenca, la ciudad y, en menor medida, específicamente sobre el río Mololoa. Estos referentes, no obstante el traslape entre ellos, pueden clasificarse de acuerdo con cuatro enfoques: geográfico, ambiental-higienista, histórico y urbanístico.

Dentro del enfoque geográfico el primer referente es Pérez (1894), quien a finales del siglo XIX, por encargo del general Leopoldo Romano, hace una descripción geográfica del entonces llamado territorio de Tepic. En el texto, además de hacer

algunas menciones sobre el río Mololoa, el autor señala que “el territorio de Tepic no ha sido apreciado, ni considerado debidamente, ni se ha hecho justicia a sus méritos, ni ha llamado la atención de un modo favorable, sino, más bien, y a veces, de un modo repulsivo, por una sola razón, y es: porque no se le conoce” (Pérez, 1894: 2).

Poco después, Barrios de los Ríos (1908) escribe *Paisajes de Occidente*, un documento proveniente de la Geografía Física pero con influencia de la Humanística, aunque sin referirlo como tal. El autor, más como explorador que como viajero, emprende un recorrido a caballo desde la ciudad de México hasta la costa nayarita y, bajo un estilo de escritura tipo literario, hace narraciones descriptivas sobre los paisajes que a su paso encuentra. En sus relatos destaca el Río Santiago y la relación que con este elemento mantenían las personas que vivían junto al cauce en distintas localidades, especialmente Santiago Ixcuintla y la isla de Mexcaltitán. Al pasar por Tepic hace referencia al cerro de San Juan, al Volcán Sangangüey, al lomerío que había en la zona y a la configuración morfológica de la ciudad; sin embargo, en estas descripciones genéricas está ausente el río Mololoa.

Quien también hace una aportación es Parkinson (1923). De manera similar a sus antecesores, en su “Compendio de Geografía Física, Política, Económica e Histórica de Nayarit”, como el título lo señala, hace descripciones físico-geográficas y estadísticas sobre el estado en general; sin embargo, el río Mololoa sólo aparece como referente secundario. Ya en el siglo XXI, Vivanco, Bojórquez, Murray, Nájera, Hernández y Flores (2010) hacen una caracterización física de los suelos que conforman la cuenca Mololoa. Mientras que Ávalos, Flores y Marceleño (2015), desde un enfoque regional y bajo metodologías paisajísticas-estadísticas, hacen una caracterización de la cuenca a partir de variables que comprenden aspectos físicos, biológicos y sociales.

Como se aprecia, desde el siglo XIX el objetivo que han perseguido los estudios geográficos es describir fracciones del territorio y aportar información genérica. Como parte de su método se apoyan en la estadística, la demografía y la

cartografía, entre otros recursos utilizados por la Ingeniería y la Geografía Física. Lo que varía es la precisión de las herramientas y procedimientos de acuerdo con la disponibilidad técnica de cada temporalidad. Así, mientras los primeros trabajos utilizaban instrumentos manuales, no electrónicos, los más recientes hacen uso de herramientas computacionales, sistemas de información geográfica, fotografía aérea y satelital, por mencionar algunas.

Como parte del segundo enfoque, el ambiental-higienista, primeramente se presenta un trabajo hecho por encargo gubernamental. Se trata de la “Evaluación social del saneamiento del río Mololoa, Nayarit”, que en el año de 1997 elaboró el Centro de Estudios para la Preparación y Evaluación Social de Proyectos (CEPEP), del Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, por encargo del Gobierno del Estado de Nayarit, bajo la visión de formular un “megaproyecto para rehabilitar integralmente el río Mololoa”. No obstante manifestar ser integral y considerar lo social, el documento sólo aborda el río en términos de su afectación física.

Diez años después, Jáuregui, Ramírez, Espinosa, Tovar, Quintero y Rodríguez (2007) se enfocan en el deterioro del río y en el alto grado de sustancias tóxicas en el agua. Como causas, señalan la descontrolada descarga de aguas residuales y el insuficiente tratamiento de las mismas. Aportan soluciones remediales de ingeniería y concluyen que el problema de contaminación del río Mololoa se debe en gran medida a la falta de educación ambiental de la sociedad. En una escala más amplia, Nájera, Bojórquez, Cifuentes y Marceleño (2010) encontraron que el deterioro de los recursos naturales en la microcuenca Mololoa, en cierta medida se ha debido a los cambios de cobertura y uso de suelo, donde lo urbanizado ha sustituido a lo natural y eso ha repercutido en el río. Saldaña, Hernández, Messina y Pérez (2013), por su parte, estudiaron la manera en que los residuos sólidos urbanos que se generan en la ciudad contaminan al río. Algo común entre estos autores es evidenciar la contaminación del río, problema que incluso, ha sido divulgado en medios de comunicación

locales y nacionales (Narváez, 2007, Benítez, 2014, Notimex, 2014, Mejía, 2015, Gil, 2017, Juárez, 2017, 2017b, Reyes, 2017).

Un referente más es el documento que compilaron Marceleño y Nájera (2014). Éste concentra investigaciones acerca de distintos aspectos físico-ambientales del río y la cuenca, como la contaminación y los usos del suelo, además de hacer caracterizaciones geográficas. Los aportes provienen de las Ciencias Naturales (ciencias biológicas, agropecuarias, ambientales, etc.) y, aunque la componente social es considerada, se hace sólo a partir de datos duros y estadísticos, por ejemplo los demográficos.

Sobre el estudio de los riesgos de desbordamientos e inundaciones pueden citarse dos trabajos, uno académico y otro gubernamental. El primero es el de Ballinas (2014), quien desde la Ingeniería hace un estudio hidrológico, hidrográfico y fisiográfico del Valle de Matatipac, en el que analiza la condición de planicie de inundación que éste presenta. El segundo corrió a cargo del Honorable XL Ayuntamiento de Tepic (periodo 2014-2017) y es el Atlas de Riesgos del Municipio de Tepic, Nayarit (2014), en el cual se hace un diagnóstico amplio sobre las inundaciones y otros riesgos para la ciudad y la población, donde al final del documento se aportan posibles soluciones técnico-ingenieriles.

Tanto los trabajos geográficos como los ambientales higienistas están elaborados bajo rigor científico, a partir de datos duros, cuantificables y estadísticos. Como producto de ello, actualmente se tienen datos descriptivos y evaluativos que permiten contextualizar espacial y temporalmente al río, la cuenca y la región en términos físicos y geográficos. Mientras que, los estudios ambientales, evidencian la contaminación y otros problemas físicos del río los cuales, aunque no son el objeto que aquí se estudia, actúan como fundamento (motivación dura) para la investigación.

En lo que respecta al enfoque histórico, desde una visión decimonónica Santoscoy (1899) expone documentos que relatan aspectos de la entidad, a partir de la voz de viajeros, misioneros y otros actores. Muriá y López (1990), por su

lado, hacen un recuento histórico desde que Nayarit era el Séptimo Cantón de Jalisco, hasta que en 1917 se consolidó como estado libre y soberano. Mientras que Narváez (1993) escribe un breve compendio sobre algunas “Leyendas étnicas de Nayarit”, entre ellas, la leyenda sobre “Mololoa y Sangangüey”, una de las pocas representaciones literarias que da cuenta de la apropiación del río Mololoa como elemento simbólico.

Sobre Tepic y sus alrededores, Luna (1993 y 1999) escribe acerca de la historia urbana. Mientras López (1997 y 2007) y Aguinaga (2015) exponen pasajes y momentos históricos de la ciudad desde su fundación. Hacen mención del río y sus manantiales a partir de los usos del agua, así como de las fábricas e ingenios azucareros que dependían tanto del líquido como de la fuerza hidráulica que aportaba el Mololoa. Sobre la hacienda La Escondida (cercana a Bellavista) y su vocación cañera, Guerra (2014) hace un estudio en particular. En tanto, López (2000 y 2007), describe la historiografía del centro histórico de la ciudad de Tepic y en menor medida sobre otras zonas de la ciudad.

A escala regional, Luna (2000) realiza una descripción historiográfica de la región, con énfasis en el siglo XX. Luego Contreras (2003), desde la historia económica, hace un repaso de la actividad industrial y empresarial, particularmente del ramo textil, que en la región se desarrolló durante el siglo XIX y que en gran medida, como ya se explicó en otra parte del documento, se dio gracias a la presencia del río Mololoa como fuente de bienes y servicios necesarios para la operación de esta industria.

También enfocado en el siglo XIX, desde el campo de la historiografía, Ramos (2016) estudia la conformación del espacio urbano de Tepic en aquella época. Lo hace a partir de distintas coyunturas sociales, políticas y económicas que en su momento se presentaron, con referencia a la estructura urbana y a las obras de arquitectura más representativas que componían a la ciudad. Aunque de forma contextual, menciona al Mololoa y describe algunas prácticas que se llevaban a cabo en el río, entre ellas, la cacería de aves. Además, aunque sin ser

su objeto principal, hace alusión a algunos aspectos del paisaje urbano de Tepic y, someramente, distingue aspectos simbólicos sobre el río Mololoa.

Luna (2015) hace una descripción histórica sobre el Río de Tepic, nombre anterior al de Mololoa. Desde el título del documento, se hace referencia al “esplendoroso pasado” que tuvo el río, particularmente durante el siglo XIX y especialmente asociado al desarrollo económico e industrial de la ciudad y la región. Un desarrollo que, según se lee en las descripciones, al parecer fue benéfico especialmente para las oligarquías. Este documento es, quizás, el que con mayor profusión describe la historia del río y su relación con la ciudad y la región.

Respecto al enfoque urbanístico se presentan dos referentes. Uno es el de Pacheco (1997), quien desde la perspectiva económica hace un repaso sobre la manera en que históricamente se ha urbanizado la entidad. La autora pasa revista a las políticas nacionales que se han implementado en materia de urbanización y desarrollo, y hace énfasis en la posición que ocupa el estado de Nayarit como parte de la región occidente del país; sin embargo, en el documento no se hace referencia al río Mololoa.

El otro trabajo es el de Flores (2015), quien estudia la ciudad de Tepic con la inclusión de la urbanística, la urbanización y aspectos de la Arquitectura y la sociedad. Presenta una historiografía urbana del siglo XX, en el marco de la corriente arquitectónica del Modernismo, a partir de la condición de Tepic como ciudad media y provinciana. En la obra del autor el prólogo corre a cargo de Cairo (2015), quien entre otras cosas, deja ver la posibilidad de estudiar a la ciudad de Tepic a partir del enfoque de paisaje; sin embargo, eso no es considerado por Flores (2015) en el resto del documento.

Entre los trabajos históricos y los urbanísticos puede hacerse una reflexión comparativa. Dentro de los históricos, la mayoría hace énfasis en aspectos económicos, sociales y políticos, asociados al desarrollo, industrialización y comercio que se presentó durante el siglo XIX en la ciudad y la región. Mientras

que, en los trabajos urbanísticos, se estudia a la ciudad desde su condición material, planificada o no, así como espacio de interacción social. En general, en ambos tipos de estudios las principales técnicas que se utilizan son la consulta documental y el uso de cartografía urbana, como parte del método histórico. Además, se integran datos duros y estadísticos. Como parte de sus asertos, en algunos referentes se establece que el río Mololoa ha sido determinante en términos espaciales, económicos, políticos y sociales. Por lo mismo, dicen, representa un importante legado histórico y cultural para Tepic y la región. Con fines ilustrativos, en la tabla 1 se expone de manera concentrada el *corpus* de investigaciones y estudios consultados y analizados, con sus posturas epistémicas, enfoques teóricos y métodos utilizados.

Tabla 1. Estudios directos e indirectos sobre el río Mololoa

Estudios directos e indirectos sobre el río Mololoa				
Campo del conocimiento	Ciencias Naturales		Ciencias Sociales y Humanísticas	
Postura epistémica	Positivismo		Hermenéutica	
Enfoque	Geográfico	Ambiental Higienista	Histórico	Urbanístico
Método general	Científico-cuantitativo		Sociológico-cualitativo	
Método particular	Descriptivo, verificativo, estadístico, demográfico, cartográfico		Histórico, documental, bibliográfico	
Estudios directos sobre el río Mololoa		CEPEP (1997) Jáuregui <i>et al</i> , (2007)	Narváez (1993) Luna (2015)	
Estudios indirectos sobre el río Mololoa	Pérez (1894) Barrios de los Ríos (1908) Parkinson (1923) Vivanco <i>et al</i> , (2010) Ávalos <i>et al</i> , (2015)	Nájera <i>et al</i> , (2010) Saldaña <i>et al</i> , (2013) Ballinas (2014) H. XL Ayuntamiento de Tepic (2014) Marceleño y Nájera (2014)	Santoscoy (1899) Muriá y López (1990) Luna (1993) López (1997, 2000, 2007) Luna (1999, 2000) Contreras (2003) Guerra (2014) Aguinaga (2015) Ramos (2016)	Pacheco (1997) Flores (2015)

Fuente: elaboración propia.

1.3 Discusión; el río Mololoa en el ámbito público

El análisis de los antecedentes históricos permitió conocer, aunque de manera somera y general, las relaciones que en distintos momentos se han establecido entre el río y la ciudad y por lo tanto la sociedad. Desde lo consultado se deduce que el río Mololoa históricamente ha sido aprovechado básicamente con fines utilitarios y mercantilistas, sobremanera durante el siglo XIX y principios del XX, esto acorde con la idea occidental de desarrollo promovida por la Revolución Industrial y por las tendencias colonialistas. Este desarrollo, sustentado en la fisiocracia, condujo a la explotación de recursos naturales del río y la cuenca y derivó en problemas de contaminación, deterioro y riesgos de desbordamientos e inundaciones, entre otros. Se puede afirmar que el río, las riberas y la cuenca, históricamente han sido objeto de manipulación humana. Un proceso de antropización donde el Mololoa, como dice Luna (2015), después de haber brindado un buen servicio ha recibido “un mal pago”.

Si bien los referidos problemas no son nuevos, en los últimos años se han agudizado y por eso mismo han atraído la atención tanto del ámbito público como académico (que no deja de ser público). Respecto a lo público, se accedió a los posicionamientos de distintos actores sociales a través de dos vías: desde la experiencia personal de vivir en la ciudad de Tepic y desde los aportes que se hicieron en un foro consultivo ciudadano al que se asistió. En cuanto a lo académico, las reflexiones son producto de los estudios e investigaciones que previamente han sido analizados.

El foro consultivo referido se llevó a cabo el día 26 de octubre del año 2017, organizado por el H. XLI Ayuntamiento de Tepic, a través del Instituto Municipal de Planeación (IMPLAN), como parte del proceso de formulación del Plan Municipal de Desarrollo de Tepic 2017-2021 y tuvo como título: “Recuperación del río Mololoa”. El evento fue presenciado y las narraciones de los participantes fueron grabadas en audio, para luego ser analizadas e interpretadas. La delimitación entre actores sociales es difícil debido a que algunos de ellos oscilan

entre una y otra posición; sin embargo, se puede hablar de tres tipos de actores: institucionales (gubernamentales), colectivos ambientalistas y ciudadanos.

En lo que respecta a las instituciones, en los planes y programas públicos de los tres niveles de gobierno, la atención al río y su relación con la ciudad ha sido limitada o nula. No obstante la existencia de un marco legal y normativo, no se han solucionado ni controlado los problemas ambientales del río. A cambio, la intervención se ha limitado a la esporádica, superficial y mediática implementación de acciones de mantenimiento, reforestación, desazolve y limpieza, pero únicamente en las partes más visibles del río, particularmente en la zona céntrica de la ciudad. Mientras tanto, el reconocimiento histórico, cultural y simbólico del Mololoa, tampoco ha formado parte de la agenda institucional o ha sido sólo de forma discursiva.

Los colectivos ambientalistas, por su parte, han mostrado intenciones y desarrollado acciones para la atención de ciertos asuntos del río. Entre estos grupos está el Movimiento Ciudadano de las Márgenes del Río Mololoa, la Sociedad Ecológica de Nayarit y el colectivo Dignifica Tus Espacios, entre otros. Parte de sus intereses es la contaminación y a la preservación del ecosistema fluvial. En algunas ocasiones, cuando por motivos de desazolve del cauce se han hecho talas injustificadas de árboles, estos grupos han emergido y se han manifestado en contra de las instituciones, incluso por la vía legal. El caso más reciente se suscitó a principios del mes de Marzo de 2017, cuando la autoridad responsable de los trabajos, representada por la Comisión Estatal del Agua, argumentó que contaba con los permisos oficiales, a la vez que minimizó la magnitud de los daños que los quejosos referían. Las iniciativas de estos colectivos denotan un sentido de apropiación del río que trasciende a lo utilitario y entra en el campo de lo simbólico; sin embargo, sólo han sido reacciones emergentes y esporádicas que no han logrado transitar de la escala colectiva a la social, como posibilidad para incidir en la solución de los problemas.

A los ciudadanos, por lo menos a la minoría que asistió al foro, lo que les preocupa son principalmente las inundaciones y en menor medida la

contaminación. Hacen una crítica hacia la deficiente aplicación de las leyes y reglamentos, sanciones y multas, como medio para evitar la contaminación. Además, afirman, no obstante la existencia de visiones románticas sobre el río, lo prioritario es tener estudios técnicos para saber cuántas plantas de tratamiento de aguas residuales se necesitan o de qué manera se pueden evitar los desbordamientos. Para las personas que viven en zonas bajas, especialmente junto al cauce original del río, su principal preocupación son las inundaciones. Mientras que, escasos usuarios, mencionan que el rescate del río Mololoa debe obedecer a un proceso integral que comprenda aspectos paisajísticos, culturales, simbólicos e identitarios y que la atención no se dirija solamente a la contaminación y las inundaciones; sin embargo, quienes hacen este tipo de propuestas no manifiestan vivir en zonas de riesgo y, quizás por eso, sus intereses pueden ir más allá de lo utilitario y lo riesgoso que pudiera resultar el río.

Sobre el foro consultivo ciudadano al que se asistió puede hacerse una reflexión, de forma, que incluso podría extrapolarse a otros escenarios. Por experiencia, se observa que quienes asisten a estos eventos generalmente son los mismos actores sociales: representantes de los colectivos ambientalistas, escasos investigadores y académicos, funcionarios públicos quienes no queda claro si van por voluntad propia o porque fueron comisionados, y ciudadanos que tienen alguna representación en la colonia o lugar donde viven. Sin embargo, los que menos asisten son precisamente los *usuarios*; ciudadanos comunes quienes viven corpórea y cotidianamente los problemas y asuntos del río y que podrían aportar otras opiniones sobre el tema. Por lo tanto, se puede afirmar, que por más incluyentes que pretendan ser este tipo de foros, su alcance es limitado y sesgado y sólo permiten acceder a un conocimiento parcial sobre la realidad del tema en cuestión.

También pueden hacerse algunas reflexiones sobre los actores sociales como conjunto. En general, se advierten buenas intenciones pero sólo anecdóticas o sin sustentos teóricos sólidos. A la vez, se hacen propuestas para la solución y

remediación de los problemas pero no se plantean estrategias firmes para evitarlos o prevenirlos. Salvo excepciones, la atención al río Mololoa ha sido parcelada, confinada al ámbito de las disciplinas duras como la Ingeniería, la Ecología y las ciencias ambientales, donde el énfasis se ha hecho en lo utilitario y lo ambiental. Aunque hay quienes consideran que lo histórico y lo cultural asociado al río es importante, también dicen que lo es sólo de forma secundaria o complementaria. De hecho, sólo una minoría afirma que la solución a los problemas del río no tiene que venir exclusivamente de propuestas técnicas y que la atención no debe reducirse al desazolve del cauce y a la construcción de plantas de tratamiento de aguas residuales pues, aseguran, el río y la ciudad constituyen un fenómeno más complejo.

Precisamente por la complejidad que representa el objeto que se estudia, es conveniente considerar formas de aproximación al estudio del río y la ciudad, diferentes a las que hasta ahora se han realizado. Por si sola, la evidencia académica, institucional y mediática que se ha generado, no ha sido suficiente para solucionar los problemas ambientales del río Mololoa, ni para lograr su reconocimiento histórico-cultural. Los resultados que arrojan estas investigaciones tienen un limitado o nulo impacto social. Es uno de esos casos en los que, como señala Lezama, no obstante las evidencias científicas “un problema puede tener una existencia física, pero si no es socialmente percibido y asumido como tal, termina siendo socialmente irrelevante” (2004: 15). Al mismo tiempo, se confirma la aseveración que hace Flick cuando dice que “los hallazgos científicos no se llevan a las prácticas políticas e institucionales tanto como se esperaba” (2004: 17).

En esta búsqueda de alternativas de estudio y solución resulta útil citar un par de premisas. Una la hace Davidson, al asegurar que independientemente de la valoración histórica, cultural o patrimonial por parte de instancias especializadas, los “objetos, lugares y paisajes sólo adquirirán ‘valor universal’ cuando sean reconocidos como importantes por las comunidades locales” (2008: 319). La otra la hace Augé, al afirmar que “la cultura es lo que hay que invocar cuando se agota

la explicación funcional o determinista” sobre los fenómenos (1996: 18). De acuerdo con dichas premisas, se puede decir que las explicaciones funcionales y deterministas sobre el río Mololoa, si bien no necesariamente están agotadas, tampoco han incidido significativamente en la remediación de la problemática ambiental o de otro tipo. Por lo tanto, las explicaciones, comprensiones y posibles soluciones, tendrán que provenir de ámbitos distintos a los técnico-científicos, por ejemplo, el ámbito cultural que Augé (1996) sugiere invocar.

En sentido de lo que se ha expuesto, se puede afirmar que el río Mololoa no ha sido considerado como elemento intrínseco a la ciudad y a la cuenca. Condición que posiciona a Tepic en una situación similar a la de otras ciudades mexicanas en las que, como señalan González, Hernández, Perló y Zamora (2010), no se han considerado a los ríos como elementos integradores del espacio urbano. A cambio, aunque someramente, la aproximación a la ciudad entendida como paisaje es una posibilidad que se deja entrever en algunos documentos consultados (Barrios de los Ríos, 1908; Ávalos *et al*, 2015; Cairo, 2015; Ramos, 2016).

En este primer capítulo se han analizado los referentes generados en el ámbito local, lo cual constituye una primera parte de la problematización. Como producto de la reflexión, se ha propuesto estudiar al río Mololoa en su relación con la ciudad desde la dimensión social y cultural. Para ello, el paisaje se presenta como un enfoque alternativo que conviene considerar, pero no desde la Geografía Física y la estadística como lo hicieron Ávalos *et al* (2015), sino más bien desde el matiz fenomenológico y humanístico mediante el cual Barrios de los Ríos (1908) describe la geografía nayarita y la ciudad de Tepic. Por eso mismo, dichas directrices son exploradas y estudiadas en el siguiente capítulo.

Capítulo II. Espacio, paisaje, ciudad y río; fundamentación teórica

Como continuación de la problematización, en este capítulo se consulta el estado del arte más allá del ámbito local. Se analizan referentes provenientes de distintos campos disciplinares y se reflexiona acerca de los posicionamientos epistémicos, teóricos y metodológicos con que se manejan los autores, para después tomar el propio. El capítulo está estructurado en seis partes. Primeramente se analizan los aportes que se han hecho sobre el estudio del espacio, particularmente desde la dimensión social. Enseguida, con el espacio como base, se expone el concepto y enfoque de paisaje; sus orígenes, desarrollo y ámbitos de aplicación, como una manera alternativa de estudiar al entorno en general. Luego, desde el enfoque de paisaje, se analizan trabajos cuyo objeto de estudio es la ciudad, es decir, paisajes urbanos, y trabajos en los que se estudian ríos, o sea, paisajes fluviales. Enseguida se reflexiona y discute acerca del *corpus* de referentes analizado, con lo cual se termina de construir el problema y se formula la investigación.

2.1 Espacio

El espacio es tema que en los últimos años ha adquirido importancia, entre otras razones, porque “sigue teniendo un valor fundamental en la biografía de las personas y en la organización material (desigual) de las relaciones sociales” (Di Masso, Vidal y Pol, 2008: 383). Por ser objeto que permea en múltiples ámbitos de estudio, como clasificación general se puede hablar de dos tipos de espacio: físico y social. El espacio físico se refiere a lo material y tangible, por ejemplo el espacio geográfico, el espacio arquitectónico, etc. Inversamente, el espacio social es inmaterial e intangible y abarca expresiones como las de espacio de poder, espacio para el diálogo, entre otras.

Ante la dificultad de obtener una definición unitaria del concepto, se toma como base el aporte que hace Palacios, quien entiende al espacio como “una dimensión de la realidad material y no una realidad distinta, en donde pueden inscribirse objetos y procesos” (1983: 56). En el caso de la ciudad se hace referencia al espacio urbano, el cual puede ser público o privado. Flores utiliza la noción de “*lo público y lo privado* para referirse a su financiamiento o administración, mientras que *lo colectivo y lo particular o individual* se reserva para hablar de su utilización” (2013: 20). El que aquí se estudia es el espacio público el cual se materializa, por ejemplo, en las plazas, parques, jardines, etc., aunque, de acuerdo con Jacobs (2011) y Flores (2015), el espacio público por excelencia sería la calle.

Cuando está involucrado un río se habla de espacio fluvial, espacio ripario o espacio ribereño, entre otras expresiones. Éste se extiende en determinadas magnitudes hacia los costados o márgenes del río y conforma la llanura o planicie de inundación. Al encontrarse en la ciudad puede nombrarse espacio fluvial urbano (Iñiguez, Peña y Sicairos, 2015; Pellicer, 2001); y a la vez entenderse “como un espacio sociofísico, cruce de características físicas, de percepciones psicológicas y de significados sociales y culturales” (Valera, 2014: 99).

Morales (2013: 421) explica que los “objetos de la acción humana, tanto como las acciones, estarán siempre espacialmente localizados, y eso significa una necesaria interdependencia o mutua influencia entre espacio y acciones”. Una relación dialéctica donde el espacio incita a las personas a construir determinados significados y, al mismo tiempo, estos significados inciden en la forma en que las personas entienden, se relacionan y actúan en dicho espacio. Sobre esto, Barabas dice que el espacio no es inerte sino “actor partícipe en la construcción de significados culturales” (2013: 262). Mientras Casey asevera, que el espacio “tiene un sustrato de significaciones preexistentes, dado por la excepcionalidad de los fenómenos geográficos, que son aprehendidos por la sociedad y pasan a integrar simbolizaciones posteriores” (1996, en Barabas, 2013: 262).

En la actualidad el espacio se presenta como objeto de estudio multidisciplinar e interdisciplinar. Esto en gran medida porque “la creciente complejidad de los fenómenos que acontecen en las sociedades actuales reaviva la necesidad de crear puentes, de retomar teorías, métodos o perspectivas analíticas de otras ciencias, que ayuden a explicarlos y a estudiarlos” (Chávez, González, Ventura, 2009: 14). Es una tendencia que “se activa sobremanera con la posmodernidad, cuando se visualiza la relatividad del conocimiento, la heterogeneidad de las prácticas sociales y se rompe el discurso explicativo estructurador homogéneo heredado del positivismo” (Rosales *et al.*, 2006: 10, en Chávez y Checa, 2013: 9).

Como efecto de esta apertura posmoderna hacia la diversidad y heterogeneidad, el espacio adquiere nuevas y variadas acepciones. Al respecto, Chávez y Checa explican:

Se trata de un espacio resultado de las relaciones entre la sociedad, la cultura y la naturaleza, y de unas relaciones que derivan en su apropiación y su transformación a la velocidad que imponen los cambios sociales, los efectos globalizantes y la sociedad del conocimiento en la que estamos inmersos (2013: 10).

Aunque también hay que tener presente, como advierten Hiernaux y Lindón, que esa misma libertad de la que goza el concepto es la que “a veces diluye su verdadero sentido” (2006: 8, en Chávez y Checa, 2013: 10).

2.1.1 El espacio como objeto de estudio social

Como parte del cruce disciplinar, algunos autores reflexionan acerca de la histórica relación que se ha dado entre las Ciencias Sociales (Sociología, Antropología, Historia, etc.) y las ciencias que tradicionalmente han estudiado al espacio (Geografía, Arquitectura, Urbanismo, etc.). Uno de ellos es Giménez (2009, en Chávez *et al.*, 2009), quien comenta que las disciplinas que estudian el espacio progresivamente se han acercado y abrevado de las Ciencias Sociales; sin embargo, advierte que el acercamiento ha sido menor en el sentido

inverso. Es una relación no recíproca en la que, salvo excepciones, las Ciencias Sociales tradicionalmente han ignorado al “espacio como una de sus categorías fundamentales” (Sack, 1980, Harvey, 1998, Soja, 1998 y Santos, 1990, en Chávez *et al.*, 2009: 15); donde la teoría social “ha pasado por alto la espacialidad” de los fenómenos sociales (Soja, 1989, en Chávez *et al.*, 2009: 15). Es una situación en la que muchas veces las Ciencias Sociales “abordan sus respectivos objetos de estudio como si estuvieran flotando en un espacio sin dimensiones”, apunta Giménez (2009, en Chávez *et al.*, 2009: 14).

No obstante, esta desarticulación y no colaboración entre ambos campos disciplinares en los últimos años se ha matizado. Las Ciencias Sociales han incorporado moderadamente el enfoque espacial en algunos de sus estudios; sin embargo:

Requiere tiempo para que baje y se acepte en la comunidad académica de las ciencias sociales, ya que a pesar de que cada vez más los grandes proyectos académicos asumen un enfoque espacial, es poco frecuente que antropólogos o sociólogos, por ejemplo, citen o retomen planteamientos de sus colegas geógrafos (Chávez *et al.*, 2009: 15).

Inversamente, las ciencias que estudian el espacio, principalmente pero no exclusivamente la Geografía Humana, en los últimos tiempos han mostrado mayor apertura hacia la inclusión de lo social. Son estudios que, de acuerdo con Chávez *et al.* (2009), pueden llevarse a cabo al menos desde tres enfoques, no excluyentes sino complementarios: el social, el cultural y el humanístico.

El enfoque social estudia la relación o interrelación que se da entre sociedad y espacio. Es crítico y se aproxima al conocimiento de la realidad desde una postura comprometida socialmente. Por los fines que persigue y los temas que interesan (migración, movimientos sociales, etc.), el análisis se hace a escala social (macro) o colectiva, no individual. Como premisa considera que “los hechos humanos tienen en cuenta las condiciones físicas, pero no están

determinados por ellas” (Chávez *et al*, 2009: 16). Por eso mismo, más que el espacio físico, el que interesa a este enfoque es el espacio social.

El segundo enfoque, el cultural, en gran medida tiene su origen en la escuela inglesa de los Estudios Culturales, representada por Williams y Hall. El foco de atención es en la cultura, las relaciones territoriales, políticas e históricas, entre otras, cuya naturaleza colectiva (grupal) determina que la escala de estudio también lo sea. Parte de este enfoque es la Geografía Cultural, vertiente de la Geografía Humana, cuyo representante de origen es Sauer (Chávez *et al.*, 2009: 16).

Por último, como una forma de refrescar al enfoque cultural, el enfoque humanístico es trabajado por autores provenientes de la Geografía Humanística, como Tuan, Entrinkin, Relph, Samuels, Ley y Bttimer, entre otros. A diferencia de los enfoques social y cultural, el humanístico se centra en el sujeto y en menor medida en la colectividad. Atiende cuestiones experienciales, perceptivas y emocionales. “Busca valores, símbolos y significados [y se interesa en la] identidad y en la imaginación” (Chávez *et al.*, 2009: 17). Además, “remarca la diferencia, lo singular, y en relación con ello el lugar, la localidad y la región” (García, 1992, en Chávez *et al*, 2009: 17).

El enfoque humanístico es de interés particular para la tesis y por eso mismo se abunda al respecto. Como se comentó, uno de los principales referentes es Tuan (2007), quien en la década del 60 del siglo pasado aporta el concepto de “topofilia”. Con éste se refiere al “lazo afectivo entre las personas y el lugar o el ambiente circundante” (Tuan, 2007: 13); un lazo dialéctico, que se fundamenta en la experiencia personal. El autor es consciente de que el mundo es aquejado por graves problemas físico-materiales del entorno, como la contaminación y los riesgos ambientales; sin embargo, dice, son temáticas que “no tienen una relación directa con la topofilia [para la cual] el interés primordial se centra en la formación y el carácter de los valores y de las actitudes positivas” (Tuan, 2007: 12).

El autor sugiere “explorar, de forma ordenada, la percepción y evaluación del entorno por parte de la gente, así como el impacto del entorno en la gente” (Tuan, 2007: 8). Dice que si bien existen trabajos que han estudiado esta relación entre las personas y el entorno, estos se han realizado de forma intuitiva y aislada, no integrada. Contrariamente, afirma, la investigación debe ser un proceso sistemático y no sólo intuitivo por parte de quien investiga, pues asegura que “los hallazgos sistematizados son de inestimable valor porque dan precisión a las corazonadas del sentido común” (Tuan, 2007: 12). Para alcanzar lo anterior, como parte de su método, propone analizar cuatro categorías que solapadamente la gente establece con el entorno, éstas son: percepciones, actitudes, valoraciones y cosmovisiones.

2.1.2 La apropiación del espacio

El espacio, también ha sido estudiado desde el concepto de apropiación. Este “surge en psicología social y en psicología ambiental como diferenciación y matización crítica de otros cercanos (y más extendidos) como conducta territorial, privacidad, intimidad, apego (*attachment*) o personalización, entre otros” (Pol, 1996: 4). De acuerdo con Lindón, la apropiación del espacio es una “relación simbólica y afectiva en dicho espacio, que genera un sentido de pertenencia y lo convierten en lugar” (2002, en Ursino, 2012: 2). Esta relación es, según Turner, un tipo de identificación simbólica por medio de la cual “el sujeto y el grupo se reconocen en ese espacio [...] y se autoatribuyen las cualidades del lugar como formadoras de su identidad” (1990, en Ursino, 2012: 5).

Giménez y Héau (2007), por su parte, explican que el espacio luego de ser apropiado se transforma en territorio, al cual define como:

El espacio apropiado, ocupado y dominado por un grupo social en vista de asegurar su reproducción y satisfacer sus necesidades vitales, que son a la vez materiales y simbólicas [y advierte] aunque en ciertos casos ambas dimensiones pueden separarse, generalmente son indisociables (2007: 11).

El concepto de territorio, agrega Lamizet (2010: 159), “designa el espacio sometido a un poder, el espacio cuya identidad misma se funda sobre el poder que se ejerce sobre él”. Asociado al territorio está el geosímbolo, concepto propuesto por Bonnemaïson, para designar a los espacios, sitios, trayectos, territorios o paisajes que a las personas significan algo más que satisfactores de necesidades básicas utilitarias (1981, en Giménez y Héau, 2007).

Independientemente de que el producto sea entendido como lugar, como territorio u otro, los autores coinciden en que se trata de un espacio apropiado. Éste juega un papel fundamental en los procesos cognitivos, afectivos, de identidad y relacionales tanto entre individuos como entre grupos (Vidal y Pol, 2005). Dicho de otra manera, “el espacio apropiado es considerado como un factor de continuidad y estabilidad del *self*, de la misma forma que es un factor de estabilidad de la identidad y de la cohesión del grupo” (Ursino, 2012: 5). Apropiarse del espacio, dice Lefebvre, es “un acto complejo pero necesario de la apropiación de la vida misma” (1991, en Martínez, 2014: 9). En contextos urbanos, “la apropiación del espacio-lugar remite así, tanto al hecho físico de la ciudad (configuración urbana) como al conjunto de significaciones y relaciones implicadas en la vida social de la ciudad” (Martínez, 2014: 18); un “proceso dialectico por el cual se vinculan las personas y los espacios, dentro de un contexto sociocultural, desde los niveles individual, grupal y comunitario hasta el de la sociedad” (Vidal y Pol, 2005: 292); que además, fortalece y vertebrata el tejido social (Pol, 2002b, en Vidal y Pol, 2005).

La apropiación del espacio no es un hecho espontaneo, sino un proceso conformado por fases asociadas a las necesidades de vida de las personas. Desde la Antropología, Malinowski distingue tres niveles de necesidades: las básicas o psicobiológicas; las instrumentales, de origen cultural; y las simbólicas o integradoras, también de origen cultural (Martínez, 2005). De manera similar, desde la Psicología, Maslow construye una pirámide jerárquica en cuya base se encuentran las necesidades básicas y de supervivencia, como son la alimentación, el vestido o el refugio; mientras que, en la parte alta, se localizan

las necesidades simbólicas de tipo afectivo, espiritual, estético, etc. (Boeree, 2017). Ambos autores, Malinowski y Maslow, coinciden al afirmar que primero se tienen que cubrir las necesidades de niveles inferiores, antes de aspirar a satisfacer las que le siguen ascendentemente.

Pol (1996) explica que desde la Psicología Ambiental el estudio de la apropiación del espacio se ha guiado a lo largo de dos corrientes del pensamiento. Una es la angloamericana y otra la europea. La angloamericana se fundamenta en el paradigma positivista, es de origen institucional y surge como proyecto de Estado, bajo el cometido de encontrar soluciones a la problemática de habitabilidad asociada a hospitales, reclusorios, barrios, etc., la cual se comenzó a agudizar en la segunda mitad del siglo pasado. La segunda, la corriente europea, que es sobre todo francesa y alemana, está fundamentada en el paradigma fenomenológico y se origina en el seno de la Psicología Social a partir de influencias marxistas y culturalistas como la de Heidegger, Lefebvre y, por supuesto, el propio Marx.

Con base en la referida jerarquía de necesidades y desde una postura epistémica fenomenológica, para el estudio del proceso de apropiación del espacio Vidal y Pol (2005) proponen el modelo dual. Éste se compone por dos fases mutuamente determinadas: la de acción-transformación y la de identificación simbólica. La primera fase comprende los diversos actos utilitarios que en el espacio se realizan, mientras la segunda es aquella mediante la cual las personas se auto atribuyen las cualidades del espacio como definitorias de su identidad. El de este par de autores es un posicionamiento dualista, desde donde se afirma que dialécticamente y en determinadas proporciones, lo utilitario y lo simbólico se conjugan para constituir unitariamente la apropiación del espacio.

Heller (1987), por su parte, asegura que la apropiación no necesariamente es un proceso unitario sino que, separadamente, puede ser utilitaria o puede ser simbólica. La autora explica que la apropiación utilitaria la lleva a cabo el hombre particular y se presenta en el ámbito de la vida cotidiana, que es el lugar donde se sitúa su propio yo. Mientras que, la apropiación simbólica, es aquella mediante

la cual se transita de lo cotidiano a lo extraordinario; es decir, de lo elemental a lo trascendental, lo cual implica un acto de consciencia del mundo social, del nosotros, más allá del yo, acto que convierte al hombre particular en hombre específico o individuo.

2.1.3 Espacio y vida cotidiana; prácticas y tácticas

Asociado al espacio, el estudio de la vida cotidiana ha adquirido importancia. Para Heller (1987), el estudio de la vida cotidiana es importante porque es el ámbito en el que se reproduce, como ya se dijo, el hombre particular. Aquel quien desde su nacimiento está determinado por la cultura y por condiciones sociales concretas, a las cuales debe de adaptarse para poder sobrevivir. Por eso mismo, “ante todo debe aprender a usar las cosas, apropiarse de los sistemas de usos y de los sistemas de expectativas” (Heller, 1987: 20). Sin ser una afirmación universalista, quizás el principal aserto que hace Heller es asegurar que si bien existe la posibilidad de pasar de la vida cotidiana a la vida extraordinaria, “para la mayoría de los hombres la vida cotidiana es la vida” (1987: 26).

De manera más operacional, algunos autores estudian la vida cotidiana a partir del análisis de las prácticas sociales. Ursino (2012) menciona que a partir de este enfoque “se estudian las prácticas diarias que realizan los sujetos [...] sobre todo en la esfera laboral, la doméstica y la de interacción con el vecindario” (Ursino, 2012: 4). Margulis (2002: 521), por su parte, asegura que las “culturas y subculturas se manifiestan en las prácticas, que son su forma activa de expresión en la vida cotidiana”. Se trata de “prácticas materiales, de las cuales surgen nuestros conceptos del espacio y el tiempo, y que son tan variadas como el espectro de experiencias individuales y colectivas” (Harvey, 1990: 236). Así mismo, Lindón *et al* (2006, en Ursino, 2012: 3) señalan que los enfoques basados en la cotidianidad “son perspectivas que no aíslan dimensiones de la vida social ni olvidan al sujeto, sino que intentan comprender su punto de vista a través del discurso, de la observación próxima de sus prácticas”. Según lo expuesto, se puede afirmar que el análisis de las prácticas es inherente a los estudios de la vida cotidiana.

De acuerdo con De Certeau (1996), las prácticas cotidianas algunas veces adquieren la connotación de tácticas. Esto es, que más allá de los procedimientos ordenadores, planificadores y de poder, oficiales e institucionales, “existen minúsculos y cotidianos procedimientos populares que organizan el orden sociopolítico [...] prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural” (De Certeau, 1996: XLIV).

El autor hace distinción entre prácticas espaciales y prácticas significantes, donde ambas son organizadoras tanto del espacio como del lugar. Para De Certeau, “un lugar es el orden, cualquiera que sea, según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia [...] donde cada elemento ocupa su sitio e implica estabilidad”. El espacio, a diferencia del lugar, “carece de univocidad y de la estabilidad de un sitio propio” (1996: 129). Aunado a esto, de acuerdo con Merleau-Ponty, se puede afirmar que “hay tantos espacios como experiencias espaciales distintas” (De Certeau, 1996: 130); es decir, que en un mismo lugar acontecen simultáneamente distintas experiencias espaciales; distintas espacialidades.

De Certeau es enfático al decir que no se estudia al sujeto en sí mismo sino la manera en que éste actúa. Eso implica la detección de los usos y rituales cotidianos (prácticas y tácticas) que el sujeto implementa en un espacio determinado, para luego poder extraer sus esquemas de acción u operación, los cuales dan cuenta de la cultura en la que está inserto. Señala que estas tácticas cotidianas, oportunistas y astutas, no han sido estudiadas desde la ciencia tradicional, ya que usualmente “se cuenta lo que es utilizado, no las maneras de utilizarlo” (De Certeau, 1996: 41).

2.2 Paisaje

Con el espacio como sustrato, en los últimos tiempos, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo pasado, el paisaje se ha presentado como un enfoque alternativo para estudiar la ciudad, los ríos y el entorno en general. En este

apartado primeramente se analiza el concepto de paisaje, sus orígenes, desarrollo y campos de aplicación, especialmente desde las Ciencias Sociales. Enseguida se exponen y analizan referentes en los que, directa o indirectamente, declarándolo o no, se ha tomado al paisaje como fundamento para conducir estudios e investigaciones sobre la ciudad (paisajes urbanos), sobre ríos (paisajes fluviales) o, simultáneamente, ambos.

El concepto de paisaje tiene un origen poco definido. Mientras en la Grecia clásica “la conciencia del lugar cobraba tintes claramente pragmáticos y utilitarios” (Maderuelo, 2007: 14), en la Roma antigua se establecieron relaciones con el entorno que iban más allá de eso. Metafísicamente y mitológicamente, los romanos consideraban que ciertos lugares poseían un espíritu protector¹ (*genius loci*). Así mismo, en parte de la literatura romana, aunque sin nombrar al paisaje como tal, se habla de “el encanto de los lugares” (Maderuelo, 2007: 13). Mientras que, en grado superlativo, se hace referencia al *locus amoenus*, como “construcción tópica en la que aparecen una serie de elementos, como árboles, agua, sombra, cobijo [...] que configuran la imagen de un lugar apacible” (Fernández, 1996: 303, en Maderuelo, 2007: 15). Se puede decir que el *locus amoenus* corresponde, en gran medida, con la clásica concepción que en occidente se tiene del paisaje.

Fue hasta inicios del siglo XVII, a finales del periodo renacentista, cuando surge formalmente el concepto de paisaje. Eso a partir de que “los arquitectos construyen jardines para el recreo [...] los poetas se complacen en describir lugares, los artistas pintan vistas sin otro objeto que deleitarse en su contemplación y surge, por fin, una palabra concreta y específica para nombrar estas actividades” (Maderuelo, 2005: 13). De hecho la palabra paisaje, del alemán *landschap* y del inglés *landscape*, surge en primera instancia “como un

¹ Concepto predecesor al de espíritu de la ciudad que refiere Geddes (1960) o al de espíritu común que menciona Tönnies (1979: 49), los cuales, aseguran los autores, cohesionan a la sociedad y a la vez, como señala Wirth (1962), conforman la personalidad de la ciudad.

término técnico usado por pintores [el cual] remite a un observador y un paisaje pintado” (Hirsh, 1995: 2, en Jiménez, 2008: 246). Más tarde, en el siglo XVIII, el Romanticismo sería el movimiento que arraigaría la idea de fusionar inseparablemente la belleza al paisaje.

Así planteado, el paisaje se devela como una construcción subjetiva en la cual la experiencia estética (bella o no) juega un papel determinante. En este sentido, “muchas veces de forma poco consciente se ha asumido que una cierta valoración estética de los paisajes guarda una relación directa con la calidad de vida de la sociedad que en ellos se asienta” (Sunyer, 2014: 13). O sea que se da por hecho que existe una correlación positiva entre la calidad de vida y la calidad estética del paisaje. Como contrapeso, Sunyer (2014: 14) incita a “buscar, quizás, algunos indicadores fuera de la estética y más próximos a la ética y a la justicia”. Este deslinde de la belleza como condicionante del paisaje, para Maderuelo (2005: 17) no es suficiente. El autor va más allá, al proponer “deslindar [también] la idea de naturaleza del concepto de paisaje, con el fin de que términos como ‘paisaje natural’ no parezcan tautologías y que otros, como ‘paisaje urbano’ o ‘paisaje industrial’, no se consideren un contrasentido” (Maderuelo, 2005: 17).

Desde el Renacimiento, hasta la actualidad, el contexto europeo es el que mayormente ha adoptado al paisaje como objeto de estudio y, por eso mismo, desde allá han surgido los principales constructos conceptuales. De acuerdo con la Real Academia Española (2017), el paisaje es la “parte de un territorio que puede ser observada desde un determinado lugar”. Mientras que, el Convenio Europeo del Paisaje, hace referencia a “cualquier parte del territorio, tal y como es percibido por las poblaciones, cuyo carácter resulta de la acción de los factores naturales y humanos y de sus interrelaciones” (Mata, 2013: 595). A partir de estas definiciones, a la luz de otros autores, conviene hacer un ejercicio analítico de decodificación para así entender con mayor claridad el concepto.

Para Ruiz, Sánchez, Fernández, Sastre y Orejas (2008: 292), el paisaje se entiende como “la dimensión espacial de las formaciones sociales [...] síntesis de la variedad de manifestaciones producidas por la interacción entre el hombre

y el medio ambiente [y que como tal] contribuye a la formación de las identidades individuales y colectivas”. Martínez (2016: 36), por su parte, establece que “la condición cultural del paisaje es su misma sustancia [...] y da lugar a que pueda residir en él la identificación de un pueblo”. En tanto que, Giménez (2005: 15), entiende al paisaje “como espacio concreto cargado de símbolos y de connotaciones valorativas, que funciona frecuentemente como referente privilegiado de la identidad socio-territorial”.

Sin ser sinónimos, el paisaje guarda estrecha relación con el territorio. Mientras Giménez y Héau (2007: 8) asumen al paisaje como “condensación metonímica del territorio”, Martínez (2016: 13) explica que “hay abundancia de miradas que no entienden nada más allá de los campos pragmáticos de los territorios y no alcanzan a ver en ellos lo que realmente es un paisaje”; a la vez que reconoce, que “el paisaje se formaliza necesariamente sobre un sistema territorial [...] pero no es el territorio [sino] una categoría superior” (Martínez, 2016: 35).

Desde una visión sistémica, Barragán explica que el paisaje se constituye por dos conjuntos de elementos: el sistema natural y el sistema cultural, los cuales “muestran el grado de ‘dominación’ o peso relativo” de uno sobre el otro (2008: 163). De manera similar, Sunyer afirma que el paisaje “es producto de la dialéctica que se establece entre la naturaleza, la cultura y la sociedad” (2014: 12). Mientras Cairo dice que “el paisaje es ante todo un ámbito de interconexiones, y su estudio nos permite desvelar relaciones, sociales y entre naturaleza y sociedad, que a menudo quedan oscurecidas” (2015: 19).

Avanzando en el desarrollo del concepto, Lazkano (2007) dice que para poder referirse al paisaje, un componente fundamental es la mirada. Mata (2013: 594), por su parte, señala que “el paisaje es, ante todo, resultado de la relación sensible de la gente con su entorno percibido”. Mientras Maderuelo (2005: 38) afirma que “es necesario que exista un ojo que contemple el conjunto, y que se genere un sentimiento que lo interprete emocionalmente”. Ya que el paisaje es un “constructo mental que cada observador elabora a partir de las sensaciones y

percepciones que aprehende durante la contemplación de un lugar” (Maderuelo, 2010: 575).

En el ámbito académico de las Ciencias Sociales, el paisaje es “una categoría relativamente reciente” (López y Ramírez, 2014), que ha despertado un “interés creciente” (Palma, 2008: 195). Esto sobre todo porque “la gran característica del tema del paisaje es su interdisciplinariedad, ya que constituye una actividad interpretativa y creativa que no está sujeta a un campo homogéneo, sino que su condición es, precisamente, la transversalidad” (Montaner, 2007: 202). De hecho, “en el paisaje esos componentes que disociamos por nuestras especialidades no sólo están juntos, sino también trabados” (Martínez, 2016: 42); por lo tanto, “la separación por disciplinas establecidas resulta innecesaria y, en el caso del paisaje, hasta contradictoria” (López, 2009: 12). Como parte de esta imbricación, Jiménez (2008: 245) recomienda, al estudiar el paisaje, no separar lo tangible de lo intangible, pues con ello se disgrega su integridad.

2.2.1 Distintas aproximaciones al estudio del paisaje

Como se aprecia, es difícil pretender acuñar una definición universal del concepto de paisaje, en gran medida debido a su origen a partir de antagónicos puntos de vista epistemológicos. Maderuelo (2005) distingue tres ámbitos desde donde se gesta el concepto de paisaje: por un lado está el origen positivista aportado por las Ciencias Naturales; por otro se encuentra el origen artístico; mientras que, desde una posición intermedia, están “las ciencias humanas y ciertas ramas de la Geografía que, desde los años sesenta del pasado siglo XX, aceptan algunos grados de subjetivismo como variables de trabajo” (Maderuelo, 2005: 9).

Hernández (2014: 284) también hace una clasificación y distingue cuatro enfoques desde donde históricamente se ha considerado al paisaje: el artístico, el científicista (naturalista), el culturalista y el patrimonialista. El enfoque artístico (esteticista), como ya se dijo, tiene su origen formal en el periodo del Renacimiento. El enfoque científicista se gesta al seno de las Ciencias Naturales, particularmente a partir de los trabajos de Alejandro de Humboldt (siglos XVIII-

XIX), quien se interesó menos en la antecesora visión artística y más en la concepción naturalista. El enfoque culturalista surge en la segunda mitad del siglo XX y concibe al paisaje como un medio para analizar “las relaciones materiales entre la cultura y la naturaleza” (Hernández, 2014: 284). El enfoque patrimonialista está relacionado con las “políticas encaminadas a gestionar, conservar paisajes y ordenar el territorio” (Jellicoe, 2004; Zoido, 2006; Martignoni, 2008, en Hernández, 2014: 285). Este interés patrimonialista representa una política intervencionista, en parte mercantilista, que agrega un calificativo al vocablo y concibe a los paisajes como paisajes culturales.

2.2.2 Paisajes culturales y paisajes cotidianos

El concepto de paisaje cultural es constructo reciente. Humbert (2008: 176) explica que es un concepto que oficialmente han adoptado algunas instancias como la Comunidad Europea, desde 1983, o como “la UNESCO, que a partir de 1978 reserva cada día un lugar más importante, al lado de los bienes culturales de mayor fama (monasterios, iglesias, monumentos diversos), a conjuntos paisajísticos mucho más amplios, como los cascos antiguos de ciudades”, entre otros ejemplos. Oficialmente el término fue acuñado por la UNESCO en el año de 1992, como una nueva categoría para la clasificación del patrimonio de la humanidad y, desde entonces, el vocablo “cultural” es un complemento que en los últimos años ha sido utilizado para referirse a aquellos paisajes que gozan de algún tipo de protección patrimonial.

El concepto de paisaje cultural considera no sólo a un objeto o edificio aislado, sino además al entorno que lo circunda. Es producto de las “dinámicas de acción y respuesta mutuas entre la naturaleza y la cultura” (Thiébaud, García y Jiménez, 2008: 13); es decir, un “conjunto de elementos de origen natural y cultural integrados en un espacio geográfico continuo, asociados a la actividad económica, social, política o ideológica de un grupo humano” (Jiménez, 2008: 247). Espacialmente se presenta como “escala intermedia entre el sitio y la región” (Gándara, 2008: 232) y a la vez como “categoría intermedia entre las de patrimonio cultural y patrimonio natural” (Sunyer, 2014: 16).

La iniciativa de la UNESCO respecto a la patrimonialización de los paisajes ha sido criticada. Especialmente durante la cuadragésima *Convención del Patrimonio Mundial*, en Florencia, Italia, en el año 2012 bajo el tema: “La protección internacional de los paisajes” (Sunyer, 2014: 16). Allí se cuestionó “el sentido elitista con el que se había pretendido preservar unos paisajes por encima de otros” (Humbert, 2008: 177), lo cual no sólo desprotegía, sino que desestimaba a los paisajes cotidianos.

Los paisajes cotidianos son los comunes, no patrimoniales. Y es que cuando se habla de objetos o bienes patrimoniales, generalmente se hace referencia a su importancia histórica, cultural, artística o estética, por ejemplo, edificios históricos, templos, monumentos, obras de arte, etc. No obstante, “una tendencia reciente propone que [también] se tomen en cuenta objetos mucho más humildes [...] porque representan testimonios de formas de vida y de ordenamiento del espacio” (Humbert, 2008: 176).

Hernández (2014: 284) menciona que, “mientras hay paisajes valorados por su vistosidad, existen otros a los cuales debería enfocarse la mirada científica y gubernamental para reconocer entre otros valores [...] su importancia en la formación del tejido social”. Precisamente, Como menciona Davidson (2008: 320), “la herencia cultural que nos rodea y que todos reconocemos es una mezcla de lo cotidiano y lo especial”.

Estos paisajes cotidianos adquieren connotación especial en las ciudades. Al respecto, el Convenio Europeo del Paisaje establece que éste abarca a “‘todo el territorio’, incluidas las ‘áreas urbanas y periurbanas’, comprendidos no sólo los lugares sobresalientes sino también ‘los paisajes cotidianos o degradados’” (2008, en Zoido, 2012: 6). En esos términos, explica Hernández, los paisajes pueden ser vistos como herencias culturales; “paisajes vivos, los cuales se construyen en la cotidianidad” (2014: 283). Es precisamente la vitalidad que se presenta cotidianamente, día con día, la que aporta valor cultural a los distintos paisajes en la ciudad.

2.3 Paisaje y ciudad; el paisaje urbano

El estudio de la ciudad, en su relación con la sociedad que la construye y la habita, se ha realizado desde distintos enfoques. Aquí se exponen y analizan referentes que, de manera directa o indirecta e incluso sin declararlo como tal, han estudiado a la ciudad bajo un enfoque paisajístico o similar. Los trabajos resultan difíciles de clasificar, precisamente porque entre ellos son comunes los traslapes en cuanto a enfoques, teorías y métodos. No obstante, se opta por ordenarlos de acuerdo a tres enfoques: urbanístico perceptual, antropológico cultural y simbólico imaginario.

2.3.1 Enfoque perceptual

Por ser uno de los primeros teóricos de la ciudad, como punto de partida se hace referencia a Geddes (1960). Posicionado en los inicios del siglo XX, bajo influencia del darwinismo positivista decimonónico, este geógrafo y urbanista entiende a la ciudad como si fuera un organismo vivo que está en proceso de evolución. Según plantea, se trata de una postura histórico-evolutiva de tradición europea que, a diferencia de la norteamericana, no aborda el estudio de la ciudad exclusivamente a partir de lo actual, visible y tangible, sino que se remonta en el tiempo para poder descifrar sus orígenes, su evolución social y sus procesos vitales, para así tener un mejor entendimiento de su presente e incluso vislumbrar su futuro.

Como parte de este modelo evolutivo, el autor distingue una gran era industrial conformada por dos etapas: la paleotécnica y la neotécnica. La primera tiene que ver con el utilitarismo y el desorden y está asociada a la Revolución Industrial, a la explotación de recursos naturales y al planeamiento urbano concebido de forma unilateral, entre otras características. La segunda, a la que aún no se evoluciona, será la etapa del orden neotécnico en la que de manera eutópica todas las cosas estarán en el lugar correcto; una nueva era en la historia de la humanidad que demandará nuevas formas de estudiar y teorizar la ciudad, donde ésta será vista como una totalidad pero sin omitir su individualidad.

Si bien esta visión futurista en gran parte está construida sobre utopías, éstas no son entendidas por Geddes (1960) como algo negativo, sino al contrario, como constructos necesarios para guiar el pensamiento y la acción social. Así establece que la ciudad habrá de estudiarse sinópticamente, no sólo desde la mirada de los especialistas, sino también desde la de las personas que la viven y experimentan, de tal manera que pueda ser planificada, construida y reconstruida participativamente. Mediante este ejercicio se podrían tener, entre otras cosas, ciudades jardín, con escuelas al aire libre, donde las fábricas y talleres al interior de la ciudad fueran demolidos y sustituidos por áreas verdes, etc y, por ejemplo, fuera erradicada la deshonrosa costumbre de asolear la ropa en las calles y plazuelas públicas, señala Geddes (1960).

Por último, en términos metodológicos, el autor explica que para llevar a cabo un estudio de la ciudad que pretenda ser integral, se habrá de considerar tanto lo físico como lo social, lo inmaterial y lo subjetivo. Lo primero implica el análisis de la morfología urbana, la estructura física y en general la materialidad de la ciudad, mientras lo segundo se alcanza a partir de un ejercicio de imaginación reconstructiva del pasado, presente y futuro de la ciudad, el cual permita sacar a la luz la esencia e identidad que la hace única y diferente de las demás; es decir, develar el espíritu de la ciudad. Los planteamientos hechos por Geddes (1960), directa o indirectamente inspirarían a autores posteriores.

Bajo esta influencia geddesiana, como una manera de contrarrestar al positivismo dominante, a partir de la década del 60 del siglo pasado surgieron propuestas alternativas para el estudio de la ciudad. Lynch (1998) fue uno de los primeros teóricos que trabajaron la ciudad desde la dimensión perceptual, sobre todo visual; es decir, la imagen de la ciudad. El autor establece que “todo ciudadano tiene largos vínculos con una u otra parte de su ciudad, y su imagen está embebida de recuerdos y significados” (Lynch, 1998: 9). Considera al “medio físico como variable independiente” (Lynch, 1998: 19), determinante de las conductas, actividades, desplazamientos y percepciones sensoriales de las

personas. Además, afirma, precisamente a través del estudio de estas percepciones es como se accede a las imágenes de la ciudad (Lynch, 1998: 19).

Esta imagen, entonces, es producto de la relación perceptual entre el observador y su medio. Un proceso en el que quien observa, según sean sus intereses, “escoge, organiza y dota de significado lo que ve [por lo tanto] la imagen de una realidad determinada puede variar en forma considerable entre diversos observadores” (Lynch, 1998: 15). No obstante, esta variabilidad de percepciones e imágenes también puede encontrar consenso entre grupos de individuos quienes generarían imágenes colectivas, que más que las individuales, son las que interesan a Lynch y a los urbanistas.

Sean individuales o colectivas, las imágenes están constituidas por tres aspectos: estructura, identidad y significado. La estructura corresponde a la conformación físico-material de la ciudad (calles, edificios, etc.); la identidad tiene que ver, de manera más específica que la estructura, con la identificación de los rasgos, características y cualidades que distinguen a un objeto de los demás; y el significado, modo de relación no material con la ciudad, es aquel que el observador otorga al objeto generador de la imagen, el cual puede estar sustentado tanto en cuestiones prácticas como en aspectos emotivos de dicho objeto.

Para referirse al conjunto de elementos, propiedades y cualidades que conforman a la imagen de la ciudad, Lynch (1998) aporta el concepto de “imaginabilidad”. Ésta es definida como la “cualidad de un objeto físico que le da una gran probabilidad de suscitar una imagen vigorosa en cualquier observador de que se trate” (Lynch, 1998: 19). Al respecto, explica:

Una ciudad muy imaginable [...] parecería, en este sentido específico, bien formada, nítida, notable [...] sería una ciudad que pudiera aprehenderse con el tiempo como una pauta de gran continuidad, con muchas partes diferenciadas y nítidamente vinculadas entre sí [donde] el observador estaría bien orientado y podría moverse con comodidad (Lynch, 1998: 20).

Ahora bien, cuando la ciudad no es imaginable, puede llegar a serlo a partir de su transformación. “Técnicamente, podemos hacer paisajes completamente nuevos [...] es posible fortalecer la imagen mediante artificios simbólicos, mediante la reeducación de quien percibe o bien remodelando el contorno [donde incluso] al observador se le puede proporcionar un diagrama simbólico de cómo está dispuesto el mundo” (Lynch, 1998: 21-24).

Son cinco las categorías analíticas que Lynch (1998) asocia con las formas físicas de la ciudad: sendas, bordes, barrios, nodos y mojones. Las sendas son las calles, banquetas, senderos, etc., que conectan las partes de la ciudad y que la gente recorre. Los bordes son límites o líneas fronterizas, tales como avenidas, grandes bardas, cauces de ríos, etc., los cuales actúan como organizadores y zonificadores. Los barrios son áreas o zonas de la ciudad, que están más o menos definidas, son reconocibles y tienen cierta identidad. Los nodos son aquellos puntos de confluencia que estratégicamente concentran algún aspecto de la vida social. Por último, los mojones son objetos de referencia que sirven para orientar a las personas y para articular al resto de elementos; su importancia puede ser utilitaria o en algunos casos ostentar un valor simbólico, por ejemplo cuando se trata de monumentos urbanos.

Su método de investigación consta de dos fases. La primera se basa en la observación directa y sirve para reconocer sistemáticamente, aunque de manera superficial y subjetiva por parte de quien observa, la ciudad o zona estudiada a partir de la detección de elementos y la interconexión entre ellos, además de las debilidades o fortalezas que presentan. La segunda consiste en aplicar entrevistas a personas que tienen largo tiempo de habitar o trabajar en el lugar, para que expresen sus propias imágenes de la ciudad y del medio ambiente físico; se les pregunta sobre aspectos descriptivos, lugares importantes, etc. y se les pide que imaginariamente, con el apoyo de dibujos o bocetos, expresen los recorridos que habitualmente hacen en la ciudad.

El autor lleva a la práctica su propuesta en tres ciudades norteamericanas (Boston, Jersey City y Los Ángeles), para con ello:

Poner a prueba la idea de imaginabilidad y, así mismo, mediante una comparación entre la imagen y la realidad visual conocer qué formas determinan imágenes vigorosas [...] con la seguridad de que el análisis de la forma existente y sus efectos sobre el ciudadano es una de las piedras fundamentales del diseño urbano [...] el análisis se reduce a los efectos de los objetos físicos [no obstante ser consciente de que] hay otras influencias que actúan sobre la imaginabilidad, como son el significado social de una zona, su función, su historia e incluso su nombre [sin embargo, ello] es pasado por alto, ya que el objetivo consiste en develar la función de la forma en sí (1998: 25).

En sus resultados, como constante, encuentra que las personas:

...tienen bastante claridad en lo tocante a la fealdad del mundo en que viven, y de viva voz se expresan en cuanto a la suciedad, el humo, el calor, la congestión, el caos y aun la monotonía que hay en todo ello. Pero casi no tienen conciencia del valor potencial de un entorno armonioso [...] no pueden tener clara la noción de lo que puede representar un escenario como deleite cotidiano, como ancla permanente de sus vidas o como acrecentamiento del sentido y la riqueza del mundo (Lynch, 1998: 10).

En ese sentido, postula Lynch, “tenemos que aprender a ver las formas ocultas en la extensa desorganización de nuestras ciudades” (1998: 22).

También desde la Arquitectura y la urbanística, pero bajo un matiz más humanista, Cullen (1974) estudia perceptivamente el paisaje de la ciudad (*townscape*), específicamente, lo que él llama el “*arte del paisaje*” urbano (Cullen, 1974: 193). Desde su visión, a diferencia del campo, la ciudad ofrece mejores condiciones funcionales, confortables y estéticas e incluso, asegura, los conglomerados de edificios proporcionan:

...mucho mayor placer visual que el que nos da cada uno de ellos contemplado separadamente [ya que] en el conjunto de edificaciones se hallan presentes varios elementos cuya realidad es prácticamente distinta [...] imposibles de encontrar en un edificio aislado [y además] el espacio que se deja entre uno y otro parece como

si tuviera vida propia, una vida completamente aparte de la de los edificios que lo limitan (Cullen, 1974: 7).

Hace una crítica hacia las políticas canónicas y homogeneizadoras que se implementan al planificar e intervenir la ciudad. Y es que como producto de un desarrollo histórico impregnado de visiones y concepciones diferentes, en la configuración de la ciudad es común percibir “mezclas de estilos, materiales y proporciones [las cuales] constituyen su principal encanto” (Cullen, 1974: 11). Sin embargo, explica, esa idea de diversidad y contraste no es bien vista por los planificadores quienes proponen “desaparecer dicha mezcolanza [y] crear un nuevo escenario, con calles y avenidas de trazado lineal y edificios similares todos ellos en altura y estilo [...] crear simetría, equilibrio, perfección, concordancia y conformismo (Cullen, 1974: 11).

En la práctica, lo que hace es un detallado análisis morfológico del paisaje urbano. Por un lado, describe y caracteriza los espacios exteriores, edificios, infraestructura, anuncios publicitarios, etc. Por otro, analiza “la estructura del mundo subjetivo” (Cullen, 1974: 194), a partir de las percepciones, valoraciones e interpretaciones que se hacen del paisaje urbano; sin embargo, lo hace desde *su* propia subjetividad y no necesariamente desde la de otras personas que también viven la ciudad.

Un autor más es Bailly (1978), quien también estudia a la ciudad desde la dimensión perceptual y simbólica. Él hace una crítica hacia las posturas y modelos de corte evolucionista-darwinista que consideran a un ser humano ideal cuyas percepciones sobre el espacio son homogéneas. Por eso mismo, propone “llegar a conocer, en sus diversas escalas y por medio de distintos métodos, el modo como es percibida y vivida la ciudad”, el cual, afirma, es un enfoque que ha sido “poco utilizado en Urbanismo y en Geografía” (Bailly, 1978: 24).

Su principal premisa es que la forma de percibir un espacio es distinta entre las personas. Esto porque la información y los estímulos del medio, aunque sean los mismos que reciben las personas, no provocan reacciones idénticas entre ellas.

Es un proceso en el que las fuentes de información y los medios de comunicación, entre otros factores que forman parte de la experiencia de vida, juegan el papel de mediadores o filtros mentales entre las personas y el espacio al momento en que éste es percibido por aquellas.

Como parte del proceso, el autor dice que según sean las percepciones serán las actitudes hacia el espacio. Dicho de otro modo:

El espacio sólo existe a través de las percepciones que el individuo puede tener de él, las cuales condicionan necesariamente todas sus reacciones ulteriores [por lo tanto] es el estudio de estos fenómenos, desde la percepción a la actitud, lo que constituye el objeto de la geografía conductista [que junto con la Geografía de la percepción o más allá de ella] trata de captar en el medio urbano no sólo la percepción, las actitudes o los comportamientos, sino también, y sobre todo, los vínculos existentes entre el espacio y el conjunto de estos fenómenos [donde son precisamente] estos vínculos subjetivos del hombre con respecto a su medio, los que habrá que analizar, a fondo, si queremos comprender la 'imagen de la ciudad'. (Bailly, 1978: 17-21).

Entonces, de los vínculos o relaciones subjetivas que se presentan entre las personas y el espacio surge el sentido de lugar. Es un proceso mediante el cual se simboliza al espacio. Un "espacio simbólico que puede ser aprehendido a la vez mediante la comprensión de los mecanismos perceptivos (al nivel del individuo) y por el análisis del medio" (Bailly, 1978: 21).

Algo que también comenta Bailly es que la percepción de la ciudad no es algo estático, sino que "se basa cada vez más en una acumulación de informaciones percibidas en los desplazamientos" (1978: 22). Se refiere a los desplazamientos intraurbanos que realizan las personas; actos en los que entran en juego no sólo los lugares fijos, de origen y destino, sino también las rutas, trayectos, sendas, itinerarios, etc., así como el acto de caminar por la ciudad e incluso los medios de transporte.

Por último el autor distingue dos enfoques, ambos fenomenológicos, de acuerdo con la escala del área de estudio. El primero es trabajado desde la Geografía de la percepción y la Geografía conductista, como oposición a lógica positivista determinista. Se lleva a cabo a escala “microgeográfica”, es cognitivo y conductista, y su centro de atención son las percepciones y conductas individuales, que generalmente se estudian por fracciones del espacio urbano. El segundo enfoque se desarrolla desde la Geografía de la organización a partir de métodos “macrogeográficos”, en los cuales el análisis de las percepciones y comportamientos ya no se centra en los individuos sino en los grupos, a la vez que el estudio ya no se acota sólo a cierta(s) zona(s), sino a la ciudad en su conjunto.

Los trabajos que hasta aquí han sido expuestos, son precursores de estudios posteriores sobre la ciudad. Ya en el siglo XXI, Maderuelo (2009) afirma que “ahora cuando las teorías urbanísticas han caído en una profunda crisis, emerge un nuevo interés por la ciudad [bajo] la idea de contemplarla como paisaje urbano” (2009: 153), el cual es definido por el Convenio Europeo del Paisaje, como “cualquier parte del territorio urbanizado tal como lo percibe la población y cuyo carácter sea el resultado de la acción e interacción de factores naturales y/o humanos” (2008, en Zoido, 2012: 22).

Maderuelo explica, que más allá de la dimensión natural y material, el paisaje urbano es:

Un constructo mental que cada observador elabora a partir de las sensaciones y percepciones que aprehende durante la contemplación de un lugar [...] de la misma manera que el paisaje no es la naturaleza ni el territorio, el ‘paisaje urbano’ no es la ciudad, ni alguno de sus enclaves significativos, sino la imagen que de ella se destila, bien sea individual o colectiva (2010: 575).

Hablar de paisaje y paisaje urbano, entonces, es referirse a la interpretación de la realidad asociada al espacio y al territorio. Es una interpretación que está determinada por los factores físicos del paisaje, pero también por “factores

emocionales que tienen que ver con la formación cultural y con los estados de ánimo de quienes contemplan” (Maderuelo, 2010: 576). Son factores emocionales y culturales que no han sido considerados en los planes y proyectos urbanos y, por eso mismo, como parte de la globalización estandarizada, se han generado ciudades carentes de identidad, “rechazando la posibilidad de contener elementos simbólicos”, concluye Maderuelo (2010: 598).

Zoido (2012) menciona que el paisaje urbano ha sido poco atendido y muchas veces el término se confunde y equipara con los de imagen urbana o morfología urbana. Comenta que el paisaje cultural, si bien es un concepto más próximo, carece de la especificidad y precisión suficientes para referirse apropiadamente al paisaje urbano. Es una “insuficiencia o desvalimiento teórico, conceptual y metodológico del paisaje urbano” (Zoido, 2012: 6). Más allá de considerar a la ciudad sólo en términos morfológicos, el autor establece que:

El conocimiento de los paisajes implica el análisis o descripción de hechos objetivos (los distintos lugares o partes del territorio y sus componentes, así como su explicación causal, en la que se entrelazan factores naturales y humanos), pero para llegar a entender dichos espacios como paisajes es preciso conocer también las valoraciones sociales que de ellos se hacen y que encuentran su raíz en razones culturales que incluyen aspectos materiales e inmateriales; es imprescindible, por tanto, analizar y explicar la conformación de un determinado ámbito como territorio o espacio atribuido a un grupo humano que lo ocupa, lo aprovecha, lo modela y que, en su condición de espacio vivido, lo carga no sólo de significados utilitarios, sino también simbólicos (Zoido, 2012: 20).

Metodológicamente, el autor propone tres niveles analíticos del paisaje urbano. Primeramente, a escala de conjunto urbano y mediante la utilización de mapas y fotografías aéreas, se identifican los principales elementos estructurales y morfológicos, tanto naturales como artificiales que conforman la ciudad, para vislumbrar la zonificación, utilización y movilidad generales. Enseguida, ya al interior de la ciudad, son identificados los espacios libres, las construcciones perimetrales o contiguas, la vegetación y las obras de infraestructura. Por último,

como condición para poder hablar de paisaje urbano y no sólo de un estudio morfológico escenográfico, se analizan los usos, percepciones y valoraciones sociales que se hacen del espacio.

2.3.2 Enfoque antropológico

Para comprender mejor los aportes que se han hecho desde este enfoque, es conveniente que primero se reflexione acerca del concepto de cultura. Ésta es entendida, de acuerdo con Hall (2010), como el conjunto de descripciones de los procesos sociales, tanto históricos como actuales, que dan sentido a una sociedad; forma de vida que se construye a partir de las prácticas e interacciones sociales, donde los significados y valoraciones son diferenciados entre las personas, como producto de las relaciones y condiciones de vida que cada quien experimenta. Además, menciona, en el posmodernismo actual se da un “cambio de terreno de la cultura hacia lo popular: hacia las prácticas populares, hacia las prácticas de la vida diaria, hacia las narrativas locales y hacia la descentralización de las viejas jerarquías y las grandes narrativas” (Hall, 2010: 288).

En sentido similar, Williams (1989) asegura que la cultura no se restringe al bagaje de expresiones artísticas socialmente reconocidas, sino también a las experiencias de la vida cotidiana, lo cual incluye tanto a las personas y sus actos, como al contexto natural y el construido. Eagleton (2001) dice que la cultura es resultado de la dialéctica entre lo artificial y lo natural. Mientras Giménez (2003) explica que los conceptos de cultura e identidad son elementos estrechamente interrelacionados, donde la identidad se construye en función de la cultura; es la cultura interiorizada y, por lo tanto, una forma de conocer la identidad es aproximándose a la cultura.

Geertz (1973) propone la formulación de un concepto más operativo para el estudio de la cultura. Ello consiste en reducir, delimitar y categorizar las dimensiones del concepto, para así obtener un constructo más sólido y especializado; un concepto que no se quede en la abstracción ni en la complejidad en demasía, pues asegura, a causa de ello las cosas en vez de

aclararse se oscurecen. Explica que el concepto tiene muchas acepciones, una de ellas es la que refiere Kluckhohn, para quien la cultura es un “mecanismo de regulación normativo de la conducta” (en Geertz, 1973: 20). Mientras que, para el propio Geertz, la cultura es “una trama de significación” socialmente establecida, a partir de la cual las personas guían sus actos ya sea de manera individual o grupal.

Las conductas se traducen en acciones sociales, que es donde se articulan las formas culturales, es decir, la cultura emerge a través de las acciones sociales. Por lo tanto, si se quiere acceder a la comprensión de los sistemas culturales o simbólicos, habrá que estudiar las conductas y las acciones de las personas. Un ejercicio que es resumido por el autor en tres pasos: observar, registrar y analizar. Este análisis de la cultura no busca leyes, sino que, interpretativamente, lo que busca son significados (Geertz, 1973: 20).

Geertz (1973) dice que por antonomasia, el método de la Antropología Social y la Antropología Cultural es el etnográfico. Desde allí se estudian las estructuras de significado, a las cuales se accede primero desde una descripción superficial y luego a partir de una descripción densa. Por eso mismo, los datos pretendidamente puros y prístinos, en realidad son datos ya interpretados por parte de quien investiga y hace la etnografía. Son interpretaciones de segundo orden, tercer orden, etc.; es decir, dobles y triples hermenéuticas.

A partir de lo observado se hacen inferencias y luego, aunque presuntivamente, se extraen los significantes. Así es como se construye gradualmente el “marco inteligible” y explicativo del fenómeno estudiado (Geertz, 1973: 36) y se descubre el papel que juega la cultura en el proceso de construcción de la vida cotidiana de las personas. Por último, advierte Geertz, “el lugar de estudio no es el objeto de estudio. Los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian *en* aldeas” (1973: 33).

A partir de Geertz (1973) surgirían trabajos como el de Agier (1997), quien estudió la movilidad social y los cambios culturales en la ciudad de Salvador de Bahía,

Brasil. El autor explica que la ciudad se puede explicar y describir desde el exterior y desde su interior. Lo primero mediante el uso de cartografía (planos) y fotografías generales de la ciudad. Lo segundo a partir de trabajo etnológico (aunque más bien es etnográfico), lo cual incluye observaciones de las posiciones, redes e itinerarios de los individuos. De esa forma se detectan mediaciones sociales relacionales, distintos usos, significaciones y representaciones del espacio. Por último, sobre esta triangulación de técnicas, comenta: “la Antropología realiza la mediación entre el individuo y la ciudad, mientras los mapas representan sus contextos de interpretación” (Agier, 1997: 187).

Jodelet (2010), por su parte, distingue tres aspectos a analizar en el estudio de la ciudad y del espacio en general. El primero es la estructuración material del espacio de vida; el segundo tiene que ver con las prácticas que los sujetos desarrollan en dicho espacio, como una forma de apropiárselo y darle un sentido funcional-afectivo; el tercer aspecto se refiere a las significaciones que emergen de ese espacio de vida, las cuales remiten a la organización semántica, memoria histórica, características simbólicas y prácticas de uso y apropiación (Jodelet, 2010: 84-85).

Un autor más es Narváez (2011), quien llevó a cabo una investigación en “El Realito”, un barrio popular asolado por la inseguridad y la farmacodependencia juvenil, ubicado en Guadalupe, Nuevo León, México. Bajo una postura interpretativa, desde el Urbanismo y la Antropología Cultural, desarrolla un trabajo cualitativo basado en el método etnográfico, el cual ayuda a “revelar las sutiles relaciones que tienen lugar entre las formas sociales y las formas físicas construidas [además de que permite] hacer una descripción analítica de los grupos humanos en su ambiente” (Narváez, 2011: 11-12).

Operativamente hace triangulación de técnicas de investigación. Incluye recorridos de campo, observación participante y entrevistas semiestructuradas a informantes clave. Comenta que “tras lograr tener una idea más o menos clara de la estructura que se investiga, el científico puede proceder a indagar sobre la

realidad de cada segmento de la estructura, realizando observaciones más focalizadas o entrevistas a actores clave” Narváez (2011: 37). Junto con las entrevistas el autor aplica mapas mentales, mediante los cuales las personas expresan gráficamente los elementos que, desde su imaginario, constituyen su cotidianidad. En éstos se incluyen trayectos, rutinas, objetos y demás información significativa y representativa, como parte de la experiencia de vivir en el barrio, lo cual, afirma, abre “vías muy creativas para la interpretación” (Narváez, 2011: 52).

En sus resultados encuentra que en el barrio coexisten distintas e incluso antagónicas formas de relacionarse con los espacios públicos. En el caso de un parque, algunas personas lo usan recreativamente y le dan mantenimiento, otras lo invaden mediante construcciones, mientras unas más acuden a consumir drogas. También identifica elementos físicos, naturales y no naturales, que son representativos en el barrio. Como parte de los no naturales, además del parque, sobresale la iglesia, la calle principal y la estación de camiones de servicio colectivo, pues allí es donde se presenta mayor socialización. En lo que respecta a los elementos naturales destacan el río La Silla y el Cerro de la Silla, ninguno de ellos prístino.

Entre el río y el cerro, aparte de las distintas utilizaciones físicas, existen diferentes valoraciones y significaciones (asumidas por el autor como sinónimos). El río La Silla, elemento que define en un extremo el límite del barrio, actúa como frontera física y a la vez simbólica, pues del otro lado existe una zona habitacional más reciente y con distintas características físicas, sociales y culturales a las que presenta El Realito. Es un río que aunque recibió a los fundadores del barrio y tuvo importancia, actualmente es valorado negativamente y representa lo marginal. Eso no sucede de igual manera con el Cerro de La Silla, que se encuentra cercano al barrio. A diferencia del río, al cerro lo “consideran un bello elemento del paisaje que los hace sentirse orgullosos y hasta con *status*” (Narváez, 2011: 93). Esto lo transmuta en elemento simbólico y puede deberse, entre otras cosas, a que en los inicios del barrio el cerro “representaba la única

fuente de leña para cocinar y calentarse, por lo que esta relación-predilección podría ser también de carácter funcional” (Narváez, 2011: 93).

Finalmente, el autor menciona que en este tipo de trabajos etnográficos, las hipótesis, objetivos y metodología originalmente formulados, se van modificando conforme se presentan los hallazgos en campo. A la vez que advierte, sobre la pertinencia de indagar “paralelamente en lo material objetivo y en lo inmaterial subjetivo, como mitades complementarias de lo que denominamos la realidad” (Narváez, 2011: 17).

Ríos y Rojas (2012), en un estudio llevado a cabo en una plaza pública de Barcelona, España, destacan la relación que se da entre las personas y el espacio, donde “los significados y afectos” transforman a dicho espacio en lugar (Ríos y Rojas, 2012: 35). Un lugar que adquiere sentido cuando es “apropiado por las personas, quienes lo llenan con significados a través de sus vivencias, memorias, de sus prácticas sociales y urbanas” (Ríos y Rojas, 2012: 36). De tal manera que, al hablar de lugar, se hace referencia no sólo a la ubicación de un espacio sino también al sentido que este representa para las personas.

El concepto que operativamente funciona como categoría y que aglutina a los elementos observables es el de prácticas sociales. Los autores las definen como “*el hacer de las personas* y su relación con otras personas y con el espacio” (Ríos y Rojas, 2012: 36). Además, desde De Certeau (1996, en Ríos y Rojas, 2012: 36), utilizan el concepto de tácticas y aplican técnicas etnográficas como la observación participante y la descripción densa. Primero hacen una descripción y caracterización física general de la plaza y luego identifican las particularidades que ciertos lugares tienen en cuanto a las prácticas que se realizan.

En sus hallazgos detectan tres tipos de prácticas sociales: las asociadas al trabajo, sea formal, informal, regulado o prohibido, por ejemplo el ambulante; las relativas al tránsito cotidiano de distintos tipos de usuarios; y las vinculadas al turismo, comunes en esa zona de Barcelona. Detectan diferencias en cuanto a los usos para los cuales la plaza fue diseñada y los que realmente hacen las

personas; son usos y tácticas específicas que, contrariamente a lo que dictan las ordenanzas, “posibilitan la sociabilidad, el esparcimiento y la creación de vínculos con los demás” (Ríos y Rojas, 2012: 37). Ejemplo de estas tácticas es la venta ambulante, que al igual que otras, son prácticas prohibidas que también cumplen una función: la de “hacer un lugar propio” (Ríos y Rojas, 2012: 33).

Careri (2014) aporta un matiz sobre la técnica de observación, especialmente la no participante o directa. Explica que más que hacer observación localizada, o además de ésta, es conveniente recorrer la ciudad a pie, a modo de transurbancias, como una manera de identificar (fenomenológica e inductivamente) aquellas “categorías con las cuales interpretamos los paisajes urbanos” (2014: 15). El autor incita a salir y recorrer las calles, pues dice que el caminar es un ejercicio “estético capaz de describir y de modificar aquellos espacios metropolitanos que a menudo presentan una naturaleza que debería comprenderse y *llenarse de significados*, más que proyectarse y llenarse de cosas” (Careri, 2014: 20).

A manera de ensayo, Duch propone estudiar a la ciudad, “máxima expresión de la *presencia cultural* del ser humano en el mundo” (2015: 20), desde un enfoque antropológico cultural. Reflexiona acerca de la transición de lo natural hacia lo artificial que se materializa en la ciudad. Dice que ésta, si bien se concreta sobre un estrato natural, es un espacio artificial e histórico que se conforma y articula a partir de un tejido de relaciones culturalmente determinadas, las cuales, obedecen a diferentes formas de interpretación y significación, a veces armónicas y otras tantas inconciliables (Duch, 2015: 18-19). Dicho en otras palabras, el autor dice que las relaciones que establece la sociedad con la ciudad dependen de la forma en que ésta es significada; a la vez que afirma, que estas significaciones están determinadas por factores culturales. Por último, el autor aporta el concepto de *transmisiones*, entendidas como los factores que, positiva o negativamente, “constituyen las múltiples *relaciones* que se entretajan en la vida urbana de individuos y colectividades [sean éstas, relaciones] de *convivencia* o *malvivencia*” (Duch, 2015: 25).

Posicionado desde la Antropología Social, D'Hers (2017) presenta un estudio realizado en la ciudad de Caracas, Venezuela, en el contexto de la relación que ésta mantiene con el parque nacional El Ávila, una montaña que limita con la ciudad, que forma parte del paisaje urbano, y que es “objeto de admiración para sus habitantes” (D'Hers, 2017: 1867). Como parte del debate epistemológico de la separación naturaleza/cultura, el autor explica que en las ciudades, más que los elementos naturales, el protagonismo generalmente se lo llevan los objetos y creaciones culturales como edificios y monumentos. Cita los casos de Londres y París, con sus respectivos ríos Támesis y Sena, elementos naturales de importancia, pero no tanto como el simbolismo e identidad que aportan respectivamente el Big Ben y la Torre Eiffel.

De manera similar a autores anteriores, su enfoque es cualitativo, fundamentado en los imaginarios del paisaje, desde el método etnográfico. La técnica principal fue la entrevista estandarizada (estructurada), aplicada a 12 informantes clave adultos, distribuidos en distintas zonas de la ciudad y seleccionados de forma aleatoria. En el análisis de los datos detecta tanto constantes como excepciones, manifestadas por los informantes.

En sus resultados, el autor distingue tres tipos de percepciones y valoraciones de la ciudad. Un primer grupo de personas resalta el carácter positivo que la ciudad tiene gracias a sus condiciones naturales, climáticas y paisajísticas con la montaña como protagonista; un segundo grupo destaca, también positivamente, la vitalidad, dinamismo y condiciones de trabajo de la ciudad; mientras un tercer grupo, de manera negativa, piensa que la ciudad es caótica, insegura y violenta. En lo que respecta a la montaña, a diferencia de la ciudad, no se presentaron valoraciones negativas. Entre las cualidades de El Ávila, está la idea de seguridad y protección que brinda a la ciudad; otras se refieren a la majestuosidad que representa; mientras un tercer conjunto de narrativas considera a la montaña como un lugar para el escape, el refugio y la tranquilidad.

El autor encuentra que “la relación entre la montaña y la ciudad resurge como una construcción dialéctica” (D'Hers, 2017: 1872). Como producto de esta

relación, “El Ávila se constituye en un símbolo indispensable en la construcción social y cultural del gentilicio caraqueño, hasta el punto en que Caracas no puede ser pensada sin El Ávila, como tampoco El Ávila puede ser pensada sin la ciudad” (D’Hers, 2017: 1867). Finalmente, reconoce que “son muy pocas las ciudades como Caracas, donde un elemento de la naturaleza le roba el protagonismo al *skyline* del espacio construido y se convierte en símbolo que juega un papel importante en las construcciones de las identidades territoriales” (D’Hers, 2017: 1867).

2.3.3 Enfoque simbólico imaginario

Como parte de este enfoque, primeramente se presenta el trabajo Reguillo (1996), quien fenomenológica y hermenéuticamente estudió la dimensión simbólica de la ciudad. A partir de un estudio de caso, las explosiones del 22 de abril de 1992 en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México, analiza una situación de crisis social urbana, producto de un fenómeno catastrófico disruptivo. La autora se pregunta acerca de “los mecanismos y mediaciones a través de los cuales se construyó, se manifestó y se mantuvo la significación sobre el desastre” (Reguillo, 1996: 96), para lo cual analiza los modos en que diversos actores en situación², perciben, valoran, significan y actúan en la ciudad luego del acontecimiento.

Para comenzar, la autora distingue dos tipos de saberes en torno a los asuntos de la ciudad: los de los expertos y los de los ciudadanos comunes. Los primeros son dominantes e invisibilizan a los segundos; sin embargo, tal invisibilidad no quiere decir que no existan. Ambos saberes existen y juegan un papel en la construcción tanto física como simbólica de la ciudad.

Explica que la investigación es un proceso cuyo objetivo es la “transformación de la realidad en datos aprehensibles y cognoscibles, que buscan volver inteligible un objeto de estudio” (Reguillo, 1996: 93). Dice que “la investigación en ciencias

² Así nombra la autora a los actores sociales directamente involucrados con el fenómeno estudiado

sociales no puede contentarse con rumores, hay que avanzar decididamente al centro mismo del caos, al corazón de las prácticas” (Reguillo, 1996: 21); pues las prácticas cotidianas son medios que dan cuenta de factores superiores. Habla así, de una imbricación entre las prácticas y sus significados. Una relación conformada por “representaciones, normas, reglas y juicios del sentido común [mediante los cuales] los actores orientan y explican su acción” (Reguillo, 1996: 54). Por eso mismo, incita a aprender de esas “pequeñas estrategias cotidianas que ‘acrisolan’ [...] el orden social” (Reguillo, 1996: 23).

Metodológicamente se enfoca en los discursos y en las prácticas de los sujetos o actores sociales. Para ello, aunque sin manifestarlo como tal, hace uso de técnicas antropológico-etnográficas. Estas son la observación participante, entrevistas y diario de campo, las cuales son complementadas con el registro y análisis de video. En sus resultados encuentra que en la ciudad están imbricados los espacios físicos con los “espacios simbólicos” y que existe simultáneamente una dimensión objetiva y una subjetiva sobre el fenómeno que se estudia; saberes ocultos, que también se encargan de organizar y estructurar a la ciudad (Reguillo, 1996). Finalmente, asegura:

Junto a la realidad industrial, al desarrollo tecnológico, a los instrumentos de producción, a las instituciones de control, junto a las cifras y las estadísticas, a las decisiones y discursos oficiales, existen procesos simbólicos mediante los cuales los actores entienden ‘su’ ciudad, la nombran, se la apropian, la transforman, la segmentan, en una palabra la construyen simbólicamente para exorcizar el peligro, reducir la incertidumbre y dotar de sentido al conjunto de sus prácticas (Reguillo, 1996: 471).

Otro autor es Silva (2006), quien presenta un estudio llevado a cabo en dos ciudades latinoamericanas: Bogotá, Colombia y Sao Paulo, Brasil. Se trata del estudio de la ciudad vista como “lugar del acontecimiento cultural y como escenario de un efecto imaginario” (Silva, 2006: 25); es decir, el estudio de la ciudad imaginada y de los significados culturales. Ello en el entendido de que la ciudad y sus espacios son vistos como objetos simbólicos, que se construyen

imaginariamente a partir de un proceso de percepción, el cual incluye la selección y el reconocimiento de aquellos componentes de la ciudad que para las personas son importantes. Lo que hace, entonces, es el “análisis simbólico de la ciudad [...] a partir del análisis práctico de los imaginarios urbanos” (Silva, 2006: 97).

El autor dice que el significado y la valoración simbólica van más allá de las palabras y de lo evidente. “Las cosas existen, sin duda, pero dependen de las figuras que les da el pensamiento [y es precisamente eso] lo que las hace símbolos” (Silva, 2006: 92). En esos términos las personas, mediante el acto de pensar, son quienes determinan el simbolismo que puede o no tener un objeto físico. Además, afirma que existen circunstancias sociales cuyos efectos “producen reacciones imprevisibles o imperceptibles a la simple comprensión consciente, y entonces se hace indispensable buscar los motivos profundos que la ocasionaron”. Una búsqueda cuyo fundamento, si bien tiene su origen en el psicoanálisis, también puede implementarse en “el análisis simbólico de los acontecimientos urbanos” (Silva, 2006: 93).

Otra distinción es la que hace entre lo imaginario y lo simbólico. El imaginario por sí mismo no necesariamente es simbólico sino que necesita simbolizarse. “Lo imaginario afecta los modos de simbolizar de aquello que conocemos como realidad y esta actividad se cuele en todas las instancias de nuestra vida social (Silva, 2006: 96). Castoriadis incluso afirma que lo imaginario es el origen de todo orden social (1982, en Silva, 2006: 96).

Desde el imaginario se pueden distinguir dos ideas sobre la verdad. Estas son la verdad social y la verdad científica. Como parte del proceso imaginario, las personas construyen imágenes y representaciones sobre cosas que pueden o no existir en la realidad material (por ejemplo la imagen de dios); sin embargo, tales constructos no son considerados “mentiras ni secretos, pues muy por el contrario se viven como verdades profundas de los seres, así no correspondan a verdades comprobables empíricamente [...] son verdades sociales, no científicas” (Silva, 2006: 97).

De acuerdo con Silva (2006: 100), el estudio de los imaginarios como objetos a revelar transita tres instancias: el imaginario como construcción psíquica, enfocado en los sentimientos y mentalidades individuales; el imaginario como constructo mediado por factores como los medios de comunicación y el avance tecnológico; y el imaginario como construcción social de la realidad. Esta última instancia se refiere a los imaginarios sociales, los cuales se presentan como un medio para conocer distintos aspectos de la realidad social, incluida la ciudad.

De esta forma el objeto físico es la ciudad, mientras el objeto de investigación son los imaginarios urbanos. Más allá de la imagen o apariencia física, el autor menciona que la ciudad habrá de estudiarse a partir de tres aspectos: 1) desde sus elementos físico-materiales, tanto naturales como edificados; 2) a partir de los usos sociales y las expresiones urbanas; y 3) desde las descripciones y representaciones mentales que las personas elaboran.

Lejos de generalizar, el autor afirma que la construcción imaginaria de cada ciudad es única. Para acceder a ella, metodológicamente utiliza cinco técnicas: 1) registro fotográfico de los actos urbanos y su posterior interpretación; 2) registro escrito de distintos episodios en la ciudad y la ubicación de los mismos; 3) análisis de notas e imágenes periodísticas relativas a sucesos en la ciudad; 4) observación continuada, directa o externa por parte del investigador, para detectar posibles lógicas de percepción social sobre la ciudad; y 5) aplicación de encuestas, acompañadas de croquis urbanos, sobre las proyecciones imaginarias que los ciudadanos construyen sobre la ciudad. Es de señalar que, como parte del proceso, los imaginarios conllevan tanto sensaciones como percepciones, tanto memorias como sentimientos y tanto deseos como fantasías.

Sobre la encuesta, el autor la llama encuesta-conversación. Esta no es cerrada sino que incluye preguntas abiertas, en las que se otorga libertad a la expresión del recuerdo y las emociones. En su estructura la encuesta consta de tres partes: 1) datos de ubicación (categorías y datos fijos); 2) evocación de la ciudad (incluyen las metáforas, recuerdos, ensoñaciones, etc.; y 3) usos de la ciudad, recorridos y traslados. En las preguntas se indaga sobre los usos sociales y los

significados de la ciudad, incluso, sobre la percepción de los olores, los ruidos, los miedos, los peligros y la belleza, entre otras cosas. Así es como se detectan tanto patrones simbólicos de la ciudad, como micro-procesos imaginarios.

En los trabajos que han sido analizados, aun sin declararlo, en mayor o menor medida se estudia a la ciudad como parte del paisaje, es decir, como paisaje urbano. En esos términos, puesto que la tesis que aquí se realiza es sobre el río Mololoa, en las siguientes líneas se analizan investigaciones que tienen a un río como objeto de estudio.

2.4 Paisaje y río; el paisaje fluvial

Como ya se ha expuesto, el estudio del paisaje puede adquirir distintas especificidades según sea el perfil de la investigación y los objetivos que se planteen. Cuando en los paisajes el elemento principal es un río, se puede decir que se trata de paisajes fluviales. A su vez, cuando estos forman parte de la ciudad, pueden ser nombrados paisajes fluviales urbanos. En este apartado se analizan investigaciones que tienen en común el estudio de un río, tanto en contextos urbanos como no urbanos, aunque no necesariamente sea entendido como paisaje por parte de todos ellos. Los referentes se clasifican de acuerdo a tres enfoques: histórico urbanístico, ambiental evaluativo y antropológico perceptual.

2.4.1 Enfoque histórico

Desde este enfoque, el primer referente que aquí se presenta es González (1997), quién estudia el valor simbólico-religioso que el río Éufrates tuvo para el pueblo Hitita, durante la segunda mitad del II. Milenio A.C., en la antigua Mesopotamia. Mediante un ejercicio hermenéutico, el autor analiza e interpreta fuentes documentales y objetos físicos (tablillas de arcilla). Los resultados demuestran la importancia que tenía el río, el cual era aprovechado utilitariamente y actuaba como frontera física y política; sin embargo, más allá de esto, el autor destaca la condición simbólica del río. Concluye que, junto con el

Tigris, el Éufrates fue un río sagrado; lugar de culto, ritos y ceremonias, “símbolo del mundo de lo trascendente” (González, 1997: 11).

En el contexto mexicano, Alfaro (2011) estudió la relación que en distintos momentos se ha establecido entre la ciudad de Zacatecas, México, y el actualmente entubado arroyo de La Plata que divide longitudinalmente a dicha ciudad. Como parte de su método, además de la consulta cartográfica y documental, la autora hace recorridos y observaciones de campo desde un enfoque en la vida cotidiana, como medio para acceder al conocimiento de la realidad social. Concluye que la ciudad y el río históricamente se han organizado y transformado de manera mutua. El Arroyo de la Plata ha sido referente geográfico y elemento significativo para sus habitantes; elemento natural que ordenó, configuró y dio sentido a la ciudad desde su fundación, en términos espaciales, económicos y productivos, así como el principal elemento estructurador del artefacto urbano y objeto de apropiación utilitaria y simbólica. Un río que no obstante su contaminación, los habitantes se interesaban por ocupar sus márgenes, y ahora, aunque ya no es visible por estar entubado, aún sigue presente en la memoria de las personas.

Durán (2014), por su parte, llevó a cabo una investigación sobre el “Río San Marcos” a su paso por Ciudad Victoria, Tamaulipas, México. Posicionada desde el Urbanismo, la autora estudia la relación histórica que ha existido entre el río y la ciudad y la manera en que ambos elementos se han determinado entre sí. Además hace un diagnóstico de la situación actual del río, tanto en términos urbanísticos como ambientales, además de que hace propuestas para la intervención y mejora. Si bien la dimensión social es considerada, se hace de manera general, desde la historiografía, la demografía y la estadística.

Se basó en el método y categorías espaciales propuestas por Lynch para estudiar la imagen de la ciudad. El estudio lo acotó a la zona urbana, aunque aporta algunos datos a escala más amplia. Utilizó cartografía urbana histórica y actual, así como fotografía como medio de registro de datos visuales. Concluye en que el río ha sido una base estructural en torno a la cual se construyó y desarrolló la

ciudad, a la par de la economía y la cultura local. El Río San Marcos ha sido elemento vertebrador, articulador y cohesionador de la ciudad, señala la autora.

2.4.2 Enfoque ambiental

El enfoque ambiental, que en cierta medida es diagnóstico evaluativo, es trabajado por autores como Zoido (1995). El autor hace un diagnóstico sobre las políticas públicas que, en los últimos años, se han aplicado al manejo de los ríos urbanos en la región de Andalucía, España. Metodológicamente, primero hace una revisión de los instrumentos de planificación y luego un cotejo en campo. Entre otras cosas, detecta un distanciamiento entre lo que dicen los instrumentos y lo que en realidad acontece en las ciudades y los ríos estudiados. Con su trabajo, el autor visibiliza una disociación entre el Estado y la sociedad respecto a la concepción, valoración y manejo de los ríos urbanos.

Pellicer (2001), por su parte, llevó a cabo un estudio evaluativo de las políticas públicas que sobre planificación y ordenación de los espacios fluviales se han implementado en algunas ciudades mediterráneas (españolas y francesas). Desde el enfoque paisajístico, el cual concibe a los ríos a su paso por la ciudad como paisajes fluviales urbanos, es posible reconocer simultáneamente a la naturaleza y a la ciudad como dos elementos fusionados. Esta forma de aproximación es en parte cultural, pues dice, “el río se convierte en cultura cuando penetra a la ciudad [y se presenta como] fiel exponente de la calidad ambiental, de la eficacia de la gestión, de la cultura y civismo de sus habitantes y de la intensidad de los procesos especulativos” (Pellicer, 2001: 1).

A diferencia de la manera cuantitativa y racionalista desde la que tradicionalmente se han estudiado y planificado los ríos urbanos, el autor propone un acercamiento cualitativo, pues considera que:

Las riberas urbanas han de mirarse desde la inteligencia y desde la sensibilidad, para descubrir el verdadero significado de estos medios complejos, resultado de la interfaz de naturaleza y cultura, donde los procesos hídricos, geomorfológicos y

ecológicos se dan cita con factores sociales, económicos y elementos intangibles –simbólicos, estéticos y afectivos– de fuerte significación (Pellicer, 2001: 1).

Metodológicamente su investigación es documental. Hace una consulta de documentos históricos e instrumentos de planificación y ordenación, que sobre algunos ríos y ciudades mediterráneas se han realizado. Entre su hallazgos, de manera generalizada, detecta una primacía de los aspectos utilitarios por sobre las cuestiones simbólicas relativas a los ríos y los paisajes fluviales en las ciudades. Lo utilitario, dice, tiene que ver con la conversión de los otrora multifuncionales ríos en corredores o canales monofuncionales subsumidos por la urbanización y el desarrollo económico de las ciudades, lo cual, entre otras cosas, ha incentivado el riesgo de desbordamientos e inundaciones. Ante ello, dice, la respuesta por parte del Estado ha sido una planificación fraccionada y sesgada, que fundamentalmente ha atendido a la necesidad de evacuación de las aguas. “Mientras tanto la calidad de éstas, los valores paisajísticos y la vitalidad de los ecosistemas se ha degradado hasta extremos críticos”, concluye Pellicer (2001: 1).

Además de evaluativa, González, Hernández, Perlo y Zamora (2010) hacen una propuesta intervencionista asociada al rescate, restauración y rehabilitación del Río Magdalena, en la Ciudad de México. Los autores entienden al río como un sistema ambiental y a la vez social, factible de ser estudiado desde la teoría de sistemas complejos. Metodológicamente el trabajo es cuantitativo-cualitativo y encaja en los estudios del tipo investigación-acción. Aplicaron un modelo de planeación participativa y comunicativa a partir de la implementación de talleres en los que analizaron los conocimientos, aspiraciones, demandas y propuestas por parte de distintos actores sociales. Ello incluyó mapeos participativos, además de técnicas socio-antropológicas como son los recorridos de campo, las descripciones etnográficas, las entrevistas semiestructuradas individuales, además del trabajo con grupos focales.

Los actores sociales partícipes fueron diversos. Entre ellos están los académicos y científicos, tanto provenientes del campo de las Ciencias Naturales como de las

Ciencias Sociales, otro grupo fue representado por funcionarios públicos, mientras un tercer grupo fue el de ciudadanos en general. Respecto a este último, además de considerar a las personas que tienen estrecho contacto con el objeto o zona de estudio, los autores otorgaron importancia e incluyeron a ciudadanos que si bien no habitan o no llevan a cabo sus actividades cerca del río, manifiestan cierto interés en lo concerniente al tema.

Como parte de sus reflexiones, los autores advierten sobre la existencia de elementos mediadores que son determinantes de las significaciones que se hacen sobre el río. Explican que la relación de significación que se da entre el sistema social y el sistema ambiental, es decir, la significación que la sociedad construye respecto al río, es producto de una “mediación de orden social que circula en forma de representaciones sociales estructuradas y estabilizadas” (González *et al*, 2010: 62).

Íñiguez, Peña y Sicairos (2015), posicionados desde la ecología y el paisajismo, realizaron una investigación evaluativa de dos aspectos que usualmente son estudiados separadamente por parte de distintas disciplinas: la calidad ecológica y la calidad visual, del río Tamazula en la ciudad de Culiacán, Sinaloa. El objetivo que se propusieron los autores fue conocer la percepción sobre la calidad visual del paisaje fluvial, así como la identificación de elementos físicos y patrones de preferencia entre los habitantes.

Los autores destacan la necesidad de desarrollar investigación desde un enfoque integral que considere aspectos ecológicos y sociales de manera simultánea. Argumentan que existen ya diversos índices para evaluar ecosistemas desde lo físico, químico o biológico, pero ello sólo ha arrojado información parcelada. Por eso mismo, conjuntamente con el enfoque ecosistémico integraron algunos aspectos paisajísticos. Ello desde el precepto de que ecosistema y paisaje son elementos integrales e interdependientes.

Explican que en el paisaje convergen percepciones, identificaciones y representaciones de los habitantes, que se traducen en valoraciones sociales y

procesos de apropiación y pertenencia a través de la generación de vínculos con los lugares. Sobre los paisajes fluviales en particular, mencionan que “al estar conformados por los cauces y las riberas en el medio urbano, son la síntesis de un sistema de relaciones naturales y sociales” (Pellicer, 2002, Vidal-Abarca *et al*, 2014, en Íñiguez *et al*, 2015).

Para ambas evaluaciones, la ecológica y la visual, aplicaron distintos métodos. En la evaluación ecológica utilizaron parámetros estadísticos. Para la evaluación visual aplicaron una encuesta estadísticamente representativa de los habitantes de la ciudad de Culiacán. Mediante ella indagaron acerca de las percepciones del paisaje fluvial, así como las preferencias que las personas tienen hacia ciertos elementos o áreas. La zona de estudio la dividieron en cinco tramos a las que se refieren como unidades de paisaje (UP). A partir de éstas, identificaron los sitios con alto valor paisajístico, de identidad y sentido de pertenencia por parte de la población, de manera similar a como sugieren De la Fuente y Mühlhauser (2012, en Íñiguez *et al*, 2015). Utilizaron fotografías para mostrarlas a los encuestados y, a partir de ellas, valorar cada uno de los cinco tramos del río. Luego manejaron la información mediante el software estadístico SPSS.

En los resultados encontraron discrepancias entre las variables evaluadas. Respecto a lo ecológico se corroboró el estado de afectación del río. En lo concerniente a la evaluación visual y de percepción del paisaje, encontraron que la accesibilidad a cada área del río es determinante de la preferencia que se tiene. Además, la necesidad de recreación por parte de la población ha generado que el valor social esté por sobre el valor ecológico, es decir, que no obstante estar ecológicamente afectado el lugar (contaminado), si éste cuenta con ciertas facilidades de acceso y facilita la realización de actividades, entonces entra en las preferencias de las personas.

2.4.3 Enfoque antropológico perceptual

Posicionados desde la Antropología, Benez, Kauffer y Álvarez (2010) analizaron las percepciones ambientales que distintos actores sociales tienen sobre la

calidad del agua del río Fogótico en Chiapas, México. Los autores afirman que las percepciones son un medio para conocer las interpretaciones, significados, juicios y valoraciones que distintos grupos tienen sobre cierto tema, en este caso el río, a la vez que se preguntan sobre la manera en que los aspectos del entorno físico y del contexto cultural influyen en las personas al momento de percibir. Ello bajo la premisa de que:

A través del conocimiento de las percepciones de los seres humanos, es posible entender el significado de sus acciones y prácticas [...] por tanto, el estudio particular de las percepciones de los problemas ambientales forma parte de una reflexión más amplia sobre las relaciones que los actores sociales mantienen con el entorno... (Benez et al, 2010: 130-131).

De acuerdo con Chauí (1996, en Benez et al, 2010: 135), la percepción ha sido estudiada desde distintas disciplinas a partir de tres corrientes generales: la empirista, en la que los estímulos son externos y el individuo es pasivo ante ellos; la intelectualista, donde el sujeto es activo ante la percepción de los estímulos; y la fenomenológica, en la cual no hay diferencia entre sensación y percepción, sino que ambas ocurren concomitantemente. Por la centralidad que otorga al cuerpo, Benez et al (2010) se decantan por la corriente fenomenológica (sensitiva-perceptiva), ya que como explica Merleau-Ponty:

...el ser humano no es la suma de una mente y de un cuerpo, sino conciencia corporizada, de tal manera que las percepciones son consideradas como un aspecto del funcionamiento del cuerpo en movimiento, como un todo en cada acción de su involucramiento con el ambiente donde se funden sujeto y objeto (1975, en Benez et al, 2010: 135).

Así planteadas, las percepciones dependen del tiempo y del espacio en el que se experimenten. Por lo tanto, “el foco de atención es el estudio de las múltiples experiencias ambientales [sensoriales] que una persona puede tener en su relación con el entorno, desde los objetivos esencialmente utilitaristas o funcionales hasta objetivos de carácter emocional, estético o relacional” (Benez et al, 2010: 136). Los autores afirman que en este proceso experiencial, sensitivo

y perceptivo, intervienen sistemas culturales e ideológicos que se traducen en normas que “determinan lo que socialmente está ‘permitido’ percibir” (Benez et al, 2010: 136).

Según lo anterior, entre las personas las percepciones son heterogéneas y dependen de cierta combinación de variables. De acuerdo con Valera (2002, en Benez et al, 2010: 137), son tres tipos de variables las que intervienen durante el proceso perceptivo: las características físicas del entorno; las características personales y subjetivas de quien percibe (edad, sexo, experiencia personal, etc.); y los marcos culturales en los que está inserto el individuo. Esto último se fundamenta en el hecho de que “las percepciones ambientales son individuales, pero mediadas por la experiencia social” (Benez et al, 2010: 138). En palabras de Daltabuit et al, las percepciones “son diferentes para cada ser humano, pero semejantes en cada sociedad” (1990, en Benez et al, 2010: 138).

Para llevar a cabo el estudio empírico la cuenca del río fue dividida en tres partes: alta, media y baja. En ellas se aplicaron entrevistas semiestructuradas a un total de 40 personas mayores de edad, clasificadas en cuatro grupos: usuarios del agua; representantes colectivos; representantes políticos; y representantes institucionales. Complementariamente se hizo observación directa, no participante, en los distintos escenarios de las entrevistas. Para el análisis de los datos recolectados se utilizó el sistema de codificación y categorización propuesto por Strauss y Corbin (2002), desde donde se despejaron tres categorías analíticas: percepción de la calidad del agua; identificación de las fuentes de contaminación; y propuestas de soluciones para tratar la problemática del agua.

En los resultados se encontraron percepciones heterogéneas tanto entre individuos como entre grupos y entre las tres zonas estudiadas. Son percepciones que, aseguran, en gran medida están mediadas por las cosmovisiones y las particulares localizaciones de las personas a lo largo del río. Por último, los autores concluyen que es necesario que la población se involucre con el medio a partir de una relación de proximidad (física), pues aseguran que

sólo así es posible concientizar y “provocar cambios de actitud a favor de mejoras ambientales” (Benez et al, 2010: 154).

Un trabajo más es el de Ursino (2012), quien desarrolla una investigación en un barrio portuario industrial ubicado junto al “Río de La Plata”, Argentina. Posicionada desde la Psicología Social, la Psicología Ambiental y el enfoque de paisaje, su objeto de estudio son los vínculos subjetivos y simbólicos que las personas establecen para con su espacio barrial. El abordaje lo hace desde el análisis de las interacciones cotidianas de las personas en el lugar a partir de preguntarse ¿Cómo participan los procesos de apropiación simbólica del espacio en la construcción de sentido de lugar de los habitantes? Ese “sentido de lugar que se refiere a la connotación subjetiva que se deriva de vivir en un lugar particular, donde los sujetos y las comunidades desarrollan profundos sentimientos de apego a través de sus experiencias y memorias” (Ursino, 2012: 3), mediante las cuales transforman al espacio en un espacio apropiado. Para esa búsqueda, se plantea el objetivo de analizar las percepciones actuales que posee la población sobre un paisaje urbano.

El énfasis de su enfoque es en la dimensión simbólica del espacio, pues afirma que desde las ciencias sociales y humanísticas el espacio “explica dimensiones del comportamiento que van más allá de lo funcional” (Ursino, 2012: 15). Dice que la apropiación simbólica se construye en las interacciones cotidianas que se producen entre las personas y el espacio, y que para analizarla es necesario captar la visión de la cotidianidad que se vive. Se trata de un enfoque de vida cotidiana caracterizado por considerar al sujeto a partir de la comprensión de “su punto de vista a través del discurso y de la observación próxima de sus prácticas, en el marco de lo minúsculo y el microanálisis” (Lindón, 2002, en Ursino, 2012: 3). Una consideración de la cotidianidad y la subjetividad, donde:

...con la cotidianidad se estudian las prácticas diarias: laborales, domésticas, vecinales, mientras que con la subjetividad se estudia el conjunto de ideas, esquemas de pensamiento, imágenes, sentidos y significados con los cuales los

sujetos se orientan en su vida práctica y en su vida cotidiana (Lindón, 2002, en Ursino, 2012: 4).

Lo que hizo la autora fue un análisis microsocioal de la vida cotidiana del barrio. Con la intención de conocer qué es lo que las personas hacen (las prácticas), pero también comprender cómo ven y qué significa para ellas la transformación y la problemática ambiental del barrio (las significaciones). Utilizó técnicas de revisión documental, observación y entrevistas, mediante las cuales accedió a las prácticas tanto históricas como actuales y, al mismo tiempo, develó algunas de las percepciones que sobre el barrio y del río tiene la población que allí habita. Concluye que las percepciones de los sujetos encuentran soportes legitimadores en la memoria y en el recuerdo de un paisaje que se ha modificado.

Thiébaut (2013), por su parte, posicionada desde la Geografía Cultural estudia al río Papaloapan en Veracruz, México. El objeto de su investigación son las relaciones que se establecen entre paisaje e identidad, y entre lo funcional y lo simbólico del río, el cual es entendido como paisaje fluvial y a la vez como paisaje cultural. Se pregunta acerca de la forma en que los cambios funcionales que con el paso del tiempo ha experimentado el río, han modificado la percepción y el sentimiento de identidad en los habitantes ribereños.

Se trata de un estudio perceptivo y a la vez comparativo, entre un tiempo pasado y otro reciente en torno al río y al paisaje, donde éste es entendido no sólo como ente físico sino también como objeto cultural, simbólico e identitario. Esta idea es reforzada por Di Méo, quien afirma que “los grupos sociales se identifican con elementos territoriales específicos como objetos, lugares y sobre todo paisajes” (2002 y 2004, en Thiébaud, 2013: 83). En palabras de Nogué:

...los paisajes evocan un marcado sentido de pertenencia a una colectividad determinada, a la que le otorgan un signo de identidad [...] no son solamente una realidad física, sino además una construcción social cargada de valores culturales y de significados, algunos de cuyos elementos se vuelven simbólicos (2006: 136, en Thiébaud, 2013: 83).

La investigación está dividida en dos fases consecutivas. En la primera hace una reconstrucción del paisaje e identifica los papeles funcionales que ha tenido el río en distintos momentos históricos, sobre todo a partir del porfiriato y especialmente asociados a la actividad industrial y a las vías de comunicación. En la segunda verifica la manera en que estos cambios funcionales repercuten en términos simbólicos y en el sentimiento de identificación de los habitantes; es decir, identifica y compara “las relaciones que existían [con las que] siguen existiendo entre los habitantes y el río” (Thiébaut, 2013: 83).

Metodológicamente hizo consulta bibliográfica y utilizó técnicas etnográficas en cuatro localidades ribereñas con características más o menos distinguibles. Esto incluyó observaciones, tanto participantes como no participantes; además de 88 entrevistas semiestructuradas aplicadas a hombres y mujeres, sobre todo de edad avanzada; y 78 mapas mentales elaborados por niños en sus escuelas. Hizo comparativas entre localidades y entre grupos etarios e identificó la correspondencia entre las diferencias físicas del paisaje y las diferencias de percepción, valoración e identificación.

Los resultados son expuestos tanto por localidad como de forma general. En lo primero, más que coincidencias, advierte sobre diferencias de percepción y valoración tanto entre localidades como entre personas, especialmente entre ancianos y jóvenes. Mientras que, en lo segundo, encontró que el río aún es importante tanto en términos funcionales como simbólicos; es decir, que no obstante la incorporación de vías de comunicación terrestre (caminos, carreteras y puentes) y la disminución de la actividad pesquera a causa de la contaminación y el azolve del cauce, el río aún funciona como vía de comunicación fluvial, como proveedor de alimentos, como fuente de fertilización de tierras y, además, simbólicamente, como objeto de veneración religiosa y elemento identificador. Por lo tanto, concluye Thiébaut, que el río Papaloapan es “un elemento paisajístico e identitario que sigue vivo para los habitantes a pesar de su deterioro” (2013: 91).

Finalmente, Alberto-Villavicencio (2017) realiza una investigación sobre el Río Lerma a su paso por la ciudad de La Piedad, Michoacán, México. Con fundamento en un *corpus* teórico proveniente de la Geografía cultural y la Geografía de las emociones, el objeto que la autora estudia es la relación entre sociedad y entorno y, de manera más particular, las relaciones que los individuos establecen con el medio. Se basa en el enfoque de paisaje, el cual es entendido por Berque “como ‘*entidad medial*’ entre la sociedad y su entorno natural” (2014, en Alberto-Villavicencio, 2017); mientras que, en términos de Besse, “el paisaje es a la vez, y esencialmente, totalmente natural y totalmente cultural” (2005, en Alberto-Villavicencio, 2017: 35).

Se trata de un estudio histórico sobre los últimos cincuenta años, direccionado a partir de dos objetivos. Desde el primero, analiza las formas de apropiación que se han hecho de los recursos, con base en la evaluación de la provisión de los servicios ambientales que ha prestado el río y la zona ribereña. Mediante el segundo, analiza las apropiaciones simbólico-culturales que se han hecho del río. Metodológicamente hace combinación de técnicas.

Como parte de su método, desde la tradición geográfica utiliza cartografía e imágenes satelitales. Junto con ello analiza fotografías históricas y, sin declararlo como tal, realiza trabajo etnográfico a partir de la aplicación de entrevistas y la recopilación de historias de vida. Además, hace análisis narrativo de obras poéticas que tratan distintos aspectos sobre el río y el paisaje estudiado.

A partir de categorías como memoria, percepción y emoción, en sus resultados encuentra que además de lo utilitario el paisaje del Río Lerma tiene una connotación simbólico-cultural. Es decir, que se trata de un paisaje que pervive en la memoria de la gente y que ello se debe a que es transmitido de generación en generación a través de la oralidad, por lo tanto, el río y su paisaje forma parte del patrimonio cultural local. Finalmente, la autora refiere la existencia de disposiciones sociales, institucionales y normativas, que se encargan de regular las formas de usar y usufructuar el medio natural, en este caso, el río y el espacio ribereño.

2.5 Discusión y construcción del problema

En esta sección se reflexiona y se discute acerca del *corpus* de referentes que han sido analizados, para a partir de ello construir el problema y a la vez tomar un posicionamiento propio. Se identifican posturas epistémicas, enfoques teóricos y conceptuales, así como acercamientos metodológicos y procedimentales factibles y extrapolables al estudio del río Mololoa. Las propuestas que mejor se adaptan a este trabajo abrevan de la hermenéutica, pero son sobre todo fenomenológicas. Son de tipo cualitativo y se conducen bajo enfoques antropológicos y por eso mismo utilizan métodos y técnicas de corte etnográfico, sin necesariamente ser etnografías.

Como recapitulación, primeramente se analizó el espacio, objeto de estudio en sí y a la vez soporte para la construcción de otros conceptos y enfoques. Luego se expuso al paisaje como base y enfoque general del trabajo. Enseguida fueron analizados los referentes empíricos clasificados en dos grupos no excluyentes entre sí: el que abarca estudios sobre la ciudad y el que se enfoca en un río. Ambos tipos de trabajos, declarándolo o no, directa o indirectamente tienen relación con el paisaje.

En lo referente al espacio, como ya se dijo, puede ser físico o social. En esta investigación se estudia la imbricación que se da entre ambos, pero con énfasis en el primero; el espacio sociofísico como lo llama Valera (2014). Se trata de un espacio fluvial urbano, precisamente porque el objeto principal que se inscribe es el río Mololoa y porque se trata de un espacio al interior de la ciudad, que además es de índole pública. Bajo el precepto de que este espacio que envuelve al río resulta de la relación entre sociedad, cultura y naturaleza (Chávez y Checa, 2013) y que entre el espacio y las personas, incluidas sus acciones y significaciones, existe una relación dialéctica, de mutua influencia (Morales, 2013).

Sobre la discusión que tratan algunos autores (Giménez, 2009; Sack, 1980, Harvey, 1998, Soja, 1989, 1998 y Santos, 1990, en Chávez *et al*, 2009) acerca del estudio del espacio desde distintos campos del conocimiento, en esta

investigación se adopta un posicionamiento que abrevia tanto de las Ciencias Sociales como de las espacio-geográficas. De acuerdo con la clasificación que hacen Chávez *et al* (2009), se opta por estudiar el espacio fluvial del Mololoa desde una dialéctica entre los enfoques culturalista y humanístico, aunque con mayor énfasis en el segundo. Ello por la escala microsocial con la que ambos se conducen y por la prelación que se otorga al sujeto y su experiencia, particularmente desde la humanística. Además de ser aproximaciones que consideran las subjetivas valoraciones y significaciones que surgen de esta relación entre las personas y el espacio.

Desde la humanística, en términos de Tuan (2007), se estudia la relación *dialéctica* entre el río y las personas pero, a diferencia del autor, la atención no se restringe sólo a los lazos afectivos armoniosos y positivos; es decir, el interés de la tesis no es sólo en la topofilia sino también en su contraparte, la que puede entenderse, como topofobia. Además, para que el trabajo sea sistematizado (en cierta forma legitimado) y no intuitivo, se lleva a cabo un proceso analítico a partir de las categorías de percepciones, actitudes y valoraciones, que el autor sugiere.

Precisamente esta relación dialéctica con el espacio, que puede ser utilitaria, simbólica o ambas, es la que lo transmuta en lugar (De Certeau, 1996, Lindón, 2002, en Ursino, 2012); en territorio (Giménez, 2007); y en algunos casos en geosímbolo (Bonnemaison, 1981, en Giménez, 2007). Estas expresiones son construidas a partir de un concepto en común: la apropiación del espacio (Lefebvre, 1991, en Martínez, 2014, Pol, 1996, Vidal y Pol, 2005, Ursino, 2012,). Desde este concepto se indaga acerca la manera en que las personas se apropian del espacio fluvial del Mololoa o, en su caso, saber si no lo hacen. Esto se lleva a cabo desde la corriente fenomenológica (europea) de la apropiación del espacio que menciona Pol (1996), la cual es compatible con los enfoques culturalista y humanístico previamente referidos.

La apropiación del espacio es un proceso que es entendido diferenciadamente por parte de autores. Como se dijo, mientras Vidal y Pol (2005) lo entienden como un proceso dual que deriva en una sola apropiación, utilitaria y a la vez simbólica,

Heller (1987) piensa que estos dos tipos de apropiación se dan por separado; dicotómicamente. Incluso, asegura, generalmente se alcanza sólo la apropiación utilitaria que es la que construye el hombre particular u hombre común, sin transitar a la apropiación simbólica, extraordinaria y trascendental. Las que señala la autora corresponden, respectivamente, con la fase de acción-transformación y la de identificación simbólica que sugieren Vidal y Pol (2005). Respecto a ésta discusión, más que tomar postura, la investigación se muestra abierta a los hallazgos.

El ámbito en el que se desarrolla este hombre particular (Heller, 1987) y donde se presenta esta fase de acción-transformación (Vidal y Pol, 2005), es el de la vida cotidiana. Por eso mismo, la tesis se enfoca en ese ámbito como una manera de conocer las apropiaciones que las personas construyen para con el río y el espacio fluvial. Para ello, operativa e implícitamente, como lo sugieren autores, la atención recae en las prácticas cotidianas (Harvey, 1990, Margulis, 2002, Ursino, 2012). Prácticas tanto espaciales (tangibles) como significantes (intangibles) (De Certeau, 1996), que reflejan el sentido o significado que las personas otorgan al Mololoa. Ese “sentido de lugar que se refiere a la connotación subjetiva que se deriva de vivir en un lugar particular [...] donde los sujetos y las comunidades desarrollan profundos sentimientos de apego a través de sus experiencias y memorias” (Ursino, 2012: 3). Ello con especial énfasis en las astutas y oportunistas tácticas que dan cuenta de la manera en que se desenvuelve el sujeto en el espacio, según sus esquemas *culturales* de acción (De Certeau, 1996).

El espacio, entre sus acepciones, aporta el sustrato para construir el paisaje. Concepto polisémico cuya génesis, desarrollo y ámbitos de aplicación son tan amplios como dispersos e incluso contradictorios, lo cual se traduce en una oportunidad, pues tal flexibilidad permite adecuar el concepto según sea el perfil de la investigación. Para ésta tesis el paisaje no se considera algo objetivo dado de antemano, sino una especie de revelación dependiente de la experiencia

estética, filtrada tanto por la cultura como por la subjetividad que envuelve a cada persona.

Al igual que lo plantean Sunyer (2014) y Maderuelo (2005), se comparte la idea de destrabar por completo la triada romántica de belleza-naturaleza-paisaje, para poder obtener una mayor apertura y alcance del concepto. Con este deslinde no quiere decir que el paisaje no pueda ser bello o natural, simplemente, lo que se discute es que dichos factores no sean condición para poder referirse al paisaje. Como lo explica Maderuelo (2005), de esta manera puede haber paisajes urbanos, aunque su alto nivel de antropización desdibuje sobremanera lo natural. Se considera también, que la vistosidad y valoración estética *bella*, sin duda incumben al paisaje pero no determinan su existencia. Así mismo, se asevera que el paisaje se construye no sólo con lo extraordinario sino también con lo cotidiano.

En torno al paisaje se distingue la existencia de componentes tanto naturales como culturales y a la vez tanto materiales como inmateriales. Los materiales son el espacio físico con sus objetos, naturales y no naturales, que proporcionan el soporte y a la vez el aporte, de los recursos y materias primas que utilitariamente actúan como satisfactores de las necesidades primarias y de supervivencia de las personas (agua, alimento, vestido, refugio, etc.). Mientras que, los componentes inmateriales, son las significaciones que se derivan del sustrato físico material y constituyen al paisaje en sí; es lo intangible (Jiménez, 2008); lo identitario (Giménez, 2005, Martínez, 2016); lo simbólico (Giménez, 2005); lo sensitivo y perceptual (Lazkano, 2007, Maderuelo, 2010); lo contemplativo y lo emocional (Maderuelo, 2005). Como se advierte, la mirada, la percepción, la sensibilidad, la contemplación y la emoción, entre otros, son aspectos intrínsecos a la concepción que aquí se tiene sobre el paisaje.

En lo que toca a la patrimonialización de los paisajes, el tema es tan joven como polémico y es motivo de un debate que sobrepasa este espacio de reflexión. Lo que sí se puede aseverar, es que no obstante no formar parte de un catálogo patrimonialista, el paisaje fluvial urbano del río Mololoa puede ser estudiado como

lo que sin duda es; un paisaje vivo (Hernández, 2014); un paisaje cotidiano que, parafraseando a Humbert (2008), puede dar testimonio de la forma en que está ordenado (o desordenado) el espacio y revelar cómo es la forma de vida de las personas en su relación con el río.

Gracias a su interdisciplinariedad, el paisaje ha permeado en distintos ámbitos (Montaner, 2007, Palma, 2008, López y Ramírez, 2014, Martínez, 2016). Por eso mismo, de manera directa o sin declararlo como tal (incluso quizás sin saberlo), el paisaje ha sido utilizado, en determinada magnitud, como enfoque para llevar a cabo diversas investigaciones. Entre éstas, algunas toman como objeto a la ciudad (paisaje urbano) y otras a un río (paisaje fluvial), ya sea desde una aproximación perceptual, humanística, antropológica o simbólica, por mencionar las que mejor se adaptan a este trabajo.

En un primer momento, bajo influencia directa o indirecta de Geddes (1960), se puede reflexionar acerca de los trabajos elaborados por Lynch (1998), Cullen (1974) y Bailly (1978) durante la década del 60 del siglo pasado. En distintas proporciones, desde la Urbanística y la Arquitectura, estos autores estudian la dimensión perceptual de la ciudad. Tanto Bailly (1978) como Lynch (1998), aseguran que el espacio físico es determinante; es decir, que el espacio y la ciudad, en su materialidad, provocan en las personas determinadas maneras de percibir y, consecuentemente, de actuar en dicho espacio.

Lynch (1998), en lo particular, afirma que esta relación determinista es universal. Dice que hay imágenes que ostentan una imaginabilidad vigorosa y que por lo tanto pueden ser aceptadas por toda persona en cualquier lugar del mundo. Es la búsqueda de un canon ideal lo que propone el autor, quien incluso, asegura que es posible reeducar a las personas respecto a la manera en que perciben la ciudad y, para ello, como herramienta, sugiere otorgar un documento guía que ayude a estas personas a direccionar sus percepciones y conductas en la ciudad (Lynch, 1998).

Contrariamente, Cullen (1974) defiende la idea de que no existen cánones establecidos y mucho menos universales. Además, asegura, al igual que lo hacen otros autores (Humbert, 2008, Maderuelo 2010, Hernández, 2014), que los paisajes cotidianos y desordenados que se presentan en las ciudades, en vez de denostarlos deberían de ser reconsiderados pues también tienen valor estético (Cullen, 1974). Para el estudio del río Mololoa se parte de la visión de este último grupo de autores y en menor medida son tomados algunos aportes procedimentales, no epistémicos, que hace Lynch (1998).

Ya en el siglo XXI, el paisaje urbano se fortalece como alternativa para el estudio de la ciudad. En esta segunda ola (por así llamarle), el paisaje muestra mayor apertura hacia lo cotidiano y lo subjetivo, entre esto, las sensaciones, percepciones y contemplaciones (previamente impulsadas por Tuan, 2007). Se advierte a no confundir la ciudad con el paisaje urbano, pues si bien aquella es lo material, el paisaje tiene que ver, además de eso, con la imagen. Pero no sólo la imagen física, superficial y estética (cosmética) que interesa a Lynch (1998), sino también y sobre todo, aquella que va más allá de lo morfológico y se construye a partir de las valoraciones y significaciones sociales (Zoido, 2012), y desde las emociones y contemplaciones que individuos experimentan en la ciudad (Maderuelo, 2010).

Aunque no se enfoca directamente en la ciudad, los aportes antropológico-culturales que hace Geertz (1973) pueden extrapolarse, al menos parcialmente, al estudio del paisaje urbano del Mololoa. Desde este autor se retoma la idea de hacer descripciones densas, no sólo superficiales, sobre el río. Lo cual se hace desde la observación, registro y análisis de las conductas y acciones para luego, interpretativamente, extraer los significados (Geertz, 1973). Sin embargo, a diferencia de lo que asevera Geertz (1973), en esta investigación no sólo se estudia *en* la aldea, sino que también se estudia *la* aldea en sí, representada por el paisaje fluvial en su materialidad.

Se retoma la idea de estudiar, desde la fenomenología, la dimensión simbólica (Reguillo, 1996) e imaginaria (Silva, 2006, D'Hers, 2017) por parte de las

personas comunes (no especialistas). Sin ser ajenos a la verdad científica o la verdad de los expertos, la cual es tomada referencialmente, la que se busca es la verdad social (Silva, 2006); el saber común (Reguillo, 1996), con los imaginarios como medio práctico de análisis para acceder al conocimiento de la realidad social alrededor del río.

Entre Silva (2006) y Jodelet (2010), no obstante provenir de campos disciplinares distintos, existe similitud respecto al procedimiento particular que sugieren para estudiar la ciudad y el espacio en general. Ambos autores visualizan tres fases que funcionan como categorías analíticas: primeramente, analizar los elementos físico-materiales (Silva, 2006) o, la estructuración material del espacio de vida (Jodelet, 2010); enseguida, analizar los usos sociales del entorno (Silva, 2006) o, las prácticas en el espacio (Jodelet, 2010); finalmente, analizar las representaciones mentales que se hacen del entorno (la dimensión imaginaria) (Silva, 2006) o, las significaciones que emergen del espacio de vida (Jodelet, 2010). Este proceso, parte del método particular de los autores, se toma como referencia general para organizar la parte empírica de la tesis.

En cuanto a las investigaciones específicas sobre ríos, es decir paisajes fluviales, urbanos o no urbanos, se hacen algunas reflexiones en particular. El estudio histórico del río Mololoa en su relación con la ciudad ya se ha hecho y aunque no es tema o enfoque agotado, tampoco es lo que aquí interesa. De igual manera, como se ha comentado, los problemas ambientales del Mololoa sólo son, como dice Lezama (2004), el pretexto para estudiar otro objeto. Desde Íñiguez, Peña y Sicaños (2015) se toma el criterio que aplicaron para estudiar al río a partir de una segmentación (zonificación). En términos de Pellicer (2001), se toma el enfoque social y la aproximación al objeto desde la consideración simultánea de la inteligencia y la sensibilidad. De manera similar a como lo sugieren otros autores: a partir de lo natural y lo cultural (Duch, 2015); desde lo material y lo inmaterial (Narvárez, 2011); desde la dimensión material y la dimensión imaginaria o simbólica (Silva, 2006).

Entre los trabajos que estudian paisajes fluviales, los de enfoque antropológico perceptual (como aquí son clasificados) son los que mejor se adaptan a lo buscado. Sin necesariamente declararlo, parten de una postura epistémica fenomenológica, que en menor medida es hermenéutica. Al igual que Benez *et al* (2010), aquí se enfatiza en la subjetividad de las personas a través del estudio de sus percepciones, juicios y valoraciones, pues como los autores comentan, son un medio para acceder a las interpretaciones y significaciones del paisaje y a la vez sirven para entender el porqué de las acciones y prácticas que realizan los individuos.

Desde Thiébaud (2013) se toma el enfoque y se define el objeto. Así como para la autora el objeto de investigación no es el paisaje en sí (la aldea de Geertz, 1973) sino las relaciones que se dan entre éste y las personas, en esta tesis, aunque se describe, caracteriza y analiza al río Mololoa en términos físicos, el objeto que se estudia son las relaciones que se establecen entre el río y las personas. Dicho de otra forma, el objeto físico es el paisaje fluvial, mientras el objeto de investigación son las relaciones que se establecen con dicho paisaje. Alberto-Villavicencio (2017), por su parte, analiza las apropiaciones tanto naturales-utilitarias como simbólico-culturales que históricamente se han hecho del paisaje fluvial que estudia. Al respecto, si bien en esta tesis no se profundiza la historia del río Mololoa, desde el trabajo de la autora se retoman las categorías de memoria, percepción y emoción, a las cuales se accede mediante entrevistas etnográficas.

Algo en común en las obras de Benez *et al* (2010), Thiébaud (2013) y Alberto-Villavicencio (2017), es la referencia a la dimensión cultural del río visto como paisaje y el estudio de las subjetividades a partir de las percepciones. Como matiz, el trabajo de Thiébaud (2013) está asociado directamente con la identidad de las personas, algo que Benez *et al* (2010) no destaca con el mismo énfasis. Al igual que Thiébaud (2013), pero sin enfocarse en un río, D'Hers (2017) investiga sobre la identidad que se construye asociada a una montaña junto a la ciudad. Así como este autor encuentra que existe una relación dialéctica entre la

montaña y la ciudad, aquí se indaga sobre la relación, quizás también dialéctica, entre el río Mololoa y la ciudad de Tepic. A su vez, aunque el estudio de Benez *et al* (2010) considera la dimensión cultural, está más enfocado hacia lo ambiental, mientras que, inversamente, Thiébaud (2013) se enfoca principalmente en lo cultural pero sin dejar de considerar lo otro. En la investigación que hace Alberto-Villavicencio (2017) se advierte una atención balanceada hacia lo funcional-utilitario a través de los servicios ambientales que ha ofrecido el río y hacia lo simbólico-cultural que el paisaje representa.

Los tres trabajos, sin haber hecho una etnografía como tal, se basan en un método particular de corte etnográfico. Aplican entrevistas semiestructuradas, observación participante y observación no participante o directa, entre otras técnicas. Thiébaud (2013), además, de manera similar a otros autores (Jodelet, 2010, Narváez, 2011), como parte de una triangulación metodológica, aplica mapas mentales como recurso gráfico para acceder a la representación de percepciones que quizás no se expresan en la oralidad. Mientras que, Alberto-Villavicencio (2017), además de las fuentes documentales integra técnicas como la cartografía y la fotografía para su respectivo análisis e interpretación.

Característica común en los trabajos consultados es la referencia a factores que se encargan de mediar, regular o determinar la forma en que se percibe, significa, actúa y en general se toma posición ante la realidad y ante las cosas del mundo. En este trabajo esos factores son entendidos como socioculturales, no obstante los autores los nombren de distintas maneras, por ejemplo: mecanismos mediadores (Reguillo, 1996); mediaciones sociales relacionales (Agier, 1997); normas sociales y culturales integradas por símbolos sociales, ideología y poder (Lezama, 2004); circunstancias sociales o motivos profundos (Silva, 2006); mediaciones o sistemas ideológico-culturales (Benez *et al*, 2010); elementos mediadores de orden social (González *et al*, 2010); procesos psicosociales (Ríos y Rojas, 2012); factores culturales que actúan como transmisiones (Duch, 2015); o normas sociales institucionales (Alberto-Villavicencio, 2017).

Finalmente, bajo un formato similar al utilizado en el análisis de los referentes locales, en la tabla 2 se concentran los trabajos que han estudiado al objeto desde el ámbito no local.

Tabla 2. Estudios sobre espacio, paisaje, ciudad y ríos

Estudios sobre espacio, paisaje, ciudad y ríos						
Postura epistémica	Positivismo	Fenomenología		Hermenéutica		
Enfoque	Evolucionista	Ambiental intervencionista	Antropológico perceptual	Antropológico culturalista	Simbólico imaginario	Histórico
Método general	Científico cuantitativo	Etnográfico				Histórico
Estudios sobre Espacio y paisaje			De Certeau (1996) Pol (1996) Vidal y Pol (2005) Tuan (2007) Maderuelo (2005, 2010)			
Estudios sobre paisaje urbano (ciudad)	Geddes (1960)		Lynch (1998) Cullen (1974) Bailey (1978) Maderuelo (2009, 2010) Zoido (2012) Agier (1997) Jodelet (2010) Narváez (2011) Ríos y Rojas (2012) Careri (2014) Duch (2015) D'Hers (2017)	Geertz (1973)	Reguillo (1996) Silva (2006)	
Estudios sobre paisaje fluvial (ríos)		Zoido (1995) Pellicer (2001) González et al (2010) Íñiguez, et al (2015)	Benez et al (2010) Ursino (2012) Thiébaud (2013) Alberto-Villavicencio (2017)			González (1997) Alfaro (2011) Durán (2014)

Fuente: elaboración propia.

2.6 Formulación de la investigación

El río Mololoa, elemento focal de la investigación, no necesariamente es un caso de estudio. Esto porque de acuerdo con Stake (1999: 11), cuando se habla de un

caso de estudio es porque se hace referencia a un fenómeno que “tiene un interés muy especial en sí mismo [...] es el estudio de la particularidad y de la complejidad de un caso singular, para llegar a comprender su actividad en circunstancias importantes”. Desde una visión ortodoxa, el Mololoa quizás no ostenta la importancia y excepcionalidad que tienen otros ríos, pero no por eso deja de tener la propia; no obstante, establecer que se trata de un caso de estudio no es cometido de esta tesis, a cambio, se opta por referirse al río como el tema u objeto físico, mientras el objeto de investigación es la relación sociedad-entorno.

Así mismo, el interés en el río Mololoa es tanto intrínseco (fin) como instrumental (medio). En palabras de Stake (1999), el interés intrínseco se refiere a la importancia que adquiere el río por sí mismo. Esto como producto de las percepciones y significaciones personales que se tienen al respecto, lo cual está asociado a la experiencia de ser originario y habitante de la ciudad de Tepic. Son las inquietudes y motivaciones duras que ya se han comentado. Al mismo tiempo, bajo un interés instrumental, a partir del estudio del río es posible acceder a explicaciones y comprensiones superiores, que permitan hacer reflexiones de orden teórico respecto al objeto que se investiga.

La abstracción que presenta el objeto de investigación, en esta tesis puede precisarse de la siguiente manera. En cuanto a lo social, se hace referencia a la sociedad local, a escala microsocial; esto es, a aquella parte de la sociedad tepiqueña que guarda relación directa y corpórea para con el río. Respecto al concepto (genérico) de entorno, aquí es entendido como paisaje e involucra tanto al río Mololoa como a la ciudad de Tepic; es decir, como paisaje fluvial urbano. En concreto, lo que en esta investigación se pregunta es ¿Cómo son las relaciones que se establecen entre la sociedad local y el río Mololoa a su paso por la ciudad de Tepic?

Como una forma de anticiparse a la respuesta, desde una postura flexible y abierta a los hallazgos, más que hipótesis rígidas pueden plantearse dos supuestos orientadores de la investigación:

1. Se establece que no existe una forma homogénea de relacionarse con el paisaje fluvial del río Mololoa, sino que las relaciones son diferenciadas, tanto entre las personas y grupos, como entre las distintas zonas del río al pasar por la ciudad de Tepic.
2. Sin descartar la existencia de relaciones simbólicas, es decir, inmateriales, emocionales, afectivas, espirituales o similares, producto de la forma en que cada quien percibe y significa subjetivamente al río de acuerdo a su experiencia, se piensa que las relaciones son sobre todo utilitarias, o sea, materiales, pragmáticas, adaptativas, de conveniencia e incluso de supervivencia, como parte esencial de la vida cotidiana y rutinaria de las personas.

Para comprobar lo que se asevera, como objetivo general se plantea analizar las relaciones, tanto utilitarias como simbólicas, que los usuarios establecen cotidianamente con el paisaje del río Mololoa en distintas zonas a su paso por la ciudad de Tepic. Para su operacionalización, este objetivo se ramifica en cuatro objetivos específicos:

1. Describir la configuración física del paisaje del río a partir de la identificación de los elementos naturales y artificiales que lo componen.
2. Analizar las relaciones utilitarias que los usuarios establecen con el río y las riberas a partir del aprovechamiento de recursos y las prácticas cotidianas que realizan.
3. Develar las relaciones simbólicas que los usuarios establecen con el paisaje del río a partir de las percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones que experimentan y construyen.
4. Identificar relaciones de comunicación, mediación y determinación entre la configuración física, las relaciones utilitarias y las relaciones simbólicas que los usuarios establecen con el paisaje del río.

En síntesis, lo que en este segundo capítulo se ha hecho es revisar y analizar el estado del arte en torno al objeto que se estudia y a partir de allí construir el problema. Se reflexionó acerca de los posicionamientos epistémicos, teóricos y

metodológicos con los que se manejan los distintos autores, para luego tomar un posicionamiento propio. Como producto, fue posible plantear la pregunta de investigación, los supuestos orientadores y los objetivos. A partir de esta formulación, en el siguiente capítulo se expone el proceso metodológico que se implementó para llevar a cabo la parte empírica de la tesis.

Capítulo III. La fenomenología, la hermenéutica y el enfoque etnográfico; aproximación metodológica

Con base en las reflexiones teóricas previas, en este capítulo se explica el proceso metodológico que se implementó para desarrollar la parte empírica de la investigación. Corbetta menciona que existen “tres acciones básicas que el hombre utiliza para analizar la realidad social que lo rodea: *observar, preguntar y leer*” (2007: 302), y eso, en general, abarca lo que aquí se hizo. Primeramente se define el posicionamiento epistémico el cual se fundamenta en la fenomenología y en menor medida en la hermenéutica. Luego se presenta el método general que es de enfoque etnográfico, pero sin tratarse de una etnografía en sí. Enseguida, como parte del método particular, se detallan las técnicas que se aplicaron y el procedimiento que se siguió, el cual consta de una fase descriptiva y otra interpretativa. Finalmente se explica la manera en que fue organizada y trabajada la zona de estudio. En cuanto a la temporalidad, la fase descriptiva (empírica) se desarrolló de manera intermitente en un periodo total que abarca de septiembre del 2015 a marzo del 2019, mientras la fase interpretativa se llevó a cabo de abril a diciembre del 2019, para finalmente redactar el manuscrito.

3.1 La tradición y el paradigma

Las ciencias humanas se han gestado desde un doble origen y ello representa un debate epistemológico vigente entre diversas corrientes del pensamiento social. Esto tiene que ver con las dos tradiciones o perspectivas epistemológicas: la galileana y la aristotélica. Según lo explica Mardones (1991), la tradición galileana es moderna, causal, funcional y mecanicista, mientras la tradición aristotélica es antigua, teleológica y cosmovisionaria. Rubio y Varas (1997), por su parte, mencionan que la tradición galileana es de tipo explicativa y asume a la naturaleza como un mecanismo sometido a leyes permanentes y universales.

Así mismo, Von Wright (en Rubio y Varas, 1997) comenta que la tradición aristotélica es del tipo comprensiva y no se conforma con explicar, sino que intenta comprender los hechos de un modo teleológico y finalista; es decir, comprender el fin último por el que ocurren los fenómenos.

En este trabajo se rescatan influencias de ambas tradiciones. Desde la galileana se toma el carácter explicativo acerca del río Mololoa entendido no como elemento natural sino como fenómeno social, pero sin asumir que esta componente social se rige por leyes universales o predictivas. En cuanto a la tradición aristotélica interesa, además de explicar, comprender el objeto; comprender las relaciones que se establecen entre río y sociedad, aunque bajo un alcance limitado, puesto que la presente investigación dista de ser el medio con el cual, por sí mismo, se pueda acceder a la comprensión finalista y teleológica de la realidad que envuelve al río Mololoa.

Respecto al paradigma, Kuhn dice que se trata de un concepto preteórico, incluso metafísico, más amplio y más general que una teoría (Corbetta, 2007). Es la forma en que los problemas son construidos o planteados y luego resueltos. En el campo de las Ciencias Sociales son dos los paradigmas que han dominado el campo del conocimiento: el positivista y el hermenéutico. El paradigma positivista está ligado a la filosofía del positivismo y empirismo y se basa fundamentalmente en el método científico. Su precursor es Comte, quien luego influyó a otros teóricos como Spencer y Durkheim (Corbetta, 2007). El paradigma hermenéutico, por su parte, surge como reaccionario al paradigma positivista. Fue iniciado por Dilthey, quien hizo una distinción entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu en las cuales, entre otras cosas, no existe separación entre el investigador y la realidad estudiada (Corbetta, 2007). Éste paradigma no sólo describe lo que se ve a simple vista, sino que hace interpretaciones profundas. Va más allá de lo superficialmente observable y cuantificable y considera el contexto espacio-temporal en torno al objeto.

Desde la teoría social clásica, mientras a Durkheim se le relaciona con el paradigma positivista a Weber se le vincula con el paradigma hermenéutico. Más allá de la simple explicación (*Erklaren*) Weber incorporó a la Sociología el concepto de *Verstehen*, que se refiere a la comprensión del fenómeno. Además, sentó las bases para el nacimiento de otras teorías como la fenomenología, el interaccionismo simbólico y la etnometodología, durante el siglo XX. Weber, lejos de desdeñar, integra aspectos positivistas, comteanos y durkehimianos y tiende puentes entre la estadística y la hermenéutica (Rubio y Varas, 1997). En términos de Weber, el estudio que se hace del río Mololoa se posiciona desde el paradigma hermenéutico pero, al igual que sucede con la tradición (aristotélica), bajo un alcance limitado.

3.2 Fenomenología y hermenéutica; la postura epistémica

Como se ya se dijo, desde el paradigma hermenéutico weberiano se derivarían distintas formas, no positivistas, de aproximarse al estudio de la realidad social. La fenomenología y la hermenéutica son dos de esas derivaciones, las cuales generalmente son concebidas como posturas epistémicas, aunque no es limitativo que también puedan ser tomadas simultáneamente como teorías o como métodos según el perfil particular de cada investigación. Juntas o por separado, la fenomenología y la hermenéutica son posturas epistémicas adecuadas para estudiar fenómenos sociales de manera cualitativa, pues desde allí, como menciona Stake (1999: 11), es posible destacar las “diferencias sutiles, la secuencia de los acontecimientos en su contexto y la globalidad de las situaciones personales”, que son las que aquí interesa estudiar.

En términos metodológicos, desde la fenomenología se distinguen dos fases durante el proceso de investigación: una descriptiva y otra interpretativa. Se puede decir que éstas corresponden, respectivamente, a la *Erklaren* y a la *Verstehen* weberianas. La fase descriptiva, explica Bautista, se centra en “el análisis descriptivo del mundo conocido” (2011: 108). Es una descripción que consiste en un acto “contemplativo para observar diversos modos de aparición del fenómeno” (Bautista, 2011: 110). Lo que explica la autora es que la

fenomenología no se limita a una sola visión del fenómeno estudiado, sino que se interesa en las múltiples manifestaciones del mismo y, además, no lo hace de forma superficial sino a través de un acto contemplativo que dista de ser una simple observación e implica detenimiento y reflexividad.

La segunda fase, la interpretativa, tiene el objetivo de develar los significados que subyacen al fenómeno previamente descrito. Un significado no institucional ni mediático, sino construido por los sujetos como una manera de “determinar el sentido dado a los fenómenos [a partir de] la descripción e interpretación del discurso de quien los vivió” (Bautista, 2011: 55). En el entendido de que las significaciones no son unívocas ni estables, sino cambiantes y diferenciadas entre los distintos grupos sociales, lugares y tiempos (Piñeyro, 2006).

Es importante mencionar que la fenomenología se centra en “el estudio de los fenómenos en tanto actos de conciencia más que del hecho en sí [...] en las acciones de los sujetos y no en el sistema social ni en las interrelaciones funcionales” (Bautista, 2011: 108-109); donde además, “los instrumentos de recolección de datos dan prelación al sujeto y a su singularidad” (Anadón, 2008, en Bautista, 2011: 109).

La fenomenología y la hermenéutica se presentan como dos rutas hermanadas a través de las cuales se puede acceder al conocimiento y comprensión de la realidad social. Ambas forman parte de las perspectivas cualitativas de investigación y están orientadas “hacia el descubrir conceptos y relaciones en los datos brutos, con el fin último de organizarlos en esquemas explicativos teóricos, por medio de procedimientos no cuantitativos” (Strauss y Corbin, 2002, en Barbera e Inciarte, 2012: 201). Mientras la fenomenología se fundamenta en la experiencia que desde la subjetividad vive el sujeto de manera directa, cruda, con el entorno y los fenómenos, la hermenéutica es sinónimo de interpretación o comprensión de dichos fenómenos.

Barbera e Inciarte (2012) aportan una explicación sobre la transición y complementariedad entre la fenomenología y la hermenéutica a través de sus

principales exponentes. El principal representante de la fenomenología es Husserl, quien plantea que es la experiencia de vida la que cada quien construye conscientemente. La fenomenología tiene que ver sobre todo con la percepción y enseguida con la intuición. Es un enfoque en el que de manera descriptiva lo que se plantea es “captar la esencia de la conciencia en sí misma, cuya génesis no es la teoría ni la historia, sino la descripción de la presencia del hombre en el mundo y la presencia del mundo para el hombre” (Barbera e Inciarte, 2012: 202).

A diferencia de Husserl, Heidegger concibe a la fenomenología más que como doctrina, como método. Es decir, que comienza a acercar a la fenomenología hacia la labor de investigar y no sólo de filosofar. La que Heidegger construye es una combinación entre fenomenología y hermenéutica. Con ello, lo que propone es “apropiarse del significado de la experiencia vivida [y así] revelar los fenómenos ocultos” (Barbera e Inciarte, 2012: 202).

Más tarde, con Gadamer, la fenomenología daría un giro hermenéutico. Inspirado en la dialéctica socrática y platónica, para este autor la interpretación o hermenéutica es un acto dialéctico que se da lingüísticamente; una comprensión a la que se llega a través de la interpretación del lenguaje y del análisis de la historicidad del fenómeno; “una visión que se basa en la interpretación de la cultura por medio de la palabra, esto es, mediante la escritura, la lectura y el diálogo” (Barbera e Inciarte, 2012: 203).

En síntesis, puede advertirse una relación progresiva entre los tres autores. Husserl se enfoca en describir y dar cuenta del fenómeno vivido y experimentado; Heidegger va más allá y se interesa en comprender no sólo el fenómeno sino la existencia del ser; Mientras que Gadamer se enfoca, también en la comprensión, pero desde el horizonte existencial del ser, desde su historicidad y a través del lenguaje y la lingüística, según lo explican Barbera e Inciarte (2012). De acuerdo con lo expuesto, la presente investigación toma como postura epistémica a la fenomenología la cual, como se explicó, no deja de ser un ejercicio hermenéutico.

3.3 El enfoque etnográfico como método

Con base en el enfoque etnográfico como método general, en este apartado se expone el procedimiento y las técnicas mediante las cuales se realizó el trabajo empírico de la tesis y que puede entenderse como método particular. Como se advierte en el epígrafe, en vez de método se hace referencia a enfoque; el enfoque etnográfico, como una manera de enfatizar que sobre el río Mololoa no se hizo una etnografía en el sentido estricto, sino que se abrevó del método etnográfico para extraer precisamente el enfoque y algunas técnicas que luego fueron adaptadas de acuerdo al procedimiento o método particular propuesto.

Parte de esta adaptación tiene que ver con la triangulación metodológica (Stake, 1999, Saukko, 2003). Ésta se hace como una manera de obtener mayor validez en investigaciones cualitativas como la que aquí se presenta y consiste en combinar métodos, técnicas y fuentes de información, incluso provenientes de distintas disciplinas, como una manera de tender puentes entre lo cultural y lo vivido por los sujetos, y lo social y material percibido por el investigador en el contexto (Saukko, 2003). Además de la triangulación metodológica, como parte del método particular, el trabajo empírico se dividió en dos grandes fases, una descriptiva y otra interpretativa, las cuales no son excluyentes sino dialécticas e interdependientes. Mediante la primera fase se alcanzan los dos primeros objetivos específicos de la tesis, los cuales son sobre todo descriptivos; mientras que, desde la segunda fase, se cubren los otros dos que son de base interpretativa.

3.3.1 Fase descriptiva

La fase descriptiva es fenomenológica y en gran parte inductiva. Reconoce que, subjetivamente, cada persona tiene sus propias experiencias, percepciones, y significaciones que pueden ser entendidas como relaciones para con el río y el paisaje. Es una fase en la que de manera exploratoria se cuestiona acerca de las relaciones que desde la cotidianidad distintos usuarios mantienen para con el río. El conocimiento de dichas relaciones permite, en términos de Harvey (1990),

conocer los usos y significados del espacio y la transformación del mismo. En este proceso subjetivo el investigador no es exento, es decir, que la descripción se nutre tanto de las percepciones del sujeto estudiado como de las del investigador. Sin embargo, en medida de lo posible, en el documento se procura distinguir separadamente los aportes que hacen ambos.

3.3.1.1 Observación y transurbancia

En palabras de Corbeta (2007), la observación es la técnica cualitativa clásica por excelencia. Al llevarla a cabo, Jackson (2010: 20) advierte a no quedarse sólo con la impresión de “la experiencia visual inmediata del paisaje [sino que habrá que desarrollar] un enfoque más crítico”. Lazcano (2007: 249), por su parte, invita a “aprender a mirar y escuchar con atención”. Mientras Seel (2007: 38), señala que “el espacio paisajístico rodea a los perceptores [quienes no son] meros observadores que tengan una distanciada visión de conjunto o panóptica [...] sino sujetos corpóreos que se experimentan como seres receptivos y vulnerables en medio de un acontecer espacial”. Los autores hacen referencia a la exposición sensorial por parte del investigador, como medio fenomenológico para acceder al conocimiento del paisaje.

En esta investigación se hizo observación directa, no participante (o en su caso bajo una participación moderada), tanto estática como dinámica. La primera se realiza sin moverse del sitio de observación. Tiene una particularidad que es a la vez fortaleza ante otras técnicas para la recolección de datos, pues permite que el investigador (observador), al estar en contacto directo con el fenómeno y lugar estudiados, tenga la fortuna, si es que así sucede al momento de su presencia, de poder captar y registrar en primera persona aquellos fenómenos y prácticas de manifestación efímera; aquellos “fenómenos de conducta espontánea” (Garza, 1967: 109).

A partir de un punto fijo pudieron observarse tanto cambios como permanencias en el paisaje. Generalmente estas observaciones localizadas tuvieron una duración de entre diez minutos y media hora y durante ellas se simulaba leer un

libro, como una forma de justificar la estadía sin fomentar la desconfianza de las demás personas. En este tipo de observación localizada quien observa también es observado. Por ejemplo, mientras el investigador observa a los merodeadores, quizás al mismo tiempo el mismo sea un merodeador a la vista de algún usuario.

Junto con el acto de observar está el acto de caminar y en ello se fundamenta la observación dinámica que también se hizo. Al respecto, Thoreau “sostenía que puede percibirse una armonía entre los límites de un paisaje a través de una caminata” (Seel, 2007: 73). Declaración que da a entender, que mediante el acto de caminar junto con lo que ello conlleva, es decir, observar, olfatear, escuchar, y en general percibir en el sentido amplio de la palabra, entre otros aspectos, se pueden identificar los límites fronterizos entre los distintos paisajes. Dicho en otras palabras, al caminar consciente y sensorialmente, se pueden detectar las distintas espacialidades suspendidas en un mismo espacio, además de las borrosas o invisibles fronteras entre fracciones de dicho espacio físico, en este caso, las distintas espacialidades que se presentan a lo largo del río Mololoa.

El acto de caminar, acompañado de la observación detallada y perceptible, tiene su origen como medio de investigación en el *flâneur*, técnica de observación propuesta por Walter Benjamin (Margulis, 2002), que consiste en pasear, vagabundear, deambular por la ciudad con un espíritu abierto y perceptivo. Esta técnica en los últimos años ha sido retomada por otros autores, principalmente Careri (2014). Aunque se hicieron recorridos previamente planificados, generalmente se hacían en deriva. En ellos, el investigador se mueve de un lugar a otro sin necesariamente tener un rumbo o itinerario fijo, sino más bien conforme se presenta la situación. Son recorridos fortuitos en los que en algunas ocasiones se hacen hallazgos y en otras sólo se advierten situaciones normales y repetitivas. Las derivas se hicieron a lo largo del río a partir de distintos medios. Generalmente a pie, otras veces en bicicleta y unas más en automóvil, pues se encuentra que bajo esta forma de triangulación de medios (técnicas) se obtienen percepciones distintas incluso de un mismo lugar.

Los recorridos y observaciones de campo se realizaron a diferentes horas del día, en distintos días de la semana y en diferentes periodos del año. Junto con la observación se utilizó diario de campo, grabaciones de audio, registro fotográfico y en menor medida video. De manera estratégica (táctica), por discreción, las fotografías se capturaron principalmente con un teléfono celular. Sin embargo, cuando la situación lo permitía, se utilizó una cámara réflex semiprofesional con un lente de acercamiento, con lo cual se pudieron registrar imágenes a una distancia suficientemente alejada como para no ser intrusivo en la escena.

3.3.1.2 Entrevistas

De acuerdo con Hernández (2014: 285), “estimar el paisaje sólo desde la perspectiva visual y estética supone desconocer el sustrato social que se encuentra objetivado en lo que aparece a la mirada”. En esos términos, se tiene que el sustrato social que subyace al río Mololoa no podría ser entendido sólo mediante la observación y es por ello que se aplicaron entrevistas. Estas fueron de distinto tipo según se presentara la situación. Algunas fueron a manera de charlas informales, otras con un formato semiestructurado y unas más, cuando el usuario estaba dispuesto y las condiciones físico-ambientales lo permitían, fueron entrevistas a profundidad.

Las charlas informales se hicieron cuando la persona era renuente a colaborar en una entrevista mayor. Las entrevistas semiestructuradas permitieron abarcar un mayor número de informantes y con ello un mayor espacio físico de estudio. Se aplicaron a partir de una guía orientadora con el tema del río, en referencia a las prácticas y significados por parte del entrevistado o sobre otras personas referidas. Durante la entrevista se controló el diálogo para no salirse de la temática. Se comenzó por preguntar aspectos utilitarios o pragmáticos generales respecto al río y luego, poco a poco, se indagó acerca de aspectos simbólicos relativos al Mololoa. Cuando la situación lo permitía y ameritaba, las entrevistas fueron a profundidad.

Parte importante fue la consideración del lenguaje no verbal que los informantes proyectaban durante las entrevistas. De esa manera pudieron entenderse mejor los relatos orales y cargarse de significación. Parte de la experiencia con esta técnica es la dificultad de aplicarla en el espacio público al aire libre. Además, se encontró que la imagen del investigador-entrevistador es la de un extraño, que al acercarse a las personas y presentarse, no obstante dejar en claro la intención que motiva dicho acercamiento, dificulta el ganarse la confianza en tan poco tiempo. Como táctica, en algunas ocasiones se acudió a entrevistar acompañado de otra persona, acción que al parecer ayudo con la situación.

Junto con las entrevistas, en un primer momento se aplicaron mapas mentales, con los que se pedía a las personas que dibujaran un croquis sobre el paisaje fluvial del Mololoa. Sin embargo, al poco tiempo esta técnica fue descartada, pues presentaba dificultades para su aplicación en campo. Por un lado, las personas en general se mostraban renuentes a colaborar con la actividad. Por otro, el aplicarlos al aire libre resultaba complicado debido a la falta de algún elemento de soporte (mesa o similar), además del aire, el sol y otros factores ambientales. Los mapas mentales, como técnica, quizás puedan funcionar mejor en entornos más controlados, bajo techo y con la ayuda de otros elementos.

En total fueron aplicadas 28 entrevistas, tanto individuales como en pareja o grupo, indistintamente a mujeres y hombres adultos, que en algunos casos iban acompañados por niños. En este trabajo se hace referencia a usuarios, aunque indistintamente en el texto se mencionen personas, individuos, sujetos, entrevistados, informantes o informantes clave, en el entendido de que son conceptos próximos, más no iguales, cuya diferenciación sobre pasa este espacio de reflexión.

Se encuentra que el concepto de usuario es el que mejor se adapta, pues implica el acto de hacer uso del espacio y no sólo opinar a la distancia, como sucede con algunos actores sociales interesados en el tema pero que no tienen contacto directo con el río. Por lo tanto, los usuarios son aquellas personas que se relacionan cotidianamente de manera directa, presencial y corpórea con el río,

las riberas y el paisaje, ya sea por vecindad, por realizar algún tipo de práctica, por transitar, u otras formas de relación. Como parte del método, estos usuarios fueron seleccionados por conveniencia y proximidad, es decir, que en el momento de los recorridos se encontraban en la zona de estudio y en algunos casos vecinos inmediatos al río. Para fines de orden, a cada usuario fue asignado un número y con él son referenciados en el documento.

3.3.2 Fase interpretativa

La fase interpretativa, de base deductiva, tienen que ver con los imbricados momentos de análisis e interpretación de los datos recabados en campo. Al respecto, quizás es Stake (1999) quien hace una propuesta acercada al respecto. Él menciona que cuando se trata de estudios cualitativos, como el que aquí se hace, este par de momentos no necesariamente se insertan en un lugar previamente definido dentro de la estructura de la investigación, a la vez que “no existe un momento [previamente] determinado” para llevarse a cabo (Stake, 1999: 67). En ese sentido, en la presente tesis el análisis y la interpretación de los datos son acciones constantes que se desarrollan a lo largo de todo el proceso, no obstante concretarse y exponerse en un apartado específico.

Después de recabar los datos empíricamente (etnográficamente), lo que se hace es analizarlos. Esta es una acción que consiste en “poner algo aparte”; es decir, separar los elementos que componen un todo, para luego poder “dar sentido” tanto a las partes como al fenómeno en conjunto (Stake, 1999: 67). Dicho de otra forma, primero es “ver las partes por separado [para después] observar cómo se relacionan entre sí” (Stake, 1999: 68). Luego de ser analizados se procede a interpretar los datos, una acción, como explica Stake (1999), que se realiza diferenciadamente por parte de los especialistas y por parte de las personas que no lo son. Estas últimas, las personas o usuarios, interpretan a partir de “formas habituales”, que incluso pueden no ser acciones conscientes sino más bien automáticas (Stake, 1999: 67-68). La que señala el autor aquí es entendida como la interpretación que hacen las personas en su vida cotidiana. Una interpretación del mundo y de las cosas sustentada en el sentido común, que de manera natural

e intuitiva las personas implementan para evaluar situaciones, establecer posicionamientos, tomar decisiones, direccionar prácticas y, en general, conducir sus vidas.

A diferencia de las personas comunes, las formas y los medios en los que se basan los investigadores especialistas para hacer sus interpretaciones son otros. Si bien “en la búsqueda de significado [es decir en la interpretación de datos] hay mucho de arte y de procesos intuitivos” (Stake, 1999: 68) por parte de los investigadores, la intuición no es (o no debería ser) el único fundamento para sustentar las interpretaciones. Ello precisamente porque el proceso de investigación “formal”, académica o científica, para conducirse demanda formas y protocolos legitimadores mínimos, que sin ser dogmáticos, trasciendan al estricto sentido común e intuitivo. Para ese cometido, como recurso metodológico, Stake (1999: 68) menciona que los investigadores “disponen de determinados esquemas que les ayudan a aprovechar sistemáticamente conocimientos previos y a evitar falsas interpretaciones” en sus trabajos.

3.3.2.1 Interpretación directa y suma categórica

Son dos los esquemas interpretativos que refiere Stake (1999). Uno corresponde a la interpretación directa y el otro implica una suma categórica. La forma directa consiste en prestar atención al “conjunto de impresiones de un mismo episodio, sin sentir conscientemente la necesidad de sumar datos” (Stake, 1999: 69); es una manera de interpretar en la que inmediatamente después del análisis se hace la síntesis. Por otro lado, a diferencia del anterior, en el esquema de la suma categórica se “reúnen fragmentos de información de aquí y de allá”, los cuales representan diversas “impresiones” del objeto estudiado (Stake, 1999: 70). Tales fragmentos son datos empíricos que sobre la marcha se le presentan al investigador (Stake, 1999: 71) y que luego éste codifica y agrupa en categorías.

El tipo de esquema interpretativo a elegir dependerá del fin que persiga el caso, ya sea intrínseco o ya sea instrumental. Cuando el fin es intrínseco y lo que se busca es entender al caso en sí, lo que usualmente se hace son interpretaciones

directas, pues no interesa indagar nada más allá de ello. Pero cuando el caso actúa como instrumento, como medio para conocer otros fenómenos, es necesario hacer otras operaciones analíticas. Estas consisten, de acuerdo Stake, en “descubrir relaciones, indagar en los temas y sumar datos categóricos” (1999: 71).

Como ya se explicó, en esta investigación el río Mololoa actúa tanto intrínseca como instrumentalmente. Por lo tanto, la fase interpretativa abarca de ambos esquemas interpretativos. De este modo, la interpretación directa ayuda principalmente al entendimiento del río Mololoa en sí, mientras la interpretación mediante sumas categóricas posibilita la comprensión del objeto de estudio, que en este trabajo son las relaciones entre sociedad y entorno.

Sobre la fase interpretativa Stake (1999) hace una advertencia. Dice que ante la complejidad que generalmente caracteriza a las investigaciones cualitativas, la cual imposibilita o limita la objetividad, lo que le resta al investigador es hacer interpretaciones personales y subjetivas. Son interpretaciones que, según explica, no pretenden “describir el caso por completo [sino que buscan] dar sentido a determinadas observaciones, mediante el estudio más atento y la reflexión más profunda” (Stake, 1999: 71). Sin embargo, el autor es consciente de que la interpretación individual que hace el investigador es una acción sesgada y, para subsanarla, lo que propone es “aportar detalles [que] permitan a los lectores hacer su propia interpretación” (Stake, 1999: 71). Dicho de otro modo, se trata de posibilitar la elaboración de “interpretaciones adicionales, antes que la confirmación de un significado único” interpretado por el investigador (Flick, 1992, en Stake, 1999: 99).

Quien también hace aportes para la fase interpretativa de la investigación es Flick (2004). Al respecto, más que un “proceso lineal de primero recoger los datos y después interpretarlos”, lo que propone es un “procedimiento entrelazado” entre ambos momentos (Flick, 2004: 192). Explica, además, que la interpretación de datos empíricos luego de que son transcritos para su adecuado manejo, se traduce en una interpretación de textos. Sobre esto que comenta el autor, habría

que agregar que todo dato, cualquiera que haya sido la técnica con la cual se recogió, sea una observación, sea un registro sonoro e incluso, por ejemplo, una percepción olfativa, debe ser factible de ser traducido a un texto que luego pueda ser interpretado.

Una vez que los datos han sido transcritos, el texto resultante puede ser interpretado bajo dos criterios no excluyentes sino complementarios. Uno se refiere al “aumento del material textual”, el cual se da cuando a partir de una breve parte del texto, incluso desde una sola palabra, se hace una interpretación y redacción más amplia que la expresión textual que la original. Desde el otro criterio, en sentido inverso al anterior, lo que se hace es “reducir el texto original parafraseando, resumiendo o categorizando” (Flick, 2004: 192). Ambos criterios, en esta investigación son considerados como técnicas que forman parte del método particular. A la primera aquí se le llama ‘ampliación textual’ y a la segunda ‘reducción textual’. Por su complementariedad, ambas técnicas son aplicadas en este trabajo al momento de interpretar los textos.

3.3.2.2 Codificación y categorización

Como en todo trabajo de base inductiva, parte del proceso interpretativo tiene que ver con las tareas de codificar y categorizar los datos textuales. La codificación consistió en analizar, es decir separar los datos contenidos en el texto y asignarles nombres o etiquetas distintivas, las cuales son conocidas como códigos. Estos después se agrupan por afinidad y así es como se conforman grupos de códigos, que son los que constituyen a las categorías y en su caso, cuando así conviene, también son conformadas subcategorías que actúan como elementos intermedios.

Tanto los códigos como las categorías son construcciones conceptuales. Son los conceptos que en determinado orden jerárquico fundamentan a la investigación. Los de los códigos son conceptos concretos, más o menos objetivos, mientras las categorías son elaboraciones superiores, o sea, conceptos más abstractos y

genéricos, precisamente para poder abarcar una diversidad de códigos que mantienen algo en común.

La acción de codificar y categorizar es un proceso flexible que se adecúa al tipo de investigación, a la pregunta por responder e incluso al estilo o preferencias del investigador. Flick (2004), por ejemplo, distingue dos tipos de codificación: una teórica destinada a la construcción de teoría o al desarrollo de teoría fundamentada, y otra a la que llama codificación temática, que se implementa cuando se trata de estudios comparativos entre casos.

La codificación teórica, a su vez, se divide en tres subtipos. Estas son las codificaciones abierta, axial y selectiva (Strauss y Corbin, 2002 y Flick, 2004). Estas tres formas de codificar por lo general se llevan a cabo linealmente en el orden señalado, aunque también pueden entenderse como “maneras diferentes de manejar material textual, entre las que el investigador se mueve de una a otra y que combina si es necesario” (Flick, 2004: 193). El primer subtipo, el de codificación abierta, es “el proceso analítico por medio del cual se identifican los conceptos y se descubren en los datos sus propiedades y dimensiones” (Strauss y Corbin, 2002: 110); es un primer momento en el que “se clasifican las expresiones por unidades de significado (palabras individuales, secuencias breves de palabras) para asignarles anotaciones y sobre todo ‘conceptos’ (códigos)” (Flick, 2004: 193).

El paso siguiente corresponde al segundo subtipo, al de codificación axial. Ello consiste en “depurar y diferenciar las categorías derivadas de la codificación abierta [para seleccionar] las que parecen más prometedoras para una elaboración adicional” (Flick, 2004: 193); es el “proceso de relacionar las categorías a sus subcategorías, denominado ‘axial’ porque la codificación ocurre alrededor del eje de una categoría, y enlaza las categorías en cuanto a sus propiedades y dimensiones” (Strauss y Corbin, 2002: 134); en otras palabras, es “el proceso de reagrupar los datos que se fracturaron durante la codificación abierta” (Strauss y Corbin, 2002: 135).

El tercer momento, el de la codificación selectiva, es el trabajo fino y sintético mediante el cual se integra la información. Es “cuando las categorías principales se integran finalmente para formar un esquema teórico mayor [es decir, cuando] los hallazgos de la investigación adquieren la forma de *teoría*” (Strauss y Corbin, 2002: 157). En este último paso de la codificación teórica, es cuando se elabora la “categoría central en torno a la cual las otras categorías desarrolladas se pueden agrupar [y donde una de las intenciones es] descubrir patrones en los datos así como las condiciones bajo las cuales éstos se aplican” (Flick, 2004: 198).

El otro tipo de codificación que Flick (2004) distingue es la temática, que como ya se dijo, se implementa cuando se trata de estudios comparativos. Esto es entre casos o grupos, comenta el autor. Sin embargo, puesto que en el texto referido no es del todo clara la distinción entre ambos términos, en esta investigación se opta por referirse más que a casos a grupos, entendidos estos como sujetos o actores que, como apunta el autor, son previamente definidos y se derivan de la pregunta de investigación. Desde este enfoque, lo que interesa es investigar “la distribución social de las perspectivas sobre un fenómeno o proceso [bajo el supuesto de que] en mundos sociales o grupos distintos se pueden encontrar distintas visiones” (Flick, 2004: 201); estas son, diferencias de percepciones y significaciones de los fenómenos que se presentan incluso en aquellos grupos humanos aparentemente homogéneos.

Procedimentalmente la codificación temática atiende a dos fases. En la primera lo que se hace es describir y analizar cada grupo individualmente, de tal manera que, también a partir de una codificación abierta y luego selectiva, pero sin buscar una categoría central para el trabajo, se identifiquen los particulares sistemas de códigos y categorías que cada grupo presenta. De ello se desprenden los temas relacionados con cada grupo para luego, en una segunda fase, hacer un análisis cruzado, compararlos y detectar “correspondencias y diferencias” entre ellos (Flick, 2004: 203).

En esta investigación son consideradas tanto la forma teórica como la temática al momento de codificar y categorizar. Pues más que hablar de tipos distintos, entre ambas se visualiza una complementariedad donde, como parte de un proceso lineal, primero se hace la codificación teórica y luego la temática, entendidas como fases constitutivas del proceso que, a su vez, forman parte del método particular que para la fase analítica e interpretativa en esta tesis se propone.

Después de recolectar los datos en campo, lo que procedió fue hacer su análisis. Éste consistió en simplificarlos y hacerlos operativos para poder generar información a partir de ellos. Bassi dice que es un proceso que consiste en “ordenar, codificar y categorizar la información” (2015: 408). Mientras Martínez (2006: 141) explica que “categorizar es clasificar, conceptualizar o codificar mediante un término o expresión breve que sean claros e inequívocos (categoría descriptiva), el contenido o idea central de cada unidad temática”.

3.3.2.3 Análisis del discurso

Para el análisis de datos cualitativos, una técnica que en los últimos años ha adquirido valor epistémico es el análisis del discurso. Acorde con el paradigma interpretativo hermenéutico, esta técnica se presenta como herramienta adecuada para revelar los contenidos buscados (Rubio y Varas, 1997). El análisis del discurso, además, no sólo es aplicable a la lectura e interpretación lingüística o textual. Al respecto, Santander (2011) afirma que este tipo de análisis puede ser aplicado a cualquier tipo de expresión del lenguaje que implique el uso de signos. Lo cual quiere decir, que mediante esta técnica es posible analizar el lenguaje cotidiano cuyos enunciados, a diferencia de las ideas, pueden ser observables como una manera de leer la realidad social (Santander, 2011).

El autor advierte a ser atentos, pues dice que en todo discurso está presente cierto grado de opacidad del lenguaje. Es decir, que la transparencia o autenticidad del mismo no siempre es evidente y muchas veces la información se presenta distorsionada o permanece oculta. Sin embargo, aclara, la no

objetividad del lenguaje es precisamente el factor que justifica la aplicación del análisis del discurso. Por las ventajas que ofrece, esta técnica es utilizada en la fase interpretativa de la tesis para analizar los relatos que aportan las personas entrevistadas. Fue un análisis llevado a cabo a partir de un ejercicio de inducción analítica, como sugiere Narváez, mediante “el examen constante de los datos en busca de categorías y relaciones que se van modificando en el curso de la investigación” (2011: 65).

3.3.2.4 La matriz de relaciones como instrumento analítico

Parte de la fase interpretativa tiene que ver con el manejo de los datos y la construcción de información. Primeramente, como parte del proceso, fueron transcritos los registros del diario de campo y los audios de las entrevistas, lo cual arrojó una ingente cantidad de datos cuyo manejo fue cambiante durante la investigación. En los primeros momentos se utilizaron como herramientas el software WORD como procesador de palabras y el Atlas ti, especializado en el análisis de datos cualitativos. Sin embargo, en este proceso heurístico exploratorio se encontró más útil al software EXCEL, pues a través de éste pudo elaborarse una matriz que se presenta como un ilustrativo modo de información visual, donde pueden identificarse relaciones y cruces entre códigos y categorías. Dicha matriz fue herramienta fundamental para el procesamiento y análisis de datos y para la interpretación de resultados.

Primero se codificaron los datos, es decir, se asignaron nombres y etiquetas identificadoras a cada uno de ellos, para luego agruparlos temáticamente. Enseguida, estos grupos se ordenaron por categorías analíticas. Por último, ya con los datos codificados y categorizados, se hicieron cruces tanto entre datos como entre categorías con la intención de visualizar relaciones; comparaciones, afinidades, contradicciones, etc.

La categorización de los datos empíricos fue un proceso deductivo-inductivo. En primera instancia se partió de una acción deductiva a partir de las categorías que de manera a priori fueron trabajadas por otros autores, así como producto de las

primeras percepciones que se tuvieron en los recorridos de reconocimiento a lo largo del río. Un segundo momento, el inductivo, se derivó directamente del trabajo empírico.

Las categorías analíticas de la tesis se clasifican en espaciales y temáticas. Las primeras tienen que ver con las zonas de estudio, las cuales se explican más adelante. Las segundas se refieren a las relaciones utilitarias y a las relaciones simbólicas, que pueden ser entendidas como categorías centrales. Éstas, a su vez, se conforman por categorías inferiores o sub categorías. Desde las relaciones utilitarias se desprenden los aprovechamientos de recursos y las prácticas cotidianas; mientras de las relaciones simbólicas se derivan las percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones. En la tabla 3 se muestra el esquema metodológico que siguió la investigación.

Tabla 3. Esquema metodológico de la investigación

Esquema metodológico de la investigación			
Fase	Fase descriptiva		Fase interpretativa
Objetivos	Describir la configuración física del paisaje del río a partir de la identificación de los elementos naturales y artificiales que lo componen.	Analizar las relaciones utilitarias que usuarios establecen con el río y las riberas a partir del aprovechamiento de recursos y las prácticas cotidianas que realizan.	Develar las relaciones simbólicas que usuarios establecen con el paisaje del río a partir de las percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones que experimentan y construyen. Identificar relaciones de comunicación, mediación y determinación entre la configuración física, las relaciones utilitarias y las relaciones simbólicas que usuarios establecen con el paisaje del río.
Categorías centrales	Configuración física del paisaje	Relaciones utilitarias	Relaciones simbólicas
Categorías temáticas	Elementos naturales; Elementos artificiales	Aprovechamiento de recursos; Prácticas cotidianas	Percepciones; Opiniones; Evocaciones; Significaciones
Técnicas	Observación y transurbancia	Entrevistas	

Fuente: elaboración propia.

3.4 Zonas de estudio

En esta sección se definen, como parte del método particular, las zonas de estudio en las que fue dividido el río Mololoa a su paso por la ciudad de Tepic. Para entender la conformación y funcionamiento de un paisaje es necesario “leer y entender su carácter” (Macías, 2013: 599). Ello se refiere a describir al paisaje que se estudia a partir del conjunto de características y cualidades que lo distinguen de otros, esto es, hacer su caracterización. Sobre la delimitación o extensión de un paisaje, Seel (2007: 39) dice que éste “termina en el horizonte”, es decir, hasta donde alcanza la mirada. Sin embargo, en el caso de los paisajes urbanos como el que se estudia, esta situación se presenta de manera distinta.

Según lo anterior, en el río Mololoa el observador experimenta intermitencias en cuanto a la extensión y percepción del paisaje. Las casas y edificios, las obras de infraestructura y demás objetos tanto naturales como antrópicos que la ciudad contiene, en áreas despejadas permiten que la mirada se extienda hasta el horizonte, mientras que en puntos más densos y construidos, la vista puede alcanzar apenas la acera de enfrente. Esto último, corresponde a los paisajes urbanos interiores que menciona Zoido (1995), que es en los que aquí se hace énfasis.

Para organizar la zona de estudio, en términos espaciales, Boehm (en Hernández, 2014) dice que en una primera fase “conviene subdividir el espacio en unidades con características más o menos homogéneas y distinguibles”. Esta subdivisión se puede hacer a partir de lo que se conoce como unidades de paisaje, las cuales son fracciones del espacio físico-geográfico, y también urbano, “objetivamente definibles y cartografiables” (Martínez, 2016: 36), que sirven para ordenar operativamente el espacio físico de trabajo. Es necesario mencionar, que el paisaje no se presenta delimitado rígidamente por secciones, sino como un conjunto en el que “no se deben aislar los elementos naturales de los humanos [y que] si se realiza una disociación de elementos y partes, sólo se hace para su inicial identificación (Martínez, 2016: 42).

Las unidades de paisaje corresponden a extensiones superficiales de dimensión variable, usualmente determinadas o delimitadas, aunque no necesariamente de manera rígida, a partir de criterios geográficos. Sin embargo, como sugiere Hernández (2014: 287), “también pueden construirse unidades a partir de criterios culturales, con base en cronología histórica y usos sociales del territorio o a partir de significaciones simbólicas”. Sobre este punto, Barragán (2008: 164) hace un aporte similar y menciona que “el relieve –la forma del terreno- es muy significativa, fundamental, en la constitución de los paisajes [...] da el sustrato al resto de las capas naturales [...] sobre las que se inscriben sus rasgos culturales”.

De acuerdo con los referentes revisados, el concepto de unidades de paisaje es utilizado sobre todo en estudios geográficos llevados a cabo en amplias extensiones de terreno, a escala de región, pero no precisamente en trabajos de paisaje urbano. Por eso mismo, en vez de unidades de paisaje en esta tesis se opta por referirse a zonas, ya que es un concepto más genérico y de amplia utilización en estudios de la ciudad como el que aquí se hace.

Como se ha comentado, además del río la investigación se centra en la ciudad. Bajo ese principio, se tiene que la extensión del Mololoa a su paso por la ciudad de Tepic abarca aproximadamente 12 km de largo. Aunque se entiende que es una totalidad, con fines analíticos, el trayecto del río por la ciudad fue dividido en 6 zonas y 16 sub zonas de estudio, las cuales se enlistan en la tabla 4 y se ubican y delimitan en el mapa 2.

La zonificación fue definida con base en un criterio espacial, de acuerdo con la presencia de algunos elementos físicos urbanos. Parte de estos son las vialidades; sin embargo, los elementos principales que ayudaron a delimitar las zonas fueron los puentes que se encuentran en distintos puntos a lo largo del cauce. A la luz de las categorías analíticas que sugiere Lynch (1998), puede hacerse una reflexión acerca de los puentes. En términos utilitarios, son elementos que sirven para cruzar el “borde” que representa el río; además, por su materialidad, son “hitos” que actúan como referentes físicos espaciales y, al

mismo tiempo, son “nodos” o puntos neurálgicos en los que se concentra una parte de la vida social urbana.

Tabla 4. Zonas y sub zonas de estudio

Zonas y sub zonas de estudio	
Zona	Sub zona
Zona 1: Armadillo – Ladrilleras	Armadillo
	Ladrilleras
Zona 2: Severiano – Jacarandas	Severiano
	Jacarandas
Zona 3: Fórum – Quevedeño	Puente Villas del Parque
	Fórum
	Parque Quevedeño
Zona 4: Prieto Crispín	Puente Blanco
	Puente Amarillo
	Puente Ferrocarril
Zona 5: Centro – Mololoa	Antigua zona roja
	Centro
	Mololoa
Zona 6: Acayapan – El Punto	Acayapan
	Ruinas de Jauja
	El Punto

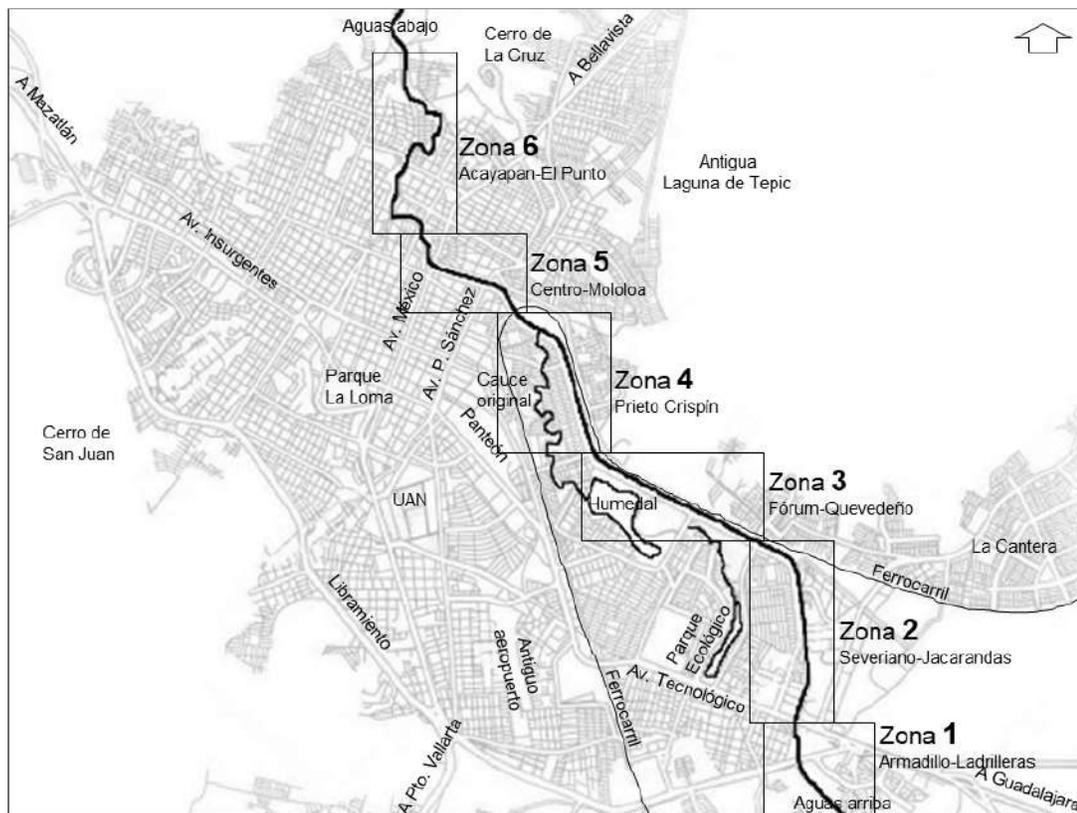
Fuente: elaboración propia.

Al término de este capítulo ha sido expuesto el proceso metodológico que siguió la investigación. Se explicaron ambas fases, la descriptiva y la interpretativa, con la fenomenología como postura epistémica y el etnográfico como método general, así como las técnicas utilizadas. A partir de eso, en el siguiente capítulo se exponen los resultados producto del trabajo de campo, correspondientes a la fase descriptiva de la investigación.

Capítulo IV. Resultados del estudio del río mololoa a su paso por la ciudad de Tepic; las seis zonas

En este capítulo se exponen, como parte de la fase descriptiva de la tesis, los resultados del trabajo empírico. La presentación se hace por zonas, las cuales funcionan como categorías analíticas espaciales, cuya ubicación y delimitación se muestra en el mapa 2.

Mapa 2. Ubicación y delimitación de las zonas de estudio



Fuente: elaboración propia.

Como ya ha sido explicado, en cada una de las seis zonas, de forma transversal, se muestran los resultados producto del análisis de las categorías temáticas. Como parte de la triangulación metodológica, en el texto se integran imágenes (fotografías) ilustrativas y al inicio de la exposición de cada zona se muestra un mapa en el que se indican los puntos referidos en el documento. En cuanto a la simbología de los mapas, el primer número corresponde a la zona y, separado por un guion, el segundo número indica el punto en sí.

4.1 Zona 1: Armadillo – Ladrilleras

Esta primera zona de estudio se localiza al sureste de la ciudad, en la parte donde entran en contacto ésta y el río. Aguas arriba su delimitación es imprecisa pues se difumina sobre el Valle de Matatipac. Mientras que, aguas abajo, hacia la parte norte, ya dentro de la ciudad, la zona es delimitada por el Puente de San Cayetano (1-1) sobre el cual cruza el río la avenida Tecnológico, que a su vez se convierte en la carretera que conduce a la ciudad de Guadalajara (mapa 3).

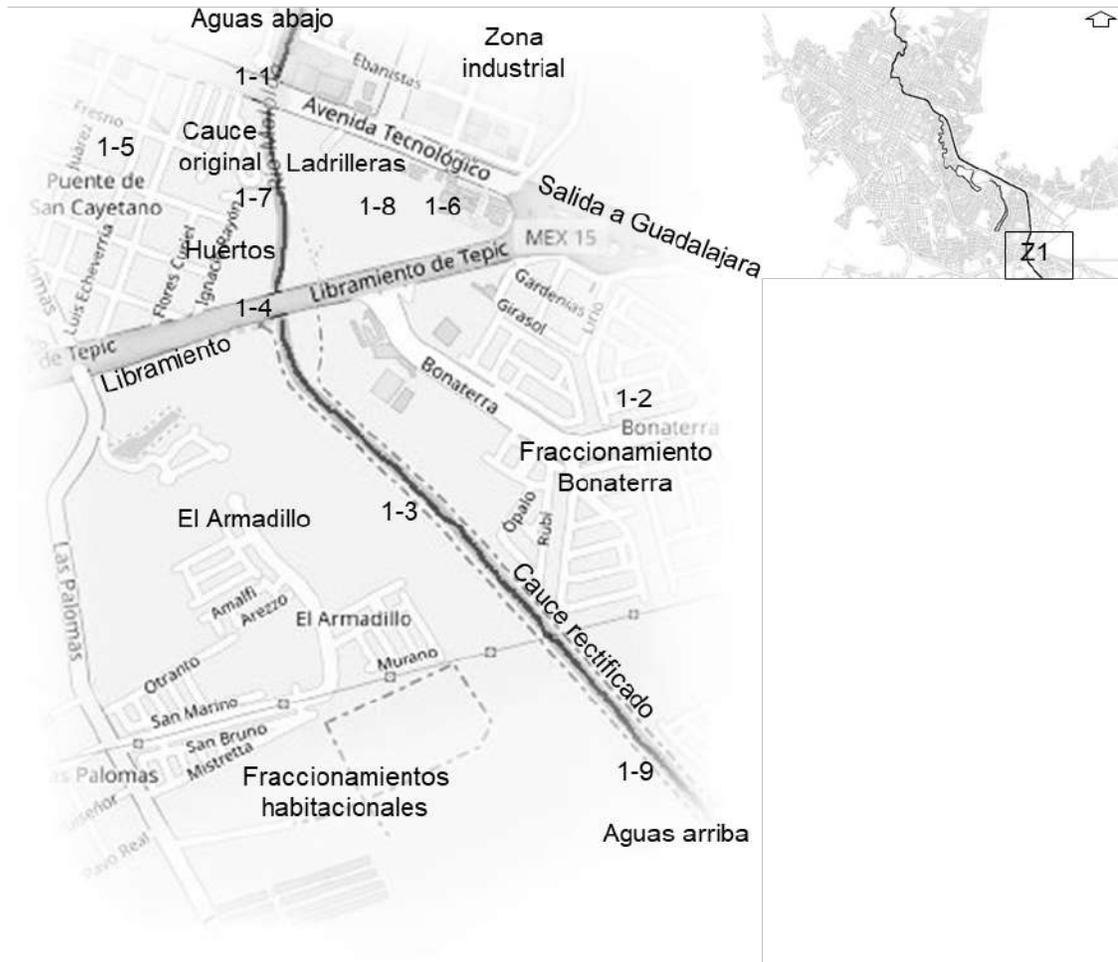
4.1.1 Configuración física del paisaje

Aunque en general el predominio de uso del suelo es agrícola y pecuario, en los últimos años ha cambiado progresivamente. La zona rápidamente se ha comenzado a urbanizar y ha aumentado la densidad de construcción y de población. Hacia ese rumbo se ha extendido la mancha urbana, más allá del libramiento carretero, vialidad regional que dejó de ser referente contenedor del crecimiento de la ciudad, donde las parcelas, ranchos y caseríos, uno de ellos llamado El Armadillo, gradualmente han cedido terreno al uso habitacional y de servicios.

Es un proceso de antropización del paisaje, que se ha dado en un periodo relativamente corto. Las construcciones se han edificado sobre una urbanización improvisada, deficiente o inconclusa y con una red de infraestructura limitada y precaria. Son transformaciones que en gran medida han conducido, intencionadamente o no, a la desecación de humedales y pantanos en el Valle de Matatipac. En la imagen 1 se observa que incluso en tiempo de secas se

forman pantanos (izquierda), los cuales se rellenan con escombros para desecarlos y poder construir sobre ellos (derecha).

Mapa 3. Zona 1: Armadillo - Ladrilleras



Fuente: elaboración propia a partir de una imagen de OpenStreetMap.

Hacia la margen derecha, al lado oriente, entre el río y la carretera a Guadalajara, se han hecho desarrollos inmobiliarios. Por su amplia extensión, el que domina en el paisaje es el fraccionamiento Bonaterra (1-2), un desarrollo inmobiliario de vivienda media y residencial, de los conocidos como cotos privados, que cuenta con su propia red de infraestructura y algunos servicios. Además del uso habitacional, hacia ambas márgenes del río se han construido edificios de servicios. Existen colegios, salones y jardines para fiestas, establecimientos

comerciales menores y bodegas diversas, que junto con otras construcciones emergen como islas esparcidas sobre el terreno.

Imagen 1. Pantanos y encharcamientos en el Valle de Matatipac



Fuente: elaboración propia.

Se observa, además, que estas nuevas construcciones no mantienen una relación integral con el río y el paisaje. Por el contrario, al parecer la intención es aislarse o mantenerse a distancia. Los fraccionamientos y demás edificaciones respetan la zona federal, pero no se abren física ni visualmente hacia el río. Es una relación en la que las construcciones dan la espalda y se levantan bardas en las colindancias con el Mololoa.

En lo que es el valle, tan pronto emerge de los manantiales, el agua del río es canalizada de forma lineal y ortogonal (1-3). El cauce natural es antropizado y adaptado a las necesidades funcionales y productivas, particularmente conforme a la traza y organización de las parcelas agrícolas. Producto de esta rectificación es la zona federal del río. A lo largo de ella, de manera paralela al cauce, sobre la margen izquierda, hay una vialidad de terracería o brecha que conecta al libramiento con la carretera que conduce a Pantanal y a otras localidades asentadas en el valle, además de servir como camino saca cosechas. Por ser poco transitada, en distintos puntos de esta brecha es común ver tiraderos clandestinos de basura y escombros.

No obstante, esta zona sub urbana aún presenta una antropización menor a la que se encuentra al interior de la ciudad, lo cual permite que se mantengan ciertas condiciones naturales. En algunos tramos del río la vegetación riparia o ribereña aún es abundante, con especies de árboles nativos como higueras y sauces, entre otros. Además, el paisaje fluvial funciona como hábitat para diversos animales silvestres, tanto acuáticos como terrestres y aves. Pueden verse patos comunes, gorriones, garzas blancas, variedades de peces principalmente mojarra y carpa, así como tortugas, perros de agua o nutrias, e incluso cocodrilos, entre otras especies.

En lo que respecta al libramiento, este actúa como frontera física entre la ciudad y el valle. Al ser transitado por vehículos a alta velocidad y por presentar una barrera de contención central, se hace difícil su cruce por parte de peatones y animales terrestres. Junto a esta vialidad se ubican bodegas, talleres mecánicos, gasolineras y servicios relacionados con la actividad agropecuaria, el transporte y giros similares, además de hoteles y restaurantes, entre otros.

Aguas abajo, a partir del puente del libramiento (1-4), las condiciones son distintas y se puede hablar ya de una zona urbana en sí. En ese sitio se asienta la colonia Puente de San Cayetano (1-5), nombrada así precisamente por el puente que allí se encuentra, el cual marca el límite de esta primera zona de estudio y pasa desapercibido oculto entre la maleza (imagen 2). A esta parte de la ciudad también se le conoce como las ladrilleras, debido a la actividad productiva artesanal que allí se realiza y que consiste en la elaboración de ladrillos. Junto con las casas que conforman la colonia está una gasolinera, talleres y depósitos de chatarra, entre otros giros (1-6).

De manera general la zona cuenta con servicios de infraestructura básica. Las vialidades principales están pavimentadas, tienen banquetas, alumbrado público y otros servicios, aunque al interior de las colonias estos son deficientes. Hacia el lado oeste de la margen izquierda, el uso de suelo es fundamentalmente habitacional, mientras que los comercios, servicios y edificios de equipamiento urbano, se localizan a lo largo de la avenida Tecnológico.

Imagen 2. Antiguo Puente de San Cayetano



Fuente: elaboración propia.

No obstante su inserción en la ciudad, esta sub zona de las ladrilleras se mantiene como una fracción del espacio geográfico que no ha sido modificada significativamente con el paso del tiempo. En este lugar el río presenta una particularidad. Si se observa a nivel del suelo es difícil de detectar, pero desde una vista aérea se aprecia que, entre el puente del libramiento (1-4) y el Puente de San Cayetano (1-1), en un tramo de unos 400m de largo, el cauce del río no fue rectificado. Esto a diferencia de las zonas con las que colinda, aguas arriba con el valle y aguas abajo con las siguientes zonas por analizar.

Testigo de lo anterior es el referido Puente de San Cayetano, que por su valor histórico, es objeto representativo no sólo de esta zona sino en general de la ciudad de Tepic e incluso de la región. Obra de ingeniería que a partir de su construcción a inicios del siglo XIX posibilitó el tránsito y la comunicación entre el puerto de San Blas y la ciudad de Guadalajara, que junto con la ciudad de Tepic, fueron importantes y estratégicos puntos comerciales y políticos en aquella época, según explican Luna y Camelo (2012).

En el sitio actualmente coexiste el antiguo e histórico puente de San Cayetano, elaborado en piedra, junto con el más actual, construido en concreto armado. Los

dos funcionan y permiten el paso vehicular para atravesar el río; sin embargo, el puente antiguo ya no tiene el protagonismo que alguna vez tuvo e incluso pasa desapercibido para la mayoría de quienes lo utilizan cotidianamente, en parte, debido a la escasa separación de apenas unos 3m que hay entre los dos. Se puede afirmar que ambos puentes, el antiguo y el más reciente, coexisten como un palimpsesto a partir del cual se pueden advertir, en un mismo espacio, distintas temporalidades del río y la ciudad. En la imagen 3, en primer plano se observa al puente más reciente, mientras detrás de éste se encuentra el puente antiguo.

Imagen 3. Puente de San Cayetano más reciente



Fuente: elaboración propia.

En este punto, bajo los puentes (1-1), la contaminación del agua y las riberas es evidente. Hay mal olor como consecuencia de la descarga de aguas residuales. Además, las huellas de zapato en el suelo, las manchas de fuego y ceniza, y las marcas de *graffiti*, denotan que el lugar es utilizado por personas al menos de forma efímera. Por el hecho de que en este lugar el paisaje no ha sido modificado considerablemente, se conservan especímenes de árboles cuya edad, en apariencia, es mayor a la de otros que se ubican en las márgenes rectificadas del cauce. De manera similar, la vegetación menor, como son arbustos, matorrales y plantas acuáticas, es densa y se conserva naturalmente sin sufrir alteraciones

significativas. Eso permite que variedad de aves y otros animales utilicen al lugar como su hábitat (1-7).

Cercano al río, a unos 100m hacia el oriente, a espaldas de las casas, se localiza un manantial o venero (1-8). Allí el agua que nace forma un pequeño humedal rodeado de plantas de pantano y enseguida se encauza, para finalmente desembocar en el río. Ambos elementos, río y manantial, son fuente constante de agua que permite que en la zona exista determinada biodiversidad, además de que posibilita la realización de prácticas y aprovechamientos en el paisaje.

4.1.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas

En la zona estudiada y en general en el Valle de Matatipac, históricamente la sociedad ha establecido una relación estrecha para con el río. El agua para consumo humano, que anteriormente se extraía directamente del cauce, en la actualidad no se hace debido a la contaminación que presenta el río. Ante tal condición, ahora se extrae de pozos profundos o en su caso de manantiales. En la imagen 4, a la izquierda se aprecia el lugar donde emerge el agua del manantial de Pantanal, mientras a la derecha se observa el punto donde el manantial de Los Rosales descarga su agua al río Mololoa.

Imagen 4. Manantiales que alimentan al río Mololoa



Fuente: elaboración propia.

Estos cuerpos hídricos, principalmente el de Pantanal y el conocido como Los Rosales, son utilizados como sitios de recreo y para realizar algunas prácticas domésticas como el lavado de ropa. Son lugares con abundante vegetación y arbolado, lo cual genera condiciones microclimáticas sombreadas y ventiladas que son aprovechadas por las personas principalmente durante las temporadas calurosas del año.

El paisaje ofrece recursos naturales que son aprovechados por algunas personas. Además de la recolección de recolección de frutos, hierbas, leña, entre otros, en diversos puntos a lo largo del cauce es posible ver que hay personas que pescan en el río (1-3). Algunas lo hacen de forma recreativa, mientras otras lo hacen como práctica económica o de subsistencia, ya sea para el autoconsumo o para su comercialización a través de la venta o trueque de los peces capturados. Este tipo de escenas observadas durante los recorridos de campo, remiten a los relatos que hacen autores como Pérez (1894), sobre las prácticas de caza y pesca que históricamente se han llevado a cabo en el río Mololoa.

El vínculo con el agua también se ha dado a partir de su uso para riego de sembradíos, para el consumo animal, así como para distintos procesos microindustriales, artesanales y domésticos. Como se ha mencionado, en el valle el principal cultivo es la caña de azúcar, que se presenta como monocultivo dominante en el paisaje. En lo referente a la actividad pecuaria, esta se desarrolla en granjas avícolas y porcícolas, junto con la crianza de ganado vacuno y caballar, gallos de pelea, entre otros animales de granja. Además de las actividades productivas, en el valle tradicionalmente se han realizado prácticas recreativas y deportivas como las cabalgatas, los jaripeos o monta de toros y la charrería, llevadas a cabo en distintos lienzos charros y corrales.

Sobre ambas riberas, tanto en el valle como en la parte más cercana a la ciudad, cotidianamente se realizan algunas prácticas domésticas cercanas al río. La amplia extensión de algunos terrenos junto al río permite que haya huertas, además de árboles y plantas, tanto frutales como de ornato. Por eso mismo, la

recolección de frutos es práctica recurrente. Lo que también es común es la cría de animales de granja y traspatio, así como labores domésticas como el lavado de ropa (pero no con agua del río) y el asoleado de la misma (1-7).

En el sitio junto al Puente de San Cayetano, la práctica más distintiva y a la vez más arraigada es la elaboración de ladrillos (imagen 5). Son tradicionales talleres en los que al aire libre, de forma artesanal y con insumos que brinda el paisaje, se elaboran dichos objetos además de tejas, losetas y otras piezas a base de arcilla recocida. Junto al río las ladrilleras son protagónicas en el paisaje, pero su presencia no se limita a ese lugar en específico. Hacia la margen izquierda, en diversos puntos de las colonias allí asentadas, existen también ladrilleras. En muchos casos son negocios familiares establecidos en los patios de las casas, donde los ladrillos son apilados y exhibidos sobre las banquetas. Los hornos, los ladrillos e incluso el polvo de arcilla color anaranjado esparcido por las calles y banquetas, son componentes que otorgan carácter al paisaje urbano de la zona.

Imagen 5. Elaboración de ladrillos junto al río Mololoa



Fuente: elaboración propia.

Sobre el proceso de fabricación de los ladrillos, un trabajador ladrillero aporta una explicación. Al ser entrevistado y cuestionado sobre la relación que existe entre el río y la práctica tradicional de elaborar los productos, menciona: “el ladrillo se hace aquí pero el material lo traen de otro lado pal’ rumbo de Pantanal. El agua

sí se saca de aquí. Tenemos unos cinco o seis pozos de agua” (informante 28). Se refiere a una serie de pozos dispersos en la zona de trabajo, los cuales proveen de agua limpia, necesaria para elaborar los ladrillos (imagen 6). Esto se hace así puesto que el agua que otrora obtenían directamente del cauce del río, ahora ya no les sirve porque está contaminada.

Imagen 6. Pozo para extracción de agua



Fuente: elaboración propia.

La elaboración de ladrillos anteriormente se realizaba en diversos puntos a lo largo del río y no sólo en la zona donde se hacen actualmente. Por ambos márgenes, a lo largo del Boulevard Luis Donaldo Colosio, desde el Puente de San Cayetano hasta terrenos frente a la actual Plaza Fórum (zona que se analiza más adelante), diversas ladrilleras formaban parte del paisaje fluvial del Mololoa. Los tajos, terrazas y taludes que quedaron en el terreno, son evidencia de que las riberas proveían la arcilla necesaria para elaborar el producto.

Era un paisaje configurado por los hornos en los que se cocían los ladrillos, donde también formaban parte las respectivas columnas de humo que arrojaban. Eran imágenes paisajísticas no exclusivas de las márgenes del río, sino que se replicaban y distribuían a lo largo y ancho del Valle. Sin embargo, desde el año 2007, aproximadamente, las ladrilleras asentadas junto al río fueron inhabilitadas y las personas fueron desalojadas. Esto con la intención de ordenar y urbanizar

la zona y construir obras de infraestructura y equipamiento urbano por parte del gobierno estatal en turno. No obstante, aunque en menor cantidad que antes, aún existen ladrilleras dispersas sobre el Valle de Matatipac.

4.1.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones

En la parte del valle fueron entrevistados dos usuarios del río, cuyas experiencias están asociadas principalmente con la práctica de la pesca. Uno de ellos es el informante 2, hombre de entre 60 y 65 años de edad, quien acompañado de su nieto acostumbra ir a pescar al río. La actividad la realizan mediante las técnicas de la atarraya o red de mano, y la línea o sedal con anzuelo y cebo o carnada. Según comenta, viven en San Cayetano, poblado cercano ubicado al oriente de la zona, junto a la carretera que conduce hacia Guadalajara. Cada fin de semana acuden a esta parte del río, sitio de la entrevista, en las inmediaciones del puente por donde pasa la carretera hacia el poblado de Pantanal (1-9). El entrevistado manifestó ser jubilado y dijo que la pesca, junto con la captura de otros animales, por ejemplo tortugas, son prácticas que hace por placer, por el gusto de compartir con su nieto algunas de las actividades que él ha hecho desde chico, cuando su padre lo llevaba a pescar en ese mismo punto del río.

El informante 1, por su parte, también habla sobre la pesca. Se trata de un hombre de unos 50 años de edad, quien usualmente acude a pescar al río junto con otros compañeros. Ellos también utilizan línea y anzuelo con carnada, pero a diferencia del usuario anterior, lo hacen como práctica de sustento y no recreativa. Para que la práctica tenga éxito, explican, se posicionan cautelosamente en lugares tranquilos del río, alejados del bullicio de la carretera, en la parte media entre el puente de Pantanal y el puente del libramiento, pues dicen, “son puntos en los que se obtiene buena pesca” (1-3).

También mencionan que, por esa misma razón, la de la presencia de buena cantidad de peces, son zonas en las que suelen verse cocodrilos. Sin embargo, aseguran, estos no representan un peligro o riesgo, pues son animales

territoriales que no se mueven mucho de puntos específicos y que mientras no se les moleste, los cocodrilos no les hacen nada (imagen 7).

Imagen 7. Pesca en el río Mololoa



Fuente: elaboración propia.

Al tocar otros temas, ambos entrevistados compartieron percepciones respecto a la contaminación que presenta el río. Coinciden en que a diferencia de la ciudad, en esta zona del río, en las inmediaciones de El Armadillo y en general en el valle, el agua aún no está contaminada; “si acaso por lo que avientan de las granjas [avícolas] pero pues es pura purina, no pasa nada, al contrario, sirve de alimento a los pescados”, menciona el informante 1.

Más que la contaminación, a estos usuarios les importa y les afecta otro aspecto relacionado directamente con la pesca. Se trata de la plaga de peces diablo, la cual se ha convertido en un problema. Es una especie inducida al Mololoa, según explican, por parte de una empresa que cultiva peces de ornato y que un día se les ocurrió tirar al río los especímenes que por algún motivo ya no querían, entonces, ahora estos peces diablo son un problema porque se reproducen fácil y rápidamente. La inserción de esta especie acuática invasiva no sólo pone en riesgo parte del equilibrio ecosistémico, sino que al competir y disminuir la proliferación de especies nativas y comerciales, como la carpa y la mojarra, trae consecuencias en la economía familiar, según lo exponen los afectados.

La contaminación del río es tema que preocupa a los usuarios en los alrededores de las ladrilleras. Sobre esto, el entrevistado 28, hombre de 56 años de edad, trabajador de las ladrilleras, con treinta años de vivir en la zona y trabajar en el oficio, menciona que el agua del cauce del río ha perdido importancia debido a la contaminación que presenta. Es un problema ambiental sobre el cual, a manera de denuncia, comenta: “nosotros como jodidos creo que no contaminemos tanto como los ricos. Los fraccionamientos privados que han construido [con su mano señala hacia el fraccionamiento Bonaterra, ubicado a unos 500m de distancia] ¿a dónde cree que echen sus aguas?”

En lo que respecta al manantial existente, anexo a las ladrilleras, el problema no es de contaminación sino de utilización, apropiación y derechos (imagen 8) (1-8). Su agua, recurso que históricamente había sido de uso libre y común por parte de las personas, de un tiempo para acá ha dejado de serlo. Actualmente el cuerpo hídrico forma parte de una propiedad privada cuyo perímetro ha sido delimitado por parte de su propietario, con malla metálica, tipo ciclónica, lo cual impide que las personas pasen libremente a utilizar el agua, como otrora lo hacían.

Imagen 8. Manantial como parte de una propiedad privada



Fuente: elaboración propia.

Respecto a esta situación, el informante 28 señala:

Antes nos bañábamos, allí donde está el guamúchil, antes podíamos pasar, pero ahora ya está cercado porque está dentro de una propiedad privada. Lo que yo digo, ese señor es propietario del terreno, pero el agua es propiedad de la nación ¿Qué no?

Por último, al preguntarle al mismo usuario acerca de la importancia que para él representa trabajar y vivir cerca del río Mololoa, contestó que “ninguna”. Para él no es importante vivir cerca del río, pues menciona: “cuando yo llegué a la colonia ya había agua entubada” (informante 28). Con su declaración, lo que hace es una significación en términos estrictamente utilitarios; esto es, que el río no representa nada más que un papel funcional como fuente de agua.

4.2 Zona 2: Severiano – Jacarandas

Esta zona, cuyo desarrollo inició a partir de finales del siglo pasado y lo que va de éste, abarca desde la avenida Tecnológico, en el Puente de San Cayetano (2-1), aguas arriba, al extremo sur, hasta el puente ubicado aguas abajo, en la parte norte, el cual aquí es nombrado como puente Villas del Parque (2-2), esto porque entre otros, comunica con un fraccionamiento que lleva ese nombre (mapa 4).

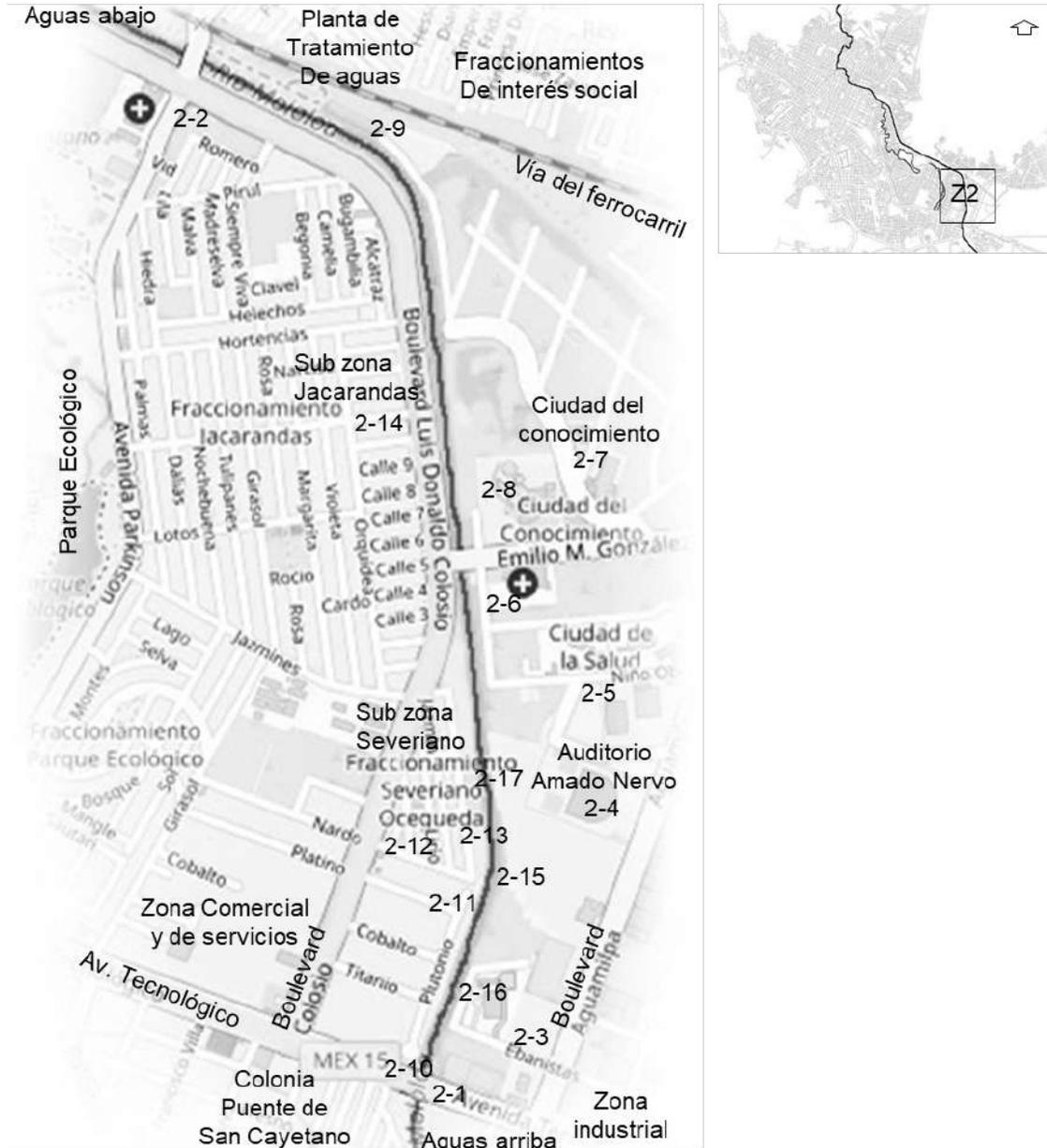
4.2.1 Configuración física del paisaje

Aquí se presentan diferencias entre ambas márgenes, tanto en términos de configuración urbana y paisajística, como en los usos, utilidades y prácticas que se realizan. En la margen derecha, al este, sobre una extensa superficie de terreno, el uso de suelo es principalmente de servicios y en menor medida comercial e industrial, pero no habitacional. En esa parte están distribuidos diversos edificios, algunos privados, pero sobre todo públicos. Los edificios privados son básicamente bodegas, talleres y algunas otras instalaciones, que forman parte de la que se conoce como la zona industrial de la ciudad (2-3).

Entre los edificios públicos, algunos pertenecen al poder judicial, tanto del estado como de la federación. Otro, el más grande, es el Auditorio Amado Nervo,

anteriormente llamado Auditorio de la Gente (2-4). Son edificaciones que dan la espalda al Mololoa y el acceso a ellos es por el Boulevard Aguamilpa, ubicado a unos 800m de distancia del río (imagen 9).

Mapa 4. Zona 2: Severiano – Jacarandas



Fuente: elaboración propia a partir de una imagen de OpenStreetMap.

Enseguida del Auditorio se localizan diversas edificaciones que conforman lo que se conoce como Ciudad de la Salud (2-5). Son instalaciones hospitalarias y del giro asistencial, algunas terminadas y otras en construcción o en proyecto. Entre las construcciones, por su altura de alrededor de 30m, en el paisaje destaca el hospital privado Puerta de Hierro, el cual se ubica a unos 200m del río (2-6).

Imagen 9. Auditorio Amado Nervo visto desde el río



Fuente: elaboración propia.

Pasando esta vialidad se encuentra la Ciudad del Conocimiento (2-7). Un conjunto de edificios en los que se desarrolla investigación, los cuales pertenecen a distintas instituciones educativas y gubernamentales. Uno de ellos, que por su cercanía al río es el más visible, es el museo interactivo de ciencia y tecnología ubicado frente al hospital mencionado (2-8). La zona en general aún tiene extensas áreas libres, no construidas, sobre todo hacia el extremo norte, donde ésta es delimitada por la vía del ferrocarril. Así es como la margen derecha del Mololoa se destinó como área de reserva, para allí construir distintas obras de equipamiento urbano de alcance regional.

Otra situación es la que se presenta con la planta de tratamiento (2-9), ubicada en la parte última de esta margen derecha, donde el cauce del río da vuelta a la izquierda, a unos 100m antes de llegar al puente donde termina la zona. Si bien por el modo en que este tipo de instalaciones opera, a partir del flujo por gravedad

de las aguas residuales a tratar, es conveniente que se ubiquen en partes bajas, cercanas al elemento receptor final, que en este caso es el río Mololoa, también es sabido que este tipo de obras generalmente se edifican en sitios retirados de las zonas habitacionales e incluso de la propia ciudad, sin embargo, en este caso no es así (imagen 10).

Imagen 10. Planta de tratamiento de aguas residuales



Fuente: elaboración propia.

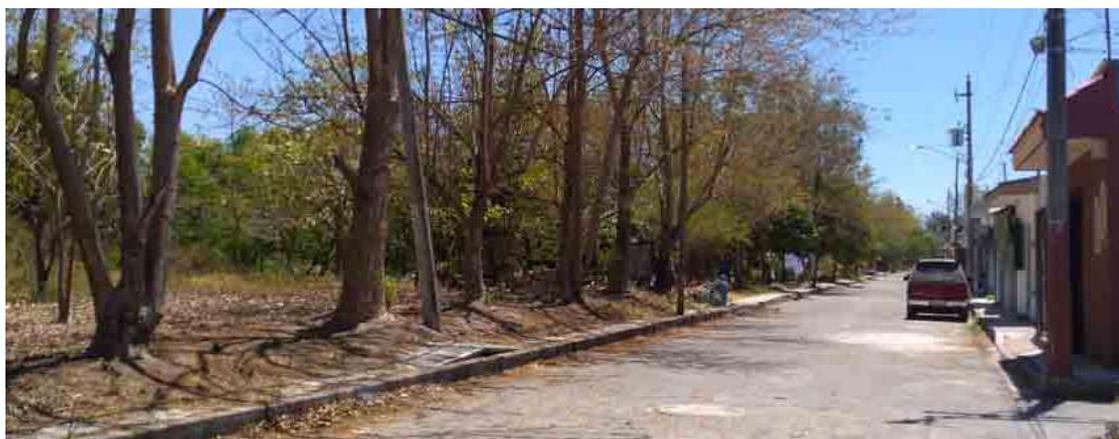
Sobre la margen izquierda, hacia el lado oeste, hacia la ciudad, la configuración urbana y paisajística es distinta. El uso de suelo es mixto, donde lo habitacional, sobre todo del tipo interés social, coexiste con el uso industrial, comercial y de servicios, tanto públicos como privados. De acuerdo con la traza y configuración urbana existente, con fines analíticos y descriptivos, esta margen izquierda puede dividirse en dos sub zonas. Una es la parte sur, aguas arriba, entre el Puente de San Cayetano y el punto donde termina el fraccionamiento Severiano Ocegueda (sub zona Severiano). La otra es la parte norte, aguas abajo, desde el punto referido hasta el puente de Villas del Parque, donde termina la zona estudiada (sub zona Jacarandas).

La descripción de ambas partes de la margen izquierda puede hacerse en el sentido del flujo del río. Primeramente, junto al Puente de San Cayetano y la Av. Tecnológico, se encuentra la escuela Pedro Casas (2-10), institución pública de

educación básica. Enseguida hay bodegas, patios de maniobras y algunas industrias y talleres, hasta llegar a una fábrica de tostadas (2-11). A partir de allí comienza la zona habitacional, con el fraccionamiento de interés social Severiano Ocegueda Peña. Este se organiza en dos secciones, una multifamiliar (2-12) y otra unifamiliar (2-13). La primera colinda, en el sentido largo, con el Boulevard Luis Donald Colosio, mientras que a lo ancho se extiende en dirección al río, pero sin llegar hasta este. El conjunto consta de torres de departamentos en cuatro niveles, lo cual propicia una densidad de población alta, aunque en una superficie de terreno no tan extensa como la de otros fraccionamientos de este tipo.

La sección de vivienda unifamiliar se ubica a espaldas de los edificios de departamentos, entre estos y el río. Está conformada por apenas tres manzanas, desplegadas longitudinalmente conforme a la ribera. Además de las vialidades transversales, en el sentido largo hay dos calles, una delimita a las casas de los departamentos, los cuales no se abren hacia esta vía, sino que se cierran física y visualmente mediante una barda. La otra calle se desplaza al frente de las fachadas que miran al río, entre las casas y el espacio ribereño. El fraccionamiento llega hasta un punto donde el boulevard se va cerrando y confluye con la ribera (imagen 11).

Imagen 11. Vialidad local en el fraccionamiento Severiano Ocegueda



Fuente: elaboración propia.

Desde este punto y hasta el puente Villas del Parque, lugar donde termina esta zona de estudio, se localiza el fraccionamiento Jacarandas. También es de interés social, mayormente con viviendas unifamiliares y sólo con algunas torres de departamentos, además de establecimientos comerciales y de servicios básicos a escala vecinal. De acuerdo con la traza urbana, entre el fraccionamiento y el río se localiza el boulevard mencionado, vialidad principal que se presenta como frontera física entre ambos elementos (imagen 12) (2-14).

Imagen 12. Ciclovía frente al fraccionamiento Jacarandas



Fuente: elaboración propia.

Fenómeno común en el fraccionamiento Jacarandas son las inundaciones y encharcamientos durante el temporal de lluvias, lo cual se debe a varios factores. Uno es porque el terreno donde fue construido pertenece a la llanura de inundación que de manera natural ha tenido el río, cuyo nivel apenas está por encima del nivel del cauce y por lo tanto se reduce la posibilidad de desagüe por escurrimiento superficial. De hecho por esos terrenos pasaban ramificaciones del río antes de ser rectificado. Otro factor tiene que ver con el manto freático, que al estar a poca profundidad (de manera similar al Valle), rápidamente se satura con el agua de lluvia y consecuentemente la infiltración al subsuelo se ve limitada. Esto se potencia con la permeabilidad que ha perdido el suelo a partir de la urbanización.

A partir del Puente de San Cayetano (2-1) comienza la parte rectificada del cauce dentro de la ciudad. Con esta acción también fue definida la zona federal, la cual abarca 10 metros a partir del nivel de aguas máximas ordinarias, es decir, aproximadamente 20-25m de ancho hacia cada lado desde el centro del cauce. Ello ha generado una franja de espacio ripario a lo largo de la cual hay una ciclovía que también sirve como banqueta y andador, a manera de parque lineal. Desde aquí y hasta el centro de la ciudad, corren paralelamente el boulevard, la ciclovía y el río. Al no haber construcciones que se interpongan entre estos elementos, desde el boulevard y la ribera izquierda es posible tener vistas amplias hacia el río y la ribera derecha, e incluso más allá, hacia los cerros cercanos, los cuales delimitan la cuenca Mololoa en su lado norte.

Quizás por tratarse de una zona aún no tan inserta en la ciudad, con un bajo tránsito de personas, y puesto que hacia la margen derecha aún no está totalmente urbanizado, la vegetación y arbolado ripario son densos. En la imagen 13 se observa, en primer plano el arbolado ripario, detrás de éste el fraccionamiento Jacarandas, el cual limita con la franja arbolada del Parque Ecológico, enseguida el resto de la ciudad, y al fondo el cerro de San Juan.

Imagen 13. Arbolado ripario en la zona Severiano – Jacarandas



Fuente: elaboración propia.

En esta zona hay árboles nativos como los sabinos, entre otros. Junto con éstos hay especies de árboles de amapa, primavera y jacaranda, los cuales han sido

inducidos como parte de los trabajos de reforestación que en distintos momentos se han dado en la margen izquierda, la más visible desde el boulevard, acción que no se ha hecho en la margen derecha.

Lo anterior propicia sombra, humedad, alimento y, en general, condiciones para el hábitat y desarrollo de diversas especies de animales silvestres. Entre estos, además de peces, pueden encontrarse nutrias o perros de agua, iguanas y otros reptiles, además de conejos, ardillas y otros roedores. En días y horas de calma, cuando no hay demasiado tránsito vehicular, es posible escuchar el canto de las aves, el croar de ranas y sapos, y los distintos sonidos que emiten los insectos, que en conjunto conforman un paisaje sonoro. Como muestra de esto, en la imagen 14 se presenta un pato real mexicano (a la izquierda), una garza blanca (al centro) y un zanate común (a la derecha).

Respecto a la fauna silvestre que habita en el río, el informante 24 comenta: “en tiempo de lluvias se ve mucha tortuga, iguana de la verde, víboras y perros del agua”. La informante 25, por su parte, agrega: “también hay cocodrilos, hay mucho cocodrilo, pero no se salen del río”.

Imagen 14. El río como hábitat para aves silvestres



Fuente: elaboración propia.

4.2.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas

La densa vegetación y arbolado silvestre determinan algunos de los aprovechamientos de recursos que se hacen del río y las riberas. Aunque en menor intensidad que en el valle, en esta zona urbana el Mololoa también funciona utilitariamente como proveedor de recursos. Esto tiene que ver principalmente con la pesca y con la captura de animales. Durante los recorridos de campo, en una ocasión se observó a un hombre que pescaba en el río con una atarraya o red de mano (2-15). Probablemente fue el mismo individuo que refiere el informante 10, cuando relata:

Una vez encontramos una persona que estaba pescando y decía que los vendía [los pescados] a los centros botaneros [...]. Dijo que era un ingreso para él, y si, se veía como que no tenía mucho dinero, y dijo: 'yo los vendo'.

Además de peces, tortugas y otros animales, los cocodrilos forman parte de las especies de las que se obtiene un provecho. Sobre esto, la informante 20, vecina de la zona, comparte una anécdota:

En una ocasión, le dije sobre la presencia del cocodrilo, a un señor que estaba pescando y me dice: 'no, es que me ve y se va, no me hace nada, de hecho en la atarraya [red de mano] he agarrado bebés cocodrilos y los he vendido'. Entonces, ya que me dijo el señor que hay crías, que hay huevecillos, entonces ha de haber un montón de cocodrilos, pensé.

Se tiene así, que la práctica de la pesca y la captura de crías de cocodrilo, por lo menos para la persona referida, son prácticas que se realizan con fines de subsistencia. Para que sea posible llevar a cabo dichas prácticas, es necesario que haya determinada configuración paisajística. Eso no depende en primera instancia de la ubicación, es decir, de si la zona está dentro de la ciudad o fuera de ella, sino, sobre todo, de las condiciones naturales que el cauce y las riberas presenten y que sean propicias para que allí se desarrollen determinadas especies animales. En la imagen 15 se pueden ver dos personas, una arrastra una atarraya o red de mano utilizada para pescar y capturar animales (izquierda) y otra recolecta abono sedimentado en la ribera (derecha).

Imagen 15. El río como proveedor de recursos naturales.



Fuente: elaboración propia.

Fuera del cauce, las riberas también ofrecen algunos recursos. Como ejemplo de esto, en una ocasión pudo verse a un hombre caminar a la orilla del río, con un azadón y un costal en mano. Al preguntarle qué es lo que hacía, contestó que recolectaba abono, consistente en la capa superficial de tierra vegetal o limo, específicamente aquella que contiene el desecho que producen las hormigas, el cual es nutriente para las plantas (imagen 15).

El río también es fuente de agua y alimento para consumo animal. Por la margen derecha existe al menos un corral de ganado, específicamente, de vacas (imagen 16) (2-16). Como parte de su crianza, estos animales frecuentemente son llevados a beber agua y a pastar al río, lo cual generalmente se hace en la margen derecha; sin embargo, en algunas ocasiones, cuando el nivel del agua es bajo, el ganado cruza el cauce para alimentarse en la margen izquierda, muy cerca de la zona habitada. Esto lo confirma el informante 24, quien explica que "junto al auditorio [Amado Nervo] aún hay gente que tiene vacas [sin embargo, acusa,] se vienen para acá y se comen todo; se comen las plantas". Con su testimonio, el usuario demuestra que derivado de los distintos usos que se hacen en torno al río, no están exentos ciertos tipos de conflictos vecinales.

Imagen 16. Corrales de ganado sobre la margen derecha



Fuente: elaboración propia.

En la parte correspondiente al frente de la fábrica de tostadas (2-11), la ribera ha sido intervenida. Se retiró vegetación riparia, pero no así el arbolado. Al contrario, se plantaron árboles frutales, que junto con los existentes, reciben un tratamiento de poda alta para así no obstruir la visibilidad desde la margen izquierda hasta el otro lado del río. En lo que respecta a los estratos menores, como arbustos y cubre suelos silvestres, estos fueron sustituidos por pasto. Todo ello alteró la fisonomía del paisaje natural a la vez que se creó un área verde, ajardinada, a la cual la empresa da mantenimiento, limpieza y vigilancia (imagen 17).

Imagen 17. Ajardinamiento del espacio ribereño



Fuente: elaboración propia.

A partir de dicha iniciativa, la zona ahora es lugar para el ocio y recreación de los vecinos. Sobre eso, el informante 10, empleado de la fábrica, explica:

Al mediodía, cuando salen los de la escuela, baja mucho niño de la escuela que está aquí en el Puente de San Cayetano, y qué es lo que hacen, agarran nuestro camino, digo nuestro porque nosotros lo acondicionamos [...]. Ahora la gente hace pic-nic. Antes, cuando se acercaba alguien, les decíamos: no puedes estar aquí, pero ya después decidimos que mientras respeten, no hay ningún problema.

Más adelante, frente al fraccionamiento Severiano Ocegueda, la zona federal es utilizada con fines diversos (2-17). En algunos puntos el espacio es utilizado como estacionamiento, e incluso como lugar para realizar trabajos propios de los talleres mecánicos automotrices y similares. Otros vecinos utilizan el espacio ribereño como sitio para depositar temporalmente materiales de construcción. Mientras en otras partes se han sembrado árboles frutales y plantas de ornato, y el espacio comúnmente es utilizado para asolear ropa en tendederos. Sin embargo, también “algunas personas salen a estar simplemente junto al río”, comenta el entrevistado 24.

Frente a la casa de la informante 25, ella, su esposo y sus hijos, cotidianamente hacen uso de la ribera y sobre eso comenta: “junto al río nosotros hacemos convivencia familiar, carnita asada, pasar un rato de relax [...]. Nosotros reforestamos: esos árboles, un pino, un ciruelo, este paraíso [sin embargo] no todos los vecinos hacen uso” del espacio. En el lugar, esa familia acondicionó y limpió el terreno, para allí construir algunas casitas de madera y juegos infantiles rústicos, pero no para uso exclusivo de ellos, sino en general para los niños del fraccionamiento, según explica. También construyeron una especie de muelle al borde del río. Se trata de una pequeña plataforma, en voladizo, elaborada con materiales reciclados, metal y madera, que se extiende unos tres metros desde la orilla hacia el cauce. Este elemento funciona, según palabras de la informante 25, como “un mirador hacia el río [...]. Observamos el río”, menciona (imagen 18) (2-17).

Imagen 18. Utilización y apropiación de la zona federal del río



Fuente: elaboración propia.

4.2.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones

La transformación material que históricamente ha tenido el paisaje fluvial del Mololoa, es aspecto presente en la memoria de algunos usuarios, sobre todo de quienes tienen más tiempo de vivir en la zona. El usuario 24, hombre de unos 35 años de edad, quien desde hace más de 20 años vive a una cuadra del río en una de las casas del fraccionamiento Severiano Ocegueda, recuerda:

Antes todo era tierra, baldío, había corrales de vacas. Era otra vegetación la que había [...] sembrábamos hortalizas [...]. Todo esto estaba lleno de conejos. En la zona donde está el auditorio [Amado Nervo] había acuíferos y por eso estaba lleno de conejos, víboras. Nos íbamos de cacería hasta donde ahora está la gasera, era puro monte, pero ya todo eso se acabó.

Una práctica cotidiana, actualmente en desuso, era bañarse en el río. Al respecto, la entrevistada 25, mujer de unos 40 años de edad y un par de años de vivir frente al río, menciona:

Un vecino que llegó aquí hace veinte años comenta que él se metía a bañar al río [...]. El río no estaba contaminado [...] mi esposo comenta que él también se metía a bañar. Se usaba que los niños se venían de las colonias a andarse bañando en el río.

El vecino al que la entrevistada 25 se refiere es el informante 24, quien comenta: “cuando recién llegué aquí todavía nos bañábamos en el río. Del puente [de San Cayetano] para allá [aguas arriba] estaba limpia el agua. El río era un lugar para entretenernos, divertirnos, de esparcimiento”. Al interpretar el lenguaje no verbal del usuario 21, quien durante la entrevista bajó y pausó la voz e incluso agachó un poco la cabeza, pueden advertirse sentimientos de añoranza y nostalgia sobre la configuración que tenía el paisaje y las prácticas que otrora se realizaban en el río. Cuando dice que el río *era* un lugar de esparcimiento y diversión, significa que actualmente, al menos para él, ha dejado de serlo.

Un tema preocupante para los habitantes de la zona es la presencia de cocodrilos en el río. Al respecto, el empleado de la fábrica de tostadas relata:

Lo han visto los muchachos [el personal de seguridad] cuando hacen recorridos de vigilancia en la noche [...]. El otro día el cocodrilo hizo aquí [a la orilla del río] no sé cómo llamarle, pero como que escarba y allí se queda, no sé si para poner huevos o descansar o que se yo, pero seguido anda por aquí [...] como ve que esta parte está limpia, se sale (informante 10).

Por parte de los vecinos, la informante 25 expone una experiencia relacionada con el tema:

Tuvimos una situación, cuando el cocodrilo se acercó muy pegado aquí y estaban los niños jugando. Hablamos con SAGARPA y con bomberos para ver si podían atraparlo, porque es el más grande de todos, tengo fotos del cocodrilo y está bastante grande [...]. Vinieron y lo primero que criticaron fue que hacíamos uso del espacio [...]. El mero mero de SAGARPA, un viejo flaco, dijo: ‘no, es que le están ustedes invadiendo su área’. Le dije: entonces a todos a los que les entregaron el permiso para hacer estas casas, todos estamos invadiendo ¿por qué autorizaron que se construyera aquí? Hasta nos acordonaron la zona. En una página [noticiario por internet], pusieron que vecinos hacían mal uso [del espacio ribereño], que hasta habíamos construido, que uno tenía la culpa. Nunca nos hicieron caso [...] mi esposo puso un letrero [sobre el Boulevard Luis Donald Colosio] el cual decía: ‘muchas gracias por no hacer caso, atentamente, vecinos’. Luego luego la gente subió fotos a las redes sociales y nos habló el mero mero de bomberos y me pidió

el favor de quitar el letrero y no le hice caso. Para la tarde, ya había hablado el gobernador y no sé cuánto, aquí tenía lleno de gente, bomberos, camarógrafos [...]. Pusieron la jaula y nunca salió el cocodrilo y les dije: se les estuvo hablando por días, el cocodrilo se mueve, es al momento. [Ya que se fueron] le dije a mi esposo, vamos dejando que se enmonte el área otra vez porque ya nos echaron la culpa, pero yo digo, esa no es la solución [...]. Nosotros ya nos acostumbramos a vivir junto al río aunque haya cocodrilos, simplemente no bajamos hasta el río.

Algo que es percibido negativamente por parte de usuarios, es la carencia o deficiencia de obras de infraestructura y mobiliario urbano a lo largo del río. Uno de ellos es el informante 21, quien acusa:

Está la bicipista, pero no hay árboles. Plantaron algunas amapas, lo sé porque nosotros íbamos a las cuadrillas allí, pero no se mantuvieron. A lo largo de la bicipista no hay nada, ni juegos, ni banquitas, salvo el inicio y el final, hasta la avenida proyecto [hasta el centro de la ciudad]. La bicicleta escultórica que había, pronto se la robaron.

Sin embargo, los cocodrilos y las carencias de infraestructura no son los aspectos que más preocupan a los vecinos, sino el estado de contaminación en que se encuentra el río. Un problema ambiental sobre el cual, el informante 21, explica:

Los puentes han servido como represa donde se junta más el cochinerito, la espuma y todo eso [...]. Aquí, en la zona de puerta de hierro, donde está la fábrica de la PEPSI [en la zona industrial de la margen derecha], había tiempo que no podíamos ni arrimarnos al río, porque como que sueltan el amoniaco y huele muy feo, lo tiran al río. Todo eso estaba muy echado a perder, hasta ahora que ya pusieron la planta de tratamiento.

Respecto a esta planta de tratamiento (2-9), la que como ya se dijo se encuentra en el lado norte de esta zona de estudio, el informante 20 tiene una percepción distinta:

Hicieron la planta pero no sirvió, dejó de funcionar desde que salió Roberto [Roberto Sandoval, gobernador del estado de Nayarit durante el periodo 2011-2017]. Ahí trabajaba yo, en la planta, fue cuando con Ney [Ney González,

governador anterior a Roberto Sandoval], pero ya con Roberto ya no funcionó. Me están debiendo seis meses de chamba. Está abandonado, ya se robaron todo, las bombas.

En la imagen 19 se aprecia cómo es que una parte de los residuos sólidos que se generan en la ciudad, son arrastrados por el viento y la lluvia hasta el río (izquierda), a la vez que se observa un tubo que descarga aguas residuales, sin ningún tipo de tratamiento previo, de manera directa al cauce (derecha).

Imagen 19. Contaminación del río Mololoa



Fuente: elaboración propia.

Mediante una expresión de desprecio, la informante 20 señala: "el río Mololoa es agua contaminada, hay llantas por allí regadas, botellas, pasan sillones, bases de cama, el lodo y el agua huelen feo". Mientras que, en ese mismo punto, pero bajo un matiz distinto, el entrevistado 10, trabajador de la fábrica, afirma: "esta parte no está tan olorosa (2-11), para el lado de Fórum huele mucho pero aquí no". A la vez que, a manera de justificación, menciona: "nosotros [la empresa] no descargamos al río, lo hacemos a la red municipal [sin embargo] hay quienes sí descargan directamente al río.

Vecinos afirman que la contaminación y el mantenimiento general del río son asuntos que competen al gobierno. "Antes había palmetas de SEDUE y de CONAGUA, pero nunca se han parado, ni a rehabilitar ni a nada [...] nosotros

pensábamos que por ser el río un área protegida vendrían, pero no”, explica el usuario 21. Mientras que, por su parte, la informante 20 acusa:

El gobierno no ha tenido el cuidado ni el saneamiento necesario [...]. Aquí no vienen los de la brigada que se encarga de limpiar la ciudad, curiosamente, se brincan hacia donde está lo bonito, donde ya se ve la avenida [el Boulevard Colosio]. Ellos, los de la brigada, dicen que aquí [al fraccionamiento Severiano Ocegueda] no entran porque es mucho trabajo y la gente no les da nada. [...]. La presidenta de la colonia me dijo que hay un bono, para mantenimiento de tu área, había dinero destinado, pero yo concluí, pues ella se lo queda, pero es la que menos limpia [...] la regidora de aquí nunca vino, no sé cómo ganó, y a dónde está el dinero [...] a nosotros no nos queda más que hacer lo que el gobierno no hace.

En sentido similar, el informante 24 señala:

Hace tres trienios que está el mismo presidente de acción ciudadana y no se ha hecho nada. Cuando aún estaba Ney [gobernador del estado durante el periodo 2005-2011], se pedía la cuadrilla y se limpiaba todo eso, pero ya con esta gente nueva que quedó, ya no se hizo nada, ya se acabó todo [...]. El municipio ha sido muy cruel, viene y desazolva y les vale lo que haya, meten máquinas y destruyen todo [...]. Como el municipio es muy cruel y vienen y destruyen, pues la gente ya no se motivó.

Asociado a lo anterior, la entrevistada 25 relata una experiencia:

Cuando construyeron el auditorio vinieron del gobierno y dijeron que quitáramos todo [tendederos y demás objetos] que porque se iban a ver en las fotos. Hasta los policías andaban quitando los tendederos, pero nadie vino a limpiar ni hacerse cargo de este espacio, que supongo es federal.

Tanto por parte de la empresa como de los vecinos, en la zona ha habido algunas iniciativas para limpiar y dar cierto mantenimiento a los espacios ribereños, aunque no así respecto a la contaminación del agua del cauce. En lo que corresponde a los vecinos, la informante 25 señala:

Las partes [al aire libre, entre las casas y el río] que en teoría no son de nadie, siempre están sucias porque nadie limpia ni hace nada [...]. Hay gente que no

limpia, de no ser por algún otro vecino [...]. Yo lo que hago es mantener el área limpia, por ejemplo toda esa basura que está ahí la acabo de recolectar el día de ayer. Toda la basura tiende a volar hacia el río. Supongo que eso mismo pasa en todos los lugares donde hay casas cercanas al río.

En el mismo tenor, el informante 21 explica:

A algunos que son dueños nunca les importó lo de aquel lado [el lado de las casas que miran directamente hacia el río] a veces éramos más los de este lado [el lado de las casas que dan la espalda al río], los que trabajábamos lo que es el bordo del río [...]. Nosotros arreglamos ahí, se puso luces, teníamos lámparas [de alumbrado público], pero en un momento el municipio lo prohibió, llegaron y quitaron todo con el motivo de un desazolve y ya no volvieron a poner nada.

En lo que respecta a la fábrica, la informante 23 relata:

La empresa tuvo la iniciativa de limpiar y dar mantenimiento a este espacio, para así ahuyentar a las personas que acostumbraban venir a drogarse o estar merodeando. Ahora es común ver personas, pero ya son más bien familias o personas que no vienen a drogarse.

Y es que aunque en esta zona no se presentan significativos actos de delincuencia o inseguridad, según la percepción del entrevistado 10, “el río se presta para andarse escondiendo”.

Esta iniciativa de la empresa para intervenir la margen izquierda del río, fue algo con lo que en su momento no estuvieron de acuerdo algunos vecinos. El entrevistado 10, trabajador de la fábrica, explica: “al principio, a partir de que la empresa decidió dar mantenimiento a la zona, los vecinos se quejaron de eso, así como diciendo: ‘te quieres adueñar de los espacios’, pero realmente era limpiarlos, nada más”.

Algo similar sucedió en la zona habitacional, particularmente relacionado con la usuaria 20 y su iniciativa para dar mantenimiento y hacer uso de la zona federal, en la parte correspondiente al frente de su casa (2-17). Así es como relata:

Muchos vecinos son problemáticos, cuando nosotros llegamos creían que estábamos construyendo junto al río y les dije, sólo estamos limpiando y haciendo unos juegos para los niños. Los que me atacaron son los vecinos que tienen más tiempo viviendo aquí. Luego vino la presidenta de la colonia y dijo: 'está bien, lo único que están haciendo es conservar el área y cuidar', entonces nos dejaron en paz (informante 20).

Esto último es confirmado por el informante 21 quien menciona que "hasta que llegó esta señora de la esquina [la informante 20] ya volvió a poner sus casitas [las casitas de madera para uso recreativo, que previamente han sido referidas] y todo eso, pero realmente estaba abandonado [la señora] rehabilitó y pues ya se va allí el chiquillero".

A manera de propuesta, o deseo, la entrevistada 20 expresa:

Toda el área, desde las ladrilleras, le hace falta saneamiento. En la siguiente cuadra [frente a la fábrica de tostadas] tienen bien bonito y bien limpio, pero brincas a la siguiente cuadra [aguas arriba, rumbo al puente de San Cayetano] y ya es un basurero. Estuviera bonito si todo mundo tuviera su pedazo como debería de ser. Podría ser un lugar donde muchísima gente podría utilizar los espacios libres, pero nadie disfruta de esta área. Que hubiera algunas chalupitas como las hay en otros estados, o no sé. [...]. Limpieza y mantenimiento, son los aspectos más importantes respecto al río, además de educación.

Mientras que, por su parte, el informante 21 sugiere:

Habría que buscar una forma de rehabilitar al río [...]. Sacarle provecho a todas las orillas [...]. Se debería de desazolvar pero conservando el área verde y los espacios libres [...]. Sería bueno usarlo como área verde, que hubiera un *gym* al aire libre, una cancha de voli. Hemos solicitado al municipio una cancha, que no perjudicara al río pero que tuviera vista y luz.

En lo referente a la postura de la empresa, el informante 10 explica:

Parte de la política de la empresa es considerar al medioambiente y a la comunidad [proyectar la imagen de que] las industrias son buenas y aportan algo a la

comunidad [...]. Que se sepa que las empresas no nada más son generadoras de ruido, emisiones y contaminación, sino que también tratan de contribuir. Son cosas que la ley no te obliga, al menos no aquí en Nayarit. Son cosas meramente voluntarias y aquí la gente lo toma bien. El río Mololoa es un área natural que nos ha acompañado [...] lo vemos como un acompañante [...] como parte de la empresa.

Finalmente, sobre el significado que para los vecinos tiene el río, el entrevistado 21 comenta: “para mí, el río Mololoa ha sido importante como espacio; espacio al aire libre. Lo natural es lo que más se valora, la fauna y la flora”. Mientras que la informante 20 menciona:

Del río valoro su vista, la tranquilidad, es un río muy antiguo en esta localidad [...]. El río, para mí, en sí importante que digas, ay, pues no. Pero históricamente hablando, hay muchas historias, mi abuelita me platicaba respecto al río y pues uno se va formando una idea, imaginando, y uno dice: ¿acabó en esto? [Risas].

4.3 Zona 3: Fórum - Quevedeño

La zona inicia aguas arriba, al este, en el puente de Villas del Parque (Mapa 5) (3-1), que como ya se dijo, es nombrado así porque comunica con un fraccionamiento que así se llama. Mientras que, aguas abajo, al oeste, la zona termina en la Avenida Principal, donde está el puente El Quevedeño (3-2), cuyo nombre se atribuye a un rancho que se ubica en ese sitio, sobre la margen derecha.

4.3.1 Configuración física del paisaje

En cuanto a su urbanización y desarrollo, se trata, quizás, de la zona con menor antigüedad a lo largo del río a su paso por la ciudad. En comparación con la zona Severiano – Jacarandas, donde los principales fraccionamientos habitacionales se construyeron desde finales del siglo pasado, ésta se comenzó a urbanizar tiempo después, ya avanzado el siglo actual. Como dice el entrevistado 16: “de Fórum para allá [aguas arriba] prácticamente es nuevo”.

Imagen 20. Fraccionamientos habitacionales sobre la margen derecha



Fuente: elaboración propia.

Más adelante, en la parte intermedia de esta zona estudiada, paralelamente a la vía del tren, hay un grupo de casas y terrenos rústicos (3-4). Se localizan al pie de los cañaverales que en esa parte aún existen, pero que poco a poco han sido sustituidos por la urbanización mencionada. En este lugar los habitantes, que son pocos, realizan algunas prácticas agropecuarias, tienen potreros y corrales de ganado, además de cultivos de traspatio. Otros, sin embargo, viven allí pero trabajan en la ciudad.

Al final de la margen derecha se localiza una propiedad privada conocida como rancho El Quevedeño (3-5), un lugar donde se cría ganado, entre otras actividades. En dirección a este rancho, en una zona arbolada ubicada entre el río y la vía del ferrocarril, junto al puente limítrofe de esta zona, donde según la informante 27, “antes había casas”, actualmente existe un área de juegos infantiles elaborados a partir de llantas recicladas (3-6). Junto con ellos hay una cancha de voleibol de arena. De acuerdo con un letrado, la obra fue donación hecha por parte de una senadora de la República. En la imagen 21 se presenta la referida zona de juegos infantiles, lugar al que es común que las vacas se acerquen (izquierda), además de que se observan, a lo largo de la zona federal, el tendido de líneas eléctricas de alta tensión y el paso del ferrocarril (derecha).

Imagen 21. Distintas utilidades de la zona federal



Fuente: elaboración propia.

Sobre la margen izquierda, a lo largo del Boulevard Luis Donaldo Colosio, el uso de suelo es principalmente comercial y de servicios. Primeramente, frente al puente de Villas del Parque, a manera de nodo de servicios, se encuentra una gasolinera, tienda de conveniencia y locales comerciales, además de una unidad médica del IMSS (3-7). Enseguida, en terrenos donde estaban las ladrilleras que fueron retiradas, sobre las cuales ya se ha hablado, se localiza el Parque Metropolitano, que en el paisaje se distingue por su auditorio, un espacio amplio cubierto por una estructura tipo lonaria (3-8).

Este parque es la continuación del área natural protegida a nivel municipal llamada Parque Ecológico (3-9), que se extiende al lado sur, hasta la Av. Tecnológico. Ambos parques, Metropolitano y Ecológico, forman una extensión de terreno con abundante vegetación y biodiversidad, gracias al agua que provee uno de los principales manantiales que alimentan al Mololoa y que allí nace. Este espacio natural brinda el hábitat para diversas aves y otros animales tanto acuáticos como terrestres. Además, es utilizado por personas que acuden a caminar, correr o andar en bicicleta, entre otras actividades deportivas y recreativas, incluida la pesca. Es una especie de oasis urbano, rodeado por fraccionamientos y colonias que, además, por ser zonas bajas, son susceptibles a inundaciones (imagen 22).

Imagen 22. Parque Metropolitano



Fuente: elaboración propia.

Luego de que el flujo del agua sale del parque, pasa frente a un coto privado y enseguida llega hasta el histórico elemento conocido como Puente Quebrado (3-10) (figura 23). Obra de ingeniería que conectaba a Tepic con el poblado de Mora y otras localidades, rumbo a la zona de reserva y crecimiento urbano conocida como zona de La Cantera y Ciudad Satélite, al noreste de la ciudad. A diferencia del Puente de San Cayetano, este ya no está en funcionamiento. Ha quedado como elemento escultórico patrimonial, pero subsumido urbanísticamente y visualmente, por causa del desarrollo urbano y la especulación inmobiliaria. En la imagen 23 se observa dicho puente (izquierda) y, junto a éste, trabajadores que hacen estudios de mecánica de suelos, con la intención de construir en el lugar (derecha).

Contiguo a este puente está el Boulevard Gobernadores, vialidad que trunca el paso del cauce antiguo y que conecta transversalmente a la ciudad con el Boulevard Colosio. En el cruce entre los dos bulevares hay una gasolinera y en la otra esquina se localiza un conjunto de locales comerciales (3-11). Atrás de ellos, a unos 150m de distancia del río, se ubica el almacén comercial SAMS CLUB y al frente de este, se dejó una extensión de terreno libre que funciona como jardín y estanque natural (3-12), permanentemente con agua durante todo

el año, precisamente porque el manto freático tiene poca profundidad y porque exactamente por ese punto pasaba el cauce original del Mololoa. En esta parte, la cual es la más comercial de la zona, desde el Boulevard Gobernadores hasta donde termina la Plaza Fórum, a lo largo de la ribera izquierda, hasta hace poco había anuncios publicitarios, bastidores de más de 2m de altura, uno junto a otro, los cuales obstruían la vista hacia el río (3-13).

Imagen 23. Antiguo puente a Mora (Puente Quebrado).



Fuente: elaboración propia.

A partir de ese punto, extendiéndose hasta el canal del Sabino, se encuentra un humedal urbano (3-14). Un extenso cuerpo hídrico dentro de la ciudad, el cual ha quedado circundado por la urbanización. Originalmente por esta parte pasaba el río, pero además, debido a la topografía llana, el cauce tenía modificaciones y al nutrirse de manantiales o veneros existentes, era (y aún lo es) una zona pantanosa susceptible a inundaciones (imagen 24).

Hasta antes del año 2007 la extensión de este humedal era de unas 60 hectáreas. Sin embargo, a partir de entonces, sobre una parte del humedal se construyó el centro comercial Plaza Fórum (3-15), el cual consiste en una explanada de concreto de 13 hectáreas de superficie la cual, además de que se inunda en tiempo de lluvias, impide que el agua se absorba y se distribuya en el subsuelo.

Desde esa fecha se han construido otras zonas y establecimientos comerciales que han tomado a la plaza como elemento ancla. En total, el conjunto de construcciones comerciales abarca al menos una tercera parte de la superficie que tenía originalmente el humedal.

Imagen 24. Humedal urbano en la ciudad de Tepic



Fuente: elaboración propia.

Al centro del humedal hay un cárcamo (3-16) cuya función es bombear el exceso de agua pluvial hacia el río. Con ello se reducirían las inundaciones en las zonas habitacionales; sin embargo, luego de hacer un recorrido de campo y de haber platicado con algunos vecinos de la colonia México, contigua a la zona, se encontró que el cárcamo no funciona porque está azolvado y, según explican las personas, aun cuando funcionaba no era suficiente para controlar las crecidas del río y del canal El Sabino, que es uno de los principales desagües pluviales de la ciudad de Tepic.

Si bien la función de este canal es la de desagüe pluvial, también conduce aguas negras, producto de descargas no controladas, que son vertidas en algunos puntos de la ciudad. Este canal desemboca en el río, en la parte última de esta zona de estudio (3-17), poco antes de llegar al puente del Quevedeño, en una zona de mucho movimiento vehicular, donde se encuentra una gasera, una gasolinera, un motel y otros locales comerciales (imagen 25).

Imagen 25. Descarga de aguas negras por parte del canal El Sabino



Fuente: elaboración propia.

Al final del humedal, de manera paralela al río, el canal referido junto con la urbanización representan un límite físico; sin embargo, como se verá más adelante, ello no evita que el cauce original del río permanezca. De vuelta al cauce y al espacio ripario del Mololoa se tiene que, como producto de reforestaciones no recientes, quizás desde la década del setenta del siglo pasado, cuando el río fue rectificado, en la margen derecha se plantaron árboles de eucalipto, los cuales sólo se presentan en esta zona (3.18).

Sobre el arbolado, a diferencia de las zonas anteriores, en ésta casi no hay árboles dentro del cauce ni en los costados inmediatos. Esto se debe, en gran medida, a que es precisamente aquí donde en años pasados fue desazolvado el cauce y, como parte de los trabajos, fueron derribados árboles riparios nativos, suceso ya descrito en las primeras partes de este documento.

Otro aspecto característico del cauce rectificado y canalizado, evidente sobre todo en esta zona de Plaza Fórum, es el terraplén de aproximadamente 3m de altura, a partir del espejo de agua, que fue levantado a lo largo de la margen izquierda. Una obra de infraestructura hidráulica que, además de canalizar y direccionar el flujo del agua, ayuda a contener las crecidas del río (imagen 26).

Imagen 26. Cauce rectificado



Fuente: elaboración propia.

No obstante la antropización, en la zona hay variedad de animales. En las áreas más arboladas la fauna existente produce sonidos que conforman un paisaje sonoro. En general se escuchan aves; sin embargo, también están los sonidos o ruidos que emiten las personas, los perros de la calle, los camiones y automóviles, pero sobre todo las motocicletas que constantemente circulan por el boulevard.

En el cauce se encuentran principalmente tortugas y peces, estos últimos, sirven de alimento para las garzas y patos comunes que se sitúan en lugares específicos del río. Sobre la fauna silvestre en la zona, el entrevistado 18 dice que, además, “se ven ardillas, patos, conejos, perros del agua; chiquitos, del tamaño de las ardillas”, explica. En coexistencia con los mencionados animales, en ciertos puntos, particularmente donde desagua el canal del Sabino (3-17), junto al área de juegos infantiles frente al Quevedeño, se han avistado cocodrilos. Sobre eso, un par de usuarios relatan:

Tengo días que no lo veo pero ahí está el cocodrilo de cuatro metros. Se traga patos, pescados, todo. Ahorita ya no se ha visto. He visto uno chico, como de metro y medio, allí anda. Se ve en la tarde y en la mañana. Salen a agarrar sol. El grande se me hace que lo sacaron porque estaba peligroso. Ahí los dejan y van creciendo (informante 18). ¿No ha visto al cocodrilo? Por allí anda (informante 27).

4.3.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas

La zona es muy transitada por vehículos a lo largo del Boulevard, pero en general es poco utilizada por peatones. Esto porque, como se ha explicado, el uso de suelo es principalmente comercial y de servicios, sobre todo hacia la margen izquierda. Mientras que, los fraccionamientos habitacionales, se localizan en la margen derecha pero sólo al principio de la zona y separados del río, ya que se interpone la franja ancha de terreno que compete a la zona federal del ferrocarril.

Se puede hablar así de tres puntos o nodos de concentración de personas a lo largo de esta zona. Uno es al inicio, en lo que es el puente de Villas del Parque (3-1), elemento que diariamente es cruzado por vehículos y peatones que viven o trabajan en los fraccionamientos referidos. Otro punto de concentración, en la parte intermedia, corresponde a una parada del transporte público que se ubica frente a Plaza Fórum, donde los usuarios son básicamente personas que visitan o trabajan en el centro comercial y establecimientos aledaños (3-19). El tercer nodo donde se congregan más personas es al final de la zona, en el puente el Quevedeño y sus inmediaciones (3-6). Con este puente sucede algo similar al de Villas del Parque, pues también comunica con zonas habitacionales que se encuentran en la margen derecha. En la imagen 27, a la izquierda se muestra el puente de Villas del Parque y a la derecha el puente El Quevedeño.

Imagen 27. Puente Villas del Parque y Puente El Quevedeño



Fuente: elaboración propia.

También aquí el cauce y las riberas son fuente de recursos. En una ocasión, durante un recorrido de campo, se observó a un hombre recolectar plantas y al preguntarle al respecto dijo que eran hierbas medicinales. En otro recorrido fueron observados un hombre y un niño que habían capturado un animal. Era una ardilla, y según manifestaron, se la comerían; “las ardillas se comen” (informante 18). Salvo esa experiencia, no se observa, ni los entrevistados mencionan, que en el río se practique la pesca u otro tipo de caza o captura de animales. Lo que sí se lleva a cabo, al igual que en las zonas anteriores, es la crianza de ganado (previamente registrada en fotografías). Las vacas son arriadas hacia el cauce para alimentarse y beber agua (3-4 y 3-18). Sobre esta práctica, el informante 18 comenta:

Tengo poco [dedicándose a la vacas] unos cuatro años. Ahí se la maña uno, tenemos que comer. Diario las saco a pastar. Las ha matado el tren. Otras veces me las han robado. La gente se queja pues dicen que las vacas se comen los árboles.

La citada práctica de pastoreo generalmente se hace sobre toda la margen derecha, a todo lo largo de esta zona que se estudia, donde la ribera casi no es utilizada. Algunas veces el ganado se pasa al otro lado, a la margen izquierda, muy cerca de donde transitan los peatones; sin embargo, según se percibe, en muchos de los casos las personas ya están acostumbradas a coexistir cercanamente con la vacas. En otras ocasiones, incluso, estos animales se han bajado de la banqueta y han entorpecido el tránsito de vehículos en el Boulevard. Junto a este, si bien se encuentra la ciclovía que también funciona como banqueta o andador, sobre el terreno natural del espacio ribereño hay senderos que denotan que las personas adaptan el espacio a sus necesidades particulares de tránsito, sin limitarse exclusivamente al uso de andadores o banquetas.

A lo largo de la margen izquierda, la ciclovía y el espacio ribereño son utilizados con fines recreativos y deportivos o de ejercitación física (3-20). Además es lugar de tránsito de personas que se trasladan a pie, en bicicleta o en triciclos de trabajo, sobre todo a las horas de entrada y salida de sus empleos, temprano por

la mañana y luego por la tarde. En cuanto al uso deportivo y recreativo, este se hace no sólo por parte de vecinos inmediatos, sino también por personas provenientes de otras colonias cercanas. “Caminamos por la orilla del río o andamos en bicicleta”, menciona la usuaria 13, mujer adulta acompañada de su hija e hijo, quienes en ese momento se encontraban ejercitándose cerca del Quevedeño. Mientras que, el entrevistado 12, hombre adulto acompañado de su hija, una niña de unos 6 años de edad, explica:

La gente viene y se pasea muy a gusto, a caminar, a la bicicleta [...]. Venimos unas tres o cuatro veces por semana. Venimos a hacer ejercicio en la bicicleta la niña y yo. [La niña interviene y comenta:] me gusta venir aquí porque hay juegos, está bonito.

Los juegos a los que se refiere la niña son los que se ubican frente al rancho el Quevedeño, en el parque referido (imagen 28) (3-6).

Imagen 28. Parque frente al rancho El Quevedeño



Fuente: elaboración propia.

En dicho lugar, durante una entrevista grupal aplicada a una familia compuesta por mujeres; abuela, hija y nieta, comentan:

Somos pura familia, nomás nos juntamos los domingos. Antes de que estuvieran estos juegos nos teníamos que ir hasta el Parque Metropolitano. Una desventaja es que los balones se les van para abajo [hacia el río] y no se animan a meterse

porque días antes había un cocodrilo ahí. Dicen que lo agarran y luego lo volvemos a ver ahí de vuelta [otra desventaja es que] faltan baños (informante 26).

Este también es espacio para la socialización y contemplación. Por ejemplo un grupo de jóvenes, quienes comentan: “vivimos aquí arribita, en la Prieto Crispín [...] trajimos a ellos que vinieron de visita y los trajimos a que conocieran, a estar nomás aquí” (informante 17). O como dice el usuario 12: hay quienes “nada más vienen a tomar el aire libre”.

4.3.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones

Después de que el río fue rectificado y aunque el cauce original no desapareció completamente, los terrenos ganados comenzaron a urbanizarse. La informante 27 relata algunos aspectos sobre la configuración material que tenía, y que en muchos casos sigue teniendo, el paisaje en las colonias aledañas al cauce original del río:

Esto era pantano. Eran ladrilleras. En la colonia Lucas Vallarta, Cuatro Milpas, 12 de diciembre, en toda esa zona había un manantial de agua en el que la gente iba a lavar. También hay pozos de agua. Cuando llegamos a vivir a ese lugar, a la colonia Lucas Vallarta, se me hacía un lugar feo, oscuro y pantanoso y mi padre me dijo: ‘hija, la gente vive donde le dan la oportunidad de vivir, pero la gente somos tan tercas que nos aferramos a una cosa y construimos casa ahí [en zonas de riesgo] y luego queremos que el gobierno nos ayude con las inundaciones’, dijo mi papá.

Precisamente por ese hecho, el de vivir en una colonia que como otras está asentada en las inmediaciones del cauce antiguo, en zonas inundables, la misma usuaria declara: “el río Mololoa para mí es un cochinerito porque en tiempo de aguas me inundo en mi casa” (informante 27). Como una forma de contrarrestar esta problemática, vecinos de las colonias aledañas han implementado algunas estrategias de adaptación al paisaje. Ante la necesidad de trasladarse a distintas partes que implican cruzar por el humedal, se ven en la necesidad de trazar y abrir senderos entre los matorrales. Así mismo, para poder caminar y cruzar los veneros y escurrimientos superficiales de agua, construyen improvisados

puentes hechos de madera de desecho y otros materiales reutilizados, además de colocar piedras y ladrillos para así evitar pisar el lodo. Por la noche, comentan, la dificultad es mayor puesto que no hay alumbrado público (imagen 29).

Imagen 29. Tácticas de adaptación al paisaje inundable



Fuente: elaboración propia.

Las evocaciones también están asociadas con las condiciones en las que se encontraba el río y las prácticas que se realizaban antes de estar contaminado. Al respecto usuarios recuerdan:

Cuando el río no tenía el drenaje nos bañábamos allí, íbamos a lavar, estaba limpia el agua, ahorita está todo contaminado. Antes no había puentes. El río estaba mejor antes, porque ahora, cuando no tenemos agua para lavar, ya no podemos lavar en el río (informante 26). Hace 15 años el agua estaba limpiecita hasta se antojaba bañarse (informante 27).

De esta forma, la contaminación es asunto recurrente en las percepciones y significaciones que hacen los usuarios en esta zona, ya que por ese motivo el río ha dejado utilizarse como se hacía antes. Respecto a ello, usuarios mencionan:

Hay mal olor en el río. La contaminación es enorme a lo largo del canal el Sabino. Hay seis descargas en el canal, una de ellas, la del hotel las palomas (informante 27). Mucha gente no viene porque dicen que huele muy feo. Estuviera bien que todos vinieran pero el agua está muy contaminada (informante 26).

Como se advierte, la contaminación no sólo impide que se realicen ciertas prácticas o aprovechamientos del agua y del cauce, sino que también inhibe a que personas acudan a las riberas o se acerquen al río. Hay quienes, como la entrevistada 27, plantean algunas propuestas de intervención y mejora del río y del paisaje:

Se debería de extender más [la zona recreativa]. Hace falta una parte donde hacer pipí. Unos baños es lo único que hace falta aquí [entonces la abuela interviene:] pues ahí está el río [risas]. Si el río estuviera bonito, qué no sería de nosotros.

Por su parte, el informante 12 declara:

El río es importante para la naturaleza, para las vaquitas, ayuda a mucha gente [...] se la pasa uno, dentro de lo que cabe, bien [...]. Juega un papel importante, es bonito pero estaría más bonito si estuviera limpio, más cuidado, porque ahorita está muy descuidado, mucha agua negra, mucha contaminación, pero pues si tuviera un poquito más de cuidado la gente, limpiarlo y eso, sería un bonito paseo [si estuviera limpio] estaría muy lindo que hubiera paseos en lancha. Más plantas y arbolitos, están muy secos los que están ahorita. Solamente cuando llueve se pone bonito porque se pone verde, pero ahorita en sí está feo, muy descuidado. Que le quitaran la basura y que los animales sean libres. Desgraciadamente no está bien cuidado. Más que nada es el descuido del mismo gobierno, del municipio que no viene a darle mantenimiento. El agua de los drenajes que los dejan caer aquí al río. Es mucha agua contaminada la que corre en el río a causa de una no buena administración de cuidar los ambientes. Ojalá algún día podamos disfrutar del río pero limpio.

Respecto al mantenimiento del río, a propósito de lo que menciona el entrevistado anterior, en la zona es usual ver cuadrillas de mantenimiento y limpieza, por parte del gobierno tanto municipal como estatal. Sin embargo, según se advirtió en repetidas visitas como parte del trabajo de campo, la atención se brinda fundamentalmente a la margen izquierda, la que es visible desde el boulevard, y sólo en pocas ocasiones y en lugares muy específicos, estas cuadrillas realizan trabajos sobre la ribera derecha, que es la que más se enmonta.

Por último, sobre esta zona, la usuaria 13 relata:

Gracias al río hay muchos árboles y está fresco el ambiente [sin embargo] huele feo, está sucio, está contaminado el río [...] a veces tiran los animales al río y huele feo. Nosotros no tanto sino las industrias, los hospitales, que son los que están tirando el agua al río. Nosotros tratar de no contaminarlo más [...]. Así, actividades para limpiar el río, no hacemos [estaría bien] hacer grupos para limpiarlo. Ojalá y que algún día esté limpio este río, pero no creo que se pueda porque todas las industrias, los hospitales, fórum, todo está conectado aquí al río, todos los drenajes.

Los dos usuarios anteriores coinciden al hacer una distinción entre el cauce y las riberas o espacios ribereños. Así se tiene que, mientras el cauce es significado de manera negativa, debido principalmente a la contaminación que presenta, las riberas son percibidas de forma distinta, porque aunque también se señalan aspectos negativos, en general se hace una significación positiva de estos espacios, sobre todo en cuanto a la vegetación y el arbolado existente, como elementos constitutivos y significativos del paisaje.

A su vez, entre ambos informantes, también pueden advertirse diferencias respecto a sus percepciones sobre el paisaje. Mientras el informante 12 atribuye la contaminación del río, y su no atención o remediación, de manera balanceada tanto a los habitantes como al gobierno, la informante 13 no considera que las personas sean las principales causantes de la contaminación, sino sobre todo las empresas y otras instancias, incluido el propio gobierno.

4.4 Zona 4: Prieto Crispín

La zona que ahora se estudia comienza en el extremo sur, aguas arriba, en el punto donde la Avenida Principal cruza con boulevard Colosio, para luego cruzar el puente El Quevedeño (4-1). Mientras que termina, aguas abajo, hacia el lado norte, en el puente por donde cruza el ferrocarril (4-2), anexo a la Av. Guadalajara (mapa 6).

Mapa 6. Zona 4: Prieto Crispín



Fuente: elaboración propia a partir de una imagen de OpenStreetMap.

4.4.1 Configuración física del paisaje

Es una zona de alta densidad de construcción y población, lo cual se evidencia por la cantidad de personas que transitan por las calles. Una zona con una urbanización más antigua que las anteriores donde, como dice el informante 16, “vivir para estos lados era lo más lejos que había”. Por la margen derecha la zona comienza en el rancho Quevedeño, una barda de más de 350m de largo a partir del puente, lo cual implica que esa parte no esté habitada. Al igual que en la zona anterior, a todo lo largo de ésta corren paralelas las zonas federales del río y del ferrocarril. Como ya se dijo, es una franja amplia de terreno, de unos 70m de

ancho, desde el río hasta la calle lateral. En esa parte está un área arbolada, asentada sobre un terraplén (montículo lineal) de al menos 2m de alto, donde hay vegetación abundante y en general se conserva de manera natural. Al ser una ruta para acortar trayectos, las personas que cotidianamente pasan por allí, con su andar han trazado un sendero no planificado (4-3). En la imagen 30 se muestra como se ve este lugar en tiempo de lluvias, con la humedad y el verdor de la vegetación (izquierda), y la diferencia que se percibe en tiempo de secas, cuando el paisaje es árido y polvoriento (derecha).

Imagen 30. Zona federal arbolada



Fuente: elaboración propia.

Más adelante, por la misma margen derecha, comienza la zona habitacional con las colonias Prieto Crispín, Genaro Vázquez, Flores Magón, entre otras. Estas se establecieron a las faldas del cerro y la urbanización sube hasta llegar a la parte más alta, donde está la colonia Zitacua, habitada en su mayoría por indígenas huicholes. Sobre la avenida situada paralelamente al río pueden verse diversos locales comerciales y de servicios básicos. También hay una escuela secundaria (4-4) y una escuela primaria (4-5), las cuales colindan directamente con la vialidad mencionada, misma que conduce a una zona conocida como Los Metates.

En general, la que se percibe en el conjunto de fachadas que componen esta margen derecha es una imagen relativamente homogénea del paisaje urbano. Al igual que sucede en las zonas anteriores, también se encuentra un corral para la crianza de vacas (4-6). Esto se presenta en la última parte de la zona, en el punto donde la vía del ferrocarril comienza a dar vuelta, en dirección hacia la estación, para lo cual es necesario cruzar el río y se hace sobre el puente que marca el límite de esta zona de estudio (4-2).

Hacia la margen izquierda, el Boulevard Luis Donaldo Colosio es la vialidad principal en la zona y se presenta como una frontera o borde entre el río y la ciudad. A lo largo de este boulevard, el uso de suelo es principalmente comercial y de servicios. Muchos de los establecimientos son informales, además de que hay vendedores ambulantes. En esta zona también se acostumbran los tianguis comerciales, cuyo giro principal es la compra-venta de ropa y otros productos y en menor medida alimentos. Estos se instalan en distintas partes, dependiendo del día de la semana. Los domingos, por la tarde, el tianguis que se pone a lo largo del boulevard, es lugar de concentración social donde se congregan personas provenientes de colonias aledañas (4-7).

Internándose en la ciudad, a unos 300m a la izquierda del río, pasa el cauce antiguo del Mololoa. Luego de atravesar el humedal de Plaza Fórum, el flujo del agua pasa por varias colonias como Juventud, 18 de Agosto, Tierra y Libertad, Ampliación Tierra y Libertad, entre otras, hasta llegar a la colonia Lucas Vallarta. Todas estas están asentadas sobre zonas inundables, pues como ya se ha comentado, están construidas en partes bajas, casi al mismo nivel que el río.

Más adelante, este cauce original, o antiguo, desemboca al río antes de llegar al puente del ferrocarril (4-8). Sobre este aspecto que involucra a ambos cauces, el antiguo y el actual, el entrevistado 15 menciona:

Éste [el cauce antiguo] es otro río, éste viene de unos manantiales [lugar donde se construyeron unos condominios] el agua no está al cien por ciento limpia pero pòs se mira bien clarita, no huele feo, se miran los pescados.

Por su parte, el usuario 20 aclara: “el cauce antiguo, ese, es el río Mololoa, este [el cauce actual] es el canal que agarraban para riego”.

Además de puente vehicular y el puente del ferrocarril, los cuales delimitan la zona, al interior de ésta existen otros dos puentes, pero son para uso peatonal. Estos son nombrados por los vecinos, respectivamente, como el puente blanco (4-9) y el puente amarillo (4-10) (imagen 31). El primero se ubica precisamente frente a la escuela secundaria, mientras el otro se localiza unos metros más adelante. En referencia al nombre de dichos puentes, el usuario 20 comenta: “este es el puente amarillo [aunque ya es de color verde] el otro es el puente de la secundaria. Este puente, primero era blanco, después amarillo, luego verde. Ya ve. Los comiteces (sic)”.

Imagen 31. Puente Amarillo



Fuente: elaboración propia.

El agua en esta parte aún fluye calmadamente, debido a la suficiente anchura y la poca pendiente que presenta el cauce. Sin embargo, en un punto, precisamente enseguida del puente amarillo, en una de las partes más transitadas y visibles, en el cauce hay una pequeña caída, de no más de 1m, suficiente para generar el movimiento y turbulencia necesaria para producir espuma, con lo cual se evidencia la contaminación del río (imagen 32) (4-11).

Imagen 32. Espumas jabonosas en el río



Fuente: elaboración propia.

En la ribera derecha la vegetación y arbolado se presentan de manera más natural, mientras que en la izquierda en gran medida es producto de reforestaciones. Entre las especies arbóreas plantadas destacan las primaveras y jacarandas, que en su etapa de floración aportan colorido al paisaje. También hay árboles frutales, pero estos, de manera inversa a los de ornato, se pueden ver sobre todo en la margen derecha (4-12).

Tanto entre los árboles como entre las personas, es común observar vacas que caminan y pastan e inclusive comen basura y residuos de comida que tira la gente. Para los habitantes de la zona, según se percibe, es natural presenciar este tipo de situaciones. En esta zona, quizás por ser más transitada y antropizada que las anteriores, la fauna silvestre es menos visible; sin embargo, es usual ver que distintas aves, entre ellas garzas blancas, se posicionan en los puntos donde desembocan las vertientes del cauce antiguo (4-8) y otras descargas, pues en esos sitios obtienen alimento.

4.4.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas

En esta parte no se practica la pesca, ni se aprovecha algún recurso proveniente directamente del cauce del río. Pero en las riberas, sobre todo en la derecha, la zona federal permite que se realicen diversos aprovechamientos, utilidades y

prácticas en ese espacio. La recolección de algunos frutos como guayabas y mangos es común en la zona. Aunque lo que más destaca es, quizás, el corte de guamúchiles que se realiza durante los primeros meses del año, antes del temporal de lluvias. Es una práctica que congrega a muchas personas, quienes cortan el fruto con ganchos o trepando a los árboles. La práctica es también, según se observa, un pretexto para socializar por parte de grupos de jóvenes, señoras y familias que acuden al río (imagen 33) (4-12).

Imagen 33. Mujeres en el corte de guamúchiles



Fuente: elaboración propia.

Ante la carencia de instalaciones deportivas, en esta zona federal, frente a la escuela secundaria, los vecinos improvisaron una cancha de fútbol cuyas porterías están elaboradas con ramas de árboles (imagen 34) (4-13). En otros puntos es posible ver juegos infantiles rústicos (4-9), por ejemplo columpios que cuelgan de los árboles. Algunos cultivan plantas de ornato y árboles frutales en dirección de sus casas de frente al río. A un lado del puente amarillo, sentado bajo la sombra de un árbol de mango, fue entrevistado el usuario 20, hombre de 52 años de edad quien aporta un relato sobre la experiencia de vivir en la colonia Prieto Crispín, a tres cuadras del río hacia la margen derecha:

Llevo treinta años viviendo aquí, en la Prieto [...]. Aquí siembro mis plantitas [...]. He sembrado árboles [...] esos guamúchiles yo los sembré. Aquel árbol lo sembró

otro hermano que en paz descansa, hermano apostólico, no carnal. Lo sembró y ya murió. Ahí quedó los árboles pa' otra gente, dicen, nadie sabe pa' quién siembra, y es cierto [los árboles] estuvieran más grandes pero se los tragan las vacas. Está prohibido que anden las vacas, pero les vale queso.

Imagen 34. Cancha de futbol improvisada



Fuente: elaboración propia.

Además de las citadas utilizaciones del espacio, la usuaria 4 explica: “también hay pedacitos bonitos donde hay árboles y se junta gente [...] de las vías para allá [aguas arriba] se me hace bonito, pusieron para que la gente camine, ande en bicicleta” (4-14). Por su parte, la entrevistada 11 y su pareja acompañante, mencionan: “frecuentemente venimos al río, venimos a caminar, a despejar la mente. Otros viene a hacer ejercicio, a correr, en bicicleta, caminando”.

Estas prácticas recreativas y deportivas a las que se refieren los usuarios, se llevan a cabo principalmente en la margen izquierda a lo largo de la ciclovía. Así es como cotidianamente acuden personas a ejercitarse, ya sea a caminar, a correr o a pasear a sus mascotas. También hacen uso de bicicletas y niños en triciclos y patines. Sobre esto, el informante 16 explica: “la gente sale a correr ya sea en las mañanas, en las noches, incluso gente que vive más alejada del río he visto que vienen a correr aquí [...]. De aquel lado [en la margen derecha] la gente puso una canchita de futbol”. Junto con lo mencionado, también es común ver personas que usan la bicicleta como medio de transporte (imagen 35).

Imagen 35. Diferentes usos de la ciclovía



Fuente: elaboración propia.

Por la necesidad de cruzar el río, los puentes son objetos fundamentales en la dinámica social de la zona. Si bien el puente Quevedeño también es peatonal, es mayormente cruzado por vehículos. Pero en el caso del puente de la secundaria y el puente amarillo, estos diariamente son utilizados por personas quienes los cruzan tanto a pie como en bicicletas e incluso en motocicletas. El de la secundaria tienen escalones al inicio, lo cual impide que pasen motocicletas, característica que no presenta el puente amarillo. Este último, es el que concentra mayor tránsito de personas, pues comunica directamente con la parte más habitada de las colonias de la margen derecha. Junto a estos puentes se ponen vendedores ambulantes, ya sea de dulces, alimentos y otros productos. El informante 16 comenta: “últimamente han puesto negocios de este lado [margen derecha, junto a los puentes], la mayoría, de mariscos, elotes, tamales. Antes no había negocios [junto al río]”, afirma.

Al final de la zona, en los alrededores del puente por donde cruza el ferrocarril (4-2), es usual ver personas migrantes que van de paso. Viajan en el tren como trampas o polizontes, y a su paso por la ciudad piden dinero en esta zona, en el cruce de la vía con el boulevard. En éste, como en otros puntos, un problema que se presenta en la zona son “los que andan vendiendo sus cochinas”, señala la informante 26. Y es que en la margen derecha, sobre todo en la parte cercana al puente del ferrocarril (4-15), donde está más deshabitado, es usual ver personas

solas, aisladas, o a veces en grupos, que se sientan en la ribera a fumar y a platicar.

En una ocasión, en uno de los recorridos, se observó a un grupo de cinco mujeres adolescentes que caminaban sobre la ciclovía. Al percatarse de que al otro lado del río había un par de muchachos sentados y fumando, una de ellas gritó: “ea, ea, saquen el toque”, y todas se rieron. Con esa expresión, usada coloquialmente entre quienes fuman marihuana, se denota que entre algunos jóvenes existe cierta naturalidad respecto a la práctica de consumir drogas.

Sobre esto, el informante 16, quien siempre ha vivido cerca del río, asegura:

Actualmente hay mucha gente que se droga, y eso, en partes donde no hay luz [...]. No hay mucha iluminación, ni siquiera en los puentes. No hay alumbramiento [...] allí es donde se ponen. Eso ahuyenta, hay mucha gente que a pesar de ser de las colonias cercanas no viene por lo mismo, por la problemática de ellos, la problemática del río [...]. Está muy bien vivir para estos lados, aunque se quedó con la fama de antes, de que había muchos cholos, de barrio, pero ellos nada más se agarraban a golpes contra los de otra colonia y es lo que pasaba, nada más.

Acerca de esta percepción asociada al consumo de drogas en la zona, la usuaria 11 relata:

En la noche es peligroso, junto al puente se ponía una patrulla antes. Hay mucho drogadicto, ahí para la vía los he visto, se esconden allá bajo. Yo siento como que eso es peligroso. Debajo del puente están muchos drogadictos. Son malos usos que si los quisieran hacer, que los hicieran en otro lugar donde no vieran los niños, porque esos son malos ejemplos. He visto que unos niños andan con el pegamento [inhalándolo], yo he visto niños como de diez años, se ponen a echar marometas allí en el semáforo, andan con el resistol, con su bolsita debajo de la camisa. Todo eso no se ve bien.

La que describe la entrevistada es escena común que ha sido presenciada repetidas veces durante los recorridos de campo. Se presenta sobre el Boulevard Colosio, en el punto donde está el semáforo, frente a la parada del transporte

público, unos metros adelante del puente amarillo. Allí, estos niños bailan, hacen malabares (marometas), a la vez que piden dinero a los automovilistas y se drogan junto al río (4-11). En la imagen 36 puede verse como en un mismo lugar, de manera simultánea, mientras estos niños bailan y se drogan (izquierda), personas y familias caminan junto al río (derecha).

Imagen 36. Distintas prácticas en un mismo lugar



Fuente: elaboración propia.

Ante los riesgos y peligros que la drogadicción y otro tipo de prácticas, transgresoras, representan o conllevan, hay quienes implementan acciones para evitarlas o inhibirlas. Por ejemplo el informante 20, quien explica:

Yo aquí macheteo (4-10). No me pagan ni me condonan nada, pero no voy a limpiar todo, nomás de allí pa'ca, para que no se reúna, pós, el peligro [...]. Antes no había balaceras, era más tranquilo, la gente andaba sin temor; ahora la gente anda con temor.

En términos similares al usuario anterior, la informante 21 comenta: “algunos vecinos limpian la zona cercana al puente (4-10), quitan la maleza para que no sirva de escondite para los muchachos que luego nomas allí andan o que se drogan”. Si bien los citados problemas sociales y de salud pública no son exclusivos de esta zona, sin son referidos recurrentemente por los entrevistados.

4.4.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones

Sobre la configuración que antes tenía el paisaje fluvial, el usuario 16 comenta:

Antes veías mucho animal de rancho, caballos, vacas, gallos. Todo eso con el tiempo va cambiando y la ciudadanía no lo sabe [...]. Te puedo platicar de cuando el agua estaba limpia [...] me tocó acompañar a mi mamá a lavar ropa, allá donde estaba el puente de madera [actual puente amarillo].

Bajo una remembranza similar, el informante 20 relata:

Lo que antes había era puente de palo, de madera [...]. Veníamos a bañarnos aquí. Había muchos lavaderos. Veníamos aquí a lavar. Dejamos de venir ya cuando el agua se hizo ya cochina [...]. Aquí era lodazal antes, toda tierra y libertad [...]. No había tubería, aquí lavábamos, aquí bajábamos, era agua limpia, me bañaba, pescaba, todavía hay pescado pero está contaminado [...]. Antes había fosas para hacer del baño porque no había línea [...]. En esta zona nos la pasábamos, sin ir a otras partes del río.

Acerca de los puentes en la zona, el informante 16 aporta una explicación:

Antes nada más había uno, de aquel lado [hacia la colonia Prieto Crispín], la gente se tenía que ir hasta allá y ahora ya cruzan directos. Yo me acuerdo, antes no había puentes, antes había un señor que puso unas maderas y una soga y es por donde la gente cruzaba el río y cobraba por eso. Este puente [el de El Quevedeño] no estaba. Se hizo cuando Toño Echevarría [gobernador del estado durante el periodo 1999-2005] compró el rancho. De hecho antes era exclusivo para el rancho. Los que vivían de este lado [margen derecha] batallaban para cruzar el río [...]. Me acuerdo que la zona del puente [puente amarillo] era muy transitada, ahí se juntaban prácticamente todos [...]. El puente de Villas del Parque, donde está el hospital que hicieron [el del IMSS], es tanto peatonal como vehicular; pero genera riesgo. ¿Por qué no poner protección? [Barandal] allí mucha gente cruza.

En la memoria de algunos usuarios están latentes las prácticas y utilidades que se hacían del río antes de estar contaminado. Una de ellas es la usuaria 3, mujer de 55 años de edad, con 35 años de vivir en la zona, quien relata:

Allí nos la pasábamos diario, casi todo el día [...] cuando hacía mucho calor nomás caminábamos poquito y nos metíamos al río mis hijos y yo. Cuando no había agua en la llave ahí lavábamos y tendíamos [...]. Íbamos mis hijos y yo y ahí calentábamos, hacíamos carne asada, como día de campo, ahora ya, pós ya no, ya está todo contaminado, si va uno apesta bien feo, a lo menos yo ya casi no voy. Está arrumbado ya este río [...] antes el río estaba limpio y ahora ya está bien contaminado. Cuando yo recién caí aquí, a Tierra [a la colonia Tierra y Libertad] a la edad de 20 años, apenas empezaba esta colonia [...]. El agua bien bonita, a gusto lavábamos ahí, a mí me encantaba en ese tiempo y ya ahorita pues ya no, ya está bien contaminado, ya no puede uno meterse [todo eso fue a partir de que] empezó a venir más gente [...]. La gente dice: ‘Ay, si estuviera bien el río’ [...]. Mis hijos se acuerdan, y dicen: ‘mami, ¿te acuerdas cuando mi papi me aventó al río bien a gusto y allí aprendí a nadar?, ay qué tiempos aquellos, bien bonitos, estuviera otra vez así para ahora yo traer a mis hijos [los nietos de la entrevistada], pero ya a qué, apesta bien feo’”.

En la actualidad, las inundaciones y desbordamientos del río en la zona Prieto Crispín no son problema, pero sí en las colonias hacia la margen izquierda. La misma informante 3 explica que “el río es bueno porque ahí cae todo el drenaje [pluvial] y todas las aguas, funciona como un desagüe [por eso] aquí no nos inundamos, aquí el problema es la contaminación”. Una de las consecuencias directas, destaca el usuario 16, es “el mal olor, yo por eso no había venido, por el mal olor que casi siempre tiene el río. Yo por mi hijo”.

Sobre la contaminación del Mololoa, la entrevistada 11 acusa:

El río está contaminado a causa de las personas que no son cuidadosa, ni higiénicas, ni nada. Hay muchos olores y por eso la gente no viene. Si estuviera más limpio, más higiénico, la gente vendría más, con más ganas. Antes si decían que estaba muy limpio el río. Hay vacas pero no me molestan [...] limpian lo que ensucian las personas. Hace falta que esté más limpio. Estaría bien que la gente se organizara para cuidar y para limpiar.

Mientras que, por su parte, el informante 24 señala:

Doña Martha puso el parque, enfrente de su rancho [El Quevedeño], pero nada más arreglaron lo que es el parque y al río no le hicieron nada, está pésimo y como ahí desagua lo que es el canal de Ciudad del Valle [el referido canal del Sabino], pues está feísimo.

A manera de propuesta de mejora, la usuaria 3 opina: “que echaran todos los drenajes para otro lado para que se limpiara el agua; que volviera a ser el agua de antes [...] así la gente volvería a ir al río”. Mientras que el entrevistado 16 propone: “habría que cuidar el río. La zona está bien como para poner un parque bien. Una zona para hacer ejercicio, como la que está en la Alameda, o así, zonas recreativas”. Con un matiz distinto, una pareja de jóvenes, hombre y mujer, al parecer novios, al ser entrevistados sobre la margen derecha, en la parte más arbolada entre el río y la vía del tren, enseguida del puente Quevedeño (4-3), relatan:

Vivimos en La Cantera pero seguido pasamos por el río y nos detenemos a platicar [...]. Venimos aquí porque está a gusto, los arbolitos, lo fresco... nada más que el río está bien feo. Si estuviera limpio el río, se podría pescar, se podría pasear uno en una lanchita [...]. Falta colocar botes de basura: a la entrada, a la mitad del camino y a la salida [se refiere exclusivamente a esa particular área arbolada] que pongan varios botes para separar la basura [...]. Así como nosotros hay otras personas que traen algo de comer y como no hay botes pues aventamos ahí la basura. [Entonces el hombre toma la palabra:] la verdad está más a gusto así, no necesita ser parque, así limpio pero al natural, así con las hojas de los árboles (informante 22).

También asociado con lo natural, especialmente con la vegetación, el usuario 20 comparte:

El río es importante para agarrar agua para regar las plantitas cuando me da flojera traer agua de la casa. Ahorita me la estoy trayendo de la casa porque de esa del río se secan las plantitas [además, menciona:] con la gente no se puede, me tumban las plantas [...]. Los elementos importantes del río son los arbolitos, el puente... el puente amarillo”.

Es una distinción la que se hace entre el cauce y las riberas, sobre lo cual la entrevistada 11 advierte: “el río no es de mucha importancia porque está muy contaminado y agradable no está, lo bueno es la naturaleza de los árboles, pero el río como está no”. Una percepción similar es la que experimenta la usuaria 21, mujer de aproximadamente 25 años de edad, acompañada de su niña, viven en la margen derecha (4-10). Según menciona, utilizan el río sólo como lugar de paso, es decir, por la necesidad de cruzarlo, acción que hacen a través del puente amarillo.

Con una expresión de desagrado en su rostro, la misma usuaria 21 comenta acerca del significado que para ella tiene el Mololoa: “el río está muy sucio, está contaminado, para mí no es importante, quizás lo fuera si me hubiera tocado vivir en el tiempo en el que dicen que hasta lavaban en el río y se bañaban”. De manera contraria, el informante 16, con 28 años de edad, quien siempre ha habitado cerca del río y le tocó vivir el tiempo en el que el agua era utilizada para labores domésticas y prácticas recreativas, comenta: “el río Mololoa ha sido muy importante no sólo a lo largo de mi vida, sino de todos los que vivimos alrededor del río”.

4.5 Zona 5: Centro – Mololoa

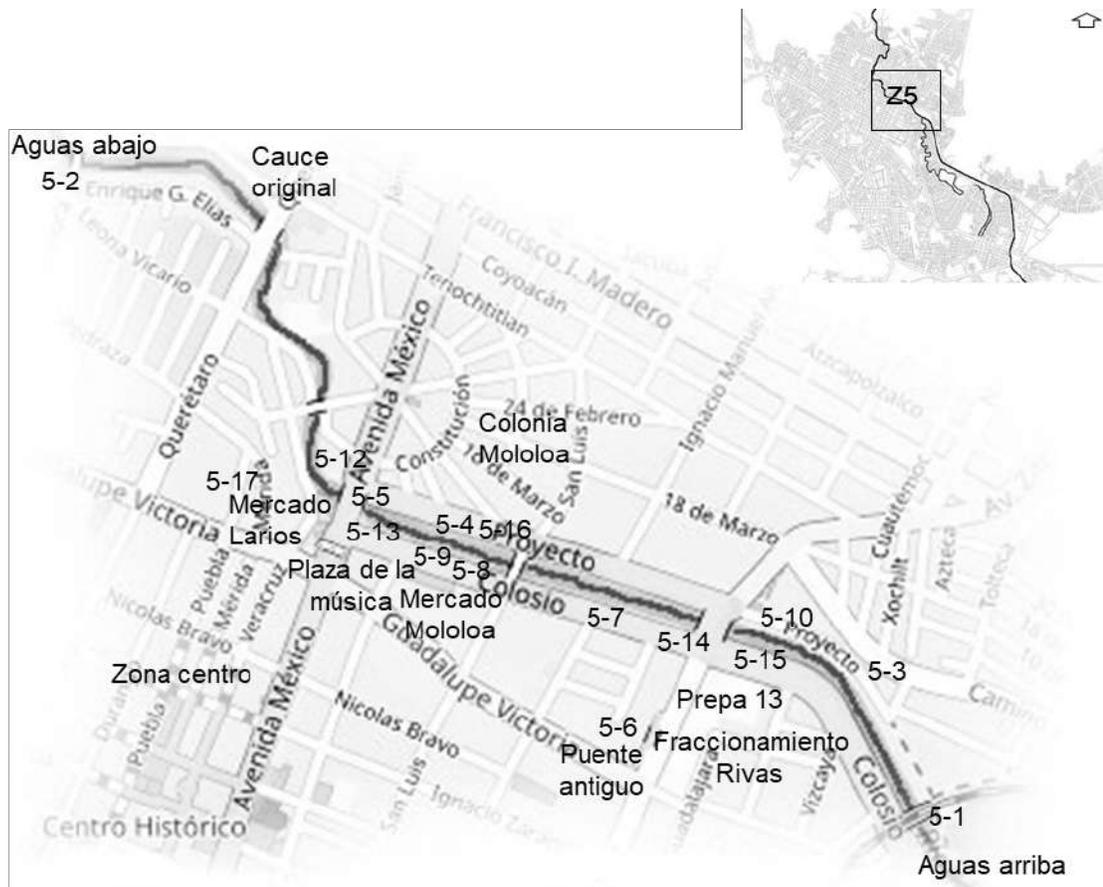
La zona inicia en el puente del ferrocarril (5-1), hacia la parte este, aguas arriba, en el punto donde la avenida Guadalajara entronca con el río en su margen izquierda. Termina aguas abajo en el puente de la Calle de Querétaro (5-2), después de la Avenida México, al finalizar la colonia Mololoa, donde también está la colonia Miguel Ángel Paredes (mapa 7).

4.5.1 Configuración física del paisaje

En esta parte del río es donde, se piensa, se dio el contacto entre indígenas y españoles durante la conquista. Una relación a partir de la cual los primeros fueron confinados a vivir al otro lado, al lado norte, hacia la margen derecha del río, mientras los segundos se establecieron al lado sur, hacia la margen izquierda,

donde se construiría la ciudad de Tepic. Es la parte del río más cercana al centro de la ciudad y actualmente es una zona muy transitada.

Mapa 7. Zona 5: Centro – Mololoa

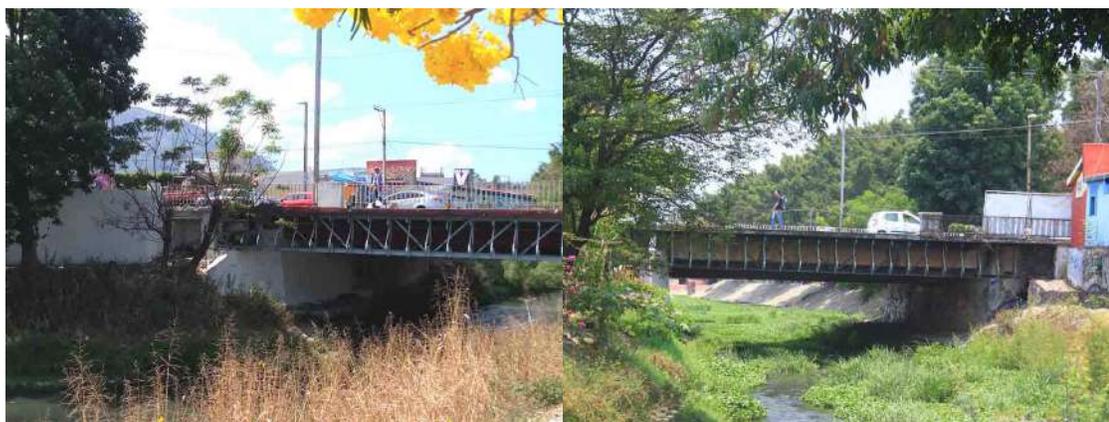


Fuente: elaboración propia a partir de una imagen de OpenStreetMap.

Hacia la margen derecha el uso de suelo es mixto, habitacional, comercial y de servicios. En la primera parte, entre el puente del ferrocarril y la avenida Zapopan, hasta hace unos quince años era la zona de tolerancia de la ciudad (5-3), donde había bares y establecimientos para ejercer, entre otras actividades, la prostitución. Luego fue retirada y actualmente es un área poco transitada y polvorienta. Hay tiraderos de escombros y basura, y por las noches está muy oscuro puesto que el alumbrado público y la urbanización son precarias en esa área.

Al cruzar la Av. Zapopan, a lo largo de la vialidad paralela al río, de frente a éste, hay diversos comercios, talleres, restaurantes, algunos bares y casas, entre otras construcciones. En esa parte se asienta la colonia Mololoa. Más adelante se encuentran carpinterías que fueron instaladas por migrantes indígenas michoacanos quienes se dedican a elaborar bases para camas, entre otros muebles de madera (5-4); son los “cameros”, como los nombra el informante 8. La fisonomía continúa de forma similar hasta a la avenida México, punto donde se encuentra el puente del mismo nombre (5-5). A partir de allí, aguas abajo, la imagen es distinta, el río retoma su cauce original y predomina el uso habitacional, principalmente la colonia Mololoa, que termina en el puente de la calle de Querétaro (5-2). La imagen 37 muestra al puente México visto desde aguas arriba, desde la zona más transitada (izquierda), y desde aguas abajo, donde la fisonomía es distinta.

Imagen 37. Puente de la Avenida México



Fuente: elaboración propia.

En la margen izquierda la configuración urbana y paisajística es diferente. Es más transitada que la derecha, tanto por vehículos como por personas. Es más comercial debido a la cercanía, como ya se dijo, con el centro (centro histórico) de la ciudad de Tepic. En el sentido del flujo del río, enseguida de la Av. Guadalajara, primeramente está una zona habitacional junto con algunos comercios y restaurantes. Enseguida se encuentra la Escuela Preparatoria número 13 de la UAN, punto donde el río es cruzado por la Av. Prisciliano

Sánchez, que después, hacia la margen derecha, cambia de nombre a Av. Zapopan.

Frente a dicha escuela, sobre la Av. Prisciliano Sánchez, a unos 100m de retirado del río hacia la izquierda, se encuentra el antiguo puente que comunicaba con el poblado de Francisco. I. Madero (Puga). Mejor conocido como el puente de Puga (5-6), es un elemento que señala la ruta por donde pasaba el cauce original del Mololoa. Al igual que con el puente quebrado, el que está en la zona de Fórum, éste tampoco está en funcionamiento. De manera similar, permanece como elemento escultórico patrimonial absorbido por la urbanización (imagen 38).

Imagen 38. Antiguo puente hacia Puga



Fuente: elaboración propia.

Frente al río hay distintos establecimientos comerciales, salón de fiestas, auto lavados, así como una estación de autobuses foráneos (5-7) que van hacia la sierra. Luego se encuentra el mercado Mololoa y frente a este, junto a la Av. México, se ubica la Plaza de la Música. Ese es un punto de mucha actividad no sólo en lo que toca al río sino en general de la ciudad. Una zona urbana donde suelen verse indígenas y mestizos coexistiendo en los espacios. Se establecen relaciones comerciales en torno al mercado y otros negocios circunvecinos, junto con el ambulante y el comercio informal (imagen 39). Sobre este espacio público, el de la plaza, la entrevistada 6 hace una descripción:

Los coras (sic) [etnia indígena de la región] siempre han usado esa placita, ahí se reúnen y agarran su camión [más adelante, por el mismo Boulevard Colosio, casi esquina con la calle San Luis, está otra estación de camiones foráneos que van a la sierra] pero esa es nueva, se me hace que es de Saldate [...]. Antes, en la Plaza de la Música, cada ocho días hacían baile, ponía muchas sillas, se ponía muy bonito, lleno, lleno. Luego llegaron los del PAN y a la jodida todo. Por eso le digo, cada gobierno trae sus ondas.

Imagen 39. Indígenas se reúnen frente a la Plaza de La Música



Fuente: elaboración propia.

Al pasar la Av. México, junto al puente, se encuentra el mercado Larios. Una plazuela circundada por locales comerciales en dos niveles, uno a nivel de la Av. México y el otro, a manera de sótano, se encuentra apenas más arriba del nivel del río. Es un inmueble sub utilizado que pasa un tanto desapercibido debido a que, como se dijo, se encuentra en un nivel inferior a la avenida. Como parte de su configuración, las marcas de *graffiti* son características de este conjunto comercial. A partir de allí y hasta el puente de la Querétaro, las construcciones, básicamente habitacionales, están construidas al límite de la ribera.

En esta zona centro, en las partes más visibles de las riberas, es posible ver distintos anuncios alusivos a las acciones de mantenimiento y limpieza que en distintos momentos ha ejecutado el gobierno (5-8). En sus taludes, el río ostenta placas metálicas y rótulos con los logotipos del gobierno en turno e incluso de

anteriores. Sobre estas intervenciones que ha tenido el río, particularmente en esta zona centro, la informante 6 menciona: “eso lo hizo Ney [Ney González, gobernador del estado durante el periodo 2005-2011], las bancas y eso [los taludes, banquetas y juegos infantiles] como por aquí vive él, entonces, pa’ que se vea bonito”.

Como parte de las acciones, en ambos márgenes del río hay andadores y áreas verdes con bancas. Aunque deteriorados, existen algunos juegos infantiles y aparatos para ejercitarse (imagen 40) (5-9).

Imagen 40. Juegos infantiles y aparatos de ejercicio



Fuente: elaboración propia.

Respecto a los árboles, estos son principalmente inducidos como producto de reforestaciones, así como plantas de ornato. Como parte del paisaje, en algunos puntos específicos, donde hay setos y arbustos, en ocasiones huele a orines y heces, esto porque dichos elementos actúan como barreras visuales y como escondites.

La fauna que se observa en esta parte del río son básicamente aves. Sin embargo, aguas arriba, donde la vegetación y arbolado ripario es más denso, además pueden verse peces, patos, tortugas y otras especies animales (imagen 41) (5-10).

Imagen 41. Vegetación riparia en la zona centro



Fuente: elaboración propia.

4.5.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas

En esta zona, en la parte que está aguas abajo de la Av. México, en los espacios ribereños que aún quedan libres, algunas personas siembran plantas de ornato al frente de sus casas (5-12). Pero en el resto del río, aguas arriba de la vialidad referida, la situación es distinta. Las prácticas de apropiación a partir del cultivo de plantas en la parte céntrica no se llevan a cabo por parte de los vecinos ya que allí las riberas fueron tratadas como áreas verdes, a las cuales el municipio les da mantenimiento.

Precisamente por ser una zona comercial y por la dinámica social que se presenta, las riberas cotidianamente se usan como lugar de tránsito. Es común ver hombres que pasan con mochilas y ropa de trabajo. Algunos caminan y otros andan en bicicleta. Ocasionalmente personas se detienen momentáneamente en las bancas y otras partes del río. Mujeres y jóvenes también caminan a lo largo de las riberas y cruzan los puentes. Frente a la Plaza de la Música, las bancas y juegos infantiles que allí se encuentran sirven como lugar de encuentro y estancia. Esto sobre todo para las personas que esperan a que salga su transporte público. Muchos de los usos que se hacen de estos espacios son momentáneos.

Esta forma de utilizar el espacio ribereño como lugar de espera, también se presenta más arriba, junto al puente de la calle San Luis, frente a la terminal de autobuses que van a la serranía (5-7). En estas partes se observan personas, tanto indígenas como mestizos. Unos comen en los distintos puestos que hay en la calle, otros son vendedores ambulantes, otros simplemente permanecen aparentemente sin hacer nada. El río es lugar para el ocio. Hay quienes se sientan e incluso se acuestan en las bancas. Son comunes escenas en las que las personas se encuentran y se saludan sin necesariamente haberse citado. La ribera izquierda, sobre todo, actúa como lugar de confluencia social (imagen 42).

Imagen 42. Personas esperan a que salga su autobús



Fuente: elaboración propia.

Por las mañanas las prácticas que se realizan están mayormente asociadas a actividades productivas, laborales o de tránsito. Por las tardes y durante los fines de semana, se presentan otro tipo de prácticas. El ocio y los usos recreativos, deportivos y de ejercitación física, son comunes en la zona. Algunas personas caminan y en menor medida otras corren a lo largo de las riberas (5-9).

En los juegos infantiles los niños juegan, aunque según se observa, lo hacen generalmente de manera efímera; es decir, sólo momentáneamente mientras pasan por el lugar junto con sus padres o cuidadores. Quienes usan mucho estos juegos son los niños indígenas que viven en las carpinterías existentes. Práctica

común es pasear a las mascotas, básicamente, perros. Durante los recorridos por la zona se observan usuarios, de distinto sexo y edades, caminar con fines de ejercitarse y al mismo tiempo pasear a sus perros. Sobre esta práctica, la usuaria 6 acusa: “algunas personas, las banquetas las usan para traer a sus perros a que se hagan pipí y popó”.

Tanto desde las riberas como desde los puentes, no es extraño percatarse de personas que durante su andar se detienen para observar hacia el río. Planificadas o circunstanciales, son prácticas contemplativas mediante las cuales esas personas construyen sus propios paisajes. Durante los recorridos de observación fue posible detectar distintos ejemplos de esto. En una ocasión, un hombre y una niña se detuvieron y miraron hacia el río, mientras él le mostraba y explicaba a ella acerca de las aves existentes. Otro día, en la ribera derecha, una mujer adulta, al parecer indígena trabajadora de las carpinterías, se paró junto al río y observó el paisaje con su bebé en brazos. Jugaba con él, lo besaba y luego se sentó en una banca y continuó mirando hacia el río (imagen 43). De manera similar, una pareja de adultos mayores jugaba con una niña, mientras una mujer joven, sentada en una banca, se tomaba fotos con su celular (*selfies*), con el río Mololoa de fondo.

Imagen 43. Personas observan y contemplan el río



Fuente: elaboración propia.

En los principales cruces de las calles de la zona es común ver personas que se dedican a limpiar parabrisas de los autos (5-14). Es una práctica laboral no formal que coexiste con otras formas de obtención de recursos, como el pedir limosna. En uno de esos puntos, junto al puente de la Av. P. Sánchez, se observó a una familia indígena, mujer con su bebé, sentados y comiendo bajo la sombra de un árbol, mientras los niños más grandes limpiaban parabrisas en la calle.

Bajo los puentes es usual ver personas que realizan alguna actividad. Hay quienes permanecen solitarios. Otras veces hay parejas o grupos. A veces son migrantes que van de paso por la ciudad y en esos sitios encuentran resguardo temporal, aunque generalmente son personas no migrantes. Entre otras prácticas, es común que se reúnan a platicar, fumar y beber (imagen 44).

Imagen 44. Personas reunidas bajo el puente de la calle San Luis



Fuente: elaboración propia.

Así mismo, en el espacio que hay arriba del puente México (5-5), en una pequeña plazoleta, algunas personas aprovechan los setos y otras barreras visuales para resguardarse, ya sea para pasar el rato o incluso la noche. Los referidos son espacios que se caracterizan por tener muestras de *graffiti*, como una manera de marcar y apropiarse de un espacio o territorio. Este fenómeno no es exclusivo de los bajo puentes. En una cancha pública que se ubica a unos 40m antes de llegar al puente de la Querétaro (5-2), el informante 2, hombre de unos 70 años de edad

y 30 años de vivir en la zona, comenta: “a esta cancha se le da poco uso. Viene gente de otro lado y la tienen toda rayada, o sea, no hay cultura por parte de la gente”.

La vagancia y la indigencia también son prácticas presentes en la zona. En las bancas y en las áreas verdes comúnmente hay al menos una persona, generalmente hombre, acostado o dormido (imagen 45). En una ocasión se observó a una mujer adulta que padece de sus facultades mentales, vagando junto al río. Es una persona que también se ha visto en otras partes de la ciudad. En el área donde antes había asadores, frente a la prepa 13 (5-15), recurrentemente se juntan hombres, entre ellos algunos limpiaparabrisas, quienes platican, beben, fuman e incluso, en alguna ocasión, pudo verse que cocinaban en una sartén calentada con leña y basura.

Imagen 45. Bancas utilizadas de distintas formas



Fuente: elaboración propia.

En algunas partes junto al río, históricamente las autoridades han tolerado la realización de ciertas prácticas. En específico, esto tiene que ver con grupos de individuos, fundamentalmente hombres, que en el ámbito popular local son conocidos como los ‘escuadrones de la muerte’, quienes se reúnen junto al río particularmente en esta zona céntrica (5-8,9,15), para socializar y tomar bebidas

alcohólicas. Sobre esto, el informante 14 explica: “el escuadrón de la muerte siempre ha estado, aunque ahora son otros, se van renovando”.

Estos grupos de individuos, los escuadrones de la muerte, fueron observados en varias visitas de campo. En una de esas ocasiones, en horario vespertino, fueron detectados primeramente tres hombres sentados en la misma banca, muy cercanos entre ellos. Uno usaba una cobija. Luego se integraron dos más, uno de ellos con una bebida en vaso térmico. Más tarde se anexó un sexto individuo, quien de una bolsa plástica negra sacó una botella de licor y la compartió con los demás. Luego se fueron dos y a la vez llegó otro. Ese sitio, no fijo sino cambiante, se convierte en lugar de encuentro temporal. Uno de quienes llegan, sonriente saluda de mano y de abrazo a los demás, con lo cual expresa cierta familiaridad, camaradería o fraternidad (imagen 46).

Imagen 46. Escuadrones de la muerte



Fuente: elaboración propia.

En ese momento, mientras se observaba la escena, dos jóvenes, uno de ellos con lentes oscuros a pesar de estar nublado y casi oscuro, al pasar junto a mí, a un metro de distancia, desprendían un olor similar al de la marihuana. Sobre este tipo de prácticas, comunes y naturalizadas en la zona, la informante 7 comenta:

El río estaría mejor si no hubiera tantas personas tomando, tantas personas en la orilla del río [...] que a veces se orinan, se hacen del baño [antes] se veían menos

esas cosas [...]. Lo sucio del río atrae otras cosas, me imagino yo que sí [...]. Los borrachitos hacen casitas en la orilla del río, abajo del puente está una casita (figura 57), ahí se ponen ahí a dormir, entonces, todo eso, quiera o no...

Son prácticas que pueden ser categorizadas como transgresoras, respecto a las cuales la entrevistada 6 comparte su experiencia:

En aquella banca (5-16), diario están los borrachos mariguanos [...] toda la vida han estado, son muy enfadosos porque hacen sus necesidades allí, se levantan y se bajan el pantalón, ellos están en su mundo acá arriba y yo les digo: hijos de la fregada les voy a echar a la policía. Le habla uno a la policía y vienen y dicen: 'nooo, son borrachos [...] si nos los llevamos es nomás para que estén ahí diciendo pendejada y media'. No, no, no, llévatelos le dije yo, a ver dónde los dejas por allá, mételos a un galerón, y pos no, no se los llevan [...] así que no hay a quién decirle [...]. Son borrachos y mariguanos que viven en otros lados, ya los conoce uno, se vienen para acá, ya se conocen entre ellos y se dicen: 'te espero allá'.

De acuerdo con lo que se percibe, el mercado Larios (5-17) es lugar donde se llevan a cabo prácticas transgresoras e incluso delictivas. Es común advertir la presencia de personas que allí se juntan, según palabras de la informante 6, para comprar, vender y consumir drogas y alcohol (imagen 47).

Imagen 47. Mercado Larios de espalda al río



Fuente: elaboración propia.

Sobre este mercado el informante 2 comenta: “desde que lo hicieron, el mercado Larios no funcionó. Es pura gente de los alrededores que allí se juntan. Me han robado cosas, aquí a la vuelta tengo mariguanos que se juntan [...]. Sí influye el lugar,” asegura. La informante 6, por su parte, también comenta acerca de este mercado:

Es puro cochinerero, allí es nido de ratas, de huevones, de mariguanos, de vendedores de droga, de todo. Desde las cuatro de la tarde no puede pasar uno por ahí, si tengo que ir para allá [para aquel lado del río] mejor rodeo y me voy por la Av. Victoria. Y era bueno para que se metiera [que pasara] uno por ahí pero la gente que está a cargo de él, por qué no le da vista. Cada presidente municipal ve cómo están las cosas y no hacen nada.

4.5.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones

En esta zona céntrica, sobre todo en la margen derecha, como parte de la colonia Mololoa, habitan personas que desde su infancia han vivido junto al río. Una de ellas es la informante 3, mujer adulta, quien comenta que antes las personas hacían uso del agua, ya fuera para lavar ropa o para otras labores domésticas, e incluso para bañarse; sin embargo, dice, ya no se hace, puesto que en la actualidad el agua del río ya está muy contaminada.

Otra usuaria, mujer de 61 años de edad, con 46 años de vivir junto al río, recuerda:

Hubo un tiempo en que [el río] estuvo muy bonito, se bañaban los niños, pero pos ahora ya... ya es un río muy feo [...] porque huele mucho, porque está sucio, porque el gobierno o no sé quién sería, echaron todos los drenajes hacia el río [...]. Lavábamos ahí, a mí me tocó lavar ahí, había lavaderos, teníamos tendedores. [Antes de su rectificación] estaba al puro ras de las casas el río y estaba muy bonito [...] perdió su belleza a causa de los drenajes [...]. Se juntaban todo el muchachero a pescar, ahí todo el montón de niños se iban a meter al agua, todos se bañaban [...]. En la orilla del río, se sentaba uno, metía sus pies y a gusto se estaba sentado uno allí, porque había un paderoncito, un paderón (sic) y ahí estaba uno con los pies en el agua [...]. El río era un lugar de distracción [...] iba uno a sentarse ahí mientras ellos [los niños] se bañaban (informante 7).

Por su parte la informante 6, mujer de 68 años de edad, quien como ya se dijo vive junto al río desde que era niña, relata acerca de las prácticas que otrora se hacían en el paisaje y que ahora están en desuso:

Nos bañábamos en el río. Estaban unos árboles grandotes y por aquí pasaba el río, y por cierto una muchacha tonta, se echó un clavado y se golpeó en una piedra y se mató [...]. Para el lavado de ropa, como el agua entubada no era constante, era más viable ir al río y con un lavadero lavar y luego venir a tender aquí, en un lazo que ponía la gente [...]. También íbamos a lavar a Acayapan, yo iba cuando estaba chiquilla, cuando aquí no servía el río porque era puro lodazal, nos decía mi madre: 'a ver, váyanse dos, a lavar, allá, a Acayapan', y nosotras ay pós a gusto, porque íbamos a lavar y luego nos bañábamos allí en la alberca, nos bañábamos en la acequia, a medio camino era la acequia, se llamaba la acequia, era una rueda pero estaba honda, yo tenía como ocho o nueve años y el agua me llegaba aquí [a la altura del cuello] era para bañarse pero era agua limpia [...]. Se bañaba uno a gusto [...] cobraban pero nos dejaban lavar, por lavar no nos cobraban.

Así mismo, esta persona también describe la configuración que tenía el paisaje fluvial antes de que el cauce del río fuera rectificado y canalizado:

El río estaba aquí y lo desviaron para allá [...]. Aquí donde está mi casa (5-9) pasaba el río. Nos bañábamos y todo [antes de que rectificaran] había mucho lodo y no podía uno pasar [...] la gente echaba piedras y grava al frente de sus casas para poder caminar y llegar hasta el puente de la Av. México, que ya estaba, y entonces poder cruzar el río [...]. El presidente municipal, Rivas, fue muy bueno, muy bueno el señor, le tocó la chamba ésta, cuando pasaba por aquí le decíamos: oiga, aviéntenos para allá el río, aquí para que lo queremos, mire el lodo [entonces él le decía a su gente] 'váyanle echándole aquí, piedras, para aventar el río para allá'. No, pos feliz de la vida oiga (informante 6).

En términos similares, el usuario 8, hombre adulto, con 40 años de vivir cerca del río, recuerda:

Antes lavaba la gente en el río, había pescado [...]. No había banqueta, las casas estaban junto al río, estaba un guamúchil allí [...]. Por aquí pasaba el río y luego lo echaron pa'lla e hicieron la calle [...]. Estaba más limpia el agua cuando el río

estaba de este lado, pero ya ahorita desembocan todos los [drenajes] del seguro, hospitales, gasolineras [...] las tiendas grandes, el rastro...

Desde una temporalidad más reciente, ya con el cauce rectificado, el usuario 24 relata: “lo que es de la avenida México para acá [aguas arriba] estaba la fuente. Enfrente de la prepa trece rentaban lanchas y era un espacio de diversión [...] yo estudié allí y si nos divertíamos”. Sobre la zona de tolerancia que estaba en la margen derecha (5-3), también en dirección de la preparatoria 13 que refiere el informante anterior, la usuaria 6 comparte sus memorias:

Desde cuando yo era chica, era un bule por ahí, puras viejas ahí, ay no, no, no [...] había gente a lo jijo de la fregada, andaban prostitutas con unos y con otros, aquí las veía, puras parejitas y a veces, en la noche, como no había lámparas, nooo, yo creo que ahí hacían el niño, ay no, no, no, se veían unas cosas, ay dios mío de mi vida y de mi corazón [...] por aquí pasaban las viejas enseñando todo. Luego dijeron [por parte del gobierno:] ‘¿Saben qué?, se van todos los bules, si quieren váyanse allá por la salida a Bellavista’.

En la actualidad, los problemas y temas que interesan a los vecinos son distintos. Uno de ellos tiene que ver con las carpinterías, que previamente han sido mencionadas (5-16). Sobre este asunto, el cual se ha convertido en un problema vecinal, el entrevistado 8, con molestia evidente, explica:

Estos son de Michoacán, estos cabrones ‘cameros’, nomás llegaron y se pegaron aquí, hijos de la chingada, como pulgas [...] son una lacra hijos de la chingada. No entienden que quiten las camas para que pase el peatón. Les vale madre [...] y llegaron pa’ quedarse.

Sobre el mismo tema, en términos similares al entrevistado anterior, la informante 6 señala:

Son testarudos [...]. Les digo: yo no quiero que me ensucies mi banqueta con tu cochinerero de pintura. Están pintando y cae al suelo [...]. Tienden la ropa a secar junto al río, y eso pues como que no, se ve mal, se ve horrible ahí la ropa ahí asoleando (imagen 48).

Imagen 48. Carpinterías y asoleado de ropa en las riberas



Fuente: elaboración propia.

El riesgo de inundaciones y desbordamientos del río en la zona centro no es problema, al menos no aguas arriba del puente México. Lo que sí es percibido como tal es la contaminación del Mololoa. Es por eso que el usuario 8 manifiesta:

Vivir cerca del río es a gusto, lo malo es que llegan malos olores del agua que se estanca y está aceda [...]. El agua nace en Pantanal pero luego entra a la ciudad y ya se hace un cochinerito [...]. Hace falta un drenaje exclusivo para aguas negras.

La contaminación es asunto sobre el cual el informante 2, quien vive antes de llegar al puente de la Querétaro (5-2), explica:

El mal olor, la contaminación que ha sufrido últimamente, antes no estaba contaminada el agua y había más atención [...]. El problema de la contaminación es culpa de nosotros, del pueblo principalmente y luego el gobierno [...]. Otro problema es la basura que la gente arroja al río, incluso hay gente que se molesta porque entra el camión de la basura, es gente problemática, populacha, que sólo exige y no aporta nada [como parte de los trabajos de limpieza y dragado del cauce] le quitaron las piedras de abajo, pero debilitaron las casas.

Sobre este problema ambiental y el señalamiento de responsables, la entrevistada 6 relata:

La gente es una cochina, los del mercado [Mololoa] y las vendedoras de fruta avientan basura y residuos de comida al río. Yo les llamo la atención y me dicen:

‘qué le importa, es usted la dueña o qué’ [...]. Adentro del río, en el cauce, “a veces anda un muchachito que anda medio malito, agarra uno de esos [un rastrillo] y le raspa, le raspa, pero como que está malito el muchacho [nadie le paga] la gente a veces le dice: ‘toma una botellita de agua’. Es un muchacho alto con unos pelos aquí nomas [...] a veces trae sandalias y a veces nada, pero está mal, está mal, aunque sea con unos guaraches...

De acuerdo con el informante 2, debe de haber ciertas prioridades de atención en torno al río:

Lo primero es solucionar la contaminación. Luego los de las inundaciones y otras cosas. Por parte del gobierno se deben de poner reglas, a las empresas no contaminar [...] eso sería mejor que entubarlo, mil veces, si lo entubaran el agua no va a caber y entonces se va a hacer tapón. Faltan reglas de la autoridad y cultura. El problema es cultural y normativo.

También en su imaginario el entubamiento del río, pero con una opinión distinta a la del usuario anterior, el entrevistado 8 menciona: “si estuviera el río bonito se podrían poner lanchitas [...]. Si estuviera limpio que siguiera el río, pero si no, mejor que lo entubaran e hicieran un jardín”. En términos similares, sobre la importancia del río, la informante 6 menciona:

Para mí yo creo que nada. No, mire, yo, voy y me siento a veces allá, pero, es que no tiene limpieza, todavía si tuviera limpieza. La gente que está en el gobierno debería de limpiarlo oiga [...]. Me gustaría el río entubado y arriba que quedara como área de deporte. Porque, entubado, no habría mucho cochinerero de agua [...] ya entubado, cómo le van a hacer, no podrían echarle basura [...]. El río estuviera limpio, si el gobierno y la gente tuvieran la delicadeza de que cada quien cuide el pedazo que le toca.

En una ocasión, una persona manifestó que el sentarse en la ribera dependía de la existencia de una banca y que en nada influía la presencia del río. Así comenta:

Para ser un río y estar dentro de la ciudad está demasiado descuidado [...] hay contaminación visual, hay gente que vive debajo de los puentes, los vendedores y todo eso, la basura, son cosas que me perjudican realmente. Yo no soy de aquí, soy de Mazatlán y pues se lleva uno la imagen de que ustedes ya se

acostumbraron al río. Cuando recién llegué me quedé así, cómo decirlo, está muy descuidado, muy contaminado, no, no me agradó [risas] (informante 9).

De manera más contundente, el informante 14, un vendedor ambulante con más de 15 años de trabajar en la zona, declara: “sería mejor que no estuviera el río, porque está sucio, huele y ahuyenta a la gente”. Finalmente, la entrevistada 7, con una voz relajada y la mirada hacia el Mololoa, comenta:

Me gustaría que el río estuviera como antes, estaba más bonito antes, porque ahora pues sí, tiene sus avenidas y esas cosas, pero lo malo es el agua, ¿cómo está corriendo?, toda sucia, cuando era un agua muy cristalina y muy bonita [...]. Mi opinión es que siga el río, pero limpio [...] poder estarse uno sentado, viendo, devisando, como antes lo hacíamos.

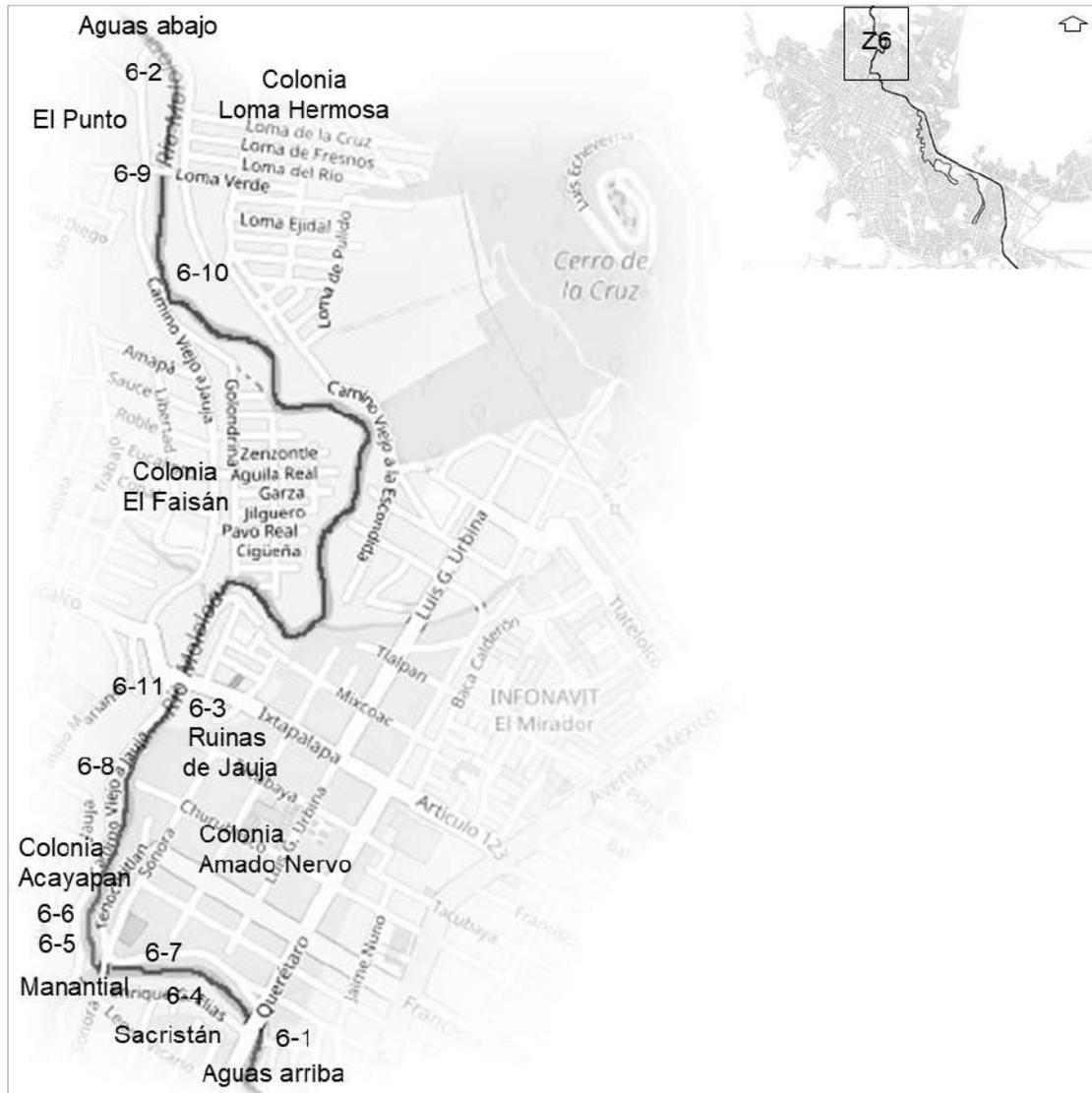
4.6 Zona 6: Acayapan – El Punto

Esta zona de estudio, la última en este trabajo, abarca desde el puente de la calle de Querétaro (6-1), aguas arriba, al sur, en la colonia Mololoa, hasta el límite donde termina la ciudad en sí, aguas abajo, al norte, en la zona conocida como El Punto (6-2) (mapa 8).

4.6.1 Configuración física del paisaje

A diferencia de las anteriores, en esta zona el río mantiene su cauce original. Su trayecto, curvas y caídas permanecen sin modificaciones importantes, salvo la sección (anchura) del cauce, que aquí es angosta y no hay zona federal en las riberas; es decir, la zona existe, pero no está libre sino invadida por las construcciones. Las casas y otras edificaciones están levantadas sobre el espacio ripario, muy cercanas al río, algunas de ellas prácticamente junto al cauce. Dan la espalda al Mololoa y con sus bardas traseras, en conjunto, conforman una especie de barrera de contención con la cual canalizan el cauce como una manera de controlar los desbordamientos del río (imagen 49). Debido a esto, y por la contaminación del agua, la fauna en esta zona no es tan diversa, al menos no a simple vista, salvo por las aves que se observan sobre todo por las tardes.

Mapa 8. Zona 6: Acayapan – Mololoa



Fuente: elaboración propia a partir de una imagen de OpenStreetMap.

En cuanto a los usos y configuración general, entre la margen derecha e izquierda las diferencias no son tan marcadas como en otras zonas. Es una configuración espacial más o menos homogénea, no idéntica, entre las dos márgenes. Las diferencias se presentan conforme avanza el flujo del río aguas abajo, esto es, entre distintas partes conforme avanza el río. El uso de suelo es predominantemente habitacional de alta densidad y en menor medida comercial y de servicios. Una primer parte de esta zona abarca desde el puente de la calle

de Querétaro (6-1) hasta el puente de Jauja (6-3). Otra empieza en ese sitio y termina al final de la ciudad, en el puente que va a El Ixtete (6-2).

Imagen 49. Casas construidas junto al cauce



Fuente: elaboración propia.

A partir del puente de la Querétaro, a la derecha está la colonia Amado Nervo y a la izquierda se encuentra la colonia Sacristán. En ésta había un venero o manantial llamado así, el Sacristán, pero fue secado luego de que el gobierno hiciera unas obras en ese punto (6-4). Allí se construyó una cancha de usos múltiples y un módulo de servicios municipales. A 350m aguas abajo del puente Querétaro se ubica el puente de la calle de Sonora. Al cruzarlo hacia el lado derecho se llega a la continuación de la referida colonia Amado Nervo, la cual es extensa y bordea el río, mientras que, al lado izquierdo, está la colonia Acayapan.

En este sitio se ubica el manantial de Acayapan (6-5), que por la importancia histórica que representa para la ciudad, ha sido referenciado en repetidas veces a lo largo del documento. En la colonia se concentran, junto con las casas, algunos comercios y servicios, como tiendas de abarrotes y talleres diversos, por mencionar algunos. El manantial sigue en funcionamiento, es decir, aporta agua que es utilizada de diversas formas. En el sitio donde está este acuífero se construyó un balneario municipal. A espaldas de este hay una planta purificadora

de agua, mientras que a un costado están los lavaderos públicos, espacio representativo de esta zona (6-6). Junto a los lavaderos hay un pozo profundo para la extracción de agua, operado por el SIAPA, el cual, según se explica, “ese va a Bellavista, la agua, y pos de allá mandan a otros ranchitos” (informante 19).

En el tramo del río que abarca desde el puente Sonora (6-7), en la colonia Acayapan, hasta el puente de Jauja (6-3), en la colonia Ruinas de Jauja, la vegetación riparia es nativa y densa. Por lo que se ve, algunas de las higueras y otros árboles son muy antiguos (imagen 50) (6-8).

Imagen 50. Río Mololoa junto a las Ruinas de Jauja



Fuente: elaboración propia.

En esta parte en específico, el cauce no fue muy intervenido, sus límites son imprecisos y hay partes pedregosas en el lecho. Además de que por mucho tiempo eran las afueras de la ciudad, aquí el relieve hacia ambas márgenes es muy agreste, empinado, sobre todo hacia la margen derecha. Así es como el río fluye como si estuviera en un tipo de cañada. Bajo estas condiciones resulta difícil construir, pero no imposible, pues en varias partes la zona federal ha sido invadida, además de que por ser zona poco habitada, es común ver tiraderos de basura y escombros. Este último, usado como relleno de laderas para luego construir sobre ellas.

Enseguida, por la vialidad lateral, el camino viejo a Jauja, el cual serpentea conforme a la margen izquierda, se llega al puente y ex fábrica de Jauja. Es la fábrica textil sobre la cual se habló en la primera parte de la tesis. Actualmente es un edificio en ruinas, que permanece como monumento histórico, aunque con poca atención y cuidado (imagen 51).

Imagen 51. Ruinas de Jauja



Fuente: elaboración propia.

El puente que allí se construyó con motivo de la fábrica, recientemente fue ampliado; es decir, junto al puente antiguo (6-3), como prolongación de este, se construyó una parte nueva. Ahora se tiene un puente híbrido, más largo, que se hizo para evitar el 'cuello de botella' que allí se hacía cuando aumentaba el caudal del río. Eso ayuda a drenar mayor cantidad de agua y minimiza la probabilidad de inundaciones aguas arriba. En la imagen 52 se observa como están unidas la parte nueva del puente (izquierda) con lo que es el puente original (derecha).

A partir del puente mencionado, aguas abajo, se advierte una zona diferente a la anterior. En esta última parte, que también es la orilla de la ciudad hacia el lado norte, se encuentran las colonias El Faisán, Francisco Villa, Loma Hermosa y El Punto. En general, tanto las construcciones como la urbanización son precarias, con alumbrado público e infraestructura deficiente, calles deterioradas y con

baches, algunas empedradas pero la mayoría de terracería, generalmente sin banquetas.

Imagen 52. Puente de Jauja



Fuente: elaboración propia.

Respecto al uso de suelo, continúa el predominio del habitacional y en cuanto a las actividades productivas y comerciales, según se observa, dominan los giros que tienen que ver con el reciclaje de residuos sólidos urbanos. Sobre todo en la parte final, en El Punto, hay establecimientos especializados en el reciclaje y manejo de materiales. Son bodegas y terrenos donde los materiales, plásticos, metales y otros, son clasificados y seleccionados, para luego ser llevados a sitios o ciudades donde si son reciclados como tal.

Parte constitutiva del paisaje son los camiones recolectores de basura (residuos sólidos urbanos) y las camionetas que trasportan diversos residuos y materiales, así como esporádicos camiones del servicio colectivo y escasos automóviles particulares. Más adelante, en el lugar donde la sección del río y la llanura de inundación se ensanchan, se encuentra un puente peatonal que comunica a las colonias El Punto y Loma Hermosa (6-9). Por último está el puente vehicular El Punto, por donde se pasa para ir al relleno sanitario municipal de desechos sólidos urbanos llamado El Ixtete (imagen 53) (6-2).

Imagen 53. Puente El Punto



Fuente: elaboración propia.

Este relleno sanitario se encuentra por la margen derecha, a 1.5km más adelante, sobre una colina, a unos 200m de separado del río. Por allí se localiza la antigua presa de El Punto, actualmente en desuso, mientras que en la margen izquierda está la planta de tratamiento de aguas residuales de la ciudad.

4.6.2 Aprovechamiento de recursos y prácticas cotidianas

En esta zona, Acayapan – El Punto, prácticas como la pesca y captura de animales no se realizan, al menos no se observaron y tampoco fueron mencionadas por los entrevistados. En la parte alta, a partir del puente Querétaro (6-1), el hecho de que las construcciones invadan completamente la zona federal impide o limita los usos y prácticas en las riberas, ya que de hecho éstas en algunos puntos incluso casi desaparecen.

La que sí es una práctica que tiene que ver con el río, al menos indirectamente, es el lavado de ropa en los lavaderos públicos de Acayapan (6-6), los cuales funcionan con agua que nace en el manantial que allí se encuentra, a unos 50m de distancia del río. Lavar allí es práctica vigente en la actualidad, no obstante el informante 3 afirma que “ya no funcionan porque ya no cae [suficiente] agua”. Lo que sí es un hecho es que ya no se usan con la misma intensidad que en otros tiempos (imagen 54).

Imagen 54. Lavaderos de Acayapan



Fuente: elaboración propia.

Prácticas como el lavado de ropa anteriormente se realizaban directamente en el río, pero debido a la contaminación, actualmente sólo se lleva a cabo en los lavaderos con agua del manantial. Sobre esta práctica, la entrevistada 19, mujer de 92 años de edad, quien desde hace tiempo es la encargada de cuidar y administrar los lavaderos, comenta:

La gente sigue viniendo a lavar pero ya no se llena como antes. Puras señoras vienen a los lavaderos. Bueno, la señora que tiene a su marido y la trae, bueno pues le doy permiso de entrar. Se cobran \$10 por el derecho a lavar. Hay tendedores para secar la ropa. Los lavaderos son para que la gente venga, aquí estoy metida, platico con las que vienen a lavar.

Entre Acayapan y Jauja, donde la zona federal se encuentra menos invadida (6-8), es posible ver ciertas utilidades de la ribera, la izquierda, puesto que la derecha, como se explicó, es poco accesible ya que es una pendiente empinada y agreste. Estos usos son limitados, básicamente el sembrado de plantas de ornato y algunas comestibles, pero sólo en puntos específicos. Hay quienes, en sus propiedades crían animales de traspatio, por ejemplo pollos y gallinas, los cuales es común que se acerquen al río.

A partir del puente de Jauja, aguas abajo, las construcciones ya no están tan cercanas al cauce. Quizás por ser fraccionamientos o colonias menos antiguos que los que se han mencionado y por haberse asentado bajo otras circunstancias, en esa parte la zona federal del río vuelve a ser respetada; esto es, no invadida, al menos no de manera general ni en la dimensión en que se hace en la parte anterior. Eso permite que haya espacio en las riberas y consecuentemente estas se puedan utilizar de algunas formas y realizar, aunque limitadas, ciertas prácticas en los espacios.

Hay quienes cultivan en las riberas, no sólo plantas de ornato sino otras cosas, incluso milpas. Esto se hace en partes muy puntuales, en superficies pequeñas, no obstante estar prohibido este tipo de utilizaciones de la zona federal (6-10). En una ocasión, durante un recorrido por la zona, se observó a un hombre que fumigaba sus cultivos. Como hay espacio, los vecinos también siembran plantas de ornato y árboles frutales en ciertos sitios. En la zona hay algunos árboles de guamúchil y por lo tanto, cuando es temporada es común ver personas que los cortan para comérselos o para venderlos. También hay ganado, básicamente vacas, que andan sueltas en el río y las riberas (6-10). Al igual que en otras zonas, estos animales también aquí comen pasto e incluso basura y beben agua del río (imagen 55).

Imagen 55. Vacas pastan junto al río



Fuente: elaboración propia.

Asociado al giro del reciclaje de materiales están los oficios de chatarrero y pepenador. Son personas que se encargan de recolectar chatarra, plásticos y otros residuos sólidos urbanos, que luego llevan a vender a los centros de acopio que hay en la zona. Son individuos que andan a pie, en bicicleta, triciclo o camioneta, y traen los residuos desde la ciudad. Relacionado con esta práctica, como parte del paisaje en la zona, en algunas partes es usual ver basura tirada, muebles viejos y otras piezas de desecho, que al parecer ya no son reciclables o quizás el proceso no es costeable.

Sobre el puente peatonal que hay en la parte última, el que conecta a las colonias El Punto y Loma Hermosa (6-9), puede hacerse una descripción. Se trata de un elemento que, de manera similar a otros, funciona como nodo referencial. Es un lugar donde confluyen personas, aunque no con la misma intensidad que los puentes existentes en zonas anteriores (como el puente Amarillo, por ejemplo). Allí es punto de reunión y también sitio para la espera del transporte público. Entre los usuarios de la zona, también de manera cotidiana, se observan personas que deambulan, algunos con evidente padecimiento en sus facultades mentales y otros bajo diferentes condiciones. No son migrantes, pues esa parte de la ciudad no es punto de paso del tren o lugar al que acudan este tipo de usuarios (imagen 56).

Imagen 56. Distintos aprovechamientos y prácticas



Fuente: elaboración propia.

4.6.3 Percepciones, opiniones, evocaciones y significaciones

La informante 4, Mujer de 47 años de edad, quien desde joven vive junto al río, aporta una descripción del paisaje fluvial que había en la zona de Acayapan a mediados del siglo pasado:

Aquí [pasando el manantial de Acayapan] (6-8) le decían la garita, porque aquí, los de San Andrés, traían los caballos y venían a vender leña, los burreros y todo, y ahí los dejaban amarrados y ya se iban pal' centro. Ahí era la garita y había una higuera grandísima y un guamúchil muy grande también, y pós, se puede decir que era bonito entonces [...]. Desde Acayapan rumbo a Jauja, a medio camino había una presa. Cuando yo caí aquí [la fábrica de Jauja] parece que recién se había quemado, ya nomás estaban las tapias viejas, dicen que se oyen los lamentos de la gente que castigaban. [Respecto a los puentes] donde ahora está el puente de la calle Sonora, antes había un puente de columpio, y allá en la Querétaro, había un puente de tres vigas, nomás pa' gente [...] aquí había un puentecito y aquí si pasaban carros pa'lla' y pa'ca'. Entonces no estaban estos puentes, ni aquel que está allá donde se ponen los puestos, el puente de la Av. México, ni otro puente que está más para allá tampoco [...]. Antes no estaban todas esas casas [las de la margen derecha] y tampoco las que están aquí pegadas al río.

La usuaria 19 menciona: “siempre he vivido aquí. Antes no había nada [construido] sólo la casa blanca [frente a la fábrica de Jauja] (6-11), antes no había puentes para cruzar el río, habían unos palos que pusieron atravesados”. Por su parte, la entrevistada 5 relata:

Las calles eran caminos, no eran calles [...]. Estaban una que otra casita [...]. De noche me daba miedo [...] no podía uno salir porque no había focos ni nada [...] se iluminaba uno con puro petróleo [...] de día sí, caminaba uno por donde quiera, había brechas por donde quiera [...]. Nadie sembraba nada, había puro hierbajal [...]. Antes no había casas pegadas al río, yo estaba sola casi [...]. Antes no había puente [se refiere al puente de la calle Sonora]. No pasábamos para aquel lado [hacia la margen derecha] no había casas, puro zacatal. El puente estaba hasta la calle Querétaro.

El informante 3 corrobora lo dicho sobre los puentes, a la vez que aporta detalles sobre algunos aspectos de la hidráulica del Mololoa:

Los primeros puentes que hubo eran puentes colgantes, luego fueron de tablas y ya después de concreto. El puente de la Querétaro era de tablas. Eran sólo puentes peatonales. El de la Av. México era más chico y luego lo ampliaron [...]. Alimentada por la presa de la Querétaro [sobre la margen derecha] estaba una acequia. Ya después la acequia dejó de funcionar y ya la gente empezó a invadir allí también”.

Respecto al abastecimiento de agua para consumo y uso doméstico, el informante 3 explica: “en las casas cercanas al río había pozos de agua, nomás que luego con el agua entubada ya empezaron a tapar los pozos [...] el agua no llegaba directamente del río, llegaba de abajo”. De manera similar, la usuaria 4 comenta: “antes de haber agua entubada en las casas, se abastecían del manantial y allí lavaban en los lavaderos”.

Sobre la calidad que tenía el agua del río y los usos que se hacían de ella, la entrevistada 5 relata:

Antes el agua estaba limpia, nadie echaba basura [...] se podía tomar, ahí nacía [en el manantial] se bañaba y lavaba uno en el río y en el venero, lavábamos en piedras grandes [...] el agua estaba limpia y se bañaba mucha gente en el venero, con jícaras, porque no había alberca y en el río si estaba más hondo. [Ahora que ya hay agua entubada en las casas] ya lava uno a la hora que quiere [...]. Ya ahorita ya está toda infectada el agua, yo digo, pús tantos que se bañan ahí [en la alberca de Acayapan].

Su comentario lo hace bajo el supuesto de que la alberca, al ser un lugar público para el baño y recreación, es causa de la contaminación del agua del río; sin embargo, no menciona otras posibles fuentes de contaminación, ni siquiera las que provienen de la ciudad.

Así mismo, la usuaria 19 recuerda:

Antes, el río limpiecito estaba y allí la gente lavaba [...]. Nosotros no nos bañábamos en el río, nos bañábamos aquí [en el manantial], otra gente si lavaba y se bañaba en el río [...] pero ya empezaron a echar cochinas y ya no sirvió [...]. Para la calle San Luis, la gente pescaba porque para allá había pescado, y todavía hay, están bien buenos porque allá está limpia el agua.

Esta usuaria, en su imaginario, cree que el agua del río en la zona del centro de la ciudad aún está limpia, como cuando a ella le toco conocer y vivir ese espacio.

La contaminación del río es uno de los temas que, como sucede en las demás zonas, está presente en las percepciones y narraciones que hacen los usuarios. La entrevistada 5 asegura que: “el río ahorita está mal porque huele re’ feo, echan animales muertos, echan mucha basura [...] está mal porque se enferman los niños y hasta uno con toda esa hediondera”. Esta usuaria hace referencia a otras personas que contaminan el río; sin embargo, sin declararlo, ella también contribuye, ya que el drenaje de su casa, como ella misma lo explica, “va hasta abajo”, es decir, directamente hasta el cauce del río.

El informante 3 comparte su percepción y experiencia respecto a este problema ambiental:

En tiempo de secas empieza a oler, en la noche vaporiza y es peor [...]. Antes de Jauja hay un tubo que descarga el drenaje [...]. La pinchi compañía esa de cañeros, cruz roja, los hospitales, todo cae al río [...]. Aquí en la colonia pasa un drenaje profundo, sin embargo, cuando llueve mucho gorgorea el agua y se mete todo el cochinerero pa’ ca’ [...] metieron el drenaje y fue peor, con que llueva una hora con eso hay.

Sin embargo, contrariamente a la anterior zona centro y otras, aquí el principal problema, que para los vecinos representa una preocupación permanente, es el riesgo ante los desbordamientos del río y no tanto la contaminación del mismo. A partir del puente de la avenida México, sobre todo desde la parte baja de la colonia Mololoa, hacia Sacristán, Acayapan, Jauja y otras, es la parte más vulnerable de la ciudad en cuanto a inundaciones causadas por el desbordamiento del Mololoa. Y es que como ya se ha mencionado, en otras

partes de la ciudad también se inundan en tiempo de lluvias, pero no necesariamente se desborda el río.

Como parte de las causas de este problema, el entrevistado 8 supone: “a partir de la Av. México las casas están más pegadas al río, por eso hay inundaciones”. Mientras que, el informante 3, explica:

Antes no había construcciones junto al río [...] el río llegaba hasta acá [unos 20 o 25 metros hacia la margen izquierda], cuando aún no se construía en esos terrenos. Las personas construyeron cada vez más cerca del río, le fueron cerrando el paso al río. Por culpa de la gente que se metió al río es que se dan las inundaciones [...] luego desazolvaron y quitaron las presas que había y eso ayudó [...]. Yo creo que eran para el funcionamiento de la fábrica, las demolieron hace un año más o menos [...]. Han dragado el río. Las máquinas las meten desde abajo y sacan todo el cochinerito.

En términos similares, la usuaria 4 dice: “el río, cuando crece mucho, hasta acá se sale el agua”. En tanto que, la entrevistada 5, menciona:

En las aguas se nos mete el agua [aunque últimamente] ya casi no, porque sabe qué le pusieron allá abajo [en la zona de Jauja], unos tubos [...] ya metieron unos tubones para el agua [...] ahorita ya no se ha inundado.

Como una manera de adaptarse a las condiciones del entorno, particularmente ante los desbordamientos del río, las personas implementan determinadas acciones. Esto es, por ejemplo, subir bardas, poner machuelos y escalones a la entrada de las casas, colocar costales rellenos de arena en puntos estratégicos, entre otras. Quizás la principal acción, como ya se describió, es la de construir bardas en la parte trasera de las casas, para así contener las crecidas del río. Antes de que se construyeran dichas bardas, la informante 5 menciona que se podía pasar libremente al río: “ahí nomás los chiquillos se metían al agua, no tenía bardas ni nada”.

En esta zona, al igual que en otras, también se ha corrido el “rumor” de que existe la posibilidad de entubar el cauce del río como una manera de solucionar algunos

de los problemas, entre ellos, los desbordamientos. Referente a eso, la usuaria 4 comenta:

Ya desde hace como cincuenta años decían que iban a quitar el río, pero a mí, en ese entonces, a mí qué me importaba si quitaban el río o no, yo estaba rentando y ahora no, ahora sí me mortifica porque ahora, si quitaran el río, aunque yo no estoy cerca del río [no obstante estar a no más de 20m de distancia], yo no estoy pegada al río, pero, si llegaran a quitar el río, como sea he oído que van a quitar el río, entonces también van a quitar todas las casas [...] pero está difícil para que las quiten porque hay muchísimas casas, entonces, en este caso, ¿quién tiene la culpa de todas esas casas que están junto al río?, pues el gobierno que dio permiso de que se fincaran esas casas junto al río.

Sobre la importancia del río y su posible entubamiento, el informante 3 señala:

El río es importante porque así hay agua. Si le pusieran más atención sería otra cosa. Creo que hay un croquis en el que dicen que van a arreglarlo, creo que lo quieren encajonar o hacer una avenida o algo así [...]. Estar entubado sería una forma mejor para nosotros [...] eso estaría bien porque estaríamos más tranquilos [al estar entubado] no se perdería nada porque el río sigue jalando.

Las personas significan al río Mololoa de forma diferenciada y por momentos contradictoria. La entrevistada 5 relata:

Estamos mejor ahorita que antes [Además, comparado con] el rancho donde estaba uno, [aquí] se le hace a uno bonito, vivimos muy a gusto [...] el río se me hace bonito, nomás que está peligroso cuando sube el agua [De no ser porque se desborda, estaría mejor que no hubiera bardas de protección para que se pudiera pasar y ver hacia el río] pa' divisar pa'lla'.

Por último, al preguntar a la usuaria 4 sobre la importancia que para ella tiene o ha tenido vivir junto al río, responde:

Nada, porque está cochino. Fuera bonito en cuanto estuviera limpio, hasta los niños irían a jugar, uno a lavar, gente a bañarse, pero ya ve cómo está el río [...]. Eso es cuestión del gobierno, han echado drenajes, pero también la gente que no sabe valorar las cosas, y las personas que viven junto al río, si cuidaran de que no

echaran animales muertos, basura y todo, ese río estaría limpio, pero a veces uno mismo se busca el problema [...]. El río, si las personas lo cuidáramos, que bonito sería porque estaría limpio [aunque] yo creo que nunca estuvo limpio este río.

Con este relato termina la exposición de los resultados obtenidos en las seis zonas analizadas, lo cual corresponde a la fase descriptiva, y empírica, de la tesis. En el siguiente capítulo, como parte de la segunda fase, la interpretativa, se reflexiona y discuten los resultados.

Capítulo V. Análisis, interpretación y discusión de los resultados

Este capítulo corresponde a la fase interpretativa de la investigación. Primeramente, a partir de los resultados obtenidos en el estudio empírico, estos son analizados, interpretados y discutidos por separado, para cada una de las seis zonas con sus respectivas sub zonas e informantes. Enseguida, de manera general y conjunta, como totalidad, se discuten los resultados de manera cruzada e imbricada, tanto entre zonas como entre informantes, así como a la luz de los postulados teóricos planteados por los distintos autores que enmarcan la investigación.

5.1 Discusión por zonas

Como se comentó, en este apartado se analizan, interpretan y discuten los resultados por zonas. Esto se hace imbricadamente, no tanto linealmente, para lo espacial y para lo temático. En lo primero, se advierten relaciones espaciales de coincidencia y de discrepancia, presentes entre sub zonas, entre lugares y entre puntos específicos, con la consideración de los aspectos físicos tanto naturales como artificiales que configuran el paisaje. En lo segundo, se interpretan los aportes hechos por los usuarios de acuerdo con las distintas categorías temáticas analizadas, también con la intención de detectar semejanzas, tendencias o patrones, así como diferencias, discrepancias y excepciones, entre las formas de practicar, percibir y significar el paisaje fluvial.

5.1.1 Zona 1: Armadillo – Ladrilleras

Esta zona, particularmente la sub zona Armadillo, rápidamente se ha comenzado a urbanizar. Consecuentemente, las relaciones con el paisaje han ido cambiando. Las nuevas construcciones, aunque respetan la zona federal, no integran al río como parte constitutiva de los proyectos, sino que, al contrario, se da la espalda.

Se construyen bardas como una forma de aislarse física y visualmente del Mololoa y, por eso mismo, la biodiversidad se ha visto afectada. Los aprovechamientos de recursos naturales han cambiado y disminuido en intensidad. Actualmente, más bien, lo que se hace una explotación del recurso suelo y el recurso agua y, junto con ello, se manera colateral, los componentes naturales del paisaje en general se han degradado. No obstante, en la zona del Valle de Matatipac aún persisten prácticas como la pesca. Para unas personas la pesca es una forma de subsistencia, mientras para otras es una actividad de ocio y recreación. Para estas últimas, como es el caso del usuario 2 y su nieto, el ir de pesca es también un pretexto para convivir y transmitir conocimientos y experiencias de generacionales, reflejo de la existencia, de relaciones simbólicas para con el Mololoa, que van más allá del aprovechamiento utilitario de los recursos naturales que brinda el paisaje.

La sub zona Ladrilleras, a pesar de estar absorbida y rodeada por la urbanización, mantiene la tradición artesanal de la elaboración de ladrillos. Eso también se manifiesta directamente en el río, pues como se explicó, en esa sub zona en particular el cauce no fue rectificado. De tal manera que el paisaje fluvial tampoco ha tenido cambios significativos y es por eso que la vegetación y arbolado ofrecen el hábitat para diversidad de animales. Incluso, debido a esta especie de aislamiento, el bajo perfil del Puente de San Cayetano ha posibilitado, quizás, su permanencia.

5.1.2 Zona 2: Severiano – Jacarandas

En esta zona el río es un borde (en términos de Lynch, 1998), una frontera que delimita la densa zona habitacional que está del lado de la ciudad, de la zona de reserva para servicios que existe del otro lado, hacia la margen derecha. Ésta última, extensión de terreno que se ha desarrollado de manera gradual, aunque se observa, que tanto la traza urbana como los edificios, no necesariamente están integrados al paisaje fluvial sino más bien independientemente de éste. Es decir, que los elementos urbanos rectores son las vialidades pero no necesariamente el río.

En lo que respecta a la planta de tratamiento de aguas residuales, puede hacerse una reflexión. Se deduce que, por sus características y ubicación en uno de los puntos más visibles a escasos metros del cauce, donde incluso no hay arbolado o vegetación que obstruya su visibilidad, más que a lo estrictamente técnico-funcional, obedece a otro tipo de criterios como los de promoción y divulgación de las acciones de gobierno, pues el edificio se presenta como escaparate.

Entre las sub zonas Severiano y Jacarandas existen diferencias físicas que se traducen directamente en diferencias de relación de las personas con el río. Se advierte que el principal aspecto urbanístico que las diferencia es la distancia que hay entre las viviendas y el río, así como el tipo de vialidad que las separa de este. En la sub zona Severiano, las casas están contiguas al río, separadas de la zona federal por apenas unos 10m, con una vialidad local de por medio. Esta calle funciona como circuito que da la vuelta al grupo de las tres manzanas que conforman a la parte de casas unifamiliares. Ello la transmuta en una especie de calle privada, condición que propicia una relación más estrecha entre los habitantes y el río, no sólo por la cercanía sino porque no es lugar de tránsito para vehículos ajenos al fraccionamiento.

Esta característica de la configuración urbana de la sub zona Severiano fomenta relaciones sociales más estrechas. Los vecinos se conocen entre ellos y los niños juegan en la calle y el espacio ripario que se presenta como área de uso común. Condición diferente es la que se da en los departamentos (en esa misma sub zona), pues no obstante la densidad de personas que viven allí, la cual es mayor a la que se encuentra en la parte de las casas unifamiliares, quienes los habitan en lo general no acuden a hacer uso de la ribera. Ello, en parte, se debe a que el diseño de los departamentos da la espalda al río, mientras las casas lo miran de frente.

Situación diferente se vive frente al fraccionamiento Jacarandas, donde se presenta poca interacción entre las personas y el río. Esto puede deberse a que la distancia que los separa es mayor, pero sobre todo, porque se interpone el Boulevard Luis Donaldo Colosio. Esta vialidad principal presenta un flujo de

vehículos que circulan a alta velocidad, lo cual dificulta el cruce peatonal y consecuentemente limita el uso de la ribera por parte de los vecinos. Se deduce, entonces, que la diferencia de distancias y el tipo de vialidades existentes repercute en la forma e intensidad con la que los habitantes de ambas sub zonas se relacionan con el río y la ribera.

Los cambios en el paisaje y su antigua configuración, permanecen latente en la memoria de algunos usuarios, quienes recuerdan las distintas formas de relación que mantenían con el paisaje aledaño al Mololoa y con el propio río. Las significaciones que se construyen sobre el río y el paisaje, en algunos casos son compartidas o afines pero en otros son contradictorias. Esto incluso por parte de la misma persona, como por ejemplo la usuaria 25, quien al compartir su percepción sobre la fauna existente en el lugar, menciona: “cuando llueve no te imaginas cómo se pone aquí, hay víboras y de todo, y quién quiere que sus hijos anden entre las víboras”; aunque, en sentido inverso, ella misma comenta: el lugar “está lleno de animalitos, está muy bonito”.

Como se aprecia, son significaciones duales las que a veces las personas construyen respecto al río y al paisaje. En sentido similar, también dual, existe diferencia de percepción y significación entre el cauce y hacia las riberas. Como parte de esto, con su declaración, el informante 21 deja en claro que lo más importante del río son los espacios ribereños y no el río en sí; es decir, lo que se valora son las riberas y no tanto el cauce.

Las iniciativas por parte de algunos vecinos para intervenir el espacio ribereño en la zona, son formas de apropiación del espacio que, según se percibe, fácilmente pueden ser confundidas con prácticas de invasión. Esto en realidad no es así, aunque la diferencia entre ambas formas de hacer uso del espacio a veces no es del todo clara. Sólo resta decir, que en la zona la principal preocupación de los usuarios es la contaminación del río. Eso hace que, no obstante existan relaciones simbólicas con el Mololoa producto de los recuerdos y añoranzas, estas sean subsumidas y casi desdibujadas.

5.1.3 Zona 3: Fórum – Quevedeño

La urbanización en esta zona es quizás la más reciente de las seis. Como dice el usuario 16, "...prácticamente es nuevo". Por lo mismo, el uso habitacional aún no es predominante, como si lo es el comercial y de servicios. El Boulevard Luis Donaldo Colosio es muy transitado por distintos tipos de vehículos, lo cual no sucede con los peatones, quienes son pocos los que caminan por las banquetas y las riberas. De hecho los lugares de concentración de personas, como ya se dijo, son muy puntuales y específicos, y no necesariamente tienen que ver con el río sino con las paradas del transporte público y la presencia de otros equipamientos.

También debido a que la zona aún no se urbaniza completamente sobre la margen derecha, es que se lleva a cabo la práctica de crianza de ganado. Pues los animales, vacas sobre todo, pueden pastar de manera libre y acercarse al río a alimentarse y beber agua. Además de los animales de granja, en la zona pueden observarse pájaros, patos, pequeños mamíferos, etc., e incluso, según se relata, cocodrilos. Principalmente en el punto donde el canal del Sabino descarga su agua (contaminada) al río.

En cuanto a lo natural del paisaje, algo que destaca es el humedal que aún persiste en la zona, precisamente junto al lugar donde se construyó el centro comercial Plaza Fórum. Así mismo, el cauce original del río pasa intermitentemente por algunas partes. Eso es muestra de que se trata de una zona baja e inundable, lo cual testificaron algunos usuarios, quienes manifestaron que los desbordamientos e inundaciones son sus principales preocupaciones. Al respecto, la informante 27 aporta descripciones sobre la configuración que antes tenía el paisaje en la zona, y señala que siempre ha sido zona de riesgo ante las crecidas del río, sin embargo, afirma, los vecinos encuentran la manera de adaptarse (o resignarse) a esas condiciones.

Un lugar distintivo de la sub zona Quevedeño es el parque que allí se construyó. Esta área funciona como espacio para el ocio y recreación, no sólo por parte de

niños sino también de jóvenes y adultos, incluso grupos de personas, familiares y amigos que provienen de las colonias aledañas e incluso más lejanas, pues por lo que comentan, en la cercanía no hay otros juegos infantiles aparte de esos. En esta sub zona también se hace distinción entre cauce y riberas. El cauce es valorado negativamente por causa de la contaminación, mientras las riberas y las áreas verdes significan espacios de esparcimiento, ocio y recreación para los usuarios.

5.1.4 Zona 4: Prieto Crispín

La zona Prieto Crispín es una de las que presentan mayor cantidad de usuarios. Es una zona urbanizada donde el espacio ribereño es amplio debido a que las zonas federales del río del ferrocarril se juntan paralelamente. Hacia la margen izquierda, hacia la ciudad, se encuentra el cauce original del río, que en esa parte se mantiene de manera definida. Por ello, las inundaciones son comunes en esas partes, pero no hacia la margen derecha, la cual comienza a subir hacia el cerro. Para ellos, quienes no se inundan, el problema es la contaminación y el mal olor del río.

Aquí no se pesca, pero si se realizan prácticas de recolección de frutos, principalmente guamúchiles, entre otros. Y es que por lo mismo de la zona federal ancha, los usuarios han sembrado distintas especies de árboles frutales y de ornato. También hay corrales de ganado y son comunes las escenas de vacas pastando, comúnmente en la parte última, en la sub zona del puente del ferrocarril. Parte de las opiniones de las personas es que el río se rehabilite y que se hagan obras de mejora en la ribera. Que se hicieran áreas deportivas y que el río pudiera ser de uso turístico.

Actualmente a lo largo de la margen izquierda existe una ciclovía. Eso atrae a usuarios de distintas colonias a realizar prácticas junto al río. Es lugar donde comúnmente la gente acude a caminar y a correr, a ejercitarse y andar en bicicleta, además de ser usado como lugar de tránsito. Aquí también están presentes las evocaciones del paisaje, cuando otrora estaba menos antropizado.

Asociado a ello se recuerdan las prácticas que antes se realizaban en el Mololoa, principalmente bañarse y lavar ropa, además del ocio y la recreación. Sin embargo, lo que más destacan los usuarios, son experiencias relacionadas con los primeros puentes que hubo, especialmente sobre un puente rústico hecho de improvisadamente con madera, que luego sería el Puente Amarillo.

Particularmente los puentes peatonales, el Blanco y el Amarillo, son referentes en la zona. Son puntos donde se junta la gente, donde comercian y socializan, y en general donde se lleva a cabo gran parte de la vida social. Son elementos utilitarios que, al ser fundamentales para la dinámica de las personas, han pasado a ser objetos simbólicos que guardan historias y recuerdos.

Por otro lado, otras prácticas también presentes son el consumo de drogas, el merodeo y junto con ello la delincuencia. Son riesgos y peligros presentes en las percepciones y significaciones que se construyen sobre el paisaje. Se puede afirmar que la zona prieto Crispín es de contrastes. En un mismo lugar se presentan formas diferenciadas de utilizar el espacio. Por un lado están los usos recreativos y deportivos, mientras al mismo tiempo se llevan a cabo algunas prácticas como el consumo de alcohol y otras drogas que, en determinada medida, transgreden las leyes o normas sociales.

5.1.5 Zona 5: Centro – Mololoa

Esta zona es quizás la más antigua de todas y probablemente de la ciudad al ser, según se piensa, el lugar donde se dio el encuentro entre indígenas y españoles. En el centro el cauce está rectificado y las riberas intervenidas, ajardinadas, creando un paisaje fluvial antropizado. La rectificación del río y la configuración que antes tenía, son relatos comunes entre los usuarios de la margen derecha, que es la que se enlodaba y hacia donde se dificultaba cruzar antes de ser rectificado y construir los puentes.

Otro problema que manifiestan está relacionado con las carpinterías que se han establecido en la zona. Son migrantes de otras partes del país que allí se asentaron y que se dedican a trabajar la madera. Sin embargo, algo a destacar,

es la práctica de asolear la ropa en las riberas del Mololoa, en los taludes y los árboles, algo que molesta a algunos entrevistados. La que se presenta es, dijera Geddes (1960), esa deshonrosa costumbre de asolear la ropa en las calles y plazuelas públicas.

El merodeo y la indigencia son prácticas comunes. Junto con ello están los escuadrones de la muerte, como son conocidos los grupos de personas que se reúnen junto al río a consumir bebidas alcohólicas. Aquí también hay contrastes respecto a los usos del espacio. Mientras familias y niños juegan en las áreas de juegos, otras personas esperan a que salga su autobús y unas más conviven, tanto en las riberas como en los bajo puentes, donde es común observar personas protegiéndose o fumando.

En la sub zona Mololoa, particularmente en el Mercado Larios, es espacio es propicio para realizar prácticas como el narcomenudeo. Es que se trata de una explanada rodeada de locales comerciales sub utilizados, algunos abandonados, que pueden funcionar incluso como escondites. A partir de este punto, donde está el puente México, el río y el paisaje cambian abruptamente, lo cual permite apreciar desde un punto, dos caras distintas del río.

5.1.6 Zona 6: Acayapan – El Punto

En esta zona, a partir del puente de la Av. México, el cauce del río no fue rectificado. Aquí las casas, en la sub zona Acayapan, están construidas prácticamente junto al cauce. La zona federal es invadida. En la sub zona Jauja, aguas abajo, el paisaje no ha tenido grandes cambios. Eso permite tener imágenes cercanas al paisaje original que había en el Mololoa. En lo que respecta a la tercer sub zona, la de El Punto, el paisaje se abre visualmente, ya no hay tanta vegetación ni arbolado, además de que la configuración urbana es muy distinta a las otras dos sub zonas.

En Acayapan, la invasión de las riberas impide que se haga uso del río y del espacio, inclusive hay partes que ni siquiera se puede pasar o ver hacia el río. Algo que aún persiste, aunque en menor intensidad que antes, es la costumbre

de ir a lavar a lavaderos públicos que se alimentan con agua del manantial. Lo que está muy presente en las percepciones es el riesgo ante desbordamientos del río. En esa zona, al ser parte baja de la cuenca, el río concentra su agua y por eso mismo implica riesgo. Las personas, han tenido que proteger sus casas con barreras de ladrillo y otros materiales, para al menos minimizar el riesgo. Aquí la contaminación importa pero no tanto como los desbordamientos.

En la parte de las Ruinas de Jauja, puesto que el terreno es agreste, las construcciones son escasas. Después del puente de la ex fábrica, hay fraccionamientos populares y urbanización precaria. La sub zona de El Punto se caracteriza por la recolección y el reciclaje de materiales de desecho. En esas partes hay corrales de vacas que pastan junto al río. También pueden verse algunos pequeños cultivos y personas que recolectan frutos, así como personas en situación de calle, entre el resto de los habitantes.

5.2 Discusión general

Se encuentra que el paisaje fluvial del Mololoa no ha sido estático sino dinámico. En distintos momentos a lo largo de su historia se ha transformado por causa de la urbanización, la industrialización, el desarrollo agropecuario y otras acciones antrópicas. Eso ha repercutido en las prácticas que se realizan, las cuales han sido cambiantes, al igual que en la manera de percibir y significar al paisaje. Estos cambios son recordados y comparados con las condiciones actuales principalmente por parte de usuarios que conocieron y vivieron el río en otros tiempos, aunque no están exentas las experiencias recientes de otras personas. Son experiencias que permanecen latentes en la memoria de quienes han vivido en relación con el río.

Aspectos del río y del paisaje que son recordados, en algunos casos de manera similar y en otros diferenciadamente, entre los habitantes de las seis zonas estudiadas, sobre todo quienes desde su infancia y juventud han vivido cerca del río. Para algunos son recuerdos nostálgicos, mientras para otros son indiferentes o no gratos. Los primeros, añoran aspectos del río y del paisaje, como son la

configuración material que antes había o las prácticas que se realizaban, por ejemplo, ir a bañarse, a pescar o a jugar en el río, así como ir a lavar ropa y socializar, entre otras prácticas. Son relatos sobre prácticas que ya no se pueden realizar, debido a que el otrora paisaje natural ha sido antropizado y ha derivado en distintas consecuencias, una de ellas, quizás la más recurrente, es la contaminación del agua del río.

Hay quienes recuerdan aspectos sobre el Mololoa, pero no necesariamente los añoran e incluso no quisieran que volvieran a presentarse. Así es como se habla, por ejemplo, del río antes de rectificar su cauce, cuando era difícil vivir cerca de este cuerpo hídrico debido al lodo que se formaba en las riberas y a la carencia de puentes para cruzarlo o, cuando se evocan, con desagrado, las experiencias vividas en torno a la zona de tolerancia que antes se encontraba junto al río. Otros, como el informante 16 de la zona Prieto Crispín, incluso manifiestan la necesidad o conveniencia de que sean divulgadas estas transformaciones del paisaje y las prácticas que en la actualidad están en desuso; es decir, divulgar la historia del río y el papel que ha jugado en las vidas de esas personas.

Algunos usuarios al ser entrevistados adoptan una postura corpórea neutral, pero hay otros que, con su lenguaje no verbal, enfatizan lo que relatan oralmente. Por ejemplo el usuario 24, de la zona Severiano - Jacarandas, quien al recordar a cerca de los cambios que ha tenido el paisaje y las prácticas que cuando era joven realizaba con sus amigos en el río, baja la voz, habla más lento, agacha la cabeza y en general su semblante cambia, mientras se lamenta de que ya todo eso haya acabado. La usuaria 7, de la zona Centro, por su parte, también añora las prácticas que se podían realizar en tiempos pasados pero ella, a diferencia del usuario anterior, mientras relata lo hace serenamente, con una sonrisa en el rostro y la mirada contemplativa hacia el río.

El agua extraída directamente del cauce del río continuó satisfaciendo necesidades domésticas, incluso cuando ya había sido introducido el servicio de agua potable entubada a los domicilios. Fue un periodo de transición durante el cual el agua se obtenía simultáneamente por ambos medios, gracias a que el

cauce aún no presentaba contaminación. Sin embargo, la limitada eficiencia del servicio de agua entubada, que hasta la fecha en algunas zonas no es regular, obligaba a obtener el líquido directamente del río cuando el servicio fallaba. El que hubiera las dos opciones era una ventaja que sólo permaneció hasta que el agua se empezó a contaminar. Es por eso que personas como la informante 4 señalan que el río estaba mejor antes, es decir, antes de estar contaminado, porque cuando fallaba el servicio de agua entubada podían obtenerla del río.

Son significaciones utilitarias en las que el río es visto como proveedor del recurso agua. Es por eso que, cuando fue puesto en marcha el servicio de agua potable entubada, aquél dejó de ser fuente indispensable y, consecuentemente, su importancia cambió y disminuyó. Dejó de ser elemento imprescindible para la supervivencia. Por esa razón, hay usuarios que declaran que para ellos la importancia del río es nula, ya que no les tocó utilizar y depender del agua extraída directamente del río, es decir, como afirma el informante 28, que al haber agua entubada el río ya no es importante.

Relacionado con lo anterior, hay quienes consideran que la significación que se hace del río tiene que ver, en gran medida, con la experiencia de haber conocido, utilizado y disfrutado, o en su caso padecido al río, en otro tiempo y bajo otras circunstancias. Esa es la situación de la informante 21, usuaria en la zona Prieto Crispín, para quien el río Mololoa no es importante y explica el porqué. Dice que quizás eso se debe a que a ella no le tocó conocer, utilizar y disfrutar del río antes de estar contaminado, como sí lo hicieron otras personas. La declaración de la usuaria sugiere que, para que pueda ser construida una relación simbólica para con el espacio, el paisaje y los objetos, antes, o simultáneamente, tuvo que haber algún tipo de vínculo utilitario con el elemento. Pero además, el relato de la entrevistada demuestra que no es suficiente con saber que para otras personas es o fue importante, incluso aunque se trate de personas conocidas o allegadas; es decir, que la significación positiva que se pueda hacer del río a través de la experiencia de otros, no es algo que se presente en automático.

A diferencia de la informante 21, a otros usuarios sí les tocó vivir e incluso disfrutar del río y del paisaje en tiempos pasados. De hecho, de acuerdo con la reflexión que hace la usuaria, en efecto, estas otras personas manifiestan una significación positiva respecto al Mololoa y así lo expresan: “Vivir cerca del río es a gusto” (informante 8); “El río juega un papel importante” (informante 12); “Para mí el río ha sido importante, allí nos la pasábamos diario, casi todo el día” (informante 1); “El río Mololoa ha sido muy importante no sólo a lo largo de mi vida sino de todos los que vivimos alrededor del río” (informante 16).

Como parte de los hallazgos, se encontró que la variable etaria no es determinante al momento de significar al paisaje. Esto es, que la manera de construir los significados depende de la experiencia que se haya tenido y se tenga para con el río y el paisaje, y no necesariamente de la edad del usuario que otorga el significado. En estos términos, se tiene que hay usuarios mayores de 50 años, por ejemplo el informante 28, para quienes el río no es importante; mientras que otros más jóvenes, como el usuario 16, manifiestan lo contrario. En sentido inverso, la usuaria 21, mujer joven, expresa rechazo hacia el río; mientras que, para la entrevistada 1, mujer adulta mayor, el río ha sido importante en su vida. La diferencia es que los usuarios 28 y 21 no vivieron el paisaje y el río con la misma intensidad y gratificación que lo hicieron los usuarios 16 y 1, cuya diferencia de edades es notoria. Como se muestra en los relatos, el uso del espacio y la efervescencia social aún se presenta en ciertas partes a lo largo de las riberas; sin embargo, las imágenes de personas lavando ropa y niños bañándose en el río, ya no existen en la materialidad y sólo permanecen en la memoria y las añoranzas de quienes las vivieron.

Por otro lado, hay diferencias entre los usuarios entrevistados y los actores institucionales, cuyos discursos fueron analizados en el capítulo primero. Entre ambos grupos, el río es percibido y significado diferenciadamente, tal y como lo encontró Zoido (1995) en sus estudios. Así se tiene, por ejemplo, que mientras para los usuarios tema recurrente y preocupante son las prácticas transgresoras; para los actores institucionales, quienes no experimentan corpóreamente el

fenómeno, eso no es problema, ni siquiera asunto de interés, y por lo tanto, está ausente en sus discursos.

En términos morfológicos, urbanísticos y paisajísticos, se encuentra que existe una relación directa entre las características materiales del paisaje y el tipo de prácticas que se realizan, así como en la forma de percibir y significar al río. Puede decirse, en términos de Lynch (1998), que la “imagen” y configuración material del río Mololoa determina, o al menos condiciona, la manera de percibirlo, significarlo y practicarlo. Es decir, que las diferencias morfológicas se reflejan en diferentes maneras de posicionarse ante el río y su paisaje y, por lo mismo, una manera de exponer los hallazgos es partir de la configuración material que presenta. Lejos de ser homogéneo, conforme fluye a su paso por la ciudad, el río y su paisaje presentan diferencias que a veces son evidentes y en ocasiones son, en palabras de Stake, “diferencias sutiles” (1999: 11).

Estas diferencias se presentan tanto en el sentido longitudinal como en el sentido transversal al río, y pueden ser analizadas en varias formas o niveles, no excluyentes sino imbricadas. Primeramente, en sentido longitudinal, se puede hablar de una parte alta y una parte baja del río las cuales corresponden, respectivamente, aguas arriba a la parte rectificada del río y aguas abajo a la parte del cauce original del río, tomando como punto de referencia al puente de la Av. México. También en el sentido longitudinal, se tienen las seis zonas que aquí fueron propuestas como categorías analíticas espaciales para realizar el estudio empírico, las cuales cubren la extensión total del río a su paso por la ciudad de Tepic, que son aproximadamente 12km. Otro nivel de análisis se aplica al interior de cada una de las seis zonas base, para identificar las diferencias que se presentan entre sub zonas, colonias, lugares e incluso entre puntos muy específicos. En el sentido transversal, la diferenciación se advierte entre el cauce y las riberas, así como entre la margen derecha y la margen izquierda del río.

A continuación se hacen algunas precisiones acerca de esta organización espacial identificada, la cual incluso podría funcionar como criterio de segmentación de zonas de análisis para futuros trabajos. La parte alta,

morfológicamente se caracteriza por ser producto de la rectificación y canalización del cauce del río, llevada a cabo en la década del 70 del siglo pasado, bajo argumentos higienistas y de ordenamiento urbano y quizás otros. Como producto de esta obra, a los costados del río se dejó libre la zona federal, que incluso en unas partes, como en las zonas 3 y 4, se junta con la también zona federal de la vía del ferrocarril que corre paralela al río. Así es como se generaron amplias superficies de terreno al aire libre, susceptibles de ser utilizadas de diversas formas, lo cual se ha traducido en las distintas prácticas que ya se han descrito.

En lo que respecta a la parte baja, donde se localizan algunas de las colonias y barrios más antiguos de la ciudad, como el de Jauja, Acayapan y Mololoa, el cauce no fue rectificado. Por ese motivo, la traza y configuración urbana tampoco ha sido alterada significativamente. Como se ha mencionado, allí la urbanización se ha dado de manera natural, no planificada, al menos no por técnicos especialistas. Como efecto de esta planificación no cartesiana, las construcciones han invadido las riberas y consecuentemente se ha reducido la sección del cauce, convirtiéndose en un 'cuello de botella' durante las crecidas del río. Esto hace que, en esta parte de la ciudad, a diferencia de la parte alta, la principal preocupación, arraigada en el imaginario de los habitantes, sea el riesgo ante desbordamientos e inundaciones.

Estas dos partes del río representan una dualidad, entre la urbanización planificada de la parte alta, y la que históricamente se ha dado de forma libre, natural e intuitiva, a prueba y error, que es la de la parte baja. Ésta última es una zona "desordenada", dirían los planificadores tecnócratas referidos por Cullen (1974) y De Certeau (1996); una zona de la ciudad carente de "imaginabilidad", aseguraría Lynch (1998).

La rectificación del cauce y la consecuente delimitación de la zona federal, ha determinado o condicionado la realización de prácticas en el paisaje. En las partes donde hay mayor extensión de espacio, son mayores las posibilidades de utilización de dicho espacio y la realización de prácticas; mientras que en las

partes donde el espacio ripario se disminuye, también disminuyen las posibilidades de usarlo. La mayoría de las veces, por no decir que siempre, las prácticas se presentan en la parte rectificada del cauce, que en la ciudad abarca desde el puente de San Cayetano hasta el puente de la Avenida México, es decir, la mayor parte de la zona urbana. Es necesario aclarar que no es que el fenómeno dependa de la rectificación del cauce en sí, sino del hecho de que en la parte rectificada se ha designado y delimitado una zona federal, que como ya se dijo, es espacio libre. Por lo tanto, algunas prácticas difícilmente pueden hacerse en las partes donde la zona federal no es respetada, es decir, donde ha sido invadida con casas y demás construcciones, tal y como se presenta en la zona 6, la de Acayapan – El Punto, particularmente desde el puente de la Avenida México, hasta el final de la colonia Acayapan, antes de llegar a las ruinas de Jauja.

En cuanto a las seis zonas estudiadas, se encontró que no pueden estar perfectamente delimitadas, tanto en términos urbanísticos materiales, como en términos pragmáticos o significantes. Se tiene que no hay necesariamente una correspondencia entre la delimitación de las zonas y la utilización de las mismas. Las formas de practicar y significar al río, en algunas zonas se diferencian y en otras se traslapan; es decir, que se puede hablar de zonas de transición. Se encuentra también, que los límites físicos como vialidades y puentes separan los modos de utilizar los espacios. Las vialidades son elementos que muchas veces actúan como fronteras divisorias entre el río y las partes construidas y habitadas. La diferencia de distancias y el tipo de vialidades existentes repercute en la forma e intensidad con la que los habitantes de las distintas zonas se relacionan con el río y las riberas.

Pudo develarse que, entre zonas, algunos aspectos ayudan a homogeneizar mientras otros son, en sí, las diferencias que las caracterizan. Precisamente son estas diferencias las que dan identidad a los espacios y con ello a quienes allí habitan. Son las “mezclas de estilos, materiales y proporciones [que en la ciudad] constituyen su principal encanto”, según Cullen (1974: 11). Lo cual tiene que ver

con los paisajes cotidianos, no necesariamente planificados por especialistas, que otorgan identidad a la ciudad y se constituyen a partir de “los anhelos y necesidades vitales de los ciudadanos”, asegura Maderuelo (2010: 598).

Como parte de la configuración material del paisaje destacan los puentes. Estos elementos, particularmente los de uso peatonal, de acuerdo con las categorías que trabaja de Lynch (1998) son “nodos” de concentración de la vida social en barrios y colonias establecidos junto al río. Han desempeñado un papel utilitario fundamental, principalmente para las personas que viven hacia la margen derecha, al otro lado del río, quienes ante la necesidad de cruzarlo para ir a la ciudad a realizar sus actividades cotidianas, históricamente se han apropiado de estos elementos. Hay quienes, en especial en la zona Prieto Crispín, fundamentan gran parte de sus recuerdos en torno a los puentes (informantes 16 y 20, entre otros).

En la zona Prieto Crispín, y en general en todo el río, el puente amarillo es, quizás, el más utilizado, evocado y apropiado por las personas. Situación que no se da, por ejemplo, en ninguno de los puentes vehiculares, no obstante en términos cuantitativos sean utilizados por más usuarios. Se puede afirmar, entonces, que aunque ambos tipos de puentes, los vehiculares y los peatonales, tengan la misma función utilitaria que es la de facilitar el cruce del río, son experiencias totalmente distintas las que se viven en uno y otro. Los puentes, así entendidos, son y han sido elementos fundamentales en la vida cotidiana de las personas, en específico para quienes viven en la margen derecha del río.

Entre el puente de San Cayetano y el puente de Jauja puede hacerse una comparación particular. Ambos, cada uno con un motivo diferente, resultaron insuficientes a las necesidades y demandas de la ciudad actual. El de San Cayetano, ubicado en la parte alta, debido al punto estratégico donde se encuentra, que es una zona muy transitada, en cierto momento ya no fue suficiente para desahogar el flujo vehicular, motivo por el cual, se construyó un segundo puente paralelo al original y entre los dos al parecer cubren la referida demanda. El de Jauja, por su parte, ubicado en la parte baja, también fue

insuficiente pero no para desahogar el flujo vehicular sino hídrico, razón por la cual el puente fue extendido. Esto es, que en el caso de Jauja no se hizo un puente paralelo al original sino que el mismo fue alargado hacia el lado izquierdo, resultando en un sólo puente pero más largo, el cual permite que por debajo fluya aproximadamente el doble de agua que pasaba antes de ser ampliado.

La situación es distinta respecto al otro par de puentes antiguos, el puente Quebrado y el antiguo puente a Puga. A diferencia de los de San Cayetano y Jauja, estos ya no se usan. Dejaron de satisfacer una necesidad utilitaria y, por lo tanto, perdieron esa importancia. Se supondría que estos puentes tendrían un valor simbólico para la sociedad; sin embargo, si bien se mantienen como una especie monumentos urbanos, ostentan un perfil y reconocimiento bajos. Se puede afirmar que los puentes son objetos significados directamente según lo útiles que sean en el momento que corresponde, independientemente de que lo hayan sido en otro tiempo. Es decir, que por muy útiles e importantes que en su momento hayan sido el puente Quebrado y el antiguo puente a Puga, al dejar de funcionar y perder su valor útil, también se perdió, si es que lo tuvieron, su valor simbólico.

Aunque el paisaje del río es integral, para fines analíticos puede hacerse una distinción entre el cauce y las riberas. Y es que precisamente, estos dos componentes del paisaje fluvial son percibidos y significados de manera separada por parte de los usuarios. Es por eso que, por ejemplo, señalan: “El río huele feo, está sucio, está contaminado [sin embargo] hay muchos árboles y está fresco el ambiente (informante 13); “El río no es de mucha importancia porque está muy contaminado y agradable no está, lo bueno es la naturaleza de los árboles” (informante 11); “Los elementos importantes del río son los arbolitos” (informante 20); “Para mí el río Mololoa ha sido importante como espacio al aire libre [...] lo natural es lo que más se valora, la fauna y la flora” (informante 24.

El cauce y agua del río han dejado de ser utilizados con fines recreativos y domésticos, principalmente, como se ha dicho, debido al estado de contaminación. Pero situación distinta es la que se presenta en las riberas. En la

actualidad se hace uso tanto *de* ellas, como *en* ellas. Algunas veces estas prácticas se hacen gracias a la presencia del río; sin embargo, inversamente, según son interpretados los relatos de los usuarios, la mayoría de las ocasiones se llevan a cabo, a pesar del río.

Morfológica y urbanísticamente, el río Mololoa ha sido una frontera física. Sobre la margen derecha, del 'otro' lado del río, la configuración física y los aprovechamientos y prácticas en el espacio son distintos a los que se presentan en la margen izquierda. Ambas márgenes cuentan con su zona federal, pero ésta no es aprovechada de manera similar por ambos lados. Sobre la margen izquierda, la ciclovía, que también funciona como pista o sendero para caminar y correr, entre otros usos ya señalados, es elemento que fusiona en cierta medida a las distintas zonas por las que pasa. Eso posiciona a la ciclovía como elemento cohesionador, no sólo en términos materiales y urbanísticos, sino también en términos sociales. En las distintas zonas, lugares y espacios que componen al paisaje del río Mololoa, sucede lo que menciona Zoido: "la pluralidad de relaciones naturales y culturales es de tal complejidad que hace único cada lugar, cada territorio y cada paisaje, siendo imposible e innecesario generalizarlas" (2012: 20).

Algunos usuarios usan las riberas del río como viario peatonal, por la necesidad de cruzar el cauce o porque se ven obligados a transitar a lo largo de las márgenes; mientras que otros, van intencionadamente a hacer uso de estos espacios riparios. En el plano teórico, de acuerdo con Vidal y Pol (2005), la dualidad o modelo dual de apropiación del espacio al que se refieren, en el río Mololoa no es modelo dominante. Esto porque se distingue que la mayoría (no todos) de los usuarios se relaciona cotidianamente con el río más por la necesidad de transitar, que por acudir de manera *ex profesa* a realizar alguna práctica. Dicho de otra forma, la vida cotidiana de las personas que se relacionan con el río no está vinculada simbólicamente a éste; se mantiene una relación cotidiana con el Mololoa, pero es más por necesidad que por el gusto de hacerlo.

El tipo de prácticas y la frecuencia de uso de las riberas dependen, en buena medida, de las significaciones que se hacen de la naturaleza y de las áreas verdes existentes en algunas zonas junto al cauce. Esta significación de lo natural en algunos casos se objetiva en utilizaciones que pueden ser entendidas como prácticas de apropiación de los espacios ribereños. Así es como por ejemplo, algunos usuarios siembran árboles, generalmente frutales, además de plantas de ornato y medicinales, entre otras (informante 20, 25, etc.).

Otra cosa sucede con la práctica de crianza de animales, específicamente vacas. Es una práctica que se lleva a cabo en torno al río, incluso desde antes de que los alrededores se urbanizaran. Son una manera de subsistencia y fuente de ingresos para algunas personas; sin embargo, se trata de una práctica que al realizarse en zonas urbanas, fácilmente entra en conflicto con otros usos y prácticas en las riberas.

En zonas y puntos, algunos muy específicos, las áreas libres se utilizan con fines recreativos y de convivencia. Son “pedacitos bonitos donde hay árboles y se junta la gente”, según palabras de la informante 1. Mientras en la zona Severiano – Jacarandas, la usuaria 25 convive con su familia y pasa “un rato de relax”; en el parque el Quevedeño, también en familia, la entrevistada 26 pasa la tarde del domingo. Por su parte, hay quienes hacen uso de la ciclovía con fines deportivos o de actividad física, ya sea en bicicleta, caminando o corriendo. Mientras otros más, acuden al río con la intención de relajarse y “despejar la mente”, como comentan el informante 11 y su acompañante, pues son personas que, según lo expresan, valoran la vista y la tranquilidad que representa el paisaje del Mololoa (informante 23). Es la mirada contemplativa con la cual también se construyen los paisajes, según se afirma desde la teoría del paisaje.

Otro tipo de prácticas, presentes en diversas partes del río, son el merodeo o vagancia, el alcoholismo y la drogadicción, así como vandalismo y delincuencia. Son prácticas que, además de ser mal vistas por parte de usuarios, quebrantan leyes y normas sociales y en ocasiones trastocan el orden público. Hay zonas y sitios muy específicos, incluso a la vista de todos, donde se concentran este tipo

de prácticas que pueden entenderse como transgresoras. La informante 7, por ejemplo, menciona: “En aquella banca diario están los borrachos mariguanos”, refiriéndose a una banca ubicada en la zona centro. Además, como usualmente sucede, estas prácticas se realizan bajo los puentes; “ahí para la vía”, según dice el usuario 11. En las partes oscuras; “en partes donde no hay luz, allí es donde se ponen”, asegura el informante 16. Así como en las zonas enmontadas o con vegetación densa que sirve como escondite.

Ante esta problemática, algunos usuarios implementan acciones para contrarrestar o disuadir el riesgo. Algunos “quitan la maleza para que no sirva de escondite” (informante 21). “Yo aquí macheteo [...] para que no se reúna... p’os, el peligro”, declara el usuario 20. Son relatos y expresiones que pueden ser interpretados en dos sentidos. Por un lado, las iniciativas pueden ser vistas como prácticas de apropiación del espacio, objetivadas en los trabajos de mantenimiento y limpieza que hacen de las riberas. Por otro, en términos de De Certeau (1996), pueden ser entendidas como “tácticas” de adaptación y supervivencia en el entorno, en este caso, con fines de disuadir el peligro que representan las referidas prácticas transgresoras.

Se encontró también que estas apropiaciones algunas veces se confunden con invasiones del espacio. Así lo manifestaron usuarios que han intervenido las riberas para darles limpieza y mantenimiento, acciones estas, que en algunos momentos han incomodado a otros vecinos, quienes desde su percepción, entienden a este tipo de prácticas hasta cierto punto como invasoras del espacio público.

De manera simbólica, en algunas partes del río se manifiestan muestras de apropiación por parte del gobierno. Ejemplo de esto es la planta de tratamiento que, al haber sido construida en uno de los puntos más visibles, en donde además no hay árboles que obstruyan la mirada hacia el elemento, se presenta más bien como un objeto mediático, de divulgación propagandística de las obras de gobierno. En otra modalidad, esto también se presenta en la zona centro, donde se hacen los trabajos de mantenimiento superficial del río para después

colocar placas alusivas a dichas acciones. Otro ejemplo es el parque El Quevedeño, lugar donde hay un letrero que indica que esas instalaciones son producto de una donación hecha por parte de una senadora de la República, lo cual es, en sí, una forma de apropiación simbólica con un trasfondo político.

Los desbordamientos del río y las consecuentes inundaciones, históricamente han ocasionado daños tanto en los bienes materiales como en la integridad física de personas. Es un riesgo percibido y vivido por quienes habitan en zonas bajas, las cuales resultan vulnerables y riesgosas. Sobre las causas, los entrevistados en general las atribuyen a la urbanización no planificada. Un desarrollo urbano no regulado, donde la zona federal del río en las partes bajas de la ciudad, la cual constituye la llanura de inundación, ha sido invadida por construcciones y consecuentemente se ha reducido la sección del cauce y su capacidad de desagüe. Así lo denuncia la usuaria 3, quien en varias ocasiones ha resultado afectada: “Antes no había construcciones junto al río [...] le fueron cerrando el paso, por culpa de la gente que se metió al río es que se dan las inundaciones”. La existencia de este riesgo repercute directamente en la manera de percibir y significar al río. Por eso mismo, personas como la usuaria 27 declaran: “El río para mí es un cochinerito [porque] en tiempo de aguas se inunda mi casa”.

En general, el aspecto que más destaca en las percepciones de las personas es la contaminación. Este fenómeno, el cual se presenta prácticamente a lo largo de todo el río es, quizás, el factor más determinante o condicionante de las significaciones que se hacen sobre el Mololoa. Sin embargo, como producto de este ejercicio hermenéutico, se puede afirmar que la contaminación del río Mololoa no necesariamente es una preocupación, como la que si se da en torno a los desbordamientos e inundaciones, y además, se advierte, es percibida más que como un problema ecosistémico o de salud pública, como un problema estético.

La contaminación es condicionante, en buena medida, porque impide que el río se utilice, como se asegura, en antaño. Por ese motivo, para algunos usuarios el río carece de importancia (informante 6, 14, 23, etc.). Esto al grado de que hay

quienes, como el informante 14, afirman que “sería mejor que no estuviera el río”. Sin embargo, también existen significaciones positivas, aunque condicionadas, como lo comentan algunos usuarios: “Conviene que siga estando [el río] pero sería mejor si estuviera limpio”, dice el informante 7); “Ojalá algún día podamos disfrutar del río, pero limpio”, establece como condición el informante 12); mientras que el informante 24 menciona: “mucha gente no viene porque dicen que huele muy feo [...] estuviera bien que todos vinieran”.

Sobre las causas, causantes y posibles alternativas de solución al problema de la contaminación, existen diversas percepciones y opiniones. Por un lado, hay usuarios que atribuyen la responsabilidad al gobierno: “Es el descuido del mismo gobierno” (informante 12); “Yo lo que hago es mantener el área limpia [...] a nosotros no nos queda más que hacer lo que el gobierno no hace” (informante 23). Por otro, hay quienes visualizan una responsabilidad compartida entre el gobierno y la sociedad, al asegurar que: “El problema de la contaminación es culpa de nosotros, del pueblo principalmente y luego del gobierno” (informante 2); “El río está contaminado a causa de las personas” (informante 11); “La gente que no sabe valorar las cosas” (informante 4); “Faltan reglas de la autoridad y falta cultura, el problema es cultural y normativo”, asegura el informante 2. Se tiene entonces, que el gobierno, las industrias y, en menor medida la ciudadanía, son percibidos como los causantes y responsables de su atención y remediación.

La contaminación, junto con el resto de aspectos, como el riesgo ante desbordamientos y las prácticas transgresoras, constituyen los “estímulos” que refiere Bailly (1978). Estos funcionan como mediadores durante el proceso perceptivo y significativo del paisaje. Como producto de esta mediación diferenciada, se presentan tanto coincidencias como diferencias y discrepancias en la manera en que cada usuario construye su propio paisaje. De entrada, no todos perciben lo mismo ni con la misma intensidad. Unos perciben algunos aspectos pero no necesariamente reconocen su importancia o alcance. Otros sí valoran y reconocen ciertos tópicos o problemas en el paisaje, pero desde una postura pasiva. Los menos, asumen una postura activa, aunque limitada y

esporádica, a partir de iniciativas individuales o de grupo para atender algunos asuntos del río. En la actualidad se puede decir que el río Mololoa, en el ámbito local, no es objeto de interés social general. Con esto se confirma la aseveración que hace Lezama (2004), respecto a la irrelevancia que presentan los problemas ambientales, en este caso la contaminación, cuando no obstante estar documentados científicamente no son reconocidos socialmente.

Parafraseando a De Certeau (1996), el estudio permitió conocer no sólo lo que es utilizado, en este caso el río, sino también las distintas maneras de hacerlo. Esto tiene que ver con las formas de adaptación al entorno implementadas por los usuarios referidas por este autor como “tácticas”. Algunos ejemplos de estas son: ante la falta de un puente formal, poner palos atravesados para cruzar el cauce, echar piedras y grava al frente de las casas como una manera de sortear el lodo en las riberas o, la presencia de senderos sobre el terreno, no planificados, pero que la gente ha trazado de manera intuitiva, ya sea para facilitar y acortar sus trayectos o para evitar pasar por ciertos lugares. En algunos casos, las tácticas se implementan para mitigar riesgos y peligros. Ante las inundaciones, por ejemplo, a la entrada de sus casas la gente construye barreras contra el paso del agua. Mientras que, frente al peligro que representan las prácticas transgresoras, algunos usuarios han tenido la iniciativa de limpiar y desmontar específicas superficies de terreno para que no sirvan como escondites.

Ya no como táctica, sino como “estrategia” (De Certeau, 1996) institucional y tecnócrata, como alternativa de solución para algunos problemas del río, en el imaginario popular se ha considerado la posibilidad de entubarlo. Esto bajo el argumento de evitar los desbordamientos y controlar las inundaciones, además de ocultar, pues tal acción no solucionaría el problema de la contaminación. Las opiniones son divididas. Algunos están a favor, mientras otros prefieren que se mantenga como río libre, a cielo abierto, aunque bajo la condición de que estuviera limpio y que no se desbordara: “mi opinión es que siga el río pero limpio” (informante 7); “Si estuviera limpio que siguiera el río, pero si no, mejor que lo entubaran e hicieran un jardín” (informante 8). Algunas son propuestas o

llamados para que la ciudadanía se apropie del río y asuma su problemática; sin embargo, son expresiones con las que en realidad no se asume una corresponsabilidad, sino que se responsabiliza a otras instancias o actores.

En lo que respecta al mantenimiento y posible intervención de los espacios ribereños, las opiniones, deseos y propuestas no son homogéneas entre los usuarios. En un sentido, hay quienes proponen mejorar las riberas a partir de la inclusión de obras de infraestructura, instalaciones recreativas y deportivas, entre otros servicios (informante 16, 23, etc.). En sentido inverso, otros usuarios prefieren que el paisaje del río se mantenga lo menos antropizado posible. Sugieren que las intervenciones sean para darle mantenimiento y limpieza, pero no necesariamente para transformarlo o modernizarlo (informante 22 y 24).

El usuario 22, en particular, asegura que el espacio junto al río “está más a gusto así [que] no necesita ser parque, así limpio pero al natural, así con las hojas de los árboles en el suelo”. Lo que quiere decir es que está bien que se hagan trabajos de limpieza, mantenimiento y desazolve del cauce del río, pero como dice el informante 24, “conservando el área verde y los espacios libres”. Dicho de otra forma, que las intervenciones por parte del gobierno no sean motivo o pretexto para talar árboles o retirar vegetación nativa de manera injustificada. Al mismo tiempo, cuando el informante 22 sugiere intervenir mínimamente al paisaje, o sea, darle mantenimiento pero sin alterar su fisonomía, la que él hace es una declaración intuitiva que, llevada al plano teórico, hace recordar a Careri cuando afirma que las ciudades “a menudo presentan una naturaleza que debería comprenderse y llenarse de significados, más que proyectarse y llenarse de cosas” (2014: 20).

En resumen, para algunas personas la relación con el río es, o fue, fundamentalmente utilitaria, mientras otras lo entienden, además, como objeto simbólico. Anteriormente, como ya se dijo, la apropiación utilitaria se asociaba principalmente al agua como recurso. En la actualidad, esta apropiación se limita sobre todo a las riberas, a partir de los usos que se hacen de ellas, o mejor dicho, en ellas, ya que en la mayoría de los casos no queda claro si las prácticas que

se realizan son gracias a la presencia del río o, inversamente, a pesar de la existencia de éste.

En otro sentido, la apropiación simbólica, por ser difícilmente detectable, de no haber sido visibilizada etnográficamente mediante las entrevistas, no se hubiera develado su existencia. Sobre esto, algunos relatos, a veces nostálgicos, denotan que existen lazos afectivos para con el río, las riberas y el paisaje; un “sentido de lugar” como menciona Bailly (1998) o “topofilia” diría Tuan (2007). Aunque, de manera inversa, en coexistencia con lo anterior, hay usuarios que manifiestan rechazo hacia el río. Puede decirse que entre ellos y el Mololoa la que se establece es, en palabras de Duch (2015), una relación de “malvivencia”. Una especie de topofobia que se manifiesta, por ejemplo, en las expresiones ante el riesgo de desbordamientos e inundaciones, en la sensación de peligro ante las prácticas transgresoras, o en el rechazo al río debido a su contaminación.

Aunque ya se dijo que las percepciones y significaciones no son homogéneas entre usuarios, se alcanza a dilucidar cierto orden de prelación respecto a las temáticas. En primer lugar, las personas se interesan o se quejan del estado de contaminación, los malos olores y el riesgo a contraer enfermedades; enseguida, o quizás a la par, les preocupan los riesgos de inundaciones y desbordamientos; complementariamente, algunos perciben una inseguridad asociada a prácticas transgresoras como el alcoholismo, la drogadicción y el merodeo; aunque menos señalada, también se menciona la carencia o insuficiencia de infraestructura y servicios urbanos de tipo utilitario; y, en última instancia, sólo escasas expresiones consideran aspectos menos pragmáticos, es decir simbólicos, asociados al carácter histórico, cultural e identitario del río Mololoa.

Por último, de manera ilustrativa, se muestra una tabla matriz la cual contiene los resultados de forma concentrada y categorizada. Su presentación gráfica (visual) permite que sea leída en sentido vertical (por categoría temática), horizontal (por zona o categoría espacial) y de forma cruzada, con la finalidad de hacer una mejor interpretación de los resultados (tabla 5).

Conclusiones y recomendaciones

Luego de haber concretado la investigación, se hacen algunas reflexiones finales a manera de conclusiones. Tanto el objetivo general como los cuatro objetivos específicos fueron alcanzados y, a partir de eso, se contestó la pregunta y se confirmaron ambos supuestos. En lo que respecta al primer objetivo, se describió la configuración física que presenta el paisaje fluvial del Mololoa a su paso por la ciudad de Tepic, con la identificación de los principales elementos naturales y artificiales que lo componen. Mediante esta acción pudo hacerse una caracterización morfológica, espacial y paisajística de las seis zonas estudiadas, con sus respectivas sub zonas y espacios particulares, para luego contrastar e identificar similitudes y diferencias, así como relaciones de conexión y continuidad o, en su caso, delimitaciones y desarticulaciones entre ellas.

En cuanto al segundo objetivo, se analizaron las formas de relación utilitaria que los usuarios establecen con el río, las riberas y el paisaje en las distintas zonas. Por un lado, se reconocieron los aprovechamientos de recursos, naturales, que algunas personas hacen en lugares y puntos específicos del río. Por otro, se identificaron y clasificaron las diversas formas de apropiación de los espacios ribereños a partir de su utilización, así como las prácticas que los usuarios realizan cotidianamente como parte sustancial de sus vidas.

En referencia al tercer objetivo, fueron develadas, al menos parcialmente, las relaciones simbólicas que los usuarios establecen con el paisaje. Los entrevistados, desde su experiencia, relataron la manera en que perciben al río. Sobre un pasado lejano o reciente, de manera contrastada evocaron diversos aspectos asociados al Mololoa, algunas veces a partir de añoranzas y otras mediante expresiones de rechazo. Emitieron algunas opiniones, sobre todo, acerca de las causas y posibles soluciones a los problemas ambientales del río. Por último, también contrastadamente, manifestaron heterogéneas formas de significar y valorar al paisaje.

En relación al cuarto y último objetivo, pudieron identificarse relaciones de comunicación, mediación y determinación entre la configuración física, las relaciones utilitarias y las relaciones simbólicas que los usuarios establecen con el paisaje del río. Oscilando entre lo superficial y lo estrecho, estas formas de relación no son lineales sino cruzadas, progresivas y regresivas, e imbricadas y complejas, entre los aprovechamientos y prácticas que realizan, las percepciones que experimentan y las significaciones que construyen subjetivamente los usuarios del río en las distintas zonas urbanas.

Con lo anterior se dio respuesta a la pregunta de investigación, acerca de las relaciones que se establecen entre la sociedad local y el río Mololoa a su paso por la ciudad de Tepic. A la vez, se comprobaron los dos supuestos inicialmente planteados. Conforme al primero de estos, en efecto, se puede afirmar que si bien el Mololoa es un elemento que funciona integral y sistemáticamente, ello no es uniforme ni estable. Esta no uniformidad no se refiere sólo a la forma física, sino también a las heterogéneas formas de relación que se advierten entre los usuarios de las distintas zonas analizadas. En ese sentido, aunque se presentan similitudes, tendencias e incluso patrones de conducta entre las personas, tampoco se trata de un bloque social homogéneo. Es una diversidad en la que cada quien establece su propia manera de relacionarse con el paisaje a través de sus prácticas, percepciones y significaciones que, en algunos casos, son incluso antagónicas entre ellos. Son producto de sus experiencias personales, pero sin dejar de formar parte y recibir influencia del ámbito sociocultural en el que se desarrollan los individuos.

De acuerdo con el segundo supuesto, se comprueba que las relaciones que establecen los usuarios para con el río, más que simbólicas, son fundamentalmente utilitarias, pragmáticas y, en algunos casos, incluso de supervivencia. Son relaciones que muchas veces se presentan como tácticas adaptativas, intrínsecas a la vida cotidiana, ordinaria y rutinaria, que es la que domina en la generalidad de las personas que viven cerca del río o coexisten con éste. También se encontró, que esta forma de relacionarse utilitariamente a partir

de los aprovechamientos, utilizaciones y prácticas depende de la manera en que el paisaje es significado. Aunque, al mismo tiempo, la manera de significarlo es producto de estas mismas formas de practicarlo utilitariamente. Por lo tanto, se trata de una relación dialéctica, dinámica y de determinación mutua, consciente o inconsciente, entre lo utilitario y lo simbólico, así como entre el río, la ciudad, el paisaje y la sociedad que los construye.

Se puede afirmar que el paisaje fluvial urbano del Mololoa es un constructo sociocultural, subjetivo y polisémico. Este río, además de cuerpo hídrico, ha sido soporte físico determinante de la configuración urbana y paisajística, objeto activo en la conformación social y cultural, y elemento significativo para una parte de los habitantes de Tepic. Lo disfruten o lo padezcan, el río juega un papel fundamental en la vida de las personas. En la actualidad, al igual que en otras épocas, sea de forma intencional o circunstancial, tanto de manera directa como tangencial, el río y las riberas son lugares donde las personas desarrollan parte de su vida cotidiana. Entre el río y la sociedad existe una relación, fuerte o débil, que se objetiva en las prácticas que se realizan y se devela a través de las percepciones que se experimentan y las significaciones que se construyen.

Se afirma también, que la organización y configuración del espacio urbano como producto de la planificación tecnócrata, no necesariamente corresponde con la manera de utilizar y experimentar los espacios por parte de quienes los habitan. Se establecen relaciones diferenciadas con el espacio y el paisaje, tanto entre usuarios como entre las distintas zonas, sub zonas, lugares y puntos específicos del río. Son distintas formas de relacionarse con el paisaje en general y con los microespacios en particular.

Entre estas diferencias espaciales destacan dos. Una se presenta entre el cauce y las riberas, y otra entre la ribera derecha y la ribera izquierda. En lo primero, si bien hay quienes perciben y significan al paisaje fluvial de manera unitaria e integral, la mayoría de los usuarios construyen, como se ha dicho, significaciones diferenciadas para cada componente. Así, mientras las riberas son valoradas positivamente como áreas verdes y espacios públicos, al mismo tiempo el cauce

es valorado negativamente sobre todo debido a la contaminación. En lo segundo, la diferencia principal radica en que mientras el equipamiento y mantenimiento se concentran mayormente en la ribera izquierda, la derecha queda desatendida no obstante también estar habitada, lo cual puede ser entendido como un acto de exclusión.

Los constructos que elaboran los usuarios son duales. Por un lado son experiencias positivas cuando el río y sus riberas son entendidos como lugares para el esparcimiento, la diversión y la convivencia. Por otro, se trata de significaciones negativas a causa de la delincuencia, drogadicción y otras prácticas transgresoras pero, sobre todo, por el estado de contaminación en que se encuentra. No obstante, las personas hallan la manera de esquivar al río y sus problemas, que al ser difíciles de solucionar, en ocasiones se opta por omitirlos, como acto de supervivencia. Es un círculo sin fin, producto de la relación que se da entre la condición del río y la significación que recibe. Los problemas ambientales y sociales propician significaciones negativas pero, al mismo tiempo, son precisamente este tipo de significaciones las que impiden que se genere un sentido de pertenencia y apropiación del río que pudiese coadyuvar en la solución los problemas.

Se comprueba que las relaciones que se establecen entre las personas y el río dependen de factores ideológicos, sociales y culturales. Estos funcionan como mecanismos mediadores durante los procesos de percepción, cognición y significación del río, y son construidos por los usuarios desde su experiencia y subjetividad. Eso es efecto, en parte, del modo de vida urbano que trajo consigo la modernidad y que ha trastocado la forma en la que la sociedad se relaciona con el entorno. Lo cual es causa, y a la vez efecto, de significaciones diferenciadas y antagónicas que impiden o limitan la construcción de sentidos de pertenencia e identidades socialmente compartidas asociadas al río Mololoa.

Lo que no se percibe no se aprecia. Esto es, que al dejar de depender utilitariamente del agua que otrora se obtenía directamente del cauce, se perdió la relación física, directa y corpórea para con el río y, consecuentemente, se

rompió el vínculo y el sentido de apropiación que existía. Por lo tanto, se puede asegurar que la importancia del río Mololoa, al depender en gran medida de su carácter funcional como proveedor de recursos y servicios, cambió o se olvidó cuando se perdió su relación corpórea y sensorial al introducirse el servicio de agua potable entubada proveniente de pozos profundos. Fue la ruptura de una relación utilitaria que confinó al río a un plano inferior, con el descuido de su conservación y la transmutación de su utilidad y significación para dar paso, entre otras cosas, a su libre utilización como albañal a cielo abierto.

También se puede aseverar que, más allá de las significaciones que construyen algunos grupos e individuos, para la mayoría de las personas el río Mololoa representa un paisaje anodino. El sentido y la identidad asociada a este elemento, de la que dan cuenta algunos relatos y escritos históricos, no es suficientemente importante para las personas comunes que día a día coexisten con el río. Por eso mismo, si se quisiera revertir el fenómeno y restaurar los vínculos, habría que propiciar cambios de fondo, a nivel paradigmático, respecto a la forma en que la sociedad se relaciona con el paisaje en general y con el río en particular.

Como propuesta, habría que incentivar nuevas formas de interés y relación que pudiesen desprenderse de un plan integral de saneamiento, restauración y manejo del río y la cuenca. Una sólida construcción normativa, económica y sociocultural, con la inclusión de programas interactivos de educación ambiental que, entre otras cosas, desde la primera infancia propiciaran el contacto directo con el paisaje fluvial. Programas dirigidos no sólo al ámbito escolar sino a la ciudadanía en general, acompañados de estrategias mediáticas de divulgación. Esto es, generar las condiciones para que, más allá del ámbito académico y los colectivos ambientalistas, la sociedad se volviera a relacionar directa y corpóreamente con el río; que lo viviera, lo interiorizara, se lo apropiara y, eventualmente, se identificara con él.

Así es como, en lo particular, la tesis coadyuva en la comprensión de la realidad que envuelve al río Mololoa, en su relación sincrética y simbiótica con la ciudad

de Tepic y con la sociedad que la genera. Mientras que, en un plano más genérico, se afirma que las características físicas del espacio, entorno, ciudad, medio o paisaje determinan, o al menos condicionan, la manera en que estos son percibidos, significados y practicados por quienes los viven y los experimentan. Aunque también, en sentido inverso, es la propia sociedad la que determina al paisaje, lo antropiza y lo transmuta, quedando simultáneamente como elemento natural y como constructo sociocultural. Precisamente por eso, se asevera que mediante el estudio de los paisajes fluviales urbanos es posible conocer y comprender, de manera directa y más o menos fiel, las relaciones que en determinado espacio y tiempo se establecen entre naturaleza, cultura y sociedad.

El presente no necesariamente es un trabajo que se dé por terminado, sino que forma parte de un proceso mayor y continuo. En ese sentido, a manera de recomendaciones para futuras investigaciones, no sólo sobre el Mololoa sino extrapolables a otros ríos y ciudades, pueden hacerse algunas reflexiones acerca de la experiencia adquirida en términos metodológicos.

Con la fenomenología como basa epistémica, el método etnográfico permitió, inductivamente, adaptar la investigación al contexto y no a la inversa. Este método, o enfoque si así prefiere llamársele, puede ser aplicado a distintas escalas espaciales en la ciudad. Por un lado, la zona de estudio puede acotarse, delimitarse y reducirse, por ejemplo a escala barrial, vecinal o microespacial. Además, si fuera el caso, el enfoque se podría dirigir hacia determinadas prácticas o sujetos de estudio específicos. Bajo esas condiciones, llevar a cabo una etnografía en el sentido estricto, densa y a profundidad, resultaría viable. Por otro lado, inversamente, la zona de estudio podría extenderse a escala de ciudad e incluso de cuenca; sin embargo, con esto, la investigación se alejaría de la esencia que caracteriza a los estudios etnográficos.

Como se explicó, las zonas de estudio se delimitaron a partir de los puentes que cruzan el río. Estos elementos, si bien atendieron a un criterio morfológico de zonificación, en la práctica se encontró que, más allá de ser elementos estructurantes del espacio físico, están asociados con las distintas utilidades

y prácticas que realizan las personas. Lo que en algunos casos no resulta claro es saber si el puente actúa como variable dependiente o independiente, es decir, si el puente determina los usos sociales del espacio, o si son estos usos los que determinan el sitio donde habrá de colocarse un puente. Eso es, pues, objeto que puede ser estudiado en trabajos posteriores.

Respecto a las técnicas, en la investigación se aprovecharon las ventajas de la observación directa, no participante, generada desde la transurbancia. Juntas, la observación directa y la transurbancia, aportaron cierta libertad de movimiento y desenvolvimiento en el trabajo de campo. Permitieron abarcar un área de estudio extensa, que en este trabajo corresponde al trayecto del río a su paso por la ciudad de Tepic, con una longitud aproximada de 12 kilómetros. Asimismo, el haber utilizado tanto bicicleta como automóvil, permitió percibir espacios y espacialidades distintas a las experimentadas durante los recorridos a pie.

En cuanto a instrumentos y herramientas, las grabadoras de audio y las cámaras fotográficas adquieren un papel fundamental en este tipo de trabajos. Las cámaras fotográficas profesionales o semiprofesionales, resultan útiles sobre todo si cuentan con una lente de acercamiento que permita hacer capturas a distancia, de lo contrario, lo bromoso y llamativo de éstas con frecuencia resulta contraproducente. Otro tipo de cámara es la que está integrada a los teléfonos celulares. Sin llegar a ser una labor de espionaje, el uso de este tipo de cámara aporta discreción y permite capturar imágenes sin alterar significativamente la escena que se visualiza. De hecho, como pudo comprobarse, en la actualidad el uso del teléfono celular en el espacio público ya no es algo extraño. De allí la ventaja que presenta este instrumento en los estudios de campo, cuando se tiene la necesidad de tomar fotografías pero sin ser demasiado intrusivos.

Sobre las entrevistas, la adaptación de éstas según el tipo de situación particular, fue un acierto. Como se dijo, la profundidad con la que se trabajaron dependió de la disposición del entrevistado y las condiciones ambientales. Es de señalar, que no necesariamente las entrevistas más extensas son las que aportan mayor o mejor información sobre el fenómeno. De hecho, en más de una ocasión, una

simple expresión producto de una charla rápida aportó elementos importantes para el trabajo.

Los mapas mentales, por su parte, fueron descartados puesto que al tratarse de una acción al aire libre, las condiciones físicas y ambientales, además de la poca disposición de las personas, impidieron que la técnica se aplicara con éxito. En otras condiciones, si el espacio de aplicación lo permitiera, podrían organizarse grupos de enfoque y hacer, por ejemplo, mapas participativos.

Una última recomendación metodológica tiene que ver con la utilización del software EXCEL, como herramienta de apoyo para el análisis de los discursos. Quizás por tratarse de un recurso de uso común en la práctica profesional de quien elabora la tesis, este software fue una buena herramienta para el manejo, categorización, organización e interpretación de los datos textuales. Esto gracias a que las matrices que se generan, simples en apariencia, posibilitan la disposición ordenada de los datos sin dejar de visualizarlos, lo cual resulta útil al momento de hacer cruces y establecer relaciones entre ellos, como parte del proceso interpretativo.

Sólo resta comentar que la elaboración de la tesis en particular y el estudio del doctorado en general, se traducen en experiencias y aprendizajes que trascienden lo académico. El proceso, en su conjunto, si bien se desarrolla en el marco de un entorno institucional, grupal y colaborativo, se presenta sobre todo como un acto individual y solitario. Un ejercicio reflexivo e introspectivo que, además de contribuir al crecimiento personal, permite ver de manera distinta las cosas y fenómenos del mundo.

Bibliografía

- Aboites, L. (2008). Historia de ríos. Un modo de hacer historia agraria en México. En: Escobar, A; Sánchez, M.; Gutiérrez, A.M. *Agua y tierra en México, siglos XIX y XX*. México: El Colegio de Michoacán. El Colegio de San Luis. (Pág. 85-102).
- Agier, M. (1997). La ciudad: sentidos y representaciones, en Hoffmann, O. *et al, Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de apropiación*. (Pág. 177-190) México: CIESAS-ORSTOM.
- Alberto-Villavicencio, A. (2017). "Configuración del paisaje a partir de la memoria de los ciudadanos: el caso de La Piedad, Michoacán (1940-2016)", en AGE. *Naturaleza, territorio y ciudad en un mundo global. Actas del XXV Congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles*. Madrid: Asociación de Geógrafos Españoles. Universidad Autónoma de Madrid. Pp. 33-42.
- Alfaro, E. (2011). *La ciudad en torno al agua. El arroyo de La Plata como eje simbólico en el ordenamiento urbano de Zacatecas*. Tesis doctoral.
- Augé, M. (1996). *El sentido de los otros. Actualidad de la antropología*. España: Paidós Ibérica.
- Ávalos, A.; Flores, F.; Marceleño, S. (2015). "Integración del paisaje como propuesta de regionalización. Cuenca río Mololoa", en *Revista Iberoamericana de las Ciencias Biológicas y Agropecuarias*, No. 8, Vol. 4, pp. 1-15.
- Ayuntamiento de Tepic. (2014). *Atlas de riesgos del municipio de Tepic*. Informe.

- Bailly, A. (1978). *La percepción del espacio urbano. Conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Ballinas, F.A. (2014). *Estudio Hidrológico para Análisis de Planicies de Inundación*. Tesis.
- Barabas, A. (2013). El estudio del espacio indígena desde la antropología simbólica, en Chávez, M.; Checa, M. (Eds.). *El espacio en las ciencias sociales. Geografía, interdisciplinariedad y compromiso*. México: El Colegio de Michoacán, pp. 261-274.
- Barbera, N.; Inciarte, A. (2012). “Fenomenología y hermenéutica: dos perspectivas para estudiar las ciencias sociales y humanas”, en *Revista Multiciencias*, 12(2), pp. 199-205.
- Barragán, E. (2008). Sierra de Jalmich. Paisajes de una cultura naturalizada, en Thiébaud, et al, *Patrimonio y paisajes culturales*. México: COLMICH, pp. 163-173.
- Barrios de los Ríos, E. (1908). *Paisajes de Occidente*. Sombrerete: Biblioteca Estarsiana.
- Bassi, J. (2015). *Formulación de proyectos de tesis en Ciencias Sociales*. Chile: FACSO.
- Bautista, N. (2011). *Proceso de la investigación cualitativa. Epistemología, metodología y aplicaciones*. Bogotá: Manual Moderno.
- Benez, M.C.; Kauffer, E.F.; Álvarez, G.C. (2010). “Percepciones ambientales de la calidad del agua superficial en la microcuenca del río Fogótico, Chiapas”, en *Revista Frontera norte*. No.43. Vol.22 pp. 129-158.
- Benítez, C. (2014, 16 de Junio). Sin control descargas contaminantes en el Río Mololoa de Tepic [en línea]. El Occidental, Sección Ecología. Recuperado

el 07 de Noviembre de 2015 de
<http://www.oem.com.mx/eloccidental/notas/n3430386.htm>

Boeree, G. (2017). *Teorías de la personalidad. Abraham Maslow* [mensaje en un blog] recuperado el 18 de mayo 2017 en <http://webpace.ship.edu/cgboer/maslowesp.html>

Cairo, H. (2015). "Dominación, producción y representación del espacio urbano" (Prólogo), en Flores, C. *Ciudad arquitectura y sociedad. El movimiento moderno en Tepic. Parte 2: Urbanística y urbanización*. México: UAN.

Careri, F. (2014). *Walkscapes. El andar como práctica estética*. Barcelona: G.G.

CEPEP (1997). Evaluación social del saneamiento del río Mololoa, Nayarit.

Chávez, M.; Checa, M. (2013). (Introducción) en Chávez, M.; Checa, M. (Eds.). *El espacio en las ciencias sociales. Geografía, interdisciplinariedad y compromiso*. México: El Colegio de Michoacán.

Chávez, M.; González, O.; Ventura, M.C. (2009). (Introducción) en Chávez, et, al. (Eds.). *Geografía Humana y Ciencias Sociales. Una relación reexaminada*. México: El Colegio de Michoacán.

Contreras, J.M. (2003). "Textiles y actividad empresarial en el Territorio de Tepic (siglo XIX)", en *Antropología: boletín oficial INAH*, No. 72, pp. 86-92.

Corbetta, P. (2007). *Metodología y técnicas de investigación social*. Madrid: Mc GRAW-HILL.

Cullen, G. (1974). *El paisaje urbano. Tratado de estética urbanística*. Barcelona: BLUME.

Davidson, I. (2008). El futuro del patrimonio histórico ¿Por qué debemos ocuparnos de la herencia cultural? en Thiébaud, V.; García, M.; Jiménez, M.A. *Patrimonio y paisajes culturales*. México: COLMICH, pp. 313-334.

- De Aguinaga, E.S. (2015). *Tepic al rescate de su identidad. Cinco siglos de historia*. España: Círculo Rojo.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. 1: Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana-ITESO.
- Di Masso, A.; Vidal, T.; Pol, E. (2008). "La construcción desplazada de los vínculos persona-lugar: una revisión teórica". *Anuario de Psicología*, No. 39, pp. 371-385.
- Duch, L. (2015). *Antropología de la ciudad*. Barcelona: Herder.
- Duran, P. (2014). *El río como eje de vertebración territorial y urbana. El río San Marcos en Ciudad Victoria, México*. Tesis. Universidad Politécnica de Cataluña.
- D'Hers, M.V. (2017). "De la montaña natural a la montaña humanizada: estudio antropológico de la relación entre la ciudad de Caracas y El Ávila", en AGE. *Naturaleza, territorio y ciudad en un mundo global. Actas del XXV Congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles*. Madrid: Asociación de Geógrafos Españoles. Universidad Autónoma de Madrid. Pp. 1754-1762.
- Eagleton, T. (2001). *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*. Buenos Aires: Paidós.
- Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Flores, C. (2013). *Ciudad arquitectura y sociedad. El movimiento moderno en Tepic. Parte 1: Edificios colectivos*. México: UAN.
- _____ (2015). *Ciudad arquitectura y sociedad. El movimiento moderno en Tepic. Parte 2: Urbanística y Urbanización*. México: UAN.
- Garza, A. (1967). *Manual de técnicas de investigación para estudiantes de ciencias sociales*. Monterrey: Universidad de Nuevo León.

- Gándara, M. (2008). La interpretación del paisaje en arqueología. Nuevas oportunidades, nuevos retos, en Thiébaud, *et al*, *Patrimonio y paisajes culturales*. México: COLMICH, pp. 231-244.
- Geddes, P. (1960). *Ciudades en evolución*. Buenos Aires: Infinito.
- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giménez, G. (2003). *La Cultura como Identidad y la Identidad como Cultura*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales.
- ____ (2005). "Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural", en *Revista Trayectorias*, No. 17(7), pp. 8-24.
- ____; Héau, C. (2007). "El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad", en *Revista Culturales*, No. 5(3), pp. 7-41.
- González, A. (2010). Teorías y métodos para la restauración de ríos. En: González, Arsenio; Hernández, Lorena; Perló, Manuel; Zamora, Itzkauhtli. *Rescate de ríos urbanos. Propuestas conceptuales y metodológicas para la restauración y rehabilitación de ríos*. México: UNAM. PUEC. (Pág. 56-67).
- González, A.; Hernández, L.; Perló, M.; Zamora, I. (2010). *Rescate de ríos urbanos. Propuestas conceptuales y metodológicas para la restauración y rehabilitación de ríos*. México: UNAM. PUEC.
- González, J.M. (1997). "El curso del río Éufrates y su valor simbólico entre los hititas de Anatolia (segunda mitad el II. Milenio a.C.)". En *Revista Gerión*, Núm. 15, pp. 11-25.
- Guerra, P. (2014). *La Escondida. Una Revolución entre cañas de azúcar*. México: BEREDENT.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán, Colombia: Envió.

- Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Heller, A. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Hernández, J. (2014). Un paisaje que no es bien visto. El pueblo huertero de Atotonilco el Alto, en Checa, M. *et al*, *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas*. México: UAM-Iztapalapa; TIRANT Humanidades, pp. 283-306.
- Humbert, A. (2008). Patrimonio y paisajes culturales. El caso del sur de Marruecos, en Thiébaud, *et al*, *Patrimonio y paisajes culturales*. México: COLMICH, pp. 175-194.
- Iñiguez, Y.; Peña, C.; Sicairos, S. (2015). “Ecosistema fluvial urbano: evaluación ecológica y visual del río Tamazula en la ciudad de Culiacán, Sinaloa”. *Revista Quivera*, No. 17(1), pp. 75-97.
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.
- Jackson, J. (2010). *Descubriendo el paisaje autóctono*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Jáuregui, C.; Ramírez, S.; Espinosa, M.; Tovar, R.; Quintero, B.; Rodríguez, I. (2007). “Impacto de la descarga de aguas residuales en la calidad del río Mololoa (Nayarit, México) y propuestas de solución”, en *Revista Latinoamericana de Recursos Naturales*, No. 3, Vol. 1, pp. 65-73.
- Jáuregui, C.; Rodríguez, I.; Ramírez, S. (2014). Contaminación y calidad del agua del río Mololoa, en Marceleño, S.; Nájera, O., *La cuenca del río Mololoa y su problemática socioambiental*. México: Universidad Autónoma de Nayarit, pp. 147-155.
- Jiménez, M. (2008). Los paisajes culturales y la protección del patrimonio cultural y natural, en Thiébaud, *et al*, *Patrimonio y paisajes culturales*. México: COLMICH, pp. 245-272.

- Jodelet, D. (2010). "La memoria de los lugares urbanos", en *Revista Alteridades*, No. 20 (39), pp. 81-89.
- Lamizet, B. (2010). "Semiótica del espacio y mediación", en *Tópicos del seminario. La significación del espacio*, No. 24, pp. 153-168.
- Lazkano, J. (2007). Epílogo de los artistas, en Maderuelo, J. (Dir.). *Paisaje y arte*. Madrid: ABADA, pp. 243-250.
- Lezama, J.L. (2004). *La construcción social y política del medio ambiente*. México: El Colegio de México.
- López, F. (2009). Pensar la historia del paisaje, en Maderuelo (Dir.). *Paisaje e historia*. Madrid: ABADA, pp. 9-52.
- López, L; Ramírez, B. (2014). Arte y paisaje en la modernidad, en Checa, M. et al, *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas*. México: UAM-Iztapalapa; TIRANT Humanidades, pp. 255-282.
- López, P. (1997). *100 años de agua potable en Tepic*. México: Gobierno del Estado de Nayarit.
- ____ (2000). *El Centro Histórico de la Ciudad de Tepic*. México: Ayuntamiento de Tepic.
- ____ (2007). *Estampas de la ciudad de Tepic*. México: Editor Pedro López González.
- Lugo, J. (2011). *Diccionario geomorfológico*. México: IG-UNAM.
- Luna, P. (1993). Tepic, en Olveda, J. (coord.) *Historiografía de las ciudades noroccidentales*. México: El Colegio de Jalisco. INAH.
- ____ (1999). *Tepic; aproximación a su historia urbana*. Tepic: Fundación Nayarit.

____ (2000). Notas para una historia de la historiografía sobre el siglo XX Nayarita, en Contreras, J.M.; Luna, P.; Serrano, P. (coords.) *Historiografía regional de México. Siglo XX*. México: UAN.

____ (2014). El río de Tepic 1838-1938: un siglo de laboriosidad y de escasos acuerdos por el acceso a sus aguas, en Marceleño, S.; Nájera, O., *La cuenca del río Mololoa y su problemática socioambiental*. México: Universidad Autónoma de Nayarit, pp. 17-36.

____ (2015). *Río Tepic Mololoa. Un acercamiento a su esplendoroso pasado*. México: Movimiento Ciudadano de las Márgenes del Río Mololoa, A.C.

Luna, P.; Camelo, J.O. (2012, 30 de enero). “Un problema de todos. El histórico puente de San Cayetano”. [en línea]. El Sol de Nayarit, Sección Opinión. Recuperado el 22 de mayo de 2019 de <https://www.elsoldenayarit.mx/opinion/10641-el-historico-puente-de-san-cayetano>

Lynch, K. (1960). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.

Macías, M. (2013). Territorialidades transfronterizas en la frontera norte de México. El caso de los commutersa contracorriente, en Chávez, M.; Checa, M. (Eds.). *El espacio en las ciencias sociales. Geografía, interdisciplinariedad y compromiso*. México: El Colegio de Michoacán, pp. 407-420.

Maderuelo, J. (2005). *El paisaje. Génesis de un concepto*. Madrid: ABADA.

____ (2007) (Dir.). *Paisaje y arte*. Madrid: ABADA.

____ (2009). Miradas sobre la ciudad, en Maderuelo, J. (Dir.). *Paisaje e historia*. Madrid: ABADA, pp. 153-180.

____ (2010). “El paisaje urbano”, en *Revista Estudios Geográficos*, Núm. 269, Vol. 71, pp. 575-600.

- Marceleño, S.; Nájera, O. (coord.) (2014). *La cuenca del río Mololoa y su problemática socioambiental*. Tepic: UAN.
- Mardones, J. (1991). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*. Barcelona: Anthropos.
- Margulis, M. (2002). "La ciudad y sus signos", en *Revista Estudios Sociológicos*, Vol. XX, N°3, pp. 515-536.
- Martínez, E. (2014). "Configuración urbana, habitar y apropiación del espacio", en *Scripta Nova*, Vol. 18, pp. 1-21 [en línea] recuperado el 17 de mayo de 2017, de <http://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/15022>
- Martínez, M. (2005). *El método etnográfico de investigación*. [En línea]. Recuperado el 12 de diciembre de 2005, de <http://prof.usb.ve/miguelm/metodoetnografico.html>
- Martínez, E. (2016). *Miradas sobre el paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Martínez, M. (2006). "La investigación cualitativa (síntesis conceptual)". *Revista de Investigación en Psicología*, vol 9 No. 1, pp 123-146.
- Mata, R. (2013). El paisaje, carácter y percepción social del territorio, en Chávez, M.; Checa, M. (Eds.). *El espacio en las ciencias sociales. Geografía, interdisciplinariedad y compromiso*. México: El Colegio de Michoacán, pp. 593-618.
- Montaner, J.M. (2007). Paisajes reciclados. Sistemas morfológicos para la condición posmoderna, en Maderuelo, J. (Dir.). *Paisaje y arte*. Madrid: ABADA, pp. 201-222.
- Morales, A. (2013). Globalización y espacios de movimiento en Centroamérica. Una perspectiva desde una región pequeña, en Chávez, M.; Checa, M. (Eds.). *El espacio en las ciencias sociales. Geografía, interdisciplinariedad y compromiso*. México: El Colegio de Michoacán, pp. 421-442.

- Muriá, J.M.; López, P. (1990). *Nayarit: del séptimo cantón al estado libre y soberano*. México: U de G. Instituto Mora.
- Nájera, O.; Bojórquez, J.L.; Cifuentes, J.L.; Marceléño, S. (2010), "Cambio de cobertura y uso del suelo en la cuenca del río Mololoa, Nayarit", en *Revista Biociencias*, No. 1, Vol. 1, pp. 19-29.
- Narváez, A.B. (2011). *Etnografía para la investigación en arquitectura y urbanismo*. México: UANL.
- Narváez, B (1993). *Leyendas étnicas de Nayarit*. Tepic: SEPEN
- Narváez, J. (2007, 26 de Abril). "Altamente contaminado", el río Mololoa. [en línea]. La Jornada, Sección Estados. Recuperado el 07 de Noviembre de 2015 de <http://www.jornada.unam.mx/2007/04/26/index.php?section=estados&articulo=046n1est>
- Notimex, (2014, 12 de Junio). Nayarit despliega operativo anti-cocodrilo en Tepic. [En línea]. El Economista, Sección Estados. Recuperado el 07 de Noviembre de 2015 de <http://eleconomista.com.mx/estados/2014/06/12/nayarit-despliega-operativo-anti-cocodrilo-tepic>
- Pacheco, L. (1997). *Estado y urbanización en Nayarit*. Tesis
- Palacios, J. (1983). "El concepto de región: la dimensión espacial de los procesos sociales", en *Revista Interamericana de Planificación*, vol. XVII, No 66, pp. 56-68.
- Palma, R. (2008). Paisajes agrarios de la sierra y de la costa. Apuntes metodológicos sobre dos experiencias veracruzanas, en Thiébaud, *et al*, *Patrimonio y paisajes culturales*. México: COLMICH, pp. 195-227.
- Parkinson, J.F. (1923). *Compendio de Geografía Física, Política, Económica e Histórica del Estado de Nayarit*. Tepic: Imprenta de Teodoro S. Rodriguez.

- Pellicer, F. (2001). *Ordenación paisajística de espacios fluviales en las ciudades mediterráneas*. [En línea]. Recuperado el 9 de mayo de 2017, de <http://paisajeyterritorio.es/assets/ordenacion-paisajistica-de-espacios-fluviales-en-las-ciudades-mediterraneas.-pellicer-corellano%2c-f.pdf>
- Pérez, J. (1894). *Ensayo estadístico y geográfico del territorio de Tepic*. México: Imprenta de Retes.
- Piñeyro, N. (2006). “Agua y semiótica”, en *Revista Latinoamericana POLIS*, (14): 1-20. (En línea), consultado el 15 de diciembre 2015. URL: <http://polis.revues.org/5116> ; DOI : 10.4000/polis.5116
- Pol, E. (1996). “La apropiación del espacio”, en Íñiguez, L.; Pol, E. (coord.). *Cognición, representación y apropiación del espacio*. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona, Monografies Psico/Socio/Ambientals nº 9 pp.1-49
- Ramos, R. (2016). *La conformación del espacio urbano de Tepic como capital del Séptimo Cantón de Jalisco*. Tesis.
- Real Academia Española. (2017). Paisaje. En *Diccionario de la lengua española* (23ª. ed.). [En línea]. Recuperado el 11 de octubre de 2018, de <http://dle.rae.es/?id=RT6QMkS>
- Reguillo, R. (1996). *La construcción simbólica de la ciudad*. México: ITESO
- Ríos, L.D.; Rojas, J. (2012). “Prácticas sociales en el espacio público. Usos que sobrepasan las normas sociales y el diseño del espacio”, en *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*. Vol 2, Num. 1, pp 33-50.
- Rubio, M.; Varas, J. (1997). *El análisis de la realidad en la intervención social: métodos y técnicas de investigación*. Madrid: CCS.
- Ruiz, M.; Sánchez, F.; Fernández, M.; Sastre, I.; Orejas, A. (2008). *Las médulas* (León). La investigación y la gestión de los paisajes culturales en España,

en Thiébaud, *et al*, *Patrimonio y paisajes culturales*. México: COLMICH, pp. 291-312.

Saldaña, C.; Hernández, I.; Messina, S.; Pérez, J. (2013). "Caracterización física de los residuos sólidos urbanos y el valor agregado de los materiales recuperables en el vertedero el Iztete, de Tepic-Nayarit, México", en *Revista Internacional de Contaminación Ambiental*, No. 3, Vol. 29, pp. 25-32.

Santander, P. (2011). "Por qué y cómo hacer Análisis de Discurso", en *Cinta Moebio. Revista de epistemología de ciencias sociales* no. 41, pp. 207-224. Disponible en www.moebio.uchile.cl/41/santander.html

Santoscoy, A. (1899). *Nayarit. Colección de documentos inéditos, históricos y etnográficos, acerca de la sierra de ese nombre*. Guadalajara: José María Yguiniz.

Saukko, P. (2003). *Combining Methodologies in Cultural Studies*, en Saukko, P. *Doing Research in Cultural Studies. An introduction to classical and New Methodological Approaches*. London: SAGE Publications.

Seel, M. (2007). *Espacios de tiempo del paisaje y del arte*, en Maderuelo, J. (Dir.). *Paisaje y arte*. Madrid: ABADA, pp. 37-52.

Silva, A., (2006). *Imaginario urbanos*. Colombia: Arango Editores.

Stake, R.E. (1999). *Investigación con estudio de casos*. Madrid: Morata.

Strauss, A.; Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Colombia: Universidad de Antioquía.

Sunyer, P. (2014). (Introducción) en Checa, M.; García, A.; Soto, P.; Sunyer, P. *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas*. México: UAM-Iztapalapa; TIRANT Humanidades.

- Thiébaud, V.; García, M.; Jiménez, M. (2008). *Patrimonio y paisajes culturales*. México: El Colegio de Michoacán.
- Thiébaud, V., (2013). "Paisaje e identidad. El río Papaloapan, elemento funcional y simbólico de los paisajes del sotavento", en *Revista LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. XI, núm. 2.
- Tuan, Yi-Fu. (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. España: Melusina.
- Ursino, S.V., (2012). "'Docke mon amour': Apropiación simbólica del espacio y sentido de lugar del paisaje industrial de comienzo del siglo XX", en *Revista Aletheia*, 2 (4), pp. 1-15.
- Valera, S. (2014). La identidad social urbana como instrumento para mejorar el bienestar humano, en Sánchez, D.; Domínguez, L., *Identidad y espacio público*. España: Gedisa, pp. 97-120.
- Vidal, T.; Pol, E. (2005). "La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares", en *Revista Anuario de psicología Universitat de Barcelona*, No. 36(3), pp. 281-297.
- Vivanco, J.C.; Bojórquez, J.I.; Murray, R.M.; Nájera, O.; Hernández, A.; Flores, F. (2010). "Características de los principales suelos de la cuenca del río Mololoa, Tepic, Nayarit, México", en *Revista Cultivos Tropicales*, No. 1, Vol. 31, pp. 32-40.
- Wagensberg, J. (1989). *Ideas sobre la complejidad del mundo*. Barcelona: Tusquets.
- Williams, R. (1989). *"Culture is Ordinary." Resources of Hope: Culture, Democracy, Socialism*. Londres: Verso.
- Zamora, I. (2010). "Algunos principios en el rescate de ríos urbanos". En: González, A.; Hernández, L.; Perló, M.; Zamora, I. *Rescate de ríos urbanos*.

Propuestas conceptuales y metodológicas para la restauración y rehabilitación de ríos. México: UNAM. PUEC. (Pág. 36-49).

Zoido, F. (1995). (Ponencia) “Las relaciones ciudad-río en Andalucía. Estudio de su evolución reciente a partir del planeamiento urbanístico y territorial”, en II Jornadas de Geografía Urbana. Universidad de Alicante. [En línea] <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc183j9>

Zoido, F. (2012). *Paisaje urbano. Aportaciones para la definición de un marco teórico, conceptual y metodológico.*